

LOS DOS REYES.



LOS DOS REYES



LOS
DOS REYES,

NOVELA HISTÓRICA,

ORIGINAL ESPAÑOLA,

POR D. J. DE ARIZA.

TOMO III.



MADRID:

GONZALEZ Y COMPAÑIA, EDITORES;
calle del Fomento, núm. 20.

LOS

BOGERS

NOVELA HISTÓRICA

ORIGINAL ESPAÑOLA

POR D. J. DE ARANA.



TOMO III.

MADRID

MADRID, IMPRENTA DE T. AGUADO, 1845
calle de la Encomienda núm. 17.

LOS DOS REYES.

Continúa la segunda Parte.

CAPITULO XV.

Alli mil y otros mil aventureros
 Cual nube de langostas se derraman,
 Y con la espada y el incendio dejan
 Huellas de sangre y fuego en la comarca.
 Del castillo feudal el alto muro,
 Y del pastor la rústica cabaña,
 Como torrente despeñado incendian,
 Como torrente despeñado arrasan.

A.

Tan importante papel hicieron las compañías de aventureros por Beltran Guesclin comandadas en las guerras del Rey don Pedro y de su hermano don Enrique, que no puedo resistirme al deseo el dedicar algunas páginas á referir por

qué vinieron, con algunos pormenores curiosos que me suministra un historiador del capitán Beltrán Gúesclin.

Después que fue arrojado don Enrique de las provincias de Castilla, y hasta del reino de Aragón, y que tuvo que buscar en Francia un asilo contra la persecución de su hermano y la amistad mentida y cautelosa del aragonés y del navarro, llegó á la corte del Rey Carlos la triste nueva de la muerte de su parienta doña Blanca, Reina de Castilla y de León. Las circunstancias agravantes que concurrieron á esta muerte, exageradas si se quiere por los cronistas de aquel tiempo, debían ser acogidas por el Rey y Reina de Francia, á quienes causaron gran pena, así como al noble duque de Borbon, y á todos los poderosos deudos de la malograda doña Blanca.

La conducta del Rey don Pedro fué terriblemente censurada por los caballeros franceses: y germinaba en todos el

deseo de tomar sangrienta venganza en el matador de la Reina.

Habia á la sazón en las Galias una multitud de aventureros, que habian combatido en pro ó en contra del inglés, y gran compañía se llamaban. Componíase esta de soldados de muchas naciones, acostumbrados al pillaje, al asesinato y la violencia. En el seno de una paz profunda eran los mas temibles enemigos de aquellos pueblos, que en la guerra habian defendido con su sangre: llegando sus desórdenes á tal punto, que el Rey de Francia creyó indispensable reunir inmediatamente su consejo, para tomar algunas medidas que restableciesen el orden en el interior de su reino. Los mas prudentes del consejo observaron juiciosamente, que no era posible acudir al estrépito de las armas contra capitanes resueltos, muy numerosos y aguerridos: opinando se les inclinase á pasar á España, por cuyo medio se satisfacian las pretensiones del Rey de Aragon y del Conde

de Trastamara, y se vengaba al mismo tiempo la cruda muerte dada á la Reina doña Blanca, deuda muy cercana del Rey.

Beltran Güesclin que estaba presente, y que ejercia muy grande influjo sobre aquellos aventureros, ofreció al Rey sacarlos del reino, bien fuese conduciéndolos á España, bien á la isla de Chipre para dar ayuda á su Rey.

Beltran Güesclin envió un heraldo á los capitanes de la compañía, pidiéndoles un salvoconducto, para presentarse en sus cuarteles. El heraldo los encontró alojados en Chalon, y fue presentado á los gefes, que á la sazón estaban comiendo. Se dirigió á Hugo de Carbolay, Mateo de Cournay, Nicolas Seamboure, Roberto Scot, Gualtero Huet, y Juan de Ebreus, á quien hizo su mensaje. Todos respondieron que holgaban de él, y Carbolay particularmente; siendo el primero que otorgó el salvoconducto pedido.

Vuelto el heraldo á Beltran Güesclin, no vaciló este un solo instante en irse á

visitar con los valientes caballeros. Apenas llegado á Chalon, salió á recibirlo Carbolay, bizarro capitán inglés, y le apellidó con los nombres de su compañero y su amigo.

Beltran le miró fijamente, y le respondió con voz firme:

—Solo puedo considerar como á mi amigo al que esté dispuesto á complacerme.

—Juro á Dios, le replicó Hugo, que te seguiré por todas partes, y guerrearé contra todo el mundo excepte el principe de Gáles, porque es mi natural señor. Esto te respondo por mi, y por todos mis compañeros.

Güesclin quedó muy satisfecho con la respuesta del inglés, y juntos fueron á reunirse con todos los demas capitanes. Muy bien recibido fué Beltran: hicieron traer del mejor vino, y llenando una copa Gualtero Huet, la presentó al noble breton, instándole á que la bebiese. Se escusó Güesclin cortésmente, diciendo á

Huel con galanteria, que en muy buena mano se hallaba. Todos los capitanes protestaron que no probarian de aquel vino si no bebia antes el breton. Beltran bebió por complacerlos, y despues les dijo:

—Señores, voy á referiros por qué me envia entre vosotros el Rey. y si quereis prestarme crédito, á todos os haré muy ricos. Yo tengo muy grandes deseos de ir á Chipre, á prestar apoyo á su Rey, ó contra los sarracenos de Granada. Si quereis seguirme, el Conde de la Marcha, Oliverio Mauny, sus hermanos y otros muy nobles caballeros, que quieren pelear contra infieles para que se salven sus almas, vendrán con nosotros: el Rey nos dará doscientos mil florines, y el Papa entera remision de nuestras culpas y pecados, con algunos florines tambien de su particular tesoro. Despues pasaremos á España, contra don Pedro de Castilla, que ha hecho morir á su noble esposa; y con el tesoro del cual medraremos cumplidamente. Mucho mejor es que asi os

bremos para conseguir la salvacion, que darnos al diablo neciamente; porque hemos hecho muchos males y cometido muchas culpas, como cada cual puede ver, si de las suyas lleva cuenta.

—Beltran du Gúesclin, repuso Hugo de Carbolay, asi Dios me salve, como mis compañeros y yo estamos prontos á seguir tu buen parecer: y asi lo prometemos todos en el caso que el rey de Francia, á quien no odiamos en manera alguna, no tenga guerra con el dicho príncipe de Gáles, de quien soy vasallo, y á quien serviré con lealtad.

Beltran respondió á Carbolay, que se hallaba de acuerdo en un todo: y rogó al inglés preguntase á sus compañeros de armas si tenian la misma opinion. Hugo habló á los capitanes bretones, ingleses, navarros y á sus gentes. Unos acogieron gustosos la propuesta de Carbolay, y otros la oyeron con disgusto. Habia en aquella reunion de hombres muchos ladrones y asesinos, que sin la menor compasion roba-

ban, incendiaban, y mataban á los hombres, á las mugeres, á los ancianos y á los niños: y dudaban si les convendría atravesar los Pirineos, para buscar nuevo teatro á sus rapiñas y violencias. Les parecia el clima de Francia dulce y delicioso: encontraban en él buenas viandas y buenos vinos, y no querian dejar lo cierto por unas promesas pomposas, pero que podian no realizarse.

A pesar de estos disidentes, logró Beltran que se acomodasen los principales capitanes, y en número de veinte y cinco le comprometieron sus palabras. Gúesclin les dijo que él los llamaria en tiempo oportuno para presentarlos al Rey, de quien serian bien recibidos, sin que temiesen traicion alguna, pues el Rey de Francia, su señor, no las pensaba, y Beltran Gúesclin no las hacia.

Los capitanes respondieron: que fiaban mucho de Beltran, teniendo en mas su sola palabra que la de todos los prela-

los residentes en Avignon y en las demás ciudades de Francia.

Beltran les pidió que le entregasen las plazas fuertes y castillos que ocupaban en todo el reino, y los capitanes otorgaron. Satisfecho con tan buen éxito, se volvió Gúesclin á Paris, y manifestó al Rey de Francia cuanto en su servicio habia tratado. El Rey se holgó muchísimo de ello, y mandó que los capitanes de mas renombre viniesen á Paris en secreto, para no producir alarma. Vinieron como el Rey mandaba, y fueron acogidos en el Temple con grande amor y cortesía: regalándolos como á aventureros, y festejándolos como á príncipes. En una cena suntuosa se reunieron los gefes de las compañías con el Conde de la Marcha, el buen mariscal Daudrehem, Guillermo Boitel y otros caballeros franceses que juraron combatir juntos bajo la conducta de Beltran.

Terminado esté gran festin, caminaron juntos á Chalon, en donde Beltran to-

mó el mando y poco despues el camino hácia la ciudad de Avignon.

La proximidad de estas gentes puso en alarma al Santo Padre, y á los vecinos de su corte. Para conjurar la tormenta les envió un sabio cardenal, encargado de preguntarles qué buscaban por aquel cantón; y de amenazarles al mismo tiempo con una escomunion terrible, si se mostraban enemigos.

Llegado el cardenal al campamento, con mucho temor y gran duda, pidió hablar al gefe de las tropas, anunciándose como legado del padre comun de los fieles. Mientras fueron á llamar á Güesclin se acercó un inglés al cardenal, y despues de felicitarlo con grandes muestras de respeto, le preguntó si les traia muy grande cantidad de plata. Esta pregunta reveló al buen cardenal los deseos de aquella gente belicosa, y le turbó completamente.

Llegaron al punto Beltran Güesclin, Ernoldode Daudrehem, mariscal de Fran-

cia; Hugo de Carbolay, y otra multitud de señores, que se inclinaron devotamente ante el legado del Pontifice; pero tan codiciosos todos ellos, que hubieran robado de buena gana los vestidos del cardenal.

Despues que hubo el legado del Papa hecho relacion de su mensaje, tomó la palabra el mariscal, que ademas de ser entendido era tan alto personaje, que tenia en custodia la oriflama, y le dijo aquestas razones:

—Señor, ved aqui unas gentes reunidas, que han hecho en el reino de Francia mas desafueros y mas daños que vos os podeis figurar. Ahora están prontas á marchar contra los impios sarracenos: y nosotros queremos llevarlas á Chipre, cuyo Rey se halla en grave aprieto, segun hemos podido entender, ó contra los moros de Granada. Todos suplicamos al Santo Padre, Vicario de Dios en la tierra, que nos perdone nuestras culpas, y nos dé doscientos mil florines para emprender nuestro viaje.

La sangre del cardenal se heló á la peticion del frances; pero sacando fuerzas de flaqueza dijo:

—Señor, pedis mucho dinero. En quanto á la absolucion respondo, que la acordará el Santo Padre; pero no puedo hacer lo mismo en quanto á la plata pedida.

—Señor, replicó Beltran sonriendo: es preciso tomar en cuenta todo lo que el mariscal demanda; porque hay muchas gentes aqui, que no piden la absolucion, pero que codician el dinero. Nosotros queremos hacerlos hombres de bien á su pesar y llevarlos á remotos climas, para que no causen ningun daño á los cristianos de este suelo. Cuando tengan mucho dinero olvidarán sus malas mañas y se harán los hombres mas honrados que haya en las tres partes del mundo. Decid, cardenal, al Santo Padre, que si no apronta esos florines, no conseguiremos jamas llevarnos estas malas gentes.

El cardenal prometió ir á noticiarlo al Santo Padre, y traer una pronta respuesta.

—Apresuraos, le dijo Beltran. Mientras mas tardeis, mas grande será vuestro mal, porque marchamos á Villanueva.

El cardenal suplicó á Beltran que no consintiese de ningun modo hiciesen daño al pais. Beltran respondió que no podia prometer nada; pero que pondria de su parte para que no sufriesen talas, ni otros desórdenes de bulto.

Los habitantes de Avignon esperaban al cardenal con una ansiedad indecible: habian hecho cerrar las puertas y coronaban la muralla. Apareció por fin el legado y le cercaron mil curiosos: mas él respondió solamente. «Habrá paz con facilidad, si tenemos muchos florines.»

Llegado ante el Papa el legado le dijo que la compañía demandaba su absolucion. El Santo Padre la acordó. Pero como el cardenal añadiese que pedian doscientos mil florines, el Papa se admiró muchísimo, y exclamó:

—!Cuando ha sido uso que por absolver á las gentes hagamos tan gran desembolso! Los grandes príncipes han hecho para conseguir su perdon, grandes dones en plata y oro: mas...

El cardenal rogó al Santo Padre que midiese las circunstancias, y su Santidad mas tranquilo convocó á los vecinos ricos: estos repartieron una contribucion sobre todos, segun permitian las fortunas y se reunieron cien mil florines, suma que habiau convenido en recibir Beltran Gtesclin y los demas. Mientras se juntaba el dinero, vió el Pontífice desde su palacio á los forrajeadores de la hueste conducir á sus reales bueyes y vacas, carneros y corderos, gallinas y pollas, vino y trigo, con todo lo demas que caia entre sus codiciosas manos, hasta tal punto que esciamó el Santo Padre: «¡Oh Dios mio! estas gentes obran cada dia de mal en peor, y se afanan completamente para que se los lleve el diablo.»

El consejo del Papa reunió la suma convenida: inmediatamente fué el tesorero á Villanueva, el cual dijo á Beltran:

—Señor, ya teneis reunida la plata, y la absolucion está escrita.

Empero Gúesclin que sabia la manera con que habian reunido el dinero le preguntó:

—Decidme, hermano, y no pretendais engañarme, ¿de donde procede esta plata? ¿La ha sacado nuestro Santo Padre de su particular tesoro?

El tesorero respondió, que los vecinos de Avignon la habian aprontado, contribuyendo cada uno en proporcion de sus riquezas. Entonces le dijo Beltran:

—Tesorero, yo os prometo solemnemente que no pasaremos adelante en lo que nos queda de vida, si no paga este dinero el Papa y su rico clero de Avignon. Nosotros queremos que estos

florines recogidos al vecindario en general, le sean religiosamente devueltos, sin que pierdan un solo cornado. Y decid al papa, tesorero, que lo haga devolver al instante, pues si lo contrario sucede, tendrá que acordarse de mi.

Güesclin fué pagado del tesoro del Papa, y la absolucion confirmada.

El ejército levantó sus reales, y llegó á la ciudad de Tolosa en la que se hallaba el duque de Anjou, que los recibió con agasajo, haciendo dones á los primeros capitanes. Aquí llegaron embajadores del Rey de Aragon y del conde de Trastamara, que les hacían grandes ofertas y les rogaban con empeño, quisieran venir en su auxilio contra don Pedro de Castilla. El duque de Anjou unió su ruego al del Monarca aragonés, y dijo á Beltran que sí le amaba fuese á ayudar á don Enrique contra don Pedro, que no creia en la ley cristiana, y que habia asesinado á su esposa. Beltran le pre-

metió hacerlo así; y dando aviso al Rey de Aragon se dirigió hácia Barcelona en donde le esperaba el Monarca.

Así que supo don Enrique la llegada de Beltran Gúesclin y de la Blanca Compañía salió á recibirlos presuroso, dando á Beltran cumplidas pruebas de su gratitud y su afecto. Tambien llegaron á la hueste cuatro caballeros enviados por el Monarca de Aragon, que invitaron á los capitanes á que pasasen á Barcelona, en donde el Rey los esperaba. Muy bien recibidos fueron Beltran y los demas nobles capitanes por el Rey don Pedro de Aragon, el cual al acabarse un gran banquete, con el que habia querido festejarlos, les dijo:

—Nobles y poderosos señores, vosotros habeis venido á España para combatir contra moros: mas por el Dios onnipotente que crió los cielos y la tierra, que no podeis hacer nada mejor que esterminar al Rey de Castilla, perpetuo aliado de los

infiel y mi encarnizado enemigo. Don Pedro de Castilla es desleal, incrédulo, amigo de judíos y moros: hizo asesinar á su esposa, que era una dama de gran mérito, y desterró á su hermano Enrique porque le aconsejaba bien. Don Enrique debe ser alzado Rey de Castilla con mas razon que aquel traidor.

Los caballeros ofrecieron al Rey tomar por su cuenta la empresa hasta esterminar á don Pedro: el Rey les dió cien mil florines: les ofreció buena soldada, y los caballeros con el conde, á quien tomaron por su jefe, se encaminaron á Zaragoza. En esta ciudad se reunieron muchos caballeros castellanos, aragoneses y navarros con el ejército de Gúesclin, y penetrando por la frontera con las banderas desplegadas, como en otro lugar referimos, llegaron á Calahorra, en donde proclamaron Rey á don Enrique de Trastamara, y en donde los dejamos nosotros para trasladarnos á Burgos.

CAPITULO XVI.

Al no pensado rebato
Se levantan y se aprestan,
Caballeros con sus lanzas,
Peones con sus ballestas.
Los hidalgos de Jaen,
De Andujar la gente buena,
Y de Ubeda los nobles
Todos hacen de si muestra.

ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

No era Beltran Gúesclin hombre para
dormirse sobre laureles, ni habia de ser

Calahorra una Capua para don Enrique, que ansiaba hacer real y efectivo el título que habia tomado por consejo de sus prohombres. Tambien ansiaban los capitanes tomar posesion de los feudos que les habia otorgado el nuevo Rey, y hasta los soldados deseaban tomar ciudades por asalto para repartirse el botin. Los ánimos así dispuestos, todos oyeron con placer la señal de ponerse en marcha, y todos caminaron contentos hasta dar vista á Maguelon

Apenas sentaron los reales, cuando se adelantó don Enrique hasta el foso, y pidió hablar al alcaide. El alcaide lo saludó cortésmente, y le dijo:

—Conde de Trastamara, ¿á qué habeis venido, señor, y qué teneis que hacer aquí?

—He venido, repuso el Conde, á que me entregues la ciudad, como á legítimo Rey de Castilla.

—Retroceded, replicó el alcaide. No te-

neis en Castilla hacienda que un solo maravedi valga, y en nada os obedeceremos.

—Por quien soy, atrevido alcaide, que te arrepentirás muy pronto.

—Menos amenazas, don Enrique; pues no nos infunden temor.

Don Enrique se alejó irritado de la repulsa del alcaide, y Beltran Guesclin le prometió que á la noche siguiente dormiria dentro de los muros de la plaza. Lo que restaba de aquel dia se invirtió en preparar faginas para terraplenar los fosos, y en aparejarse los soldados para un asalto general.

Al dia siguiente, muy de mañana, se formaron los escuadrones, circumbalaron la ciudad, y la embistieron por varios puntos. Los sitiados eran valientes, aguerridos, y muy afectos á la persona de don Pedro; pero toda su heroicidad no pudo impedir que los sitiadores entrasen. La principal saña de Guesclin y

de la Blanca Compañia se manifestó contra los judios y los moros que alli habitaban: fueron muchos de ellos degollados, y todos los demas prisioneros, repartiéndose sus haciendas como botin á los soldados. Tres dias permaneció la hueste en Maguelon, poniéndose en marcha el veinte y tres de marzo con ánimo de tomar á Briviesca. Encontraron á Navarrete, villa de muy poca importancia, y les abrió sus puertas Alvar Rodriguez de Sueros, que por don Pedro la tenia. Solo pararon una noche, presentándose al dia siguiente ante la villa de Briviesca.

Llegados ante sus murallas, se acercó á ellas don Enrique para hacerles proposiciones. Ellos no quisieron escucharlas, y respondieron fieramente que los combatiesen cuanto antes; pues no pensaban en rendirse. Muy sensible fué á don Enrique la negativa de los sitiados, y se manifestó afligido ante su consejo de guerra.

—No tengais pena, don Enrique, le dijo Beltran con arrogancia: yo tengo voluntad y soldados para escalar esas murallas, y Briviesca y todas las villas que no se entreguen buenamente, verán coronados sus muros por los soldados de la cruz blanca.

Para cumplir bien su promesa, mandó Gúesclin formar el sitio y dió principio á los ataques. Mandaba Beltran la primera batalla, el Conde de la Marcha la segunda, el mariscal Daudrehem la tercera, y Hugo de Carbolay la cuarta. Muchos ilustres caballeros llenaban las primeras filas de los sitiadores, todos nobles por nacimiento y esclarecidos por hazañas.

Era la guarnicion de Briviesca numerosa. Men Rodriguez de Sanabria, su gefe valiente, y sobre todo muy obstinado, como buen gallego de origen. La guarnicion subió á los muros ayudada por los vecinos, ocupando una parte de ellos los

judios, que eran aficionados á don Pedro, y recordaban con pavor lo que habia sucedido á sus hermanos en Maguelon. Las tropas de Hugo de Carbolay se colocaron frente por frente del escuadron de los judios, y los atacaron con tanta furia, dada la señal del asalto, que los miserables judios fueron degollados como reses, sin tener valor suficiente para morir como soldados. Un breton, que estaba en la batalla de Carbolay, elevó sobre el muro el estandarte de Beltran, y á su vista todas las batallas arremetieron con tanto ahinco, que muy pronto se trabó sobre el muro una encarnizada pelea, en la que sitiadores y sitiados derramaban sangre enemiga con el furor de las panteras.

Puesto á retaguardia don Enrique, envidiaba la mucha gloria que iban adquiriendo los capitanes, y ardia en deseos de tomar en ella la parte que á su valor correspondia. No pudiendo contenerse mas, mandó avanzar á sus cas-

tellanos, aragoneses y navarros. Embistieron con tanto esfuerzo, que no pudiendo los sitiados resistir este nuevo empuje, les abandonaron el muro, y en él tremoló victorioso el estandarte de don Enrique, plantado por la firme diestra del siempre intrépido Bernal. A la vista del estandarte se reanimaron los sitiadores: y en pocos momento Briviesca cayó en poder de don Enrique.

Muchos sitiados se fugaron: suplicaban otros de rodillas ante el vencedor ofendido: y muchos judios se encerraron en un recinto murallado, al cual los siguió Beltran Gúesclin, y tomándolo por asalto, los pasó á todos á cuchillo, creyendo merecer con esto la remision de sus pecados y las bendiciones del cielo.

Al tercer dia de haberse apoderado de Briviesca llegaron á ella los dos frailes, que enviaba la ciudad de Burgos, como embajadores á don Enrique. Es-

taban reunidos en consejo los capitanes de la hueste, cuando anunciaron á Beltran la llegada de los dos frailes. Salió á recibirlos el breton, y conduciéndolos al consejo se los presentó á don Enrique con estas corteses palabras:

—Acaban de llegar de Burgos estos dos reverendos padres, que como ministros de paz, solo paz vendrán á ofreceros.

Don Enrique los acogió con su amabilidad ordinaria, y todos los señores les dieron muchos y cumplidos parabienes.

—Señor, dijo el fraile alto y flaco, dirigiéndose á don Enrique: Dios nos libre de todo mal.

«Amen» contestaron á una voz don Enrique y los caballeros. Entonces el fraile bajo y gordo, que era hombre mucho mas vividor, y que conocia mejor el mundo, saludó á toda la asamblea y dijo con voz firme y clara, echándose atras la capucha:

—Señores, alabado sea el nombre del

Soberano Dios, por quien todos vivimos. Todas las naciones de nuestra gran ciudad de Burgos, á saber, cristianos, judios y sarracenos, os saludan humildemente. Todos los vecinos están prontos á recibir al buen Rey don Enrique: todos están apercebidos para presentarle las llaves de su buena ciudad de Burgos: todos quieren coronarle por Rey, si les jura guardar fielmente las antiguas leyes y gobernarlos ahora y siempre con arreglo al antiguo uso. Aqui teneis, señor, una carta en la que hallareis atestiguado cuanto acabamos de deciros: dignaos leerla ante la asamblea, y decidnos vuestra respuesta á la buena ciudad de Burgos.

Don Enrique tomó la carta, la leyó con voz conmovida, y quedaron todos admirados de aquella elocuencia sagrada, de aquella erudicion evangélica. Despues se dirigió á los frailes, y les dijo con mucho amor:

—Yo os doy gracias, reverendos padres, por el afan con que habeis venido á participarme una nueva muy satisfactoria para mi. Decid á mis buenos amigos de mi buena ciudad de Burgos que estoy pronto á marchar á ella, y á cumplir en todo sus deseos. Mañana, si Dios es servido, levantaremos nuestros reales, y pasado mañana sin falta nos encontraremos en Burgos.

Contentos quedaron los frailes con la buena acogida del Conde, y muy satisfechos con la respuesta que á los burgaleses enviaba. Los caballeros por su parte, para agasajar á los reverendos, hicieron preparar manjares y traer los vinos mas añejos. Muy alegre fue este banquete. El padre flaco comió poco y habló con la misma medida; pero su alegre compañero hizo honor á todos los platos, y no desdenó ningun vino. Además, su conversacion fue siempre festiva y picante: de modo que los caballeros vieron con pena la

conclusion de la comida, porque los frailes se marchaban, y pidieron al padre gordo una bendicion patriarcal. Con ambas manos les bendijo repetidas veces, porque su agradecido estómago acojia con placer la ocasion de pagarles en bendiciones las bien sazonadas viandas con que les habian festejado.

Despedidos de los señores, iban á montar los reverendos en sus dos mulas castellanas, cuando se arrojó una muger á los pies del padre pequeño, cuya cara le habia inspirado mas cariño y mas confianza. El fraile la tendió su mano, juzgando que solo pretendia besarla; mas como despues de haberlo hecho permaneciese arrodillada, la preguntó:

—Decidme, hermana, en qué puedo favoreceros; pues tengo que marchar á Burgos, y se nos va haciendo de noche.

—Reverendo padre, replicó la muger, si yo hubiera de contaros mi historia, seria larga, y mas lastimosa que la de

Rut, la de Susana, y la de Ester.

—Déjese hermana de hacer citas y abrevie, que se pasa el tiempo.

—Vuestra paternidad viene de Burgos segun he oido....

—Si, hermana.

—¿Ha visto vuestra paternidad á una joven pálida, vestida de negro, con la dignidad de una reina y...

—He visto muchisimas jóvenes en el confesonario, y no puedo recordar, hermana, á esa cuya señas me dais.

—¡Oh! vos debereis conocerla. Es hermosa, y se llama Inés.

—Todas las mugeres creen ser hermosas, y el nombre no se lleva escrito en la frente para saberlo á primera vista.

—Pero si es una joven tan noble, tan pura, tan angelical. Mirad, santo padre, yo la he criado, he sido su nodriza, despues su aya. La quiero tanto: me llamo Beatriz....

—Nada me importa vuestro nombre.

Dejadme montar en mi mula, y Dios os ayude y defienda.

El padre flaco metia prisa: Beatriz lloraba y porfiaba, y el padre gordo suda que suda, sin conseguir safarse de ella. Por fin logró ponerse en salvo, y montando con ligereza, poco comun en mole tal, pero que las circunstancias aumentaron, picó á la mula bruscamente, y se pusieron en camino. Mientras caminaban los frailes, les decia Beatriz desde lejos:

—«Reverendos padres, si veis en Burgos á mi señora, decidla que voy á buscarla, y que la daré cuando la vea un millon, un millon de abrazos.

Dejame montar en mi mala, y Dios os ayude y defienda.

El padre hizo media prisa: Beatriz lo tupa y portada, y el padre gordo subió que suba, sin conseguir salvarse de ella. Por fin logró ponerse en salvo, y montado con ligeros, poco común en mole tal, pero que las circunstancias aumentaron, picó á la mala prisa, y se puso en camino. Mientras caminaban las trailas, los deos Beatriz desde lejos: —«Reverendos padres, si veis en Burgos á mi señora, decidla que voy á buscarla, y que la daré cuando la vea en mi- lion, un millón de años»

CAPITULO XVII.

El encumbrado Albaicin,
 Junto con el Alcazaba,
 Dos horas antes del dia
 Tocaron al alborada.
 Vivaconluz le responde
 Con clarines y dulzainas,
 Y el noble Vivataubin
 Con pífanos y con cajas.

ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

Llegaron los frailes á Burgos, y noticiaron á sus vecinos la satisfactoria respuesta que les habia dado don Enrique. Subieron tambien á los cielos la cortesía de los capitanes, que sus huestes acau-

dillaban: y aunque no dijeron palabra de los succulentos manjares, ni del añejo y rico vino con que habian fortalecido sus estómagos, bien se dejaba traslucir su memoria en la gratitud que mostraban á sus hidalgos anfitriones. Preguntaron los burgaleses por el número de las tropas, y lo compararon los frailes con las estrellas de los cielos, con las arenas de las playas, con los ejércitos de Xerjes, y hasta con el pueblo judío en su emigracion á Palestina. Despues le preguntaron por Beltran, y los frailes lo retrataron dándole afable y bello rostro, gentil apostura y buen talle: debiendo notarse, que era Güesclin moreno, chato y de severo continente.

Satisfechos los burgaleses con la descripcion que los frailes habian hecho de su embajada, se apresuraron á disponer todo lo que creyeron conveniente para recibir á don Enrique: ostentacion y agasajo que debia esperarse de una tan

principal ciudad, como á la sazón lo era Burgos.

Al día siguiente, muy de mañana, se reunieron los burgaleses, y resolvieron salir al encuentro de don Enrique, que según sus noticias no debía estar lejos de la ciudad.

Todos los concejales de Burgos, vestidos de ceremonia, y llevando los ocho alféreces mayores las ocho llaves de la ciudad, se pusieron en marcha con el mismo orden y apostura que en las procesiones mas solemnes. El clero, con el obispo á la cabeza, y revestido de ornamentos, salió tambien en procesion, haciendo llevar estandartes, y mostrando bien á las claras el júbilo con que veia desprenderse una rica corona de la cabeza de don Pedro para ceñir la de su hermano. Un inmenso pueblo acompañaba al clero y á los concejales, llevando palmas en las manos y frondosos ramos de oliva.

En el interior de la ciudad solo quedaron las mugeres, ataviadas con gran esmero, tanto para recibir al Monarca con el mayor lujo posible, cuanto para dar á los extranjeros una alta idea de las bellezas de Castilla; pues nunca daña el atavio á la natural hermosura.

Eran muy dignas de atencion las conversaciones de las damas. Una jóven rubia, alta, delgada y que la echaba de discreta, con mas pretensiones de hermosa que encantos, y mas preciada de si misma que los demas estaban de ella, por nombre Urraca y por inclinacion cotorra, decia á una vecinita vivaracha, de ojos negros y con mejillas de amapola:

—¿No sabes, Blanca, qué clase de gente es la que acompaña á don Enrique?

—Dicen que son aventureros, y de muy diversas naciones.

—Si, Blanca: vienen unos ingleses,

con el cabello como yo, y con unos ojos azules como los míos, que son arrogantes mozos, y que deliran por las rubias.

—Qué fortuna, para las rubias.

—Vienen con ellos alemanes, altos y robustos como pinos, con la barba y cabellos blondos, mejillas llenas y rosadas, ojos azules, y que se mueren por las rubias.

—Cuánto se van adivertir las rubias.

—Les acompañan los bretones, gente morena, de ojos negros y que tienen grande afición....

—¿A las peli-negras?

—No: á las rubias. Viene un bastardo de Bearne, que segun me ha dicho el padre Pablo, uno de los embajadores que enviamos al ejército de don Enrique, es el mas apuesto caballero de cuantos acompañan al Cende.

—¿Y el bastardo, gustará mucho de las rubias.

Mientras hablaban las dos hijas no se

descuidaban las madres; pero se entretenían en pláticas de mas formalidad y provecho.

—Yo, decia doña Berenguela, tengo aderezada una cama para don Hugo de Carbolay, que pudiera ocuparla muy bien el mismo Conde don Enrique. Las sábanas han sido hiladas por mis manos; y son tan blancas y tan finas, que pudieran servir de gorguera á los alféreces mayores. Los colchones son de lana abierta, y en el cabecero de la cama está pintado un santo cristo, que parece de carne y hueso.

Doña Guiomar alabó tambien el buen lecho que preparaba para el Mariscal Daudrehem, y luego bajando la voz dijo á su vecina en confianza:

—¿No os parece, doña Berenguela, que esos capitanes extranjeros traerán muchas ganas de casarse con las doncellas de Castilla?

—Mucho me engaño, doña Guiomar,

ó en esta ocasion nos quedamos todas las burgalesas sin hijas. ¿Qué mugeres pueden haber visto esos hombres que sean comparables á las nuestras? Las inglesas frias, las alemanas frias, y las francesas.... yo no sé si son frias ó calientes, pero hablan esa lengua que no se entiende, y son á la postre francesas. Si yo pudiera hacer que don Hugo se enamorase de mi Urraca.

—No me vendria mal el mariscal para mi Blanca.

—Hagamos alianza, vecina; y muy mal ha de venir el tiempo....

—Como que de acuerdo las dos cada una inclinará al otro....

—Pues; y como no parece feo que una vecina tome bela en el entierro de su vecina.

—Yo me encargo en tomarla primero.

—No puedo yo permitir que....

—Pues á la par.

—Pues á la par.

Mientras conversaban las señoras asomadas á sus ventanas, debajo de ellas dos comadres, con esquisita traza de brujas y de profesion hechiceras, se explicaban en estos términos:

—Mira, comadre: ¿tú qué opinas de la venida de estas gentes? ¿Podremos hacer el agosto? ¿Alojarán maravedises?

—Con quince dias que estén aquí vamos á tener los escudos tan abundantes como hoy tenemos pulgas y piojos en nuestras remendadas sayas. Esos extranjeros gustan mucho de escuchar la buena ventura, y no enseñan las rayas de sus manos sin entregar antes una moneda de valor; pues mientras mas dinero cuesta, es siempre mejor la ventura. Y bien debemos prepararnos con buena cantidad de sal, un espejo y un peine nuevo; pues querrán ir todas las noches á visitar á sus queridas, y no pagarán mal este gusto.

Las dos viejas se deslizaron á comprar todos los utensilios, que su profesion reclamaba: las dos madres siguieron sus proyectos de enlaces; y las dos chicas algo mohinas, dejaban entrever la contienda, que habia promovido entre ellas el diferente color de los ojos, de las mejillas y del cabello.

En frente de estas dos beldades, que se disputaban los obsequios de los no llegados amantes, habia una muger triste y mustia, con la hermosura de la violeta, y con su lúgubre atavio. Sin temor y sin esperanza, con una fiebre que la consumia y un recuerdo que la reanimaba por momentos y continuamente la mataba, sostenia con su blanca mano la hermosa cabeza de cisne, y con sus bucles enjugaba el llanto amargo del dolor. Cada lágrima que corria llevaba una pena consigo, pues son las lágrimas al alma, como al corazon la sangria. A pocos pasos de la jóven estaba sentado un an-

ciano que la contemplaba con éstasis, y que hubiera dado su vida por beber una sola lágrima de las que enjugaban los cabellos. Lágrimas que manchan la almohada : lágrimas que corren perdidas en la soledad y el silencio : lágrimas que quemán las hojas de la flor en que caen por acaso , pudieran dar vida á un cadáver, si sobre sus lábios cayeran, é inspiracion á un alma yerta, si en una frente se posasen. Mientras lloraba la muger y la contemplaba el anciano, llegó un paje á toda carrera y arrojándose de su caballo subió afanoso al aposento.

—¿Qué nuevas traes, bizarro Enrique? preguntó la jóven.

—Antes de una hora, repitió el paje, hará su solemne entrada en Burgos el Rey don Enrique el Segundo.

La fisonomia de la huérfana se reanimó. Hinestrosa lanzó un suspiro.

Los burgaleses que habian salido á recibir al nuevo Rey caminaban á

tan buen paso, que encontraron á don Enrique dos leguas largas de la ciudad. Cuando el Conde vió que venia un pueblo entero á recibirle, se le humedecieron las pupilas, y mostró todo su semblante una emocion extraordinaria. Deseoso de manifestar su gratitud á un vecindario, que le daba tan clara muestra de consideracion y de amor, puso espuelas á su caballo, y seguido de algunos varones salió al encuentro de los burgaleses, precipitando su carrera, hasta que se encontró entre ellos. Al presentarse don Enrique un viva general lo acogió, y el reverendo obispo de Burgos fué el primero á besar su mano. Don Enrique, que se preciaba de muy cristiano caballero, besó á su vez la del prelado, y bajándose del caballo recorrió las filas de aquella larga procesion, y recibió de los alféreces las llaves de su buena ciudad.

No estuvo escaso don Enrique en dar

á los burgaleses reunidos seguridades de su aprecio, y algunas muestras de su munificencia real. Despues se llegó á Beltran Güesclin, y estrechándolo entre sus brazos le dijo:

—Dios te bendiga y favorezca, noble Beltran, como yo te favoreceré, porque te debo el dia mas feliz que podré contar en mi vida.

—Señor, le replicó Beltran: con vuestro favor y el de Dios, nada me faltará en la tierra, y tendré despues de mi muerte la bienaventuranza en el cielo. Yo juro por Dios, por vuestra real persona y por el buen pueblo de Burgos que me escucha, serviros fiel y cumplidamente, y no abandonaros un punto hasta que reineis en Castilla, y no quede al traidor don Pedro ni la preciosa tierra para cabar su sepultura.

Mucho aplaudieron los burgaleses estas palabras de Beltran: convocando despues el obispo á los concejales y

prohombres, se aproximó al conde don Enrique, y con voz solemne le dijo:

—Señor, nosotros nos hallamos prontos á recibiros y á obedeceros como á Rey de Castilla, si nos prometeis gobernar con arreglo al uso que nuestros antiguos reyes guardaron.

—Yo prometo á Dios y á su Madre Santísima gobernar el reino fielmente y segun el antiguo uso.

—¡Viva el Rey don Enrique el segundo! gritó el obispo.

Todos repitieron este grito, y todos pidieron á una voz la santa bendicion del prelado. No tardó en darla el buen obispo, y todos juntos prosiguieron su camino hácia la ciudad.

Ya iban perdiendo la paciencia las hermosas de Burgos con la tardanza de la hueste. Unas se quejaban de don Enrique, que no manifestaba bastante afan por entrar en la buena ciudad: hablaban otras de los que habian salido á re-

cibirle, y que retardaban su marcha con importunas ceremonias. Opinaba una que quien tenia la culpa de todo era el buen obispo, hombre muy aficionado á hablar, y que estaria sermoneando. Otra marisabidilla afirmaba que no habia que echar la culpa á nadie, pues la tenian los extranjeros, que caminaban lentamente, por tener unos pies grandisimos y costarle trabajo moverlos.

Ademas, á las murmuraciones sucedieron muchos fracasos. Colocadas desde el amanecer en los miradores y ventanas muchas damas se ennegrecieron con los rayos de un sol ardiente, y al advertirse sus vecinas, huyeron con mortal espanto á lavarse con agua y vinagre para que no saltase la piel. Algun muchacho jugueton se encaramó sobre un sitial, y apoyándose sobre la cabeza de un hermano para ver la calle mejor, la deshizo todo el peinado. En aquel

desórden general nadie cuidó de la cocina y se pegaron los guisados. Este contratiempo terrible no dejó de contrariar mucho á las honradas madres de familia, que esperaban casar sus hijas, presentando ricos manjares á sus huéspedes, y hasta las cocineras lloraban, porque esta distraccion culpable iba á caer en gran descrédito de la cocina castellana.

No se si por suerte ó desgracia, todo es transitorio en la vida, y lo que hemos esperado con mas afan, nos sorprende generalmente cuando lo tocamos de cerca. Espera un muchacho las pascuas para recibir el aguinaldo, y cuando ve sobre su mano las monedas que codiciaba, no sabe al pronto en que invertir las. Desea, y con muchisima razon, una jovencita casarse, y luego en la noche de boda no sabe cómo componerse para no chocar por desenvuelta ni hacerse notar por gazmoña. Desea un hom-

bre público ser ministro, y cuando se sienta en la poltrona suele estar tan embarazado, como el chico que por primera vez mete sus pies en los zapatos y en una chaqueta su cuerpo. Todos desean hacerse ricos, y á muchos aturde el dinero. Hay títulos improvisados que no responden si los llaman por el dictado que rejentan, y que en realidad no merecen. Hay hombres que tienen V. S. pero tan llovido de las nubes, que no lo reciben del portero y se lo exigen á sus padres. Hay.... ¿pero qué tiene que ver esto con la entrada de don Enrique? Tiene que ver, que lo esperaban y que quedaron aturdidos cuando penetró en la ciudad.

Abria la marcha una falanje de muchachos, medio desnudos y mugrientos, que gritaban como energúmenos, si no gritan mas los chiquillos. A poca distancia de los chicos, venian los señores concejales colocados de dos en dos

y con el traje de etiqueta: seguia á los concejales el clero de la misma suerte arreglado, con sus estandartes y cruces como en una procesion de Corpus. Seguian al clero varios capitanes sobre poderosos caballos, presidiéndolos don Enrique, oprimiendo los recios lomos del noble tordo de don Fadrique, que à pesar de sus doce años, y de haber hecho largas fatigas, descollaba por lo brioso, por lo bien formado y arrogante. Rodeaban al Rey, Beltran Gúesclin, Hugo de Carbolay, el conde de la Marcha, el mariscal Daudrehem, el jóven bastardo de Bearne, y algunos caballeros españoles muy distinguidos por sus hechos, y muy amados de don Enrique por la adhesion que le mostraban.

Todas las damas saludaron á la comitiva del Rey, haciendo flotar los pañuelos y arrojando lozanas flores: y doña Berenguela al ver á Hugo á quien arrojó un ramo entero que se le prendió

en el penacho, dijo en voz baja su vecina:

—Qué hermosa pareja harán don Hugo y mi hermosísima hija Urraca.

—No la harán mala, replicó Guiomar, mi hija Blanca y el señor Mariscal Daudrehem.

Doña Inés estaba asomada, porque esta muger moribunda asistia llena de entusiasmo á las exequias de don Pedro, destronado por don Enrique. El Rey la inclinó la cabeza, y la saludó con la mano: la huérfana respondió al saludo. Bernal se volvió á Daudrehem, y le dijo:

—Mariscal de Francia, si me dejaran la eleccion entre la corona de mi Rey y la mano de aquella dama, que veis alli pálida y vestida de luto, veria con desden la corona, y estrecharia con amor su mano, mas codiciable que mil cetros.

El mariscal alzó los ojos, y pocos momentos despues llegó don Enrique á palacio.

CAPITULO XVIII.

Cara chata y alto vientre,
Varonil mostacho y voz;
Mas por lo demas la vieja
Tiene muy buen corazon.

QUEVEDO.

Entre los equipajes de don Enrique venia un fardo de grande volúmen, que atrajo todas las miradas, y fué saludado con silbidos por los muchachos de la ciudad. Despues de haber visto los curiosos pasar la régia comitiva, permanecieron en sus puestos hasta que pasasen los bagages, que ya conducian las maletas, y

ya los arneses y armas. Muchas mulas habian pasado, cuando sobre un poderoso macho y entre dos haces de picas rotas apareció la nueva Belona, que hemos calificado poco antes con el epíteto de fardo. No dudarán nuestros lectores que esta deidad de los combates era la pacífica dueña, la siempre inofensiva Beatriz.

Su cara ancha y encarnada, sus espaldas protuberantes, no por deformidad natural, sino por abundancia de carnes: su nariz chata y remilgada, sus ojos redondos y pequeños y sus labios vueltos y rojos, mas bien la hacian aparecer un Baco hembra, que la diosa de las batallas. Mas de un muchacho revoltoso la llamó «Baca», palabra de doble sentido, que lo mismo podia compararla al Dios hermano de Noé, segun las distintas creencias, que al animal de cuatro orejas, hembra y compañera del toro.

Marchaba la dueña á buen paso, ó para hablar mas propiamente, marchaba á buen paso el buen mulo; y por sus pasos sin contar, pues no debia estar para cuentas, se colocó bajo la ventana del aposento de la huérfana. La animacion de doña Inés se habia desvanecido poco á poco, y sobre su brazo, tendido en el mamperlan de la ventana, apoyaba su mustia frente, agoviada al peso de ideas, que si pesaran sobre un Atlante, pondrian á prueba sus grandes fuerzas, y quebrantarían su constancia. Su pensamiento estaba muy lejos de cuanto pasaba al rededor, pero saludaron los chicos, con silbidos tan estrepitosos, á la zarandeada Beatriz, que la huérfana alzó la frente, y viendo á su dueña dió un grito. Este grito no fué perdido, pues alzó Beatriz la cabeza, y dando un grito prolongado, sin pedir ayuda de nadie, se deslizó como mejor pudo por el cuello del noble macho, y

llegó sana y salva al suelo, sin otro incidente desagradable, que el de haberse prendido la saya en un trozo de rota pica, con lo que quedaron de manifiesto las enaguas blancas de la dueña.

Era Beatriz una muger á quien no pesaban las carnes, y en alas de su buen deseo, subió de un vuelo las escaleras y estrechó contra su ancho pecho la cabeza de doña Inés.

—Quince dias, dijo sollozando: quince dias he pasado sola desde que tuviste la crueldad de abandonar á tu nodriza, á tu....

—Perdóname, Beatriz. Hay momentos en que el destino nos hace marchar á su antojo, y no hay otro medio que seguirlo. He cumplido una obligacion tan sagrada para mí, dueña, como para una madre el alimentar al hijo de su corazon. Ya estas aquí: ya estamos juntas; y doy gracias á Dios por ello.

—Bastante trabajo me ha costado. En

el momento que me dejaste, me puse á discurrir, Inés mia, un medio de llegar á Burgos con seguridad y no tarde. Como católica que soy me encomendé á todos los santos; mas había rezado tres horas sin que se me ocurriese una idea, cuando escuché ruido de instrumentos y grande bullicio en la calle. Salgo corriendo á la ventana, y pregunto al primero que pasa: «¿qué significa este bullicio?» «¿No lo sabeis?» me replicó. «No lo se, como soy cristiana,» le dije. «Pues estais adelantada de noticias,» volvió á replicarme, y se alejó sin decir mas. No me desanimé por esto: á poco rato vi venir á una vecina muy devota, y que sabe cuanto sucede desde el palacio del obispo hasta la casa del sacristan. «Vecina, le dije: ¿qué hay de nuevo?» «Grandes cosas,» me respondió. «El Rey don Enrique marcha á Burgos.» Esta nueva fue para mí un rayo de luz, Inés mia. Sin comunicarlo con nadie, me pongo

una saya , arreglo mis tocas , y me voy derecha al palacio. Pregunto á un paje por el Rey : me dice que no puede verse: insisto con nuevo teson : me llama bruja y charlatana : vuelvo á la carga : él se resiste : yo le digo que esperaré hasta que salga : él me replica con enfado : él se plantó firme en sus trece : yo tambien me planto en mis catorce : y en esto aparece el Monarca. «¿Qué quiere esa dueña?» dijo el Rey. «Señor , le repliqué yo en el momento : soy la nodriza de doña Inés : de la huérfana de Avendaño.» Al escuchar el Rey vuestro nombre me miró con gran bondad , y me dijo : «Pide cuanto quieras , que de antemano lo concedo.» «¿Es verdad , señor , que vais á Burgos?» «En este instante , buena dueña.» «Quisiera caminar con vos hasta alli , para reunirme con doña Inés.» El rey llamó á uno de sus pajes , y le encargó que me acomodase en una de las mulas de carga , y que estuviese siem-

pre á la mira para que me tratarasen los soldados con consideracion y respeto.

La dueña se paró un instante para tomar algun aliento, y doña Inés agradecida á la fidelidad y amor que la manifestaba, estampó sus delgados labios sobre la frente de Beatriz. Por este beso cariñoso hubiera dado Bernal de Bearne, que estaba lejos, la corona del Rey de Francia: y don Lope, que estaba cerca, dió un suspiro tan hondo y amargo, como puede darlo un amante á quien no queda una esperanza. Este suspiro de Hinestrosa llamó la atencion de la dueña, que no habia reparado en el alcaide, ciega con el júbilo de ver á su desgraciada señora.

—Perdonadme, señor alcaide, le dijo Beatriz acercándose, si no os he saludado á mi entrada, como era de mi obligacion; pero el cariño que profeso á esta interesante criatura....

—Estás perdonada, Beatriz. Tú la amas lo mismo que yo, dijo don Lope

con tristeza, y se enjugó dos gruesas lágrimas.

—Mucho la amamos, dijo Beatriz; y ella....

—Y ella: y ella: repitió doña Inés. Ella sufre mas que los dos.

Tambien se desprendieron dos lágrimas de las pupilas de la huérfana, y parándose en sus mejillas, parecian las gotas de cristal que los escultores colocan en las mejillas de las vírgenes.

Se siguió un profundo silencio á las palabras de la huérfana. Todos padecian á la vez y aquella confusion de dolores era un bálsamo reparador para las llagas de Hinestrosa. Las simpatias que forma el placer son superficiales y pasajeras; pero las que nacen con el dolor son permanentes y profundas. Hay un millon de veces mas encanto en mezclar dos lágrimas tristes, que en confundir dulces sonrisas. Yo envidio á los amantes que lloran; yo me burlo de los que

rien. Hallo en los primeros un alma con fé, esperanza y caridad, á que yo llamaré creencia, porvenir y amor: veo en los segundos simples máquinas, que reciben un movimiento, y lo siguen sin contemplar de donde viene aquel impulso. En la felicidad todo sobra, los amigos y los amantes: en la desgracia todo falta: no hay consuelo que no se reciba, no hay proteccion que no se busque. Triste idea harian concebir de la naturaleza del hombre estas propensiones distintas, si no procediesen de causas tanto físicas como morales. El dolor concentra y la felicidad dilata: por eso el hombre que padece, con la gran fuerza de atraccion, reúne cuanto puede aliviar su pena; y el hombre que goza rechaza, no solamente los objetos que le son antipaticós ó indiferentes, sino tambien todos aquellos que no le inspira grande aficion y simpatias.

Vino á turbar este silencio la presen-

oia del paje Enrique, que haciendo sonar las espuelas, y con un rostro en que radicaba la mas espontánea alegría, dijo á doña Inés:

—Vengo, señora, de parte del Rey don Enrique.

—No lo dudo, replicó la dueña; te tiene tanto amor el Rey como si fueses una hija.

—¿Para qué me llama el Monarca? preguntó al paje doña Inés.

—El Rey sabe, señora mia, todo lo que habeis hecho por él, y os nombra su querida hermana. Si no me equivoco pretende que habiteis en el real palacio, al que llegarán muy en breve doña Juana Manuel y las hermanas del Monarca.

—¿Y vais á dejarnos, señora? preguntó Beatriz asustada.

—El Rey de Castilla, Beatriz, no me escaseará un aposento para que se aloje mi dueña: y ya conoces su bondad.

—Siete años hace, doña Inés, que ha-

bitamos bajo un mismo techo; á mi edad es triste, señora, separarse de las personas con quienes hemos habitado por muy largo espacio de tiempo.

—Don Lope, replicó la huérfana : en cualquier paraje donde yo habite, sereis recibido, señor don Lope, como á mi tutor, con el respeto que merece un caballero anciano.

Tomó su manto doña Inés, y con su ademán noble y franco se agarró del brazo del paje, y se dispuso para marchar.

—Adios, Inés mia, dijo la dueña: que no te quedes en palacio sin que me llesves á tu lado.

—Adios, doña Inés, dijo Hinestrosa. El Rey don Pedro pierde su corona, y le queda su juventud: yo pierdo mucho mas que el Rey, y me queda mi ancianidad.

Nuevas lágrimas se desprendieron de los ojos de doña Inés: hizo un saludo con la mano, y se alejó con paso firme.

distaba bajo un mismo techo; á mi edad
se triste, sehera, separarse de las perso-
nas con quienes hemos habitado por
muy largo espacio de tiempo.

—Don Lope, replicó la huérfana: en
cualquier paraje donde yo habite, seréis
recibido, señor don Lope, como á mi su-
lor, con el respeto que merece un caba-
llero anciano.

Tomó su manto doña Inés, y con su a-
leman noble y franco se agarró del bra-
zo del paje, y se dispuso para marchar.

—Adios, Inés mía, dijo la duéña; que
no te quedes en palacio sin que me ha-
ves á tu lado.

—Adios, doña Inés, dijo Hincastosa.
El Rey don Pedro pierde su corona, y la
queda su juventud; yo pierdo mucho
mas que el Rey, y me queda mi santa-
didad.

Nuevas lágrimas se desprendieron de
los ojos de doña Inés: hizo un saludo con
la mano, y se alejó con paso firme.

CAPITULO XIX.

La divina giustizia di qua punge
 Quell' Atila che fu flagello in terra,
 E Pirro e Sesto, ed in eterno munge
 Le lágrime che col bollor disierra
 A Rinier da Corneto e Rinier Pazzo
 Che fuero alle strade tanta guerra.

DANTE.

En el mismo salon de palacio en que vimos al Rey don Pedro rechazar los sabios consejos que le daba el señor de Labrit, y no tener luego valor para defender la ciudad, se encuentra ahora el Rey don Enrique, con Mossen Beltran de

Güesclin, Hugo de Carbolay, Bernal de Bearne, el mariscal Daudrehem y el noble prelado de Burgos. El obispo tenía la palabra, y en el rostro de don Enrique brillaba la satisfacción con que escuchaba al buen prelado.

—Señores, les dijo el obispo: yo miro como buena y santa la intencion que os ha conducido y que teneis en este momento de combatir contra los árabes, bien sea en el reino de Granada, bien en sus imperios del Africa; pero no es tiempo todavia, y os espondeis á malograr dos nobles empresas, que tendrán un seguro éxito si las llevais á cabo en sazón. ¿Cuál á sido vuestra primera idea al poner los pies en España? Volcar el trono de don Pedro, y levantar sobre sus ruinas otro trono para su hermano. ¿Creeis llevada á término esta empresa? Muy engañados estais, señores. Don Enrique reina ya en Burgos, en Calaborra y en Briviesca; ¿pero qué valen tres ciu-

dades en comparacion de tres reinos? Si os dirijís con vuestras gentes á la conquista de Granada, sucederán dos graves males. Quedando flaco don Enrique, revolverá sobre él don Pedro con ejército mas numeroso, y derribará facilmente un trono levantado el dia antes. ¿Y qué hará don Pedro, señores, cuando vencedor de su hermano pueda tomar cruda venganza de los que troncharon su cetro? Se dirigirá hácia Granada, y coligado con el moro os atacará por la espalda, mientras el árabe por el frente. Si esto sucede, caballeros, ni un soldado de la cruz blanca quedará á vida: y guay si despierta el leon que con su calentura duerme.

Este discurso del obispo dejó suspensos á los capitanes, y particularmente á Carvolay, que era el mas inclinado á marchar contra los árabes de Granada. Meditó el caballero inglés, y preguntó luego al prelado:

—Reverendo obispo, cuando pedimos la absolucion de nuestras culpas al Santo Padre, le ofrecimos muy formalmente ir á combatir contra los moros, para labar nuestros pecados en la sangre de los infieles: ahora bien: ¿creeis que combatiendo contra don Pedro de Castilla queda cumplido nuestro voto?

—Si lo creo, replicó el prelado sin vacilar un solo instante. La justicia divina ha lanzado contra don Pedro su anatema, porque mueve guerra á los cristianos y los asesina en la paz. Y tengo otra razon, señores. Despues que quede don Enrique pacífico posesor del reino, vuestros soldados y los suyos caerán sobre los sarracenos hasta arrojarlos de la Europa. Muy noble empresa, caballeros, y de recompensa magnífica. Yo he visto á la hermosa Granada, rica sultana de Occidente, sus palacios de mármol y oro, las mil torres de sus murallas, y los jardines de su vega, que en

anchas franjas de diamantes cruzan el Darro y el Genil, pueden saciar las ambiciones de cien poderosos Monarcas. En sus bosquecillos de naranjos se respiran suaves aromas, y bajo bóvedas de jazmines y de mosquetas se oye el murmurio de la fuente, y del rruiseñor el dulce trino. Borda la risueña alborada con perlas un tapiz de menudas flores, y en el caliz de cada azuzena hay una mariposa bella, que contrapone su matiz al blanco mate de la flor.

—Vamos á Granada, á Granada, exclamó Bernal de Bearne. Yo quiero vivir entre flores, y ver mecida por los céfiros la cabellera de una hurí. Vamos á Granada, señores. Bajo su cielo de záfiro, sobre su suelo de esmeraldas, y al través de los ajimeces, será mas hermosa la luz, serán las brisas mas suaves. En ese paraíso de amor, serán las miradas de fuego; y el alma, como los volcanes, arderá siempre sin consumirse, buscando nue-

vos combustibles por la simpatia de su ardor. Vamos á Granada.

—Bernal, le dijo don Enrique en tono de reconvencion.

—A Granada, Rey de Castilla, repitió Bernal con entusiasmo: pero cuando vengas con nosotros: cuando esté tan seguro tu trono y tan radiante tu corona como ese sol que nos alumbra.

—He jurado, añadió Gúesclin, no abandonar al Rey don Enrique mientras tenga un solo enemigo, y cumpliré mi juramento. Pedí al Papa mi absolucion, y me la concedió de gracia, ó mejor dicho, favoreciéndonos para cumplir la penitencia: estoy agradecido al Santo Padre: he servido con don Enrique contra el buen Principe de Gáles, y le tomé mucha aficion porque acometió á los ingleses, perdonadme, Hugo Carbolay, como el mismo Beltran Gúesclin, que tiene el honor de contarle. Yo no se si cumplo con el Papa; pero si he de faltar á alguno, per-

dóneme su Santidad, y quede gustoso mi amigo.

El mariscal opinó con Beltran; y el mismo Hugo de Carbolay siguió gustoso un parecer, que le dejaba en libertad para servir á don Enrique, á quien cordialmente estimaba.



deberse en justicia, y queda gustoso in
amigo.
El mariscal opina con Beltrán; y el
mismo Hugo de Carboloy siendo gustoso
un paracor, que le depara en libertad pa-
ra servir á don Enrique, á quien cordial-
mente estimaba.



CAPITULO XX.

Felise sasso che 'l bel viso serra!
 Che poi eh' avra ripreso il suo bel velo,
 Se fu beato chi la vide in terra,
 Or che fia duuque a rivederla in cielo!

F. PETRARCA

Los caballeros se marcharon, y quedó solo el nuevo Rey. Su imaginacion ajitada por tan diversas sensaciones, no habia tenido lugar de pararse sobre las graves consecuencias que debia dar de si naturalmente su proclamacion en Calahorra. Desde esta ciudad á Briviesca las fatigas y los peligros le habian impe-

didó pensar , pues entre el estruendo de las armas parecen leves los cuidados que la gobernacion de un reino exige del que se ciñe la corona. Su entrada triunfal en la ciudad de Burgos, cabeza de toda Castilla habia lisonjeado su amor propio; pero en el primer momento de soledad que tuvo , echó una mirada sobre el reino, y vió su triste situacion en la desnudez mas completa.

¿Qué era Castilla en aquel momento? Una monarquia dividida entre dos monarcas hermanos. Contaba don Pedro en su favor la posesion de diez y seis años, la legitimidad, el oro y tener por suyas las ciudades, los soldados, y los castillos. Tenia don Enrique en el suyo una opinion de liberal, la tirania de su competidor, y un ejército de extranjeros. Es verdad que muchos señores, ricos en estados y en nobleza, se iban acogiendo á su estandarte; pero el conde de Trastamara, que habia servido de nucleo, de

capitan y de soldado á las ligas contra don Pedro: que habia tenido prisionero en alguna accion á su hermano, y habia tenido que irse despues á buscar un asilo en Francia, ó á combatir en Aragon; sabia lo que podia esperar Enrique Segundo de sus poderosos vasallos.

¶ Dos cualidades de Monarca se distinguian en el Rey don Pedro: era la primera tener en mucho el decoro de su nacion y no permitir en ningun caso que Pontífices ó Monarcas atacasen su independencia: era la segunda una alta opinion de su dignidad real, que no le permitia mirar sin ceño á los orgullosos barones, que tomaban para si una parte, y que por medio de alianzas y de revueltas, tenian siempre en jaque al Monarca, sin saber adonde inclinarse, y sin poder permanecer firme en el lugar que habia elegido. ¿Estas cualidades del Rey podria conservarlas don Enrique? De ningun modo. Elevado por los extranjeros, tendria que

darles grande influjo, consideracion y riquezas: teniendo que atraerse á los nobles, lo conseguiria á fuerza de mercedes que aumentando su prepotencia, disminuirian notablemente el esplendor de la corona.

Este verdadero panorama fijó la vista de don Enrique, y antes de ceñirse la corona sintió las punzantes espinas que habian de taladrar sus sienas. Meditabundo y agoviado, apoyó los codos en sus rodillas, y ocultó su rostro entre las manos.

Completamente distraido no percibió los ligeros pasos que se deslizaban en la alfombra, y la huérfana de Avendaño se colocó frente del Monarca, sin que la sintiese don Enrique.

—Rey de Castilla, dijo la huérfana.

El Rey levantó la cabeza, vió á doña Inés, la tendió sus brazos, y despues de haberla estrechado con un cariño fraternal, la presentó un rico taburete de bro-

cado con franja de oro y la dijo:

—Te he mandado llamar, hermana mía, con un doble objeto. Deseo, en primer lugar, que habites en mi real palacio y tomes parte en el esplendor que rodea por do quier al trono; y en segundo que me des valor con tu firmeza, para sustentar esta carga, que está pesando sobre mis hombros.

—¿Quieres que yo te de valor?

—Si: tú sola, muger extraordinaria, puedes reanimarme con tu heroísmo, y hacer que ocupe dignamente ese trono que me preparan. Tú eres fuerte...

—Para sufrir. Yo tenia antes dentro del alma dos cualidades antipáticas, que eran los polos de mi carácter, y quizá me daban valor. Yo era amante como la tórtola; pero tan altiva como el Águila. Era muger en la desgracia y en la felicidad también; pero cuando amagaba el peligro, lo despreciaba como hombre. Msi manos de niña acariciaban la blan-

ca barba de mi padre y los cabellos de su esposa. Sentada sobre sus rodillas besaba con amor sus frentes, y si alguna vez me reprendian bajaba los húmedos ojos, mas humilde que la paloma. Mi corazón ardiente y tierno amó una vez, querido hermano; pero amó como los querubés, ó como el fénix, que se abraza para renacer de sus cenizas. He visto á un Monarca poderoso, y mas que poderoso cruel, querer abrumarme con el peso de una corona y de una espada: pero altiva, como la leona, desgarré su manto de púrpura, y puse mi pie sobre el cetro.

—¿Y no es heróica la muger, que humilla al tigre despiadado y desprecia su aguda garra?

—Asi era yo en tiempos pasados; ahora yo no se lo que soy. No tengo lágrimas que me alivien, ni una altivez noble y heroica: obro por un impulso extraño: tengo una fiebre que me rea-

nima, y una sed de venganza hidropica. Ven, Enrique ¿Ves ese lecho? en él estaba el Rey don Pedro, víctima de una pesadilla. Yo puse esta mano descarnada sobre su corazon de fiera, y esta mano pequeña y flaca rayó sobre su corazon, como la losa de un sepulcro. Yo apresuraba sus latidos, yo hacia retroceder su sangre, yo dificultaba su aliento y yo hubiera podido ahogarlo con apretar un poco mas. Que pequeño era el Rey entonces, y yo, don Enrique, que grande! El era el esclavo, yo la señora: yo era un Dios que podia destruirle con el movimiento de mi mano. Si hubieras escuchado sus palabras, y como con voz estentoria confesaba todos sus crímenes: si hubieras oido de sus labios que le acababan noche y dia cien y cien sangrientas fantasmas; que una le llamaba «fratricida», que «parricida» le decia otra; y otras mil y mil «asesino,» hubieras tenido compasion de él; pero yo no la tube

hermano. Exalté su imaginacion, debilité sus fuerzas físicas, y cuando lo creí oportuno le mandé que huyese de ti, y huye de ti como una dueña.

—Porque lo has arrancado, Inés, á mi venganza inevitable?

—Porque si hubiera permanecido en Burgos no te llamarían Rey de Castilla. Los burgaleses estaban prontos á perder sus vidas y haciendas por defenderle en esta ciudad; y si hubieses de tomar, Enrique, á todos los pueblos de Castilla como á Briviesca, vendrias á reinar entre escombros, y un trono levantado sobre ruinas con facilidad se desploma ¿Quieres tomar venganza de don Pedro? No seré yo quien te lo impida. ¿Conoces esta daga?

—Si: era del maestro de Santiago: era de mi hermano Fadrique.

—Esta daga ceñia don Juan la noche en que fué asesinado. Su mano robusta la dirigió sobre el corazon de don Pedro

Pedro no pudo romper su punta la acerada cota de malla. Quizá tu serás mas feliz y quedará vengada tu familia. Toma esta daga, don Enrique; á mi me queda un relicario.

Don Enrique cojió la daga, y despues de haberla besado se la colocó en la cintura. Habia gastado doña Inés todas sus fuerzas en una escena de tan dolorosos recuerdos, y cayó sobre su sitial con un aliento tan cortado, y una palidez tan extrema, que temió el Monarca por su vida. Pasó don Enrique su brazo por la cintura de la huérfana con un cariño maternal, y contempló de piedad lleno, aquel lirio casi marchito, que en la mañana de su vida habia perdido de repente los matices y la fragancia. Se reanimó al fin doña Inés, y el Rey la dijo:

—Hermosa hermana, ¿es posible que te abandones tan sin tréguas á tu dolor, que no tengas ni la esperanza de ser feliz en algun dia?

Sonrió doña Inés amargamente , cogió la mano del Monarca , y poniéndola sobre su pecho, le dijo:

—En tanto que late el corazón hay esperanzas en el alma: yo tengo la mía, don Enrique , y sin ella ni podría vivir, ni me sería la muerte grata. Está mi esperanza en el cielo. Allí me uniré con don Juan.

—¿Y esa esperanza es tu consuelo?

—Si es tan dulce ver á los que amamos entre las miserias del mundo, cuanto mas hermoso será verlos entre las brillantes aureolas que despide el trono de Dios?

—Tienes razon, hermana mia. La tierra es un ancho palenque , en el que se combate sin cesar : las coronas están en el cielo.

La huérfana y el Rey don Enrique se habian poseido poco á poco de una tristeza bienhechora , que calma mucho los dolores de las heridas de las almas. Los

pensamientos de venganza se habian borrado de improviso, y no se acordaba don Enrique de la corona que disputaba, ni la huérfana del asesino de su amante y del comendador su padre.

—¿Te vendrás á vivir conmigo? dijo don Enrique á la huérfana.

—Déjame pensarlo, hermano mio: mas bien conviene á mi dolor la triste soledad de una celda, que el alegre bullício de los palacios. Pero una celda no es posible mientras exista el Rey don Pedro.

Tienes razon, hermana mia: mientras exista el Rey don Pedro no habrá seguridad en los claustros, ni podrán las vírgenes puras del Señor alzar sus plegarias al Rey del cielo, sin recordar al de la tierra: sin temer su cólera insana, y sus sanguinarias violencias.

—¿Cuándo te coronas? don Enrique.

—El domingo de resurreccion en santa María de las Huelgas. ¿Asistirás, hermana mia, á esta solemne ceremonia?

— Si: es una fiesta de familia y no debo faltar á ella.

La huérfana se levantó, tendió la mano á don Enrique y le dijo con voz solemne:

—Hasta el domingo, Rey de Castilla. Yo fuí la primera á proclamarte en el consejo de Calahorra, te quiero ver con la corona y con el manto de los reyes. Hasta el domingo, Rey de Castilla.

CAPITULO XXI.

El que era nombrado Rey, habia de jurar á sus súbditos la observancia de las leyes y la intolerancia de toda religion fuera de la católica; y recibia de ellos el juramento que le hacian de fidelidad y obediencia. Pasaba despues á la catedral en el primer dia de domingo, y allí le consagraba el obispo de Toledo ó de otra ciudad en que estuviese la corte, ungiéndole la cabeza con el sagrado oleo.

MASDEU.

Amaneció el domingo de pascua, dia cinco de abril de mil trescientos sesenta y seis, y todas las campanas de Burgos anunciaron con sus repiques la Re-

sureccion del hombre Dios y otra ceremonia solemne que debia tener lugar en las Huelgas, y consagrar á don Enrique con el oleo que derramasen sobre su cabeza de Rey.

Todo el espacio que mediaba desde la ciudad al monasterio estaba cubierto de curiosos, que desde la salida del sol habian procurado acomodarse en el paraje mas oportuno, para ver con la mayor anchura la comitiva del Monarca, que á las nueve de la mañana debia dirigirse á las Huelgas. Era este convento fundacion de doña Maria de Molina, y se habia terminado su construccion á principios del siglo catorce. Rico en privilegios y en estados tenia su abadesa, que lo era siempre una dama muy principal y algunas veces una Infanta, jurisdiccion señorial con derecho de vida y muerte sobre el territorio y los vasallos sujetos á este monasterio.

La iglesia de Santa Maria es un templo

bastante mediano, y al que difícilmente puede señalarse orden propio de arquitectura. Parece en su mayor parte bizantino; pero tiene algunos adornos de gusto gótico, á cuyo orden parecia natural perteneciese, si se considera la época en que se sacó de cimientos.

La madre abadesa de las Huelgas habia mandado adornar el templo con todo el lujo que podia ofrecer una comunidad opulenta. Colgaduras de seda y oro cubrian de alto á bajo los pilares de la nave mayor y capillas, festonadas con frescas flores, que deslumbraban con sus matices y embriagaban con sus perfumes. Estaba el suelo tapizado, y en mil candelabros de plata ardian mil velas adornadas con flores de mano y con cintas: se quemaban en incensarios los mas delicados perfumes, que formando una nube blanca parecia que ocultaban en ella, como ocultó la del desierto, al Dios que adoraba Israel.

Salió don Enrique de palacio, acompañado de su esposa, de sus hermanas, de doña Inés, de Beltran Gúesclin, Hugo de Carbolay, el mariscal Daudrehem, Bernal de Bearne, el Conde de Denia, don Felipe de Castro, don Lope Martinez de Luna, don Gonzalo Mejia, maestre nombrado de Santiago, don Pedro Muñiz, maestre nombrado de Calatrava, y otros muchisimos caballeros franceses é ingleses, aragoneses y castellanos.

Esplendidamente vestida iba doña Juana Manuel, que tambien debia coronarse con su esposo. Esplendidamente vestidas las hermanas de don Enrique, y no menos esplendidamente doña Inés Sanchez de Avendaño, que habia dejado por un dia sus negros vestidos de luto, é iba sirviendo, como dama á la esposa del nuevo Rey. Los trajes de los caballeros ofrecian grande variedad; pues como de distintos paises, cada cual vestia al uso del suyo; pero todos rivalizaban

por el buen gusto y la riqueza. Marchaba el último don Enrique lujosamente ataviado, y retratándose en su rostro toda la satisfacción de su alma: pues una corona, aunque pesada, en ciertos momentos deslumbra.

Con aclamaciones de alegría recibió el pueblo al nuevo Rey, á su bella esposa y á la brillante comitiva: caminó esta con lentitud hasta llegar al monasterio, cuyas campanas anunciaron la proximidad de don Enrique.

Estaba en la Iglesia el obispo con todo el clero de la ciudad; y la municipalidad de Burgos con los vecinos mas notables por sus riquezas ó hidalguia. Tambien estaban allí las damas mas hermosas y principales, con aderezos de oro y piedras, que reververaban las luces de los mil candelabros del templo.

Entre las ilustres señoras, y no en paraje muy oculto, se hallaban las ami-

gas Urraca y Blanca, acompañadas de sus madres doña Beatriz y Berenguela. Se habian reconciliado las hijas, porque habian conocido por esperiencia que los ingleses y bretones lo mismo gustaban de rubias que de graciosas peli-negras. Las madres conversaban en voz muy baja, y doña Berenguela decia:

—Habeis visto doña Guiomar, qué mala ocurrencia han tenido en alojar á los caballeros en el palacio del Monarca. Esta resolucion ha dado al traste con tantas esperanzas risueñas. Don Hugo no ha visto á mi Urraca: se me vaya de las manos una boda que me parecia cosa hecha.

—Lo mismo digo del Mariscal, respondió su vecina. En la gran cena de palacio procuré llamarle la atencion, pero solo sabia el maldito engullir escelentes manjares y desocupar sendas copas. En cambio del noble mariscal tengo alojado un capitan de compañía que corre tras

de mi pobre Blanca, y dice que quiere abrazarla.

—!Ay! vecina, replicó doña Berenguela, vuestro alojado es capitán; pero el mio no es mas que un alférez, y hace lo mismo con Urraca.

Mucho mas hubieran durado las lamentaciones de las damas, si la presencia del Monarca no hubiera llegado á interrumpirla. Se presentó pues don Enrique, y los regidores y el clero se apresuraron á recibirle, é inmediatamente dió principio á la ceremonia segun el uso de los godos.

Se colocaron de una parte los ricos-homes de Castilla, los diputados, el obispo de la ciudad de Burgos y los concejales de la misma: puesto tomaron en la otra los aragoneses y extranjeros, quedando en medio don Enrique. El obispo de Burgos, que habia sido nombrado para que tomase el juramento al Rey, se acercó á él; y presentándole los evangelios, le dijo:

—¿Jurais á Dios y sobre los santos evangelios guardarnos fiel y lealmente los antiguos fueros y privilegios?

Don Enrique tendió su mano sobre el libro, y respondió: *SI: SI JURO.*»

—¿Jurais gobernarnos con arreglo al antiguo uso, y como lo hicieron los primeros Reyes de Castilla?

—«*SI: SI JURO*» repitió D. Enrique.

—«Jurais no tolerar en estos reinos otra religion que la catolica, y perseguir á sangre y fuego todas las demas?»

—*SI LO JURO.*

—Y nosotros os juramos, Rey don Enrique, fidelidad y entera obediencia á nombre del reino de Castilla.

«Todos lo juramos, dijeron los ricos-homes castellanos, los diputados y municipales de Burgos.

—Inclinad vuestra real cabeza, Rey don Enrique de Castilla, añadió el obispo. Yo en nombre de Dios omnipotente y como obispo consagrado de la buena

ciudad de Burgos, derramo sobre vuestra frente el oleo sagrado que os consagra. Yo fulmino los anatemas de la iglesia é invoco las iras del cielo sobre el que atente de cualquier modo contra vuestra persona sagrada.

«Amen» respondió don Enrique. Después se ciñó una corona, y colocó otra sobre la frente de la hermosa doña Juana Manuel

Muchos caballeros y damas besaron la mano del Rey; pero doña Ines fué la primera. Acabada esta ceremonia llamó don Enrique á Beltran y le dijo:

—Beltran Gúesclin, yo don Enrique Segundo de Castilla, te doy el condado de Trastamara, y te confirmo los demas títulos y feudos que te doné en Calahorra.

—Beltran Gúesclin dobló la rodilla, é hizo pleito omenaje al Monarca.

—Hugo de Carbolay, añadió el Rey, te doy el condado de Carrion, para tí y y para tus descendientes.

Hugo hizo lo mismo que Beltran.

—Conde de Denia, continuó diciendo don Enrique, yo te otorgo el marquesado de Villena, que á mi amada esposa pertenece.

El Conde dobló la rodilla, y como los dos anteriores hizo tambien pleito omenaje.

Continuó haciendo mercedes el nuevo Monarca, y cuando llegó á Bernal de Bearne le dijo:

—He recompensado buenos servicios de la manera que he podido, pero, amigo Bernal, los tuyos has de recompensar tú mismo. Pide cuanto te plazca, Bernal, y tenlo ya por otorgado.

—Señor, le repuso el Bearnés, soy hijo de un Principe ilustre, de Gaston Febo, Conde de Foix y señor de Bearne: su generosidad me basta y no necesito mas feudos. Sin embargo voy á pedir os una joya de mas valor que cien imperios.

—Habla.

—Os pido humildemente la mano de Inés de Avendaño.

Antes que respondiese el Monarca, apareció un caballero armado y con la visera calada: se paró delante del Bearnés, y dijo con voz firme y solemne:

—Antes de ser esposo de Inés, mantendréis el palenque conmigo.



—Habla.
 —Os pido humildemente la mano de
 la de Averghana.
 Antes que respondiese el Monarca
 apareció un caballero armado y con la
 visera calada: se paró delante del Rey
 y dijo con voz firme y solenne:
 —Antes de ser esposo de Inés, man-
 tendreis el palenque cerrado.



LOS DOS REYES.

PARTE TERCERA.

Batalla de Nágera.

CAPITULO I.

Memoria del bien pasado,
No me aflijas ni atormentes,
Que el hacer discursos tristes
No es para tiempos alegres.

ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

En el palacio de Angulema festeja la hermosa princesa de Gáles á los bizarros caballeros, que forman su brillante corte y los ejércitos del príncipe. Todos los capitanes ingleses de mas merecimientos y fama: todos los varones de Bur-

deos y de las comarcas vecinas: todas las damas mas notables por su nacimiento ó su belleza poblaban los ricos salones de aquella corte caballeresca.

Enrique, príncipe de Gáles, se habia propuesto por modelo los Bernaldos y los Roldanes, y dejando su pais natal, tomó el gobierno de las ricas provincias que la Inglaterra poseia en la parte meridional de la Francia, á cuyos Reyes guerreaba con próspera fortuna, arrancando hojas á las lises, para alfombrar el rojo campo en que su leopardo pisaba. Unido á una muger hermosa y sobre manera entendida, pasaba el príncipe de la tosca tienda de campaña, á un palacio casi encantado, en el que los rudos guerreros cambiaban de vida y maneras, para rendir incienso y culto á aquella beldad siempre Reina; ya se atendiese al nacimiento, ya á la belleza y discrecion.

En este palacio de Hadas tiene lugar un baile magnífico, que habia ocupado

por muchos días la atención de las nobles damas y de los bizarros caballeros. Para armonizar con el lujo que se desplega en las estancias, era preciso recurrir á lo mas rico en pedrerías y á lo mas precioso en estofas. Iluminados los salones por magníficos candelabros, se reflejaban sus claras luces sobre aderezos de diamantes, que con la rapidez del baile parecian estrellas perdidas en un cielo de tornasoles. Es cada dama mas hermosa, cada caballero mas galan: y los sacerdotes de Marte al dejar la menuda cota y la cincelada armadura quedaron enteramente descubiertos á las inflamadas saetas que les dispara el rapaz niño desde los ojos de las bellas. Los mas formidables guerreros, los que entraban á escala vista almenados castillos, y clavaban sobre las torres sus siempre triunfantes banderas: aquellos cuyos nombres ilustres eran repetidos en las batallas como grito de victoria y



guerra; los que habian empapado sus manos en la sangre de capitanes, por sus altos hechos temidos, doblan humildes las rodillas y bajan las altivas frentes ante una hermosura desdeñosa, que se goza con el noble triunfo y los humilla mas y mas. Allí se deja ver la omnipotencia que ejerce en esta edad galante la mitad hermosa de la especie: edad en que los trovadores y caballeros disputan ante las damas el premio del valor y del ingenio, ya en los festivos juegos florales, y ya en los brillantes tornéos. Edad de emblemas y de motes en la que viste el paladin los colores de su señora, y lidia en las justas y las guerras por su Dios, por su Rey y por su dama.

Entre tan brillante concurso destella la princesa de Gáles, y su luz, como la del sol, oscurece cuantos luceros han titilado un solo instante. Es el retrato de doña Inés, y se parece en esta época, cuan-

to puede parecerse una rosa marchita por los huracanes, á otra que acaba de tender sus pétalos en una mañana de abril. Por lo demas, los mismos ojos, el mismo noble continente y hasta el mismo metal de voz. Siete años antes hubiera sido difícil distinguirlas. Hoy es la princesa la realidad y doña Inés solo la sombra: la una es el presente y el porvenir, la otra lo pasado no mas. No se diferencian en años, se diferencian en dolor; y esta edad ficticia consume mas, cuenta las semanas como meses, y hay algunas horas tan largas, que marcan una arruga mas y arrancan algunos cabellos. Horas que cuenta el infeliz por la pulsacion de sus arterias, y es cada pulsacion una herida en lo mas sensible del alma.

¿Mas por qué discurrir si hay penas, cuando nos hallamos en un baile? ¿No es mas oportuno respirar el suave perfume de las flores sin poner el dedo en la espina? Medite la pobre viuda sobre el

abandonado lecho, si perdió con su tierno esposo comodidades y placer: lloren los huérfanos desgraciados ante el retrato de su padre, porque un hijo debe llorar siempre á los que le dieron el ser: llore y medite el padre honrado, que suda y trabaja asiduamente sin que baste tanto sudor para alimentar á los hijos que le piden pan sollozando: pero nosotros que asistimos á tan magnífica función; nosotros que vemos el mundo por un prisma de hermosos colores: nosotros que no conocemos ni la miseria ni el dolor, debemos gozar y reír.

En el dintel de una ventana hay dos jóvenes seductoras, que entrelazan sus blancas manos y juran permanecer unidas en todo el resto de la noche. No es un cariño fraternal el que les impone el juramento: tienen celos una de otra, y se imponen la esclavitud porque ninguna quede libre. En el dintel de otra ventana están Chandos y Pennebroc,

dándose mil seguridades y haciendo protestas de amistad, y Pennebroc y Chandos codician una ocasion de hablar al principe en secreto para indisponerlo con el otro. Una dama de treinta años se pone enferma de repente, para que la conduzca á su alojamiento un buen mozo de diez y ocho, muy interesante y muy tímido. ¡Con qué destreza aquella jóven de tez sonrosada y ojos negros recibe el billete perfumado que la presenta un jóven rubio al sacarla para bailar! ¡Cómo adulan á la princesa aquellas dos brillantes damas, que murmuran de ella en secreto, porque es mas bella y poderosa! Cómo se inclinan ante el principe aquellos viejos Senescales, que codician mas distinciones y la donacion de nuevos feudos! Los enemigos se dan la mano, las damas rivales se acarician, los cortesanos se prosternan; cuánta vil passion está encubierta bajo los brocados y el oro!

Está bien adelantada la noche: un caballero se presenta: cruza el salon con arrogancia: saluda al príncipe con nobleza, y sin detenerse un instante á recibir los parabienes de los mas ilustres personajes que con distincion le reciben , sin dignarse echar una mirada sobre mugeres tan hermosas y tan ricamente ataviadas, se dirige á la jóven princesa, que al verlo venir se adelanta, y le tiende con amor su mano. El caballero se la besa, y conduciéndola á un parage algo menos henchido de gente, la dice:

—Vengo, hermosa prima, á pedirte una gran merced, y espero encontrarte tan buena, como lo has sido siempre, para un deudo á quien honras mucho.

—Siempre soy la misma; y los recuerdos de la infancia estan tan vivos en mi alma, como el dia que nos separamos, tú para combatir como hidalgo, y yo para ser noble esposa del heredero de Inglaterra. ¿Pero cómo te encuentro,

Bernal, en nuestra ciudad de Angulema, cuando te juzgaba en Sevilla con el conde de Trastamara?

—Hace media hora, hermosa prima, que he llegado á tu régia corte. Amigo leal de don Enrique, he combatido como noble hasta asentarle sobre el trono, y deberes, para mí sagrados, me han hecho venir con premura á la ciudad que tu embelleces. Supe que dabas un sarao; quise hablarte esta misma noche, y apenas sacudido el polvo vengo á pedirte la merced, que te he indicado en un principio.

—Habla, Bernal. Si necesitas todas las joyas de mi adorno, para pagar á tus soldados, me despojaré de ellas al punto y las tendras sin dilacion.

—Conozco tu generosidad; pero soy rico, como sabes, y aun puedo ofrecerte diamantes, que enriquecerán tu tocado sin aumentar una belleza por los trovadores cantada y de los guerreros senti-

da. Vengo á pedirte solamente una audiencia particular....

—¿Cuándo has necesitado audiencia para presentarte en mi estancia? ¿Cuándo no ha podido Bernal....

—No la solicito para mi. La reclamo para una dama; pues si fallecieses, prima mia, todos creeríamos ver en ella tu sombra pálida y marchita ciertamente, pero seductora y divina. Esa dama solicita hablarte, y yo te suplico la recibas en una audiencia particular, y cuanto mas pronto sea posible.

—En este mismo instante si quieres.

Bernal reflexionó un momento, y luego dijo á la princesa:

—Bien puede esperar á mañana: está cansada del camino, y tú no debes dejar un baile, del que eres dos veces la Reina. Mañana á las diez, si te place, tendrás con ella la entrevista.

—Mañana á las diez sin falta alguna.

—Adios, adios, hermosa prima: cada

muestra de tu cariño aumenta mas gratitud. La vida de Bernal de Bearne ha sido tuya desde niño: por ti la perderá gustoso.

—¿No quieres gozar un momento de este magnífico sarao?

—Me es imposible estar mas tiempo: juzga si lo sentiré en el alma, cuando me separo de tí.

—¿Has saludado, Bernal, á mi esposo?

—Muy lijeramente, princesa.

—¡Siempre ese odio hácia el de Gáles!

—No acabará nunca el motivo!

—¡Bernal!

—Te empeñé mi palabra y la cumpliré esactamente.

—Saluda al príncipe.

—Lo haré.

—Bernal, á las diez estaré dispuesta.

—Hasta las diez, hermosa prima.

Bernal atravesó el salon, se llegó al

príncipe de Gáles , y le saludó cortésmente.

—¿Habeis hablado á la princesa? le preguntó el príncipe Enrique.

—Unas cuantas palabras no mas.

—¿Permanecereis mucho tiempo en nuestra ciudad de Angulema?

—Tres dias no mas, príncipe Enrique. Con vuestro permiso.

—Id con Dios.

Bernal se salió de la estancia y el baile se acabó á su tiempo.

CAPITULO II.

Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa,
Ni se estimó la perla
Hasta dejar la concha.

Dirás, que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas
Volvieron venturosas.

No mires los ejemplos
De las que van y tornan,
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.

LOPE DE VEGA.

Han dado las diez de la mañana, el príncipe de Gáles espera á un personaje de gran nombre, y quiere aparecer ante sus ojos con el esplendor digno del prín-

cipe mas poderoso de la Europa. En una cámara magnífica y de capitanes rodeado, cuenta impaciente los segundos que tarda en presentarse el viajero, por que la humillacion de un hombre que ha hecho bajarse muchas frentes al solo imperio de su voz, dejará satisfecho el orgullo del heredero de Inglaterra.

La mampara se estremeció: Chandos entró el primero en la estancia, y casi al mismo tiempo un personaje á quien conducia por la mano. Al verlo el Principe dejó su asiento y se adelantó á recibirle: el personaje se inclinó con muestras de profundo respeto, habiéndose descubierta antes, y con doliente voz le dijo:

—Señor, yo soy don Pedro de Castilla, heredero de Alonso Onceno y legitimo señor del reino: don Enrique el Bastardo, ayudado de Beltran Gúesclin, y de otros muchos, me ha arrojado de mis dominios, contra toda razon y derecho. Yo nunca hubiera imaginado que un bastardo lle-

gase á ser Rey, y Dios no puede permitirlo. A vos, que sois el mas poderoso de cuantos principes existen: á vos, que sois de sangre real, espléndido, atrevido y cortés, pido socorro en mi desgracia, y me quejo del atentado que han cometido contra mi.

El príncipe miraba á don Pedro con compasion y con orgullo. Aquella humillacion estrema, aquellas súplicas humildes hechas por don Pedro el Cruel, por el Monarca ante quien temblaban los ricos homes de Castilla, el aragonés y el navarro, acrecentaban la importancia de Enrique, príncipe de Gáles, y era don Pedro el escabel, que mas su grandeza realzaba. Dudó el principe unos momentos; mas acercándose al Rey destronado le dijo con cierta bondad, claro signo de proteccion, y colocándole el sombrero:

Cubríos, don Pedro, con el sombrero que os habeis quitado por estremada cortesia, y no tengais la menor duda que

del mismo modo que lo pongo sobre vuestra cabeza real, colocaré en ella muy en breve la corona de las Castillas, aun que me costase el recobrarla todos mis estados y la vida.

—Señor, replicó el Rey don Pedro, yo no sé como agradeceros la buena voluntad que manifestais á un Monarca prófugo por la deslealtad de sus vasallos. Si logro con vuestros ausilios reconquistar corona y cetro, vos sereis el solo señor y yo un vasallo nada mas. Ante todos los que me escuchan os hago leal pleito homenaje por mi corona de Castilla, el que repetirán mis sucesores á vos y á los que de vos vengan.

Mucho se holgó el príncipe de Gáles de tan lisonjeras razones, y para confirmar este pacto mandó á algunos de sus caballeros, que trajesen generosos vinos y que los sirvieran en sendas copas.

Mientras conversaban los príncipes condujeron cuatro españoles una magnífica

mesa de oro , en cuyo centro habia un carbunclo que despedia radiante luz, y presentándola el rey don Pedro al príncipe le dijo:

—Recibid, señor, esta alhaja , que heredé del rey Alonso, mi buen padre, y que adquirió un abuelo mio por rescate del rey de Granada, á quien tuvo en larga prision.

—Joya es, rey don Pedro , de valor, y procuraré recompensarla con la corona de Castilla. Id tranquilo á vuestra pesada y tened entera confianza en la amistad de Enrique, príncipe de Gáles.

Don Pedro saludó profundamente , y se encaminó á su posada. El príncipe hizo conducir al aposento de su esposa la rica mesa que le habia dado el castellano.

masa de oro, en cuyo centro había un
 coroncillo que despedía radiante luz, y
 presentándola el rey don Pedro al prin-
 cipe le dijo:

—Recibid, señor, esta alhaja, que
 heredé del rey Alonso, mi buen padre, y
 que adquirió un abuelo mio por rescate
 del rey de Granada, á quien tuve en lar-
 ga prision.

—Joyas es, rey don Pedro, de valor, y
 procuraré recompensarla con la corona
 de Castilla. Id tras ella á vuestra posesi-
 ón y tened entera confianza en la amia-
 dad de Enrique, príncipe de Gales.

Don Pedro saludó profundamente, y
 se encaminó á su posada. El príncipe hi-
 zo conducir al aposento de su esposa la
 rica mesa que le había dado el caste-
 llano.

CAPITULO III.

Y sawthee weep: the big bright tear
 Came ó er thire eye of blue;
 And thau me thought et did appear
 Aviolet droppeng dew

BYRON.

La princesa habia dicho á Bernal que estaría dispuesta á las diez para recibir á la dama, y mucho antes de llegar la hora estaba vestida con sencillez, pero con esquisita elegancia. Sentada sobre ricos cojines, y absorta en meditaciones profundas, deshojaba una rosa blanca, cuyos pétalos arrancados matizaban su falda azul, como matizan leves

espumas la superficie de los mares y ligeras nubes la inmensidad de los espacios.

Muy mala noche habia pasado la hermosa princesa de Gáles. Adormecidos sus recuerdos por una ausencia prolongada, se habian reanimado de improviso con la presencia del bearnés; pues no se compra impunemente la satisfaccion seductora de volver á ver lo que amamos. La sola presencia de Bernal hubie-
ra turbado sin duda el dulce sueño de la bella; pero la misteriosa cita y una gran parte de sus palabras habian despertado en la princesa una inquietud inexplicable, y de las pálidas cenizas nacia una llama destructora al soplo ardiente de los celos. La princesa y Bernal habian pasado bajo el mismo techo algunos años de la infancia y de la primera juventud. Tiernas y continuas atenciones se habian prodigado los primos; pero como el amor de los niños es una dulce simpatia, gozaban sin saber por qué, y jamas pronun-

ciaron los labios esa palabra sacramental que une los destinos para siempre: ese «yo te amo» que embellece nuestra existencia ó la sumerge en el dolor. Solicitó el principe de Gáles la mano de esta beldad niña; y sin consultar su corazón se llevó á cabo un matrimonio, muy ventajoso á la verdad, segun las convenciones sociales, pero que debia clavar alguna espina en el pecho de la desposada. Al separarse de su prima lloró Bernal, como lo que era, como un niño. Se pasaron algunos años en la ausencia; mas cuando se volvieron á ver se convirtió en amor la simpatia, y el bearnés no pudo callarlo. Llorando lágrimas de hiel confesó su amor y su pena; pero la esposa lloró en silencio y supo cumplir sus deberes. La princesa amaba al bastardo, como los ángeles á Dios: no le fingió cru-
do desden; mas le exigió solemne palabra de no requerirla de amores en ninguna ocasion ni lugar. Esta palabra se

habia cumplido; pero habia procurado Bernal vivir lejos de la muger que tanto amaba y del hombre que aborrecia.

Quando vió el bearnés á la huérfana no la adoró por ella misma: halló un retrato de la princesa, y se enamoró del retrato. Quando amamos á una muger y no conseguimos poseerla, nos alimentamos de semejanzas, y desde la pintura que cubre un botecillo de pomada hasta otra muger parecida, todas reciben nuestro incienso, y en todas tributamos culto á la que adora el corazon, como se tributa á la Virgen Madre en las estatuas de los templos. La misma tristeza de Inés y su debilidad creciente eran, respecto de la princesa, una distincion, y para Bernal un atractivo. Las mugeres frescas y lozanas agitan mucho los sentidos: pero muy pocas veces llegan hasta el fondo del corazon. Las delicadas, por el contrario, ponen su trono sobre el alma, y hay una mezcla de cariño y de compasion al

mismo tiempo, que no las perjudica en nada. Sacudimos al fresco capullo para que nos abra sus pétalos; movemos con tiento la rosa por temor de que se deshoje. No es tan corrompido el género humano, como á primera vista parece: hay cierta generosidad innata que simpatiza con el débil, y rechaza la fuerza con la fuerza. Bernal empezó amando á doña Inés como copia: pocos dias despues creyó amarla como un original sagrado; desde que ha vuelto á ver á su prima no sabe aquíén ama ni cómo.

Mientras hemos divagado un poco, seguia la princesa ocupada en deshojar su rosa blanca; y repetia maquinalmente estas palabras del bastardo: «La reclamo para una dama; pues si fallecieses, prima mia, todos creeríamos ver en ella tu sombra, pálida y marchita ciertamente, pero seductora y divina.» Despues vió la rosa deshojada, y dijo con triste sonrisa: «Yo arranco las hojas de esta flor con tré-

mula mano , y la del tiempo despiadada arranca tambien una á una las ilusiones de mi alma.»

La puerta de la estancia se abrió , y apareció en ella el bastardo , dando su brazo á doña Inés. La princesa se levantó: Bernal se la indicó á la huérfana , y saliendo con rapidez dejó solas á las dos damas.

Dió doña Inés algunos pasos hácia la princesa de Gáles , que la miraba con una atencion estremada , y la princesa quedó inmovil. La huérfana estaba mas delgada , su tez mas pálida y trasparente , y las dos manchas encarnadas que descubrimos en sus mejillas al encontrarla en Calahorra , mas reconcentradas y mas vivas. La respiracion de su pecho era fatigosa y ardiente: sus ojos un poco vidriados se animaban y se abatian con una rápidez singular , y su voz vibrante y metálica era interrumpida alguna vez por una tos seca y pulmonar. Las dos

damas se contemplaron en silencio, hasta que esforzándose la princesa dijo á la huérfana de Avendaño:

—Mi primo Bernal de Bearne solicitó anoche una audiencia para una dama, y segun veo sois vos....

—Si, princesa de Gáles. Mi nombre no será conocido en una corte de los festejos con el descanso de la guerra. Yo me llamo Inés de Avendaño: soy hija de un comendador de Castilla, y fui la prometida esposa de un hijo de don Alonso Onceno.

—¿Y qué puede hacer en vuestro obsequio la esposa del principe de Gáles?

—Mi padre murió asesinado por mandato del rey don Pedro: mi madre murió de dolor, y la causa fue el rey don Pedro: el Infante don Juan, mi prometido esposo, murió asesinado tambien á la vista del rey don Pedro: las almas de los tres están juntas sobre las estrellas y el sol; la sangre de los tres está en la tier-

ra, y pide veñganza, señora.

—¿Vive el Infante, doña Inés, en vuestro corazon?

—Princesa, él es la sangre que le alienta: él es el tósigo que le mata.

La princesa se llegó á la huérfana: la cogió con amor por la mano y la condujo á los cojines, en los que tomaron asiento. La esposa del príncipe respiraba con libertad, y habia desaparecido de su frente una nube que la empañaba. Estrechó la mano de doña Inés y la dijo:

—Esa memoria amarga bien necesita, amiga mía, los consuelos de la amistad: yo deseo proporcionaros cuanto pueda daros una muger. Derramad lágrimas en mi seno, y yo procuraré enjugarlas: llamadme, doña Inés, vuestra hermana, y yo lo seré afectuosa: discurrid lo que pueda agradaros, y todo lo tendreis aqui.

La huérfana inclinó la frente sobre el pecho de la princesa y derramó abun-

dantes lágrimas : eran las primeras que vertia desde la muerte del Infante. ¡Qué mal consolamos los hombres ! Nuestra estóica filosofia quiere sofocar el santo grito de la naturaleza herida ; y si consigue ahogar su voz , irrita mas y mas las llagas : pero la unción de la muger, que consuela diciendo, llora , es un bálsamo bienhechor , que si no cura, dulcifica los mas penetrantes dolores.

Doña Inés se sintió aliviada despues de haber llorado , é imprimió sus labios marchitos en la mano de la princesa. Esta , cada vez mas interesada en la suerte de la Avendaño , la dijo llorando tambien:

—Muy amargo es , amiga mia, alimentarse con la memoria de los muertos ; pero tenemos la certeza de que no dejarán de amarnos , y es imposible tener celos. Sentimos una especie de orgullo contemplando nuestro aislamiento ; y en los ensueños de dolor oímos una voz

que nos grita: «La vida es corta y la eternidad nunca acaba.» El alma no arrastra cadenas, y el pensamiento se levanta hasta los alcázares de Dios.

—¡Oh! estar siempre sola en la tierra!

—Es una ventura, hermosa Inés. La mas terrible de las penas, la que no puede imaginarse sin que se ericen los cabellos, y sin que el sudor bañe la frente, es tener un hombre en la memoria, mientras otro nos estrecha entre sus brazos: sentir sobre nuestros labios ardientes un beso compasado y frio, y que beban con impuros labios las lágrimas que arranca el despecho, el remordimiento ó la vergüenza, cual si fueran lágrimas de amor.

—La princesa hablaba con fuego, y sus ojos negros y rasgados, destellaban como dos soles: Inés la miraba en silencio, y no comprendia como una dama tan opulenta, tan ilustre, tan respetada y tan querida sabia presentar del dolor el

lado mas triste y siniestro. Comprendia con instinto de muger que la esposa del noble principe estaba lejos de ser feliz; pero no veia de qué parte habia salido el dardo funesto, ni la mano aleve que se habia atrevido á lanzarlo. Queriendo pagar á la princesa el interes que se toma por sus dolores, la dijo:

—No tengo, señora, ni vuestro poder, ni vuestros medios; pero mezclaré mi llanto al vuestro si os considerais desgraciada.

—Yo desgraciada! dijo la princesa con una risa tan amarga que las contorsiones del tormento serian nada en comparacion: los placeres me rodean siempre, y cien palaciegos y otros cien están mirando mis pupilas para seguir el movimiento que les indique con mis ojos. Este palacio tan espléndido es mio, y el príncipe de Gáles adivina mis mas recónditos deseos. Tiene mi voluntad por ley y....

—Cuánto me alegro, noble princesa, de que ejerzais todo ese prestigio sobre un esposo que os adora. He venido á reclamar de vos una merced inestimable...

—Sí, hablemos de vuestra venida, que hemos perdido tal vez un tiempo muy necesario y muy precioso.

—Sí, muy precioso á la verdad. No ignorareis, noble señora, que don Enrique de Trastamara consiguió arrojar de Castilla á su hermano.

—Lo sé, amiga mia, y mucho me huelgo que don Enrique ciña una corona tan brillante. Le conozco mucho, doña Inés; es un cumplido caballero, que ha combatido contra mi esposo en los ejércitos del Rey de Francia, siempre con valor y lealtad.

—Asi atenderéis mas mi ruego. El Rey don Pedro de Castilla está en Burdeos, y viene á reclamar socorros del noble príncipe de Gáles, para reconquistar el reino.

—¿Es posible?

—Sí, ilustre princesa: vos que por lo discreta y por lo bella debeis imperar sobre vuestro esposo, no le permitais que se interese en favor de un tigre....

—Asi lo haré. Todo lo que yo pueda con el príncipe estará en favor de don Enrique: y....

La puerta se abrió con violencia y cuatro caballeros entraron una rica mesa de oro, en la que destellaba un carbunco.

—¿Es posible?

—Sí, hasta cierto punto: vos que los 100 lo
 decís y por lo bella habéis llegado
 sobre vuestro espazo, un momento
 que se interese en favor de un niño.

—Así lo haré: Todo lo que yo pueda
 con el trabajo estar en favor de dar
 libertad.

—¿Y si se quiere con voluntad
 y la guerra se sigue con voluntad
 contra cobardes que no tienen
 ni de oro, ni lo que hostilidad un ser
 humano.

—¿Y si se quiere con voluntad
 y la guerra se sigue con voluntad
 contra cobardes que no tienen
 ni de oro, ni lo que hostilidad un ser
 humano.

—¿Y si se quiere con voluntad
 y la guerra se sigue con voluntad
 contra cobardes que no tienen
 ni de oro, ni lo que hostilidad un ser
 humano.

CAPITULO IV.

Pazzo chi al suo signor contraddir vuole,
Sebben dicesse che ha vedutto il giorno
Pieno di stelle, é a mezza notte il sole.

LUDOVICO ARIOSTO.

Sorprendida quedó la princesa al ver
aquella magnífica alhaja, y doña Inés,
que la conocia, lanzó un grito ahogado y
doliente. La presentacion de la mesa no-
ticiaba á la de Avendaño la llegada del
rey don Pedro, y el verla en aquel lugar
la decia que el príncipe estaba dispuesto

:

á favorecer al Monarca, pocos días antes destronado. Para la princesa era un misterio la venida de los caballeros y del rico don que traían; y dirigiéndose á uno de ellos, le preguntó:

—¿Tendréis la bondad de decirme de quién viene tan rica ofrenda?

Sin dar lugar á que respondiesen se presentó el principe de Gáles, acompañado de su corte, y se adelantó hácia su esposa. Bernal se quedó en el dintel, rodeado de algunos caballeros, que le estimaban, cual merecia, por su valor y su nobleza. Cuando vió la princesa á su esposo le repitió la misma pregunta que habia dirigido al caballero: aquel, lleno de vanidad, la respondió:

—Querida esposa, el rey don Pedro de Castilla, destronado por un bastardo y unas compañías de aventureros, (el principe dijo estas palabras con sarcasmo, y Bernal que dió algunos pasos, volvió á reclinarse en el dintel,) ha venido á pe-

dirme socorros , y me ha presentado , como ofrenda , esa alhaja de gran valor que yo te destino , señora.

La princesa quedó turbada , miró con interés á la huérfana , cambió una mirada con Bernal , y contestó al príncipe:

—Antes de agradecerte , señor , el rico don , que me manifiesta tu liberalidad y tu cariño , quisiera saber si te lo han dado como paga de algun socorro , que el rey don Pedro te demanda.

—Antes de responderte , señora , quisiera saber qué motivo tienes para no recibir este don , sin saber antes el por qué me lo ha presentado don Pedro.

—Vuestra observacion es muy justa , y voy á satisfacerla al punto . Si me ha de costar esta alhaja estar separada de ti , y á tí la sangre de tus vasallos , yo no puedo recibir una joya que á tan alto precio se paga.

—Tu mucho amor , esposa mia , te hace mirar grandes peligros en donde solo

hallaré gloria. He prometido al Rey don Pedro ceñirle de nuevo la corona, y nunca faltó á mis palabras. Marcharé á Castilla, señora, y arrojando de ella al bastardo, restableceré al Rey legitimo sobre el trono de San Fernando.

—Es imposible, principe Enrique.

—Señores, dijo el principe á sus cortesanos: el amor de esposa la ciega, y porque no me separase de su lado me tendria bordando tapices, haciéndome cambiar la espada por el ovillo y por la aguja.

Los cortesanos aplaudieron esta gracia del principe; y solo Bernal dijo en voz alta: «que le parecia de mal tono.» El principe iba á responderle, mas se adelantó la princesa, y mirando á los circunstantes con desagrado y una altivez, que les hizo bajar los ojos, dijo:

—He nacido bastante noble, para apreciar bien el valor, y me avergonzaria de pertenecer á un mal caballero, á un

cobarde. No deseo yo, principe Enrique, que troqueis la lanza por la aguja, ni en una edad de paladines habrá muger que quiera darle una ocupacion tan pacifica. Nosotras bordamos las bandas que han de decorar el arnes, y cien veces la mas hermosa es el galardón del mas valiente. Mejor querria ser la viuda del heredero de Inglaterra, muerto en el campo del honor, que partir con él la corona, creyéndolo indigno de llevarla. No me opongo yo á que pelees: cada corona de laurel que ciña tu frente arrogante dará una hoja para la mia, y pueden ser tantas Enrique, que me formen una corona. Conquista ciudades y castillos: la Europa presenta ancho campo, y contra el musulman del Africa te llama la religion de Jesucristo. Pero batallar en Castilla contra un Rey bueno y generoso, para entronizar á una hiena, no es digno de ti, principe Enrique. Tampoco es digno de estos guerreros, que han encane-

cido bajo el casco, y que cuentan sus hechos de armas por las honrosas cicatrices que decoran sus robustos miembros. No es digno de ti proteger al Rey don Pedro de Castilla, y por lo mismo no lo harás

El principe quedó aturdido, de haber escuchado á su esposa producirse con un calor tan singular. No podia conocer la causa del odio que profesaba la princesa al Rey don Pedro de Castilla, y procuraba adivinarla. Paseó sus miradas por la estancia: vió á la huérfana sin hacerla caso, pero cuando la fijó en la puerta y encontró á Bernal de Bearne, creyó haberlo adivinado todo, y con voz imperiosa dijo:

—Antes de comprometer mi palabra medité detenidamente sobre este negocio importante: me creo, señora, mas enterado de la politica y de la guerra que una dama, muy entendida á la verdad, pero á quien no permite su sexo

conocer á fondo estas materias. Prometí á don Pedro ayudarlo, y ahora le juro y le prometo por Dios y por mi hijo, no descansar un solo instante hasta esterminar á don Enrique.

—Señor, dijo doña Inés arrodillándose; os engañan miserablemente, y el Rey don Pedro de Castilla os deslumbra con sus promesas. Arrojado de sus dominios, mas por la voluntad de Dios que por la fuerza de los hombres; desdeñado por el portugués, y errante de provincia en provincia, os ofrecerá montes de oro y hasta la mitad de su reino; mas si se asienta sobre el trono, si recobra su poderio, no encontrarán vuestros soldados ni las precisas vituallas para no morir-se de hambre. Nada importa que jure por Dios guardar fielmente los tratados. Bajo la fé de su palabra llegó hasta Sevilla un Rey moro, y el Monarca y sus caballeros fueron asesinados vilmente para robarlos, noble príncipe. ¿Creeis

que os librarán los beneficios de las asechanzas del tirano? No, príncipe de Gáles; no, no. El noble maestre de Santiago le habia conquistado á Junilla, y lo remuneró asesinándolo. Vuestra sangre es noble, es de reyes: nieta de reyes doña Blanca fué asesinada por don Pedro: si los principes no la vengan, ¿quiénes tomarán su venganza? Yo os suplico, príncipe Enrique, y si es preciso yo os lo mando en nombre de Dios omnipotente, que no deis auxilio á don Pedro.

—Decidme señora, ¿quién sois? preguntó el príncipe admirado.

—Me llamo doña Inés Sanchez de Avendaño, y soy la sombra del Rey don Pedro.

—Está, loca sin duda alguna, dijo el príncipe á media voz.

—No está loca, replicó Bernal adelantándose imponente. Cuanto esa dama ha proferido es de una verdad absoluta;

y yo, el bastardo de Bearne, lo sosten-
dré á pie y á caballo.

El príncipe miró á Bernal, despues á su esposa, y dirigiéndose á Juan de Chando, dijo:

—Despues de lo que acaba de decirnos el caballero Bernal de Bearne, no es ocasion de vacilar. Llama por medio de mis heraldos á todos los ilustres guerreros que siguen mi triunfal bandera y marcharemos á Castilla.

Doña Inés iba á suplicar, pero Bernal la levantó, y llevándosela hácia la puerta dijo al príncipe:

—Príncipe de Gáles, hasta Castilla!

...y por el estado de la tierra y la...
...de la propiedad...
...Hijos de la tierra...
...en España y en el extranjero...
...de la propiedad...
...—Exposición de la...
...nos ref. en el...
...de la tierra...
...hijos de la tierra...
...que según el...
...de la tierra...
...Hijos de la tierra...
...la tierra...
...Hijos de la tierra...
...—Principio de...
...de la tierra...
...de la tierra...

CAPITULO V.

A pesar de los ciclos y la tierra
Couduje á salvo la adorada carga.

MARTINEZ DE LA ROSA.

Al salir Bernal del palacio ardía su frente como una hoguera, y su corazón se rompía. Todas las palabras del príncipe se habían dirigido á humillarle, y quizá había perjudicado su presencia á la causa de don Enrique. La princesa de Gáles, aquella muger de sus recuerdos y de su porvenir quizá, había padecido por él; y cada sarcasmo del príncipe ha-

bia sido una espada de dos filos para el corazon del bastardo. Ademas de su orgullo herido sufrió tormentos de otra especie, y al ver juntas aquellas dos damas tan desgraciadas y tan hermosas, la una en brazos de su enemigo y la otra sin mas esperanza que el sepulcro, sentia tan distintos afectos, que no podia decirse á si mismo á cuál de las mugeres mas amaba, ni qué especie de amor sentia. Ocupado con estas ideas marchaba con gran rapidéz y en un silencio sepulcral: la huérfana le seguia con trabajo, y su respiracion afanosa manifestaba claramente los progresos de una enfermedad, que debia acortar su existencia.

Doña Inés se paró de pronto, y tirando del brazo á Bernal, le dijo:

—Deteneos un momento, señor: pues siento una opresion que me ahoga.

A estas palabras de la huérfana volvió ensi el bearnés, y mirándola tiernamente:

—Perdonad, señora, la dijo, si herido por la amarga repulsa que el príncipe se ha dignado darme, me olvidé de vuestros sufrimientos, y apresuré tanto mi marcha. ¿Quereis tomar algun descanso en estas casas inmediatas?

Doña Inés movió la cabeza, para indicar que no queria, y permaneció fija en su puesto. Bernal la miraba azorado; la huérfana se estremeció, y abriendo sus labios marchitos, un torrente de sangre espumosa se precipitó sobre sus vestidos, sobre los de Bernal, y sobre el suelo. No lanzó un quejido doña Inés, pero se quedó desmayada: el bastardo la cogió en sus brazos: estuvo unos instante inmóvil, cual si le hubiera herido un rayo: mas saliendo de su estupor, estrechó la huérfana contra su seno y corrió las calles, como un loco, hasta conducirla á su posada.

Estaba en la puerta el paje Enrique, que los habia acompañado á Angulema;

ÿ saliéndoles al encuentro, preguntó á Bernal de Bearne:

—¿Qué sucede, noble señor?

—Todo se ha perdido, fiel Enrique. El principe de Gáles convoca sus huestes para conducir las á Castilla, y está moribunda doña Inés.

El paje quiso partir la dulce carga que conducia el noble bastardo; mas Bernal no lo permitió, y subieron juntos la escalera. Dió el paje repetidos golpes en la habitacion de doña Inés, y abrió la puerta en el momento el anciano alcaide de Carmona.

Hay escenas tan palpitantes que toda descripcion es pálida, y deberia confiarse al pincel lo que es imposible á la pluma. Tiene el pintor sobre el poeta una ventaja incalculable: el uno presenta los hechos en el momento de pasar, y el otro tiene que contarlos; no se necesita discurrir para notar la diferencia.

Cuando vió el alcaide á doña Inés, sin-

tió tan distintos afectos, que era imposible conocer cuál dominaba. La primera espresion de su fisonomia fue estúpida, las cejas un poco arqueadas, la boca abierta, y los ojos sin movimiento. Despues se puso su faz lívida, sus ojos destellaron llamas y se comprimieron sus labios. En una especie de frenesi quiso arrebatarse al bastardo la preciosa carga de la huérfana; pero el bearnés le rechazó, y siguió marchando adelante, sin detenerse en su carrera, hasta llegar al aposento de la hermosa, y depositarla en su lecho. El paje entró inmediatamente y poco despues Hinestrosa.

La fisonomia del alcaide habia variado segunda vez. Un sudor frio bañaba su frente, y gruesas lágrimas rodaban por sus angulosas mejillas. Puesto de rodillas junto al lecho movia los labios sin hablar y ahogaba dentro de si el aliento, para no perder el de la enferma. Bernal á la cabecera de la cama, oprimia su fren-

* te entre las manos, y se levantaba su pecho con respiracion afanosa. Enrique, á los pies de la cama, contemplaba aquel triste cuadro, y se mesaba lentamente su espesa barba con los dientes y con las manos. A pesar de esto era el mas tranquilo, y dirigiendose á Bernal:

—Señor, le dijo, creo mas necesarios para esta dama los auxilios de un buen doctor, que las lágrimas de dos amantes. Vos conocereis en Angulema alguno, y si teneis á bien nombrármelo, no tardaré mucho en traerlo.

Bernal no replicó palabra: dejó su asiento con prontitud, se llegó á un bufete de nogal, tomó una tira de pergamino y escribió en ella estas palabras: «Doña Inés se muere, prima mia; necesito un doctor que la asista, y te ruego que me lo envíes. Bernal.» El bastardo dobló el billete, lo entregó al paje y le dijo:

—Ve, Enrique, al palacio del príncipe de Gáles: llega á las habitaciones de la

princesa, da mi nombre, y entrégala este pergamino.

El paje bajó la cabeza y se dirigió hácia el palacio.

Mientras estaba escribiendo Bernal, se habia apoderado don Lope de una mano de doña Inés, la que estrechaba contra su corazon y con sus lágrimas humedecia: pero tímido como un niño, que quiere apoderarse de un dulce sin que su familia lo note, miraba alternativamente á la huérfana y al bastardo, y entre comprimidos sollozos murmuraba:

—¡Inés! querida Inés! si vuelas tan joven y hermosa á los cielos, no te asientes junto á don Juan, porque tendré celos desde aqui. Colócate, Inés, entre las vírgenes, y cuando Dios me llame á si, distinguiré tu voz entre todas, y mis ojos no se apartarán del paraje en que tú te encuentres. Libre alli de todo recelo, cantaré con los serafines el «Hosanna» y sobre mi rugosa frente destellará un rayo

divino, haciéndola jóven y hermosa. Y tú, Dios mio; tú que eres árbitro de vida y muerte, si se necesita un holocausto para calmar tu justo enojo, caiga la segur sobre mi cuello, y viva la tórtola blanca, que embellecerá los jardines. Inés! querida Inés! toma el lento fuego que me anima y aumenta con él tu existencia. Añade mis cortos dias de vida á los tuyos: muera yo para que tú vivas; pero derrama una sola lágrima sobre la tumba del anciano.

Bernal habia acabado su billete, y se volvió á la cabezera. Hinestrosa soltó la mano, y siguió orando en voz mas baja. El bearnés no tenia sosiego: se levantaba á cada instante; llegaba su boca á la de la enferma para respirar mejor su aliento; la ponía su mano en la frente, y la llamaba con dulce voz. Daba vueltas de vez en cuando haciendo crujir el pavimento, y cuando en el sillón se echaba, no podia quedarse en reposo. Hines-

trosa, por el contrario, permanecía siempre de rodillas, inmóvil y mudo en su dolor.

Para explicar la situación de los dos amantes de Inés, vamos á decir unas palabras, que la pondrán de manifiesto, y nos evitarán seguir los movimientos de la enferma hasta que el doctor se presente.

CAPITULO VI.

Pídele á Dios que me valga,
Y ya que no soy amado
De Elvira bella, vengado
Del reto á lo menos salga.

LARRA.

Al terminar la segunda parte dijimos, que se habia presentado un caballero en Santa Maria de los Huelgas, y que habia retado á singular combate al que pretendiese la mano de la huérfana doña Inés. Este caballero era Hinestrosa. Aco-

sado siempre don Lope por sus celos y por su amor, habia querido concurrir á la coronacion de don Enrique, porque asistia á ella su pupila; y como en aquellos siglos de hierro no era mal traje el de soldado en las mas brillantes ceremonias, se vistió Hinestrosa el arnés, para poder guardar su rostro, y que no apareciese autorizando un valido del Rey don Pedro la coronacion de su hermano.

Cuando, como premio de sus servicios, pidió el bastardo de Bearne la mano de la hermosa Inés, sintió el viejo alcaide un estremecimiento galvánico, y sin esperar á que respondiesen la de Avendaño y el Monarca, sin saber él mismo lo que hacia, se adelantó con paso firme, y teniendo en su corazon mayores fuerzas que en su brazo, formuló el arrogante reto contra los pretendientes de Inés. La aparicion del caballero y lo estraño de su demanda causaron en los concurrentes una particular sorpresa. Se mira-

ban unos á otros, como pidiéndose esplicacion de lo que acababa de pasar; pero todos se encogian de hombros, sin acertar á discurrir sobre el misterioso personage. Las damas particulamente forjaban curiosas novelas; y algunas que estaban enteradas de los amores de la huérfana, aseguraron á sus vecinas, que aquel armado caballero era el malogrado Infante don Juan, que desde el seno de la tumba venia á impedir un matrimonio, que hacia estremecer sus cenizas. Esta conseja fué acogida con avidéz por los concurrentes, que se apretaban mas y mas para ver al desconocido.

Como es natural en todo aprieto, empezaron á oirse algunos gritos; y Hugo de Carbolay, que no entendia ni una palabra del idioma de Alfonso el Sabio, creyó aquellas voces de tumulto, tal vez dispuesto por los amigos de don Pedro y acaudillado y promovido por el arma-

do caballero. Hugo, naturalmente arrojado, creyó acabar con la dificultad como Alejandro con el nudo, y llegándose al caballero intentó alzarle la visera. Estaba Gúesclin á su lado, y antes que pudiese efectuarlo le detuvo el brazo y le dijo:

—Tu lealtad al Rey y tu arrojo te ban á llevar, Hugo amigo, á un extremo muy poco digno para un caballero como tu. Solo se ha presentado ese hidalgo ante una reunion de guerreros: y para retornos, como lo ha hecho, se necesita corazon. Yo no permitiré jamás que se le ofenda en lo mas minimo: solo tendrá justo derecho para pretender ver su rostro el que haya cogido su guante.

Hugo y otros muchisimos caballeros pretendieron alzarlo, mas ya lo habia verificado el bearnés; y adelantándose á Beltran le dijo:

—Has hablado bien, noble breton, y yo solo tengo derecho para ver la faz á ese hidalgo, pues á mi se dirige el re-

to, y está su guante en mi poder.

Despues dirigiéndose al armado, añadió:

—¿Tendreis á bien, noble caballero, alzar un punto la visera, para que conozca la faz del que me reta?

—Ya la veis.

Hinestrosa alzó su visera, y como al sello de los años habia añadido el del dolor nuevas marcas y nuevas huellas, dió Bernal una carcajada, contemplando el competidor que queria probar su pujanza. Hinestrosa quedó impassible: y mirando á Bernal con nobleza, le dijo:

—Bíen veo que mis años os mueven á risa, señor; pero debeis tener en cuenta que quien reta á un contrario valiente, está decidido á morir.

Entre caballeros avezados á poner la vida en peligro en los asaltos y las batallas, no era asunto muy importante la terminacion de un desafio. Beltran y Carbolay fueron encargados en dividirles el

sol y el campo, y la comitiva volvió á palacio en el mismo órden que se habia dirigido al templo.

No habló doña Inés una palabra durante la escena anterior, á pesar de ser el motivo de tan ruidoso desafio; mas asi que llego á palacio llamó á Bernal á su aposento, y le dijo:

—Bien sé, señor, que seria inutil pretender no se verificase un reto, hecho en público, y admitido del mismo modo. Vuestro competidor Hinestrosa cuenta sesenta y dos años de edad, y está acabado, como yo, por padecimientos terribles. Es seguro que triunfareis; pero sin conseguir gran gloria por haber rendido á un anciano.

Doña Inés se calló de pronto, y Bernal tambien guardó silencio, hasta que pareciéndole que la huérfana esperaba respuesta:

—Señora, dijo, habeis manifestado vos misma que es imposible dejar en sus-

penso un reto hecho en público y aceptado del mismo modo. ¿Qué puedo hacer en este caso?

—Nada temo por vos, Bernal: sois joven, robusto é intrépido, y si os place, en pocos momentos acabareis con un contrario débil, padecido y anciano. Juradme por el honor de un caballero que no atentareis á su vida.

—¿Amais á ese anciano, señora?

—No le amo, ni podré amarle nunca; pero si muere en el combate, tendré un torcedor en mi conciencia como si fuera su asesino.

El bearnés se quedó suspenso: meditó un breve instante, y llevando la mano de Inés á sus labios, la dijo:

—Don Lope de Hinestrosa no perecerá en el combate. Lo juro por mi honor doña Inés, y por mi amor que es tan sagrado.

A las nueve del dia siguiente salieron de Burgos Bernal, Carbolay, don Lope

Hinestrosa y Beltran, sobre poderosos caballos y vestidos de todas armas. Habian convenido en que el duelo se verificase sin mas testigos que los capitanes mencionados, y para que asi sucediese se alejaron á todo escape hasta una legua de la ciudad. Llegados á paraje oportuno partieron el sol á los campeones; y colocados á la distancia que mas conveniente creyeron, animaron á sus corceles con el acicate y la rienda, cubriéndose con los escudos y trayendo en ristre las lanzas. Eran desiguales las fuerzas para que no lo fuera el choque: Bernal quedó firme en la silla; pero Hinestrosa vino al suelo. Acudieron á su socorro: Bernal se bajó del caballo, y don Lope se levantó sin herida alguna, aunque magullado del golpe. En la coraza del alcaide no habia señal de hierro de lanza, aunque era indudable que el golpe lo habia recibido en el pecho. Esta circunstancia admiraba á Beltran Gues-

clin y á Garbolay; pero salieron de su asombro notando que estaba el asta del bearnés sin cuchilla. La buscaron entre la arena sin hallarla hasta llegar al mismo sitio del que habia partido Bernal. Este hallazgo les esplicó cuanto el bastardo se callaba, y tuyo término el combate quedando cumplida la palabra que habia dado el bearnés á la huérfana.

A las once estaban de vuelta los cuatro nobles caballeros, y poco despues se encontraron en el aposento de doña Inés el vencido alcaide y Bernal. Don Lope habia entrado primero; pero su rival se presentó antes que pudiese explicarse. Al verlo llegar Hinestrosa bajó los ojos ruborizado y con voz balbuciente y cortada dijo á la huérfana:

—Señora: conoció mi debilidad y arrancó el hierro de su lanza, para no pasarme el corazón. Me ha derrivado con una caña. El es digno de vos, señora; yo soy un anciano miserable.

Don Lope salió del aposento dejando solo con la huérfana á su valeroso rival.

—Señora, dijo el de Bearné, pedí en el templo vuestra mano al Monarca de las Castillas. ¿Condescendeis vos á mi ruego?

—Apenas me habeis visto, señor, y no será vuestra pasión muy grande.

—Ha crecido mucho en poco tiempo, y no se extinguirá jamás. Sin vuestro amor no hay para mi dicha, y del mismo modo que podeis elevarme sobre los ángeles y los querubines podeis hundirme en un infierno.

—¿Creeis que valga mucho la esperanza en el corazón de un amante?

—Vale la mitad de su dicha.

—De aquí á dos años, noble Bernal, podreis llamarme vuestra esposa.

Un gemido sordo se oyó en un aposento inmediato: era Hinestrosa que habia oido las últimas palabras de Inés.

Don Lope siguió viviendo siempre con la huérfana de Avendaño: Bernal la ofre-

cia sus respetos, viviendo con una esperanza muy remota, pero que convenia mas al bastardo que una posesion inmediata: pues como ya saben nuestros lectores amaba en la hermosa castellana el retrato de la princesa.

Pasaron acontecimientos, que diremos en otro lugar, y supo doña Inés que don Pedro iba á pedir proteccion y ayuda al guerreador principe de Gáles. Fija en su propósito de seguirlo como una sombra vengadora, propuso á Bernal que la acompañase; pues su parentesco con la princesa podia serle bastante útil. Hines-trosa la acompañó como de costumbre, y Enrique, que se habia propuesto no abandonar á doña Inés, la siguió á Burdeos y Angulema, en cuya ciudad nos hallamos.

cas sus respetos, viviendo con una espe-
ranza muy temida, pero que conve-
nia mas al estado que una posesion inme-
diata: pues como ya saben nuestros lee-
dores estaba en la hermosa castellana el
trato de la princesa.

Passaron acontecimientos, que diramos
en otro lugar, y sepo dña Inés que don
Pedro iba á pedir proteccion y ayuda al
guerrador principe de Calles. Fija en su
propósito de seguirlo como una sombra
vengadora, propuso á Bernal que la
acompañase; pues su parentesco con la
princesa podia serle bastante útil. Hines-
trota la acompañó como de costumbre,
y Enrique, que se habia propuesto no
abandonar á doña Inés, la siguió á Bur-
deos y Angulema, en cuya ciudad nos ha-
llamos. En no pocas cosas de las que
se iban sucediendo, se acordó con el
principe, que se quedaba en Burdeos,
y Enrique, que se dirigia á París, con
el fin de ir á ver á su madre.

CAPITULO VII.

Casi somos iguales

¡Oh dulce y clara fuente!

Yo en continuar mis males,

Y tu a questa corriente.

Si dices, que me escedes.

Yo digo, que te escedo:

Porque tu cesar puedes,

Y yo cesar no puedo

DON ESTEVAN MANUEL ED VILLEGAS.

A pocos momentos de haber salido de Bernal, lanzó la huérfana un suspiro, y se movió lijera-mente: el bastardo se levantó para ob-servar sus movimientos, y don Lope , siempre de rodillas con las manos jun-

:

tas sobre el pecho y los ojos en doña Inés, continuaba rogando á Dios con una fé santa y ardiente; porque en los grandes infortunios está nuestra esperanza en Dios, y en su misericordia el consuelo. Un segundo suspiro mas largo siguió al primero de la enferma, y sus hermosos ojos negros se abrieron con lentitud, como cuando se despierta de un sueño ó muy penoso ó muy profundo. Lanzó su primera mirada en torno del lecho, y vió de un lado sobre su frente la noble cabeza del bastardo, en cuyos ojos se leía inquietud, amor é impaciencia; y del otro al anciano alcaide, tan abatido y resignado como un reo al pie del cadalso. Las pupilas de doña Inés se cubrieron de una ancha lágrima, que despues rodó lentamente hasta perderse entre sus labios, pero no manifestó la enferma aquella ansiedad comun á todos los que padecen de improviso una peligrosa dolencia. Reconcentrada en su in-

terior, reunió sin esfuerzo las ideas, y con una sonrisa dulce tendió una mano á cada lado, como muestra de agradecimiento, á sus afligidos amantes. El bastardo la cogió con ansia y estampó en ella un beso ardiente con la impetuosidad de sus carácter: Hinestrosa por el contrario la tomó con sumo respeto y la regó con tristes lagrimas.

No gozaron por mucho tiempo de este inestimable favor. Leves arrugas se marcaron sobre la frente de doña Inés, y con un movimiento convulso retiró ambas manos á un tiempo y las colocó sobre su pecho. En la mirada de Bernal leyó la huérfana una reconvencion amarga; en la de Hinestrosa, profunda gratitud por el bien que habia recibido.

- Esta escena muda habia afectado sobre manera á las tres personas reunidas que la estaban ejecutando. La enferma hizo un grande esfuerzo para mostrar una sonrisa, y el bearnés tubo que vio-

lentarse mucho, para coordinar una frase.

—¿Como os encontráis? preguntó.

—Bastante bien, replicó la huérfana. El pecho no me duele tanto, y se han mitigado las fatigas. Mucho padecí en el palacio y creí mas de una vez ahogarme. Gracias, Bernal: os doy mil gracias por cuanto habeis hecho por don Enrique, por cuanto habeis trabajado por mi.

—Pensad en vos, hermosa Inés, y no atormentéis vuestra memoria con recuerdos ni con cuidados: pienso ademas que el hablar mucho puede causaros algun daño.

Doña Inés sonrió de nuevo, y el médico apareció en la puerta acompañado del buen paje.

La fisonomia del doctor era enteramente simpática: ojos azules y rasgados, labios finos y blancos dientes, tez sonrosada y frente ancha, no muy poblada de cabellos, pero no enteramente calva, y

cuarenta y cinco años su edad. Médico de una corte galante, y de una princesa distinguida por su belleza y su talento, estaba dotado de maneras muy caballerescas y finas, y no revelaba su lenguaje ni la incapacidad de los necios, ni la presuncion de los sabios. Bernal se adelantó hácia él, y el médico le saludó con el respeto que merecia un caballero de su clase.

Aprovechando este momento en que podia hablar sin que le oyesen, manifestó al doctor en pocas palabras lo que habia sucedido á la huérfana, para que el médico no ignorase la gravedad de la dolencia, y no alarmar á doña Inés con el relato de su mal. La enferma no apartaba los ojos de Bernal y del sabio médico, y cuando llegaron á su cama les dijo con dulce sonrisa:

—Mucho agradezco, noble Bernal, la discrecion que manifestais, diciendo en secreto mi dolencia por temor de cau-

sarme alarma; pero esa precaucion es inutil. Sabed, doctor, que llevo muchos meses arrojando esputos sanguinos, y que se sale de mi pecho la sangre que ardiendo me ahoga.

El médico y Bernal se miraron: Enrique se limpió los ojos, y el alcaide murmuró entre dientes: «la tisis, la tisis, la tisis.»

Se llegó el doctor á doña Inés: examinó su pecho detenidamente, y aun cuando conoció á primera vista toda la gravedad de su dolencia, procuró aparecer tranquilo, y la dijo:

—Bella señora, por mas que parezca alarmante esa sangre que habeis arrojado en un momento de fatiga y de sensaciones penosas, no debeis concebir temores; y yo aseguro á nombre de la ciencia que os restablecereis en un todo. Esa sangre no es de los pulmones, y con una sangria inmediata....

—Sí, dijo doña Inés, sangradme. La

sangria debe desahogar el corazón, como las lágrimas los ojos. En cuanto á curarme, doctor, no tomeis muy grande fatiga, porque mi llaga es muy profunda, y no la cicatrizan bálsamos.

Crejó el médico que la huérfana hablaba de su enfermedad, considerándola muy arraigada, y la repuso:

—Sois bastante jóven para luchar contra la dolencia, que no es tan antigua, ni grave como os habeis imaginado. Tiene la naturaleza recursos que multiplica en ocasiones, y que ayudados por la ciencia llevan á un término feliz.

—La ciencia! murmuró doña Inés.

—No quiero dar á mi profesion, continuó el médico, mayor importancia que tiene. Hay un árbitro de los destinos que ha fijado vida á las plantas, á los insectos, y á los hombres: no hay esfuerzo humano que añada una página mas al libro en que estan escritos los dias; pero si logramos disminuir la

acritud de muchos dolores, y allanar un paso la senda, bastante erizada de espinas sin las enfermedades físicas, no es nuestra mision en la tierra ni despreciable, ni sin fruto. Mas debe, señora, la humanidad al que benda la herida hecha por el hierro de aguda lanza, que al que sin piedad la blandió.

Sonrió la huérfana tristemente, y tendiendo su mano al médico, le dijo:

—Elegid la vena que os plazca: me convencen vuestras razones y no desespero de mi cura. Despues añadió entre si misma: ¡«Qué importa a. médico que haya muerto el que daba vida á mi vida! Quiere curar la enfermedad, como si no estuviera en el alma. ¡Falsa es la ciencia que no distingue los dolores del corazon y la ardiente fiebre del espíritu!

Hicieron traer lo necesario para efectuar la sangria: Bernal cogió la palangana y con una rodilla en tierra se dispuso á sostenerla en tanto que ligaba el doctor

el brazo, y mientras estregaba un poco la piel para que se hinchase la vena. El paje cogió una bujía y don Lope alargaba el cuello, estremeciéndose á cada instante al ver abierta la lanceta, que debía sacar nueva sangre á la heredera de Avendaño. Con suma destreza hirió el médico: doña Inés se estremeció un poco, y un ardiente chorro de sangre salió de su vena con fuerza y bañó el rostro y los vestidos del jóven intrépido Bernal. Hinestrosa vió saltar la sangre, y conociendo por instinto que iba á caer sobre el bastardo, quiso participar de su dicha, y corrió á ponerse de rodillas á la derecha del bearnés. Su movimiento fué muy rápido; pero llegó tarde el anciano, y aquellas gotas encarnadas que no quiso enjugar Bernal, solo fueron para el bastardo; y otras gotas enrojecían el agua caliente, formando una especie de nube ó de columna de humo que se disipaba lentamente, para dar lugar á otra nueva,

como sucede en los nacimientos del agua, cuando brota entre menuda arena ó entre pizarras desiguales.

El bearnés veía salir la sangre con un júbilo extraordinario, porque su imaginación de jóven le hacía creer en una curación momentánea. Hinestrosa movía la cabeza, porque sabía muy bien que el daño estaba en el alma de Inés, y que con sacarla aquel bálsamo no dilatarían una existencia, de poco valor para ella, que veía su dicha en el sepulcro.

La huérfana miró serena correr su sangre en abundancia, y la mayor palidez de su rostro fué la que manifestó á su médico la necesidad de bendar la cisura, antes que sufriera algun vértigo. La mano fue vendada al punto: el doctor dispuso cuantas medicinas creyó convenientes, y manifestó á Bernal que tenía orden de la princesa, para permanecer toda la noche al lado de la enferma, por si un nuevo ataque tenía.

Don Lope, el médico, Bernal y el paje rodearon el lecho de la huérfana, la que durmió unas cuantas horas, y amaneció muy mejorada.

Apenas habia salido el sol, cuando salió el médico de la estancia, y una hora despues entraba en ella acompañando á la princesa.

Sorprendido quedó Bernal con tan imprevista visita; y no menos suspenso Hínestrosa. Se adelantó el bastardo en silencio, y cogiendo la mano de su prima la condujo á la cabezera del lecho, en el que estaba Inés dormida con un sueño mas apacible y con una respiracion mas facil. La esposa del príncipe de Gáles la consideró atentamente, y llegándose al oido de Bernal le preguntó:

—¿Habeis pasado aqui la noche?

El bastardo bajó la cabeza, para manifestar que si, y la princesa se alejó, despues de haber encargado á su primo que la cuidase con esmero.

Don Lope, el médico, Bernal y el pa-
 jo rodearon el lecho de la princesa, la
 que habiéndose levantado, y amans-
 ción muy mejorada.

Apenas había salido el sol, cuando sa-
 lió el médico de la estancia, y una hora
 después entraba en ella acompañado de
 la princesa.

¡Sorprendido quedó Bernal con tan im-
 prevista visita; y no menos suspensos li-
 nestras. Se adelantó el bastardo en si-
 lencio, y cogiendo la mano de su prima
 la condujo á la cabecera del lecho, en el
 que estaba ya dormida con un sueño
 muy espacioso y con una respiración mas
 fácil. La esposa del príncipe de Gales la
 consideró atentamente, y llegándose al
 oído de Bernal le preguntó:

—¿Haber pasado aquí la noche?

El bastardo bajó la cabeza, para no
 manifestar que sí, y la princesa se alzó,
 después de haber encargado á su primo
 que le cuidase con esmero.

CAPITULO VIII.

Pues no hay mayor sufrimiento
Ni mas crudo padecer
Que un grave daño temer
Y no saberlo al momento.

CALDERON.

No se engañó el médico inglés: la huérfana se mejoraba cada dia, y á los ocho dejó la cama, triste y pálida como siempre, pero mas desahogado el pecho y su corazon mas tranquilo. Cuando padece el alma mucho alivia una dolencia grave los sufrimientos del espíritu, y la pérdida de las fuerzas produce un sopor saludable, y embota con la languidez al-

gunas espinas penetrantes. El estado de convaleciente tiene sus placeres peculiares, muy parecidos á la embriaguez producida á fuerza de opio. Inés gozaba de este estado, y hacia siete años que la huérfana no se habia encontrado tan bien.

Un dia que estaba sola con Enrique, le mandó acercarse junto á ella y le preguntó con recato:

—¿Qué noticias tienes, Enrique, del Rey don Pedro de Castilla? ¿Adelanta la expedicion que ha de mandar el príncipe de Gáles?

—El Rey permanece en Angulema, repuso Enrique, sin añadir otra palabra.

—En valde quieres ocultarme el estado de los negocios: no soy una muger vulgar á quien facilmente se engaña, y estoy dispuesta á cumplir mi mision mientras tenga un soplo de vida. Ese silencio que guardais, don Lope, Bernal y

tú Enrique, es para mí una clara prueba del interés que toma el príncipe por restablecer al Rey don Pedro sobre el trono de ambas Castillas. Estoy convaleciente, paje: pero se me oculta la verdad: me siento con fuerzas bastantes para recorrer á Angulema, y averiguarla por mi misma.

Doña Inés se levantó con ligereza y dió algunos pasos hácia la puerta. Enrique se pasó la mano por la frente y la dijo:

—Hermosa señora, el príncipe de Gáles persiste cada día con nuevo tesón en asentar al Rey don Pedro sobre su trono de Castilla: ya están reunidas en Burdeos algunas compañías de gentes de armas, y muchos capitanes valientes se han presentado en Angulema. Esta misma noche sale el príncipe para Burdeos acompañado de don Pedro y de esforzados paladines.

—Esta misma noche sale don Pedro,

repitió la huérfana maquinalmente: es preciso infundirle miedo, es preciso un esfuerzo mas.

Despues dirigiéndose á Enrique añadió:

—¿Te acuerdas, paje, de don Juan?

—Lo veo, señora, ante mis ojos, en las vigiliass y en los sueños.

—¿Si oyeras su voz que te mandaba ¿qué harías, buen Enrique?

—Obedecerle ciegamente.

—Pues yo, que debí ser su esposa, yo, que lo vengaré sin duda, te mando á nombre de don Juan, que me conduzcas á la posada del Rey don Pedro de Castilla.

Un sudor frio cubrió la frente del fiel paje. Si le hubiera dicho doña Inés que acometiera frente á frente al Rey don Pedro, no hubiera vacilado Enrique, por satisfacer á la huérfana, y por saciar al mismo tiempo la sed de sangre que sentia; pero conducir á una dama que apenas habia dejado el lecho, y que pade-

cia una dolencia bajo tantos aspectos grave, á una entrevista borrascosa y rodeada de mil peligros, era superior á sus fuerzas. Si sucumbia en ella doña Inés, ¿qué respuesta daría al bastardo, cuando le pidiese estrecha cuenta de una joya confiada á su celo, á su cariño y á su lealtad? Estaba bien seguro el paje que no tocarían á un cabello de la heredera de Avendaño, mientras una gota de sangre pudiese latir en sus arterias; pero si hacia la enfermedad lo que no intentasen los hombres ¿cómo responder al bearnés? Luchando entre mil confusiones hubiera dado Enrique, por ver presentarse á Bernal, la mitad de los años de vida que le hubiese acordado el cielo. Doña Inés veía en sus ojos la lucha; y aunque le compadecía en su interior, quiso picarle el amor propio para salirse con su empresa.

—¿Tú también tienes miedo, paje? le dijo con cierta ironía.

—Yo tener miedo al Rey don Pedro! la respondió Enrique temblando de desesperacion y rabia. Mandadme que le escupa en la cara, y no vacilaré en hacerlo.

—Si no tienes miedo del Rey, lo tienes del noble Bernal.

—Miedo! de nadie, doña Inés. Temo por vos, por vos solamente. Ningun peligro me amedrenta, y si estais decidida á ver al Rey, tomad mi brazo sin tardanza.

Una estrordinaria alegría brilló en el rostro de la huérfana: sus grandes ojos negros destellaron con aquella altivez heróica que habian manifestado en Carmona en circunstancias bien dificiles; y tomando el brazo del paje, dejó su aposento de enferma, para desafiar al Leon que queria borrar con heroismo una hora de cobardia.

—¿Tú tambien tienes miedo, paje? le dijo con cierta ironia.

CAPITULO IX.

¿Si te quiero me preguntas?
 ¿No es esa tu mano blanca,
 La que de mi pecho arranca
 Mil emponzoñadas puntas,
 Que en él clavára el pesar
 Desde mis años primeros?
 ¿Hasta que vi tus luceros
 Supe, por ventura, amar?

HARTZEMBUSCH.

El Rey don Pedro estaba solo en un aposento amueblado con magnificencia, pero al mismo tiempo en desorden. Arneses, armas y banderas, arrojadas so-

bre los sitios, ó puestas de pie contra los muros, decoraban toda la estancia, y sobre una mesa espaciosa habia una cantidad grandisima de doblas de oro de Castilla. El Rey sentado en un sitial bruñia por si mismo la empuñadura de una espada, y miraba con ansiedad la puerta manifestando esperar á alguno. Un lijero ruido de pasos llamó la atencion del Mornarca, y momentos despues saludó al Rey la hermosa Raquel, judia de Sevilla y á la sazón su amante dama.

Se adelantó la bella judia con gracioso desembarazo, y su talle esbelto y flexible cimbraba, como la palma del desierto: abundantes cabellos de azabache coronaban su frente pequeña, y unas cejas del mismo color, ni despobladas, ni muy espesas, servian de ornato á unos ojos negros sombreados por largas pestañas, y de un mirar tan seductor, que era imposible contemplarlos sin sentir en el alma el incendio que sus miradas

producian. Su nariz tenia una correccion admirable, y su boca fresca y pequeña era una rosa matinal sirviéndola de gotas de rocío una dentadura de perlas. En la garganta de Raquel habia una rosa natural, tan parecida á la del vergel, que todos los judios de Sevilla la llamaban por sobre nombre: LA ROSA DE JERUSALEN. Era el pie de la hermosa, andaluz, y por lo tanto pequeñísimo asi como su linda mano, que jugueteaba con un ramo de camelias y de jazmines.

Muchas damas tuvo don Pedro de una hermosura sorprendente; pero ninguna reunió los encantos de LA ROSA DE JERUSALEN. Tan discreta como la Padilla; tan hermosa como la Castro: tan altiva como la Coronel, sobrepujaba á todas ellas en la cualidad en que sobresalian, y era el mas admirable conjunto, que podia inventar la imaginacion y producir la naturaleza.

Cuando la vió llegar el Rey, dejó so-

bre un sitio la espada y se adelantó á recibirla. Raquel la presentó su mano y don Pedro la besó mil veces.

—¡Con cuánta impaciencia te esperaba, dijo el Monarca á la judia, y cómo se me han hecho años los minutos que has tardado!

—He cumplido, repuso la hermosa, con puntualidad mi palabra, y no puedes quejarte, don Pedro, pues llegó á la hora convenida.

—Deseaba tanto que llegases, blanca paloma, que exajeraba mi impaciencia los momentos de tu tardanza. Necesitaba que tus ojos me reanimasen con su fuego, como necesitan las orugas el calor para cobrar vida. Me era indispensable que tu aliento se confundiese con el mio, para perfumarme con su aroma, y respirar con su frescura. Codiciaba que tus cabellos se deslizasen por mi rostro, para estremecerme á su contacto con magnificas convulsiones. Buscaba

entrelazar los brazos, para que corazón con corazón latiesen juntos con la misma rapidez ó calma. Deseaba en fin ver tu faz divina... porque mirándote me creo entre los ángeles de Dios.

—¿Me amas tanto, Rey de Castilla?

—Te amo como la golondrina, que muere quedando viuda. Tiene mi amor mucho del cielo, mucho del infierno también. Ya es dulce como el de la paloma, y son mis suspiros frescas brisas, que mecen guirnaldas de flores: ya es celoso como el del tigre, y son mis suspiros huracanes, que abaten robustas encinas. Cuando presumo, beldad mía, que puede estampar otro hombre sus labios ardientes en esos labios que yo acaricio con los míos, quisiera ver arder la tierra y desplomarse el universo, para que no quedase un hombre: para morir unido á ti en el postrer beso de amor.

—Loco! murmuró la judía.

—Sí, tienes razón: estoy, ángel mío.

loco; pero loco de amores. Los locos tienen ideas fijas: yo tengo una y nada mas. Cuando me despierto pienso en ti: duermo y te contemplo en mis ensueños; vuelvo á despertarme y te busco: no hay duda que me tienes loco.

Raquel pasó su linda mano por la cabellera del Rey y el Monarca continuó:

—¿Me amarás siempre, Raquel mia?

—Te amaré; como te amo hoy. Te he dado, don Pedro, muchas pruebas de un amor profundo y volcánico: no te faltarán en adelante. Te llaman el Leon de Castilla, y es tan lisonjero ver á un Leon que viene á lamernos las manos! Mira, Rey don Pedro, no vaciles: vuelve á conquistar la corona, ó perece al pie de tu trono. Toda muger que tiene alma, huye de un amante cobarde, porque no puede protegerla: nosotras queremos mejor las caricias de un tigre, aunque nos despedaze con sus garras, que

oir el lastimerobalido de un cordero que se querella. Es á nuestros ojos mas hermoso un guerrero cubierto de sangre y con la armadura abollada, que un doncel vestido de sedas, con plumas y ricos aromas. Este aposento lleno de espadas, de cotas y de capacetes, es mas seductor á mis ojos que una rica estancia de baile: y cuando te ví bruñir ese acero, te admiré muchísimo mas que cuando llevabas la corona.

—Tienes razon, criatura hermosa: tú eres para mi todo en el mundo; y yo seré tan grande, Raquel, como tu quieras que lo sea. El amor es alma del mundo: por él lidian los capitanes: por él cantan los trovadores, por él discurren los filósofos. ¿Para qué buscó Alejandro nuevos reinos, y subió al templo de la gloria? Para ser mas grande á los ojos de las Statiras y Rojanas. ¿Qué nombre se halla unido al nombre del griego Pericles? El de Aspacia. ¿Quién inspiró al

Dante? Beatriz. ¿Quién arrancó la dura espada al ofendido Coriolano? Veturia. Antonio perdió medio mundo por los amores de Cleopatra. Roma fue libre por Lucrecia. Por una muger derrocó el árabe el firme trono de los godos, y por el amor de Adán á Eva cayó sobre todos la mancha que de siglo en siglo llevamos. Tú pudieras envilecerme, pero eres heroica y me elevas. Imperios se han fundado y destruido por una mirada de muger. Hubo una Dido y una Elena: nació Cartago y murió Troya: todo lo grande y lo funesto se debe, Raquel, al amor.

La judia volvió á pasar su mano por la cabellera del Rey, y don Pedro prosiguió así:

—Se me ocurre, Raquel, una idea, que calificarás de locura, pero que quiero llevar á cabo. Tú eres la reina de mi alma, y quiero levantarte un trono. Verás qué presto lo ejecuto. Tú eres amiga de la guerra, será tu trono de campaña. Pon-

go aquí estos hazes de lanzas, estas espadas, estos yelmos: para dosel estas banderas con sus castillos y leones: las gradas son estas corazas, y el asiento será este escudo. Admirablemente dispuesto. Sube Raquel, sube, alma mía, y yo te prestaré omenaje.

La judia no vaciló un punto: subió las gradas con planta firme; tomó asiento sobre el escudo y don Pedro dobló la rodilla en señal de su vasallaje.

—Solo falta, dijo la judia, para que se parezca este trono al de los monarcas de Castilla, que lo sostengan dos leones.

—¿No está el Rey don Pedro á tus pies?

—La puerta se abrió de repente: apareció en ella una dama con el velo echado, y un mancebo quedó en el dintel.

peves, y todo el trono se estremeció: la
rosa se movieron voló un momento:
pero con la agilidad de una ardilla, se
bajó de él y tomó asiento en un sillón.

118

yo para estar por las tardes, estas
 pedras estas y otras para dosel estas
 pintadas con sus castillos y torres: las
 pintadas son estas corras, y el punto se
 es este. Almirantemente dia
 pinto: sabe que el punto, sin una y
 yo te presto omeña.
 La judia me vacilo en punto: sabe las
 yandas con planta firme; como asiento
 sobre el punto y don Pedro doble la to-
 dilla en sobada su vasalla.
 —Sabe falta, dijo la judia, para que se
 parezca esto como al de los toreros de
 Castilla, que lo sostengan dos toros.
 —No está el Rey don Pedro a las
 puertas con sus y...
 —La puerta se abrió de repente: que
 reció en ella una dama con el velo cohi-
 do, y un grancheo que en el diablo.
 ...
 ...
 ...
 ...

CAPITULO X.

Mas tu cruel troyano , el ser famoso
Solo lo pones en mi triste muerte,
Y en ella tu descanso y tu reposo.

Ovidio.—DON HERNANDO DE ACUÑA.

Al ver aparecer don Pedro aquella dama y aquel paje, cojió con furia una de las espadas en que estaba asentado el pavés, y todo el trono se estremeció: LA ROSA DE JERUSALEN vacilo un momento: pero con la agilidad de una ardilla, se bajó de él y tomó asiento en un sitial. El

Rey con la espada desnuda se dirigió á los imprudentes, que habian turbado la eceremonia y profanado los misterios de su amor, de su delirio. Enrique vio venir al Monarca, y desenvainádo su acero fue á interponerse entre doña Inés y el furioso Rey de Castilla: mas antes que pudiese verificarlo, se alzó su velo la Avendaño y retrocedió el Rey algunos pasos.

Una palidez estraordinaria cubrió la frente de don Pedro: anchas gotas de sudor frio humedecieron sus mejillas y se suspendieron en su barba, como gruesas gotas de lluvia en un vellon pardo y espeso. A la vista de doña Inés se presentaron en su mente cien y cien historias, distintas todas, con espectros sangrientos, y con ayes de moribundos. Bajó los ojos aterrado y sus miradas encontraron las armaduras y las lanzas. Estos instrumentos de muerte le hicieron recobrar algun valor: y volviéndose hácia la judia

vió tanta altivez en sus ojos y una risa tan desdeñosa entre sus labios, que despertando todo su orgullo le prestó fuerzas y energía.

—¿Que buscáis aquí, 'doña Inés? preguntó el Monarca á la huérfana.

—Busco al que fué Rey de las Castillas.

—Y al que sigue siéndolo, señora.

—En un trono por él formado con las lanzas que no blandió, cuando le arrancaron la corona.

—En un trono que he levantado con las lanzas que han de traspasar muchos corazones traidores. En centro mas firme que los de oro y seda, porque está tejido de acero.

Ese trono se ha bamboleado al entrar yo en este aposento, y trono que vuela una muger no da muestras de duración.

—Ese trono podrá moverse, como la encina en la montaña, pero tiene profundas raíces y no lo arranca el huracán.

Cuantos se acerquen á ese trono tendrán que doblar la rodilla; y la misma Inés de Avendaño se inclinará ante la que yo siento en él.

Doña Inés dio una carcajada: el Rey fué á cogerla por el brazo para hacerla que se arrodillase, mas la huérfana dió un paso atrás y dijo al Monarca las palabras que él la habia dicho en el castillo:

—«Os doy mi palabra de Rey de no tocaros á un cabello en ninguna ocasion ni tiempo: no temais pues por vuestra vida.» Despues añadió con sarcasmo: O el Rey ha perdido la memoria, o jamás cumple sus palabras,

—Sí las cumple. Pero decidme ¿qué buscáis aqui doña Inés?

—Soy la sombra del Rey don Pedro.

Hubo un momento de silencio, religiosamente guardado. El Rey volvió á ponerse pálido, la huérfana reprimió una lágrima, que se asomaba á su pupila,

Enrique permaneció inmóvil, reclinado contra el dintel, y la judía lanzó una mirada á don Pedro, que se estremeció enteramente.

—He venido aquí, Rey de Castilla, á recordaros un pronóstico que hizo un honrado sacerdote hace siete años, según creo, añadió la huérfana.

—Callad.

—Según él no estaba muy lejos el día en que el conde de Trastámara hiriese á don Pedro sobre el corazón.

—Callad, doña Inés: callad.

—¿Teneis miedo? Rey de Castilla.

Don Pedro miró á la judía, y vió en su mirada el desprecio. Herido de nuevo su orgullo se acercó mas á doña Inés y con voz y continente firme la dijo:

—No tengo miedo, doña Inés. Contadme esa historia, señora, con pormenores y motivos; decidme que antes habia muerto al noble maestro de Santiago.

Doña Inés se estremeció un poco, y el Rey prosiguió:

—Que mis crímenes han dispuesto al cielo en contra mia: que está don Enrique el bastardo imperando en toda Castilla...

—¿Y tendreis valor para ir en busca de una muerte cierta?

—Sí; tendré valor para cruzar los mares en una barca de pescadores: para atravesar los Pirineos entre huracanes y entre nieves. Será mi lanza en los combates la primera que se ensangrienta: el pendon real penetrará en los escuadrones mas cerrados; y cuando la sangre haya teñido cuchilla, banderola y fresno: cuando empapada la manopla haga que el asta se resvale, nueva manopla y nueva asta se empaparán en sangre hirviendo. Al ver los lobos al Leon huiran en busca de de sus cuevas, y yo sentado bajo el solio seré aquel don Pedro de Castilla, ante quien los propios

temblaban y á quien respetaban los extraños.

El Rey habia crecido mucho y doña Inés quedaba vencida. En vano habia procurado la huérfana abrumarlo con los recuerdos como en el ensueño de Burgos. Las miradas de la judia echaban por tierra el prestigio, y doña Inés pálida y tremula no sabia que partido tomar. El momento era decisivo: Raquel lo conoció muy bien y echando sobre el Rey don Pedro una mirada penetrante, le hizo llegar hasta el delirio. El Monarca se acercó mas á la huérfana de Avendaño; y con voz mas sorda y siniestra prosiguió:

—Contadme esa historia para causarme, doña Inés, miedo. Despues de la sombra del maestre presentadla de vuestropadre.

—Callad por piedad, Rey don Pedro.

—La de vuestra madre si os place.

—Callad. Callad.

—La del infante.

Doña Inés solo lanzó un gemido y se arrojó sobre un sitial. Don Pedro se cruzó de brazos frente de ella: Raquel la miró con orgullo, y Enrique se llegó á socorrerla.

No habia perdido doña Inés ni la razon ni los sentidos: abrumada bajo el grave peso de un extraordinario dolor, habia sido vencida en la lucha; y la misma fiebre, que la animaba, se volvió entonces en su daño. Débil, como convaleciente, no pudo resistir á impresiones muy repetidas y violentas: se abrieron como por ensalmo todas las heridas de su alma: y cuando se llegó á ella el paje tuvo apenas bastantes fuerzas para levantarse.

Enrique la presentó el brazo; lo tomó la huérfana sin vacilar, y ambos salieron de la estancia.

LA ROSA DE JERUSALEN se llegó al Rey,

y cojiéndolo por la mano lo llevó á aquel trono de guerra.

—Sientate, le dijo, don Pedro: te has portado al fin como hombre; y ahora soy yo, querido mio, la que te rinde su homenaje.

El Rey se sentó sobre el escudo, y Raquel se arrodilló en las gradas. Es imposible ver á una hermosa á nuestros pies pudiendo estrecharla entre los brazos, y era el Rey don Pedro muy galante para permitir esta humillacion. Levantó á Raquel tiernamente, fue á sentarla sobre sus rodillas, pero el trono se desplomó y cayeron ambos amantes.

FIN DEL TOMO TERCERO.





LOS
30332733
NOVELA HISTÓRICA
ORIGINAL ESPAÑOLA
LOS DOS REYES.

MADRID

E. GONZÁLEZ Y COMPAÑÍA, EDITORES
Calle del Fuencarral, número 50.

LOS

DOS REYES,

NOVELA HISTÓRICA,

ORIGINAL ESPAÑOLA,

POR D. J. DE ARIZA.

TOMO IV.



MADRID:

L. GONZALEZ Y COMPAÑIA, EDITORES;
calle del Fomento, núm. 20.

LOS
BOSSERES

NOVELA HISTÓRICA

ORIGINAL ESPAÑOL

POR D. J. DE ARIANA



TOMO IV

MADRID

MADRID, IMPRENTA DE T. AGUADO, 1845.
calle de la Encomienda núm. 17.

LOS DOS REYES.



Continúa la parte tercera.

CAPITULO XI.

Por tan preciado tesoro
Tomad mi sangre, señor,
Pues no se paga con oro
Tan señalado favor.

▲.

Don Lope Hínestrosa fue el primero que entró en el aposento de la huérfana, despues de haber salido ésta acompañada del paje Enrique. Sorprendido quedó el alcaide con la ausencia de doña Inés, sin poder esplicarse que causa habria motivado su salida. Tampoco sabia

á punto fijo si hacia mucho que estaba fuera; y para formar algun juicio, se llegó al sillón de la convaleciente, y llegó su rostro al asiento, por ver si guardaba calor, y si lo habia ocupado poco antes. El brocado se hallaba frio, y su esperanza fue burlada.

Se sentó el alcaide tristemente en el sillón de doña Inés, y apoyando la frente en su mano y el codo sobre su rodilla, se entregó á una meditacion penosa, á la que convidaba el silencio y la soledad de aquella estancia.

Recordó don Lope la niñez con sus lloros y sus sonrisas: lloros, como lluvia de mayo, á la que sigue un sol radiante: sonrisas puras, como las auras que murmuran entre jazmines, con una especie de idiotismo, que ni halla causas al dolor, ni para el placer tiene motivos. Pensó despues en sus buenos padres, y en las paternas caricias: habian dejado de existir los unos, y eran las otras un re-

cuerdo. Trajo á la memoria un hermano que pereció siete años antes en la batalla de Araviana, que mandó el Conde don Enrique: mas no tenia odio al Conde Hinestroza, porque matar] ó morir en el campo era el ejercicio de un guerrero. Recorrió los años de su juventud y sus aficiones literarias: vió en la Iliada á Elena conmoviendo cien y cien naciones, y no le pareció grande la lucha, porque las sacudidas de las pasiones en su alma de sesenta años eran mas grandes y mortíferas, que las de los formidables ejércitos de Agamenon y de Príamo. Buscó en la Eneida al heroe troyano y á Turno, cuando peleaban por Lavinia y por la posesion de un reino. Este pasaje le hizo pensar en el bastardo de Bearne, en el alcaide de Carmona, en don Enrique y en don Pedro. Recorrió con Dante el paraiso, y repitió: «*Creatura bella bianco vestita*» creyendo ver á doña Inés. No olvidó sus primeras campañas bajo el

reinado de Alonso Onceno; y despues que hubo recorrido con detenimiento el pasado, fijó su vista en el presente, y se estremeció mil y mil veces.

El hombre amante de las letras, y no despreciable en las armas: el que habia dicho á sus pasiones como el Altisimo al Oceano: «*de aqui no pasareis*» y le habian obedecido las pasiones como los bravos mares á Dios: el que si habia luchado alguna vez habia salido vencedor, y siendo jóven todavia solo miraba en las mugeres, hermosas flores de la creacion, mariposas inofensivas muy matizadas y muy ligeras, pero que no pueden hacer daño: el que habia mirado hermosos ojos, como las aguilas al sol, sin deslumbrarse con sus rayos; era á su vejez el juguete de una muger encantadora, por quien daria gustoso la vida, y por quien habia perdido su talento y hasta su dignidad de hombre.

Muchas locuras proferimos en dados

momentos de orgullo: nos envanecemos con frecuencia de haber puesto freno al corazon, y de llevar con mano firme la rienda que ha de dirijirlo. ¡Locos y lastimosamente locos! La circunstancia mas imprevista, la casualidad mas estraña romperá en un todo las riendas, y en el corazon sin ningun freno correrá, cual caballo herido, á estrellarse contra una roca, á precipitarse en un abismo.

Dios ha dado al hombre la fuerza: á la muger la seducccion. Toda la razon se quebranta contra una mirada de querube, y el que no ha doblado su frente ante cien bravos enemigos, hinca su rodilla ante la hermosa que ha entronizado el corazon.

Todavía meditaba el alcaide, cuando se presentó Bernal, que con una mirada inquieta recorrió todo el aposento; y no viendo en él á la huérfana, se llegó á Hínestrosa, que le pareció estaba durmiendo, y sacudiéndolo en el brazo le dijo:

—¿Se ha puesto doña Inés peor?

Don Lope se encojió de hombros, y no respondió una palabra.

—¿Vuelvo á preguntaros, don Lope, si se ha puesto peor doña Inés?

El mismo movimiento del alcaide; mas el mismo silencio tambien. Bernal volvió á preguntarle con ira:

—¿Quereis responderme, don Lope, en donde se halla doña Inés?

—No lo se, murmuró el alcaide.

Bernal sacudió la cabeza, empezó á dar vueltas por la estancia á largos pasos, y parándose de repente delante de don Lope Hinestrosa, cruzó los brazos sobre el pecho y le dijo:

—¡Vive Dios! alcaide de Carmona, que jamas he hecho tontas preguntas sin recibir contestacion. ¿Quereis decirme, por Santiago ó por el santo que mas os plazca, en dónde se encuentra la huérfana?

Hinestrosa tendió su mano hácia la

puerta, y doña Inés dijo al mismo tiempo con voz dulce aunque fatigada:

—Aquí estoy, aquí estoy, Bernal.

El bastardo volvió la cabeza y vió á doña Inés con su velo y á Enrique que la acompañaba. Salió al encuentro de doña Inés, y echando un mirada al paje, que le hizo bajar los ojos, dijo á la dama:

—Señora, sin atender á vuestro estado habeis salido con una noche no muy apacible en verdad.

—Como me habeis callado la marcha de don Pedro y de sus auxiliares, me he visto en la necesidad de ir á saberla por mi misma.

—¿No teneis bastante, doña Inés, con vuestra enfermedad, y buscáis nuevos sinsabores y nuevas penas?

—Bernal, cumplo mis juramentos, como pocos hombres los suyos.

—Dejadnos el cuidado de la guerra, señora, y pensad en vuestra salud.

—Decidme, Bernal de Bearne, ¿desde que estamos en Angulema, qué habeis hecho en favor del Rey de Castilla?

—He despachado, señora, un criado fiel á Sevilla, para que noticie á don Enrique la determinacion del de Gáles, antes que lleguen sus heraldos á llamar á los capitanes que le han asentado sobre el trono, y ahora tendrán que combatirlo. Recorren mis heraldos provincias á mi padre sujetas, y llaman á los caballeros que han batallado noblemente bajo la bandera del bastardo. Todas mis riquezas, doña Inés, están puestas á disposicion de don Enrique de Castilla, para que las de á sus soldados y levante mas escuadrones. ¿Os parece poco, señora?

—No, caballero; habeis hecho mucho, pero podeis añadir algo.

—Hablad, doña Inés.

—Don Pedro y el príncipe de Gáles salen esta noche de Angulema.

—Yo saldré mañana, señora; pero llegaré antes que ellos.

—Adivináis, noble Bernal, mis pensamientos.

—No los adivino, señora. Prometí al príncipe en su palacio que nos encontraríamos en Castilla, y voy á cumplirle mi palabra.

—Yo también marcharé á Castilla....

—Señora, dijo Bernal con firme tono: si no permanecéis en Angulema hasta que el doctor os mande poner en camino, renuncio á la guerra, doña Inés, y me quedaré á vuestro lado.

Doña Inés quedó pensativa, y añadió el valiente Bernal:

—A vuestro lado queda Hineztrosa, que os cuidará con tanto esmero como el bastardo de Bearne: á vuestro lado queda Enrique, que os defenderá como yo.

Don Lope cogió la mano derecha del bastardo, é imprimió sus labios en ella: Enrique se apoderó también de la iz-

quierda, é hizo lo mismo que el alcaide Bernal continuó:

—¿Acceptais, señora, este arreglo?

—Sí: dijo doña Inés enternecida. Os empeño, Bernal, mi palabra.

—Yo lo acepto, y tengo fé en ella. Mañana antes del medio dia nos daremos el adios postrero y no me vereis, doña Inés, hasta que triunfe don Enrique.





CAPITULO XII.

Ite triumphales circum mea tempora lauri.
 Vicimus: Eurydice reddita vita mihi est.
 Hæc est præcipuo victoria digna triumpho,
 Huc ades, o cura parte triumpho mea.

OVIDIO.

Oimè! che 'l troppo amore
 Ci ha disfatti ambedua,
 Ecco ch' io ti son tolta a gran furore;
 Ne sono ormai piu tua,
 Ben tendo á te le braccia; ma non vale,
 Che indietro son tirata. Orfeo mio, *valc.*

POLIZIANO.

Eran las nueve de la mañana, y la hermosa princesa de Gáles habia abandonado su lecho, y se hallaba sola en su cámara, muy pálida y muy abatida. Jugaba con un pañuelo blanco, en cuyos

estremos estaban bordadas las armas de Inglaterra en oro, y habia deshecho uno de los escudos, puntada por puntada, sin poner en ello su atencion. Bajó los ojos por acaso, y vió regado su vestido de aquellos pequeños fragmentos, que á manera de lluvia de oro habian caido sobre una falda color de púrpura, y dijo: «No alivian todas las riquezas imaginables una sola herida del alma, y lo mismo se puede ser cautiva con cadenas de oro,» Sacudió aquellas hebras de metal, separó los largos bucles que cubrian una gran parte de su rostro, y con una amarga sonrisa añadió: «haber abrigado una esperanza por espacio de muchos años: haberla tenido como consuelo: haberse lisonjeado con ella mil y mil veces, y perderla en un solo instante. Haber vivido junto un raudal que apagaba la sed del alma, y verlo seco de repente. ¡Oh, Dios mió! Dios mió! qué desgraciada es la muger. ¡Pero qué derecho tengo yo para quejarme

de Bernal! Yo, la compañera de su infancia, dejé sus caricias de niño, para casarme con el príncipe: yo he sido esposa muchos años y él ha estado sin compañera; yo sellé sus labios para siempre, y él ha padecido en silencio. ¿Tengo por ventura motivo para quejarme de Bernal? ¡Ay! si yo hubiera podido ser libre: si aunque no hubiera recibido las caricias del hombre amado, hubiera imperado en su alma; si no tuviera que respirar un aliento que me envenena, y que dar mis brazos á Enrique cuando mi pensamiento está fijo en el bastardo de Bearne! Hay tormentos que no pueden conocer los hombres, que están reservados solamente para el alma de una muger. Si el hombre aborrece á su esposa, ó se cansa de su querida, cambia los halagos en desprecios y no recibe sus abrazos; pero la muger infeliz tiene que ocultar bajo sonrisa todo el pesar que la devora. Vive Bernal en Angulema y

no se acuerda de su prima. ¡Oh! estará respirando el aliento de la moribunda doña Inés: de esa muger que piensa solo en el amante que perdió: de esa muger que no me escede en hermosura; pero que tiene la ventaja de no amarlo: de esa muger á quien odio tanto...

—Señora, dijo una dama presentándose, acaba de pedir un caballero vuestra venia para presentarse en vuestra cámara.

—¿Su nombre? preguntó la princesa.

—Se llama Bernal de Bearne.

La princesa se puso mas pálida: llevó á sus ojos el pañuelo para enjugar dos lágrimas que habian humedecido sus pupilas, y dijo á su dama de servicio, que hiciese entrar al caballero.

No tardó en presentarse Bernal: sus ojos buscaron ansiosos las miradas de su hermosa prima; y cuando la encontró tan pálida, y con muestras de haber llorado, sintió un estremecimiento eléctri-

co, rápido y profundo á la vez.

—Te encuentro pálida, hermosa prima, y muy abatidos tus ojos.

He pasado muy malos dias desde que no nos vemos, Bernal. ¿Se encuentra mejor doña Inés?

—Está bastante mas aliviada. Pero tu has llorado, prima mia.

—No encuentras ningun justo motivo para que mis lágrimas corran?

—Me olvidaba que partió anoche tu esposo, el valiente príncipe de Gáles.

—Sí, Bernal, anoche se partió mi esposo.

—Y hoy se aleja tu primo, princesa.

—Es la visita de despedida?

—Si.

—¿Está ya en disposicion doña Inés de emprender tan largo viaje?

—No viene conmigo, princesa.

—¡Oh! padeceras mucho en la ausencia.

—¡He sufrido tanto otras veces! Ade-

mas voy, hermosa prima, á un paraje tan seductor....

—¿Adonde vas, Bernal?

—A Castilla.

—¿A unirte con el rey don Enrique?

—Sí, hermosa princesa de Gáles. Nos despedimos en esta misma estancia tu esposo y yo para Castilla, y voy á cumplir mi palabra.

—No vayas, Bernal.

—¿Temes mi encuentro con el heredero de Inglaterra?

—Si lo temo, Bernal de Bearne.

—Mucho le amas, hermosa prima. Pero ese encuentro que tu temes yo lo busco con tanta ánsia, como el rui señor á su esposa. Es tan valiente el noble príncipe: se adquiere tanta honra midiendo una buena espada con su espada, que yo la ambiciono, prima mia.

—No vayas á Castilla, Bernal.

—Si antes lo deseaba, princesa, va creciendo mi anhelo de una manera ines-

plicable. Ahora contaré los minutos y me parecerán muy largos.

—¿Y doña Inés, Bernal?

—Princesa! Doña Inés vive con sus memorias, y morirá con sus recuerdos. Está á su lado un viejo amante que la adora ya por instinto, y un paje joven y bizarro que la defenderá con valor. Puedo abandonarla sin pena, y sin hacerle falta alguna.

—?Pero tu amor hácia la huérfana?

—¿Quieres saber mi amor, princesa?

—Como tú lo quieras, Bernal.

—Hay momentos, hermosa prima, en los cuales si no puede el hombre arrancar de su pecho el corazón, para que no lata, debería hacerlo con su lengua para que no hablase á lo menos: esto debería hacer yo ahora; mas proseguiré prima mia. Antes de saber que era amor, sentí en mi corazón de niño un sentimiento inexplicable que me llevaba hácia otra

niña, como los ángeles hermosa y también pura como ellos.

—Bernal.

—Es una historia sin nombre alguno. Déjame proseguir, princesa. A sus miradas inocentes correspondía yo con miradas tan inocentes como las suyas; pero adivinaba en sus ojos que flor era mas de su gusto, y se la presentaba riendo. Sobre las pilas de alabastro vimos juntos hervir el agua, y eran nuestras risas mas amorosas que las de las fuentes de cristal. Para correr por los jardines entrelazabamos nuestras manos, y perseguíamos las mariposas casi tan áereos como ellas. La niña me tejia coronas de laurel, por que yo debía ser guerrero; y yo se las ceñia de rosas blancas, simbolo de virginidad que llevan á el ara las esposas. Sobre los céspedes floridos, bajo las parras y madre selvas, leíamos trovas provenzales, y nos esplicábamos el amor de los trovadores comparándolo

al de las tórtolas que arrullaban en bosquecillos de alhelies. Tomando por modelo á las aves, no comprendiamos la inconsecuencia, ni que pudiera una muger dormir sosegada en los brazos del hombre, á quien no habia jurado amor.

—Bernal.

—Pasaron los dias de la infancia, como pasa el suave arrebol de las auroras, y brilló el sol de la adolescencia, con rayos mas ardientes si; pero en un horizonte sin nubes. Jamás salió de nuestros labios una sola frase de amores. ¿Pero es necesario decirlo cuando los corazones lo sienten, cuando los ojos lo publican?

—Bernal, Bernal.

—Pasaron unos cuantos meses, y un principe pidió la mano de la tierna jóven: sus padres la acordaron gustosos, y yo la estreché entre mis brazos, y mezclé mis lágrimas con las tuyas en el momento de partir. Solo, sin la compañera de mi infancia, sin el encanto de mi exis-

tencia, sin la que habia amado como aman los bienaventurados á Dios, pasé noches de eterno luto, y dias negros como la noche. Recorria los hermosos parajes en que habiamos reposado juntos, y mis lágrimas aumentaban el limpio cristal de las fuentes y el diáfano rocío de los prados. A los pocos dias caí enfermo y tuve, princesa, la desgracia de no morir á los quince años. Convaleciente todavia, pedí una espada y un arnés, marché á los combates con la idea de abrirme honrosa sepultura y fui armado caballero. Cuatro años pasé en los campamentos: al cabo de ellos volví á ver á la hermosa niña, ya esposa y madre: la recordé mi amor ardiente, y me exigió formal promesa de ocultarlo dentro del pecho.

—¿Que podia hacer, Bernal, la esposa?

—Permíteme, prima, que acabe. Hui de su lado: nuevas batallas me ocuparon, y pasé á Castilla en busca de otras. Allí encontré una muger pálida, llena de

recuerdos y enferma: aquella muger era el retrato de la que yo adoraba loco, y en un momento de delirio pedí á don Enrique su mano. Esta es la historia de mi amor.

—¿No amas á doña Inés, Bernal?

El bastardo movió la cabeza negativamente, y prosiguió:

—He vuelto á ver, hermosa prima, á la muger de mis ensueños, feliz en brazos de su esposo, y olvidada de aquellos años....

—¡Jamás! jamás, exclamó la princesa, se borrarán de mi memoria dias de tan seductores recuerdos! Jamás latirá por otro hombre el corazon que latió inocente por....

—Prosigue, dijo Bernal temblando.

—Por mi primo, Bernal de Bearne.

—¿Es cierto? ¿Es cierto lo que decis? ¿Vuelvo á recobrar en un punto la felicidad de mi vida? ¿Vuelvo á los años de mi infancia y encuentro, como en ellos, á la

niña que me sonreía, á la muger que me adoraba? Ven á mis brazos, ven, hermosa. Un siglo de mortal angustia, una eternidad de tormentos no pagan á bastante precio tanta ventura, tanto amor.

Bernal estrechaba á su prima con el arrebató de un loco, y la princesa no tenía fuerzas para desasirse de sus brazos. Mucha virtud necesitaba para salir pura y triunfante: mucha virtud supo tener. Dejó los brazos del bastardo y tendiéndole su mano trémula, le dijo:

—Te adoro, Bernal, sí; te adoro; pero reclamo tu palabra. Imprime tus labios en mi mano: yo quisiera morir en tus brazos, pero una voz me grita: esposa! y una mano de hierro me retira. Vete, Bernal: vete á Castilla.

La princesa no podía tenerse de pie; las lágrimas bañaban sus ojos, y con pasos acelerados quiso entrar en otro aposento. El bastardo llegó al dintel: cojió la mano de la hermosa: la cubrió de a-

morosos besos, y con voz entrecortada dijo:

—¡Adios, prima mia, adios! Hasta el cielo..

Cuando salió Bernal de palacio un sudor frio bañaba su frente, y corria las calles de Angulema como un caballo desbocado. Llegó en breve á su alojamiento: montó sobre un alazan brioso y fuerte, y sin despedirse de doña Inés, ni mas compañía que un escudero, salió á escape para Castilla.

Al pasar por junto al palacio, vió ajitarse un pañuelo blanco, y oyó una voz que le decia:

—¡Adios, Bernal, adios! Hasta el cielo.

mirados besos, y con voz entrecortada
dijo:

—Adios, prima mia, adios hasta el
cielo.

Quando salió Bernál de palacio en su
deliro huida en frente, y corta las
calles de Argentea como un caballo des-
bocado. Llegó en breve á su alojamiento
de donde salió en alaxa briosa y fur-
to, y sin despedirse de don Juan, ni
mas compañía que un escudero, salió á
escape para Castilla.

Al pasar por junto al palacio, vio que
luz un paje blanco, y oyó una voz
que le decía:

—Adios, Bernál, adios hasta el cielo.
Vete á casa de tu madre.

La voz era la de don Juan, que se
había quedado en el palacio, y se
había puesto á mirar por la ventana
de su cámara, cuando vio salir á
Bernál.

CAPITULO XIII.

Veni, vidi, vici.

CESAR.

Dejamos en Burgos á don Enrique, y es indispensable decir algo del nuevo Rey y de su antecesor don Pedro. Aunque hemos encontrado á este último en la buena ciudad de Angulema, recorreremos rapidamente los parajes en que se detuvo desde sus fuga de la capital

de Castilla y presentaremos al mismo tiempo á don Enrique que seguia de cerca sus pasos.

El dia que abandonó don Pedro á su buena ciudad de Burgos, se dió tanta prisa á alejarse, que comió en Lerma, á siete leguas de la ciudad, y fue á pernoctar á Lumiel, habiendo andado doce leguas, y continuando á largas jornadas hasta la ciudad de Toledo.

Los toledanos recibieron con agasajo al Rey don Pedro, y le ofrecieron defenderse obstinadamente.

Apenas habia descansado el Monarca de las fatigas del viaje, cuando se presentó un burgalés á participarle la entrega que habian hecho al Rey don Enrique de la noble ciudad de Burgos y su coronacion en las Huelgas. Cuando recibió esta noticia estaba rodeado don Pedro de algunos judios principales y de Castro, su favorito. Al oír el Rey tan triste noticia, exclamó:

¡Ay! Beltran de Gúesclin, ese bandido me arrebatará la corona.

—Nada se remedia con quejarse, replicó Castro, y es vergüenza que lo haga un hombre.

Entonces un judio llamado David, muy conocedor de los astros se acercó al Rey don Pedro y le dijo:

—Señor: he leído en un libro azul y estrellado y he visto en él muchas señales maravillosas en estremo. Por ellas sé que vos perdereis vuestro reino como Nabucodonosor, para recobrarlo despues: porque el águila será presa por un halcon que ha de venir en vuestra ayuda.

Beltran Gúesclin y sus amigos no se durmieron sobre sus laureles, ni encontraron en Burgos la Capua tan fatal al cartajinés. Decididos á llevar á término una expedicion comenzada bajo tan felices auspicios, se pusieron al punto en marcha para la ciudad de Toledo, en

donde esparaban encontrar al Rey don Pedro de Castilla.

Era el ánimo de don Enrique sorprender á la buena ciudad, pero se le adelantó un espia, que notició á don Pedro el movimiento de las huestes de su enemigo. El Rey convocó á los ciudadanos mas principales de Toledo y les habló de esta manera;

—Señores, conozco bien que la fortuna me ha vuelto con desden su espalda, pues mis enemigos han logrado coronar por Rey á mi hermano, y acaba de decirme un espia que vienen á sitiar á Toledo, ciudad bien cercada de muros, con profundos fosos, y con provisiones bastantes para mantenerse un año entero. Yo tengo que marchar á Sevilla, para reunir allí un ejército formidable: vosotros os defendereis como leales y como valientes. No sufrireis un largo sitio, pues yo acudiré á levantarlo.

Los toledanos respondieron, que de-

fenderian la ciudad: y el Rey don Pedro acompañado de algunos señores de cuenta, y conduciendo sus tesoros, atravesó la Sierra Morena y llegó á la ciudad de Córdoba.

No se descuidó don Enrique, y se presentó muy en breve ante los muros de Toledo. Mandó un parlamento á la ciudad, y habiendo reunido el arzobispo á los ciudadanos mas notables les dijo:

—Honrados señores, el Rey don Pedro se ha marchado, llevándose todo su tesoro y sin dejarnos una blanca: esta conducta me hace creer que no volverá por la ciudad. Es un mal Rey que no quiere seguir los consejos de los hombres prudentes y leales: estad, ciudadanos, sobre aviso. Si los que vienen contra nosotros toman la ciudad por asalto, perderemos vidas y haciendas: pensadlo bien y resolvéos.

Oido el parecer del prelado, todos los

:

ciudadanos resolvieron abrir las puertas á don Enrique, y entregaron las llaves al buen arzobispo, para que las presentase al Rey. El arzobispo marchó al campamento, acompañado de algunos vecinos notables, y presentándose ante el Rey y los principales caballeros, dijo:

—Noble Rey, Dios os prospere y engrandezca. Aquí teneis las llaves de Toledo, que yo os presento á nombre de todos, y aquí teneis á sus ciudadanos que vienen á prestaros omenaje en los mismos términos y bajo las mismas condiciones que lo efectuaron los de Burgos.

—Yo lo admito, replicó el Rey, y les juro guardar fielmente las antiguas leyes del reino.

Los toledanos presentaron magnificas joyas al Rey, y don Enrique las repartió á sus valientes capitanes.

Tomada posesion de Toledo, dejó en ella á su ilustre esposa y se encaminó

don Enrique á Córdoba, en donde se hallaba su hermano. El paso de Sierra Morena ofreció grandes dificultades al ejército por la fragosidad del terreno y por las muchas bestias feroces que á la sazón en ella había.

Cuando supo don Pedro la entrega que habían hecho los toledanos de una ciudad tan fuerte y con profusión abastecida, se quejó muy amargamente de los suyos, apellidándolos traidores, y dió al diablo á Beltran Gúesclin y á toda la Blanca Compañía. Baldonó á eclesiásticos y seglares con una acritud tan estremada, que Fernando de Castro le dijo:

—Señor, si hubierais tomado mi consejo de permanecer firme en Burgos, estaríamos defendiéndola como hombres hidalgos y de corazón: pero ya que no quisisteis entonces seguirlo, no desdeñeis el que voy á daros, único posible en tan críticas circunstancias. Enviad comisionados á don Enrique, para que tra-

ten de acomodo. Ofrecerle la ciudad de Toledo, la de Córdoba, y la de Sevilla, con condicion de que entregue á Burgos, y de que os acate como á su Rey. Dad á Beltran Gúeselin doscientas mil doblas, para que las reparta entre las gentes que acaudilla, á condicion de que las licencie; porque si una vez se disuelven no las encontrareis mas juntas. Asi reconquistareis la corona: pondreis á su debido tiempo en una prision á don Enrique, y todo quedará como antes.

—Fernando, seguiré tu consejo. ¿Pero quienes han de ser las personas que hayan de acercarse á don Enrique?

—Dos cordobeses que os sean fieles, y que no se dejen engañar.

Don Pedro eligió dos caballeros, les dió sus precisas instrucciones, y se pusieron en camino para buscar á don Enrique. No tardaron mucho en hallarlo. Estaba acampado el ejército á las márgenes de un riachuelo, y los caballeros des-

cansaban de las fatigas de la sierra.

Preguntaron los cordobeses por don Enrique y por Beltran , y habiendoselos hecho conocer entre otros muchos caballeros , les manifestaron las instrucciones que del Rey don Pedro traian. El semblante de don Enrique se demudó escuchándolas , y Beltran Gúesclin que deseaba obrar en un todo con arreglo á los intereses de su amigo , le preguntó qué le parecian las proposiciones de su hermano.

—Bien, dijo don Enrique sonriendo, demasiado buenas , Beltran: y yo daria gracias á Dios si esta paz se llevase á efecto, si no volviésemos á la guerra. Pero veo muy bien que esta oferta es una traicion cautelosa para cojernos desarmados. Mas si quiere Dios ayudarme, haré la paz con tales renes , que no le sea facil romperla. Exijiré en primer lugar su hija mejor, en segundo á Fernando de Castro y á cincuenta hijosdalgos

mas, que satisfagan bien mis deseos.

Los cordobeses repusieron, que manifestarian á don Pedro las condiciones de don Enrique: y este añadió:

—Ademas deseo que me entregue á los judios Daniel y Torcuato, que son sus íntimos consejeros y en los que tiene mas confianza, por que estos judios asesinaron á la Reina, que era hermosa y noble señora. Y quiero que me los entreguen para hacerlos quemar reunidos, como á traidores y asesinos. Y por lo tanto yo os suplico, honrados señores, como la mas fina cortesia, que si don Pedro se vá de Córdoba, detengais á esos dos judios.

Los cordobeses se lo prometieron, y se marcharon á la ciudad.

Muy mal recibió el rey don Pedro las pretensiones de su hermano, pero como la situacion apremiaba, se tomó tiempo para pensarlo. Fernando de Castro y otros nobles no consideraron oportuno

permanecer al lado del Rey, y sin tomar venia se salieron á media noche y se encaminaron á Galicia, en cuyas provincias tenia el primero su patrimonio y sus tenencias.

Mucho sintió don Pedro la marcha de Fernando de Castro; y recomendando á los cordobeses que defendieran la ciudad cuanto tiempo les fuera posible, tomó el camino de Sevilla, en la que fue bien recibido y espléndidamente festejado, al mismo tiempo que lo era en Córdoba don Enrique; pues se le habia entregado la ciudad sin oponerle resistencia.

Ocho dias alojaron en Córdoba, y habiendo sabido que don Pedro estaba dentro de Sevilla se encaminaron á sitiarla; deseoso su hermano don Enrique de apoderarse de su persona, y de acabar con un solo golpe de volcar el antiguo trono, y consolidar el que habia alzado en santa Maria de las Huelgas.

Habia en Sevilla tres fortalezas, ocu-

pada una por cristianos, otra por judios, y por los moros la tercera. Esta division de la ciudad podia comprometerla en un sitio y lo demostró la esperiencia.

Cuando recibió don Pedro la noticia de que se habia entregado Córdoba y de que marchaba el ejército á largas jornadas para sorprenderlo en Sevilla, estaba solo con Daniel y con Torcuato, los judios que habian asesinado á la Reina. Irritado por una nueva que apenas le dejaba terreno en que respirar libremente, cojió á cada judio por un brazo, y sacudiendolos con violencia, les dijo:

—Maldita sea la hora, canallas, en que os vi por mi primera vez. Por seguir vuestro infame consejo maté á mi esposa doña Blanca, y desde esa muerte he sufrido mil desgracias y contratiempos. Este es mi gran pecado, perros, y yo merezco los castigos que se desploman sobre mí. Huid de mi casa y de mi corte, huid, malvados; pues juro á Dios

y á su Santa Madre, que si otra vez aqui os encuentro os haré ahorcar como á ladrones.

Los judios salieron temblando , y sin tomar cabalgaduras, emprendieron su marcha hácia el reino de Portugal. Pero como cuando se tuerze la fortuna no dá una vuelta solamente, sucedió que Mateo de Gournay los encontró en el fondo de un valle al despuntar de la mañana y los detubo prisioneros. Les preguntó el inglés si eran sarracenos ó si judios; y Torcuato le respondió:

—Señor, nosotros somos dos judios, y no queremos engañaros: pero concedednos las vidas , y os prometemos formalmente hacer que se entregue mañana por la noche la noble ciudad de Sevilla.

—¿Como podreis verificarlo, preguntó el inglés, y de que medios os valdreis? Por Dios, que si lo haceis asi, yo os proporcionaré muchos honores y riquezas al mismo tiempo.

—Yo os diré, señor, repuso Torcuato, como entrareis en la ciudad. Hay un gran número de judios, que habitan un recinto cercado con puertas al campo y al interior de la poblacion: yo iré á parlamentar con ellos, y conozco á muchos que entregarán la fortaleza, si se les permite continuar viviéndola sin menoscabo en sus haciendas.

Gournay convino con el judio, y les preguntó cual de los dos quedaria en reñes como garante del convenio. Daniel se ofreció á quedar en la hueste, y Torcuato emprendió su marcha para la ciudad de Sevilla.

Gournay presentó á don Enrique el judio, y el Rey holgó mucho con las esplicaciones que le dió, asegurandole que muy en breve tendria por suya la ciudad.

Con actividad obró Torcuato: se presentó ante la puerta, y gritó á los judios que guarnecian la parte superior del muro, para que lo dejasen entrar.

No vacilaron en hacerlo: fué recibido con agasajo, y presentado á los doctores.

—Señores, les dijo Torcuato, grande necesidad teneis de poner á salvo vuestras vidas, pues os ha amenazado don Pedro mandaros ahorcar ó quemar, de no dejar un solo judio en toda la estension de su reino, ó de desterrarnos á todos con la mano derecha cortada, porque le hemos prestado, segun dice, malos servicios y consejos. Pensad en lo que acabo de decir, y decidid prontamente.

Los judios se estremecieron con la nueva que les comunicó Torcuato, y le rogaron encarecidamente que les diese buenos consejos.

—Señores, añadió Torcuato, vengode pedir á don Enrique que os reciba en su gracia, y he dejado á Daniel en renes de que correspondereis fielmente á sus favores. Tanto he suplicado al nuevo Rey,

que ha condescendido en dejaros vidas y haciendas, si le permitis entrar en el fuerte. Despues pasarán á la ciudad, la llevarán á sangre y fuego, y apoderándose de don Pedro, lo colgarán de los ardarves.

Los judios fueron de la misma opinion que Torcuato, y resolvieron dar entrada al Rey don Enrique el domingo inmediato, por tener que guardar el sabado, segun la ley de sus mayores,

Torcuato volvió al campamento, contó á Gournay cuanto habia hecho, y el inglés lo condujo al instante á la presencia de don Enrique.

Mientras noticiaban los judios al nuevo Rey cuanto habian tratado en su provecho, LA ROSA DE JERUSALEN llegaba al alcazar de don Pedro, sola y favorecida por la noche; el Monarca la recibió con demostraciones de cariño, y la condujo á un aposento en donde pudiesen hablar solos.

—Señor, le dijo la judia, no perdais en vanas caricias un tiempo que puede seros muy precioso: vuestra vida está en gran peligro, por que han vendido los judios su fortaleza á vuestro hermano don Enrique, y lo recibirán en ella pasado mañana sin falta.

Don Pedro quedó sobrecogido con el relato de la judia y abrazandola tiernamente, la dijo:

—¿Es verdad lo que acabas de referirme, Raquel hermosa, ó han logrado mis enemigos seducirte, y hacer contraria de don Pedro á la muger que tanto ama?

—Rey de Castilla, no hay bastante oro sobre la tierra para compensarme tu cariño. Dos amigos tuyos, dos judios que habian recibido de ti dones y honores que no merecian, se han puesto de acuerdo con tu hermano y han promovido esta traicion. Daniel y Torcuato te han vendido.

—¡Daniel y Torcuato! exclamó el Rey. ¡Daniel y Torcuato! esos hombres que habia levantado del polvo hasta la cumbre del poder: esos hombres que han sido siempre mis mas intimos consejeros; que han sacado oro de mis arcas para ser ricos y temibles! ¡Oh! bien merecido lo tengo: acerqué vívoras á mi pecho y me han corroido las entrañas. ¿Estás cierta, hermosa Raquel, que han conspirado esos infames contra su protector, contra su Monarca?

—Si, Rey; y los cristianos mas ilustres están de acuerdo con don Enrique.

—Hacen bien esos seres mezquinos. Tiran flechas al leon enfermo, por que no puede castigarlos: las circunstancias cambiarán. ¿Si yo abandonase mi reino para proporcionarme auxilios, me seguirias á Portugal?

—Al cabo del mundo, don Pedro.

—Mañana sin falta me embarco; te esperaré hasta el medio dia.

—No tienes que esperarme, don Pedro. No me separaré ya de ti.

El Rey cubrió de besos la frente de LA ROSA DE JERUSALEN, y olvidó en sus brazos el trono que bajo sus plantas se hundía.

Al día siguiente muy de mañana, la servidumbre de don Pedro embarcó todos sus tesoros, y el Rey convocó á los ciudadanos, para encargarles que defendiesen la ciudad, en tanto que él traía socorros del Rey de Portugal, su amigo. Los sevillanos ofrecieron conducirse como leales, y dieron de ello muchas pruebas.

Conocía el Rey personalmente á los principales partidarios de don Enrique, y reuniéndolos en número de veinte les dijo:

—Honrados señores, os suplico y mando al mismo tiempo, que me acompañeis á Portugal. Y hago esta distincion con vosotros, porque sois las únicas per-

sonas que me inspiran justa confianza.

Los caballeros contestaron que estaban muy prontos á seguirlo; y el Rey los embarcó en una galera, que debia conducirle á Lisboa.

Muchos y vigorosos remeros azotaron con robustos brazos la cristalina espalda del rio. Don Pedro fué dejando atrás los bosquecillos de naranjos y las glorietas de jazmines; pero llevó consigo sus riquezas, sus esperanzas y su judia.

CAPITULO XIV.

¿Eso pretende el Marqués?

¿Para eso, Fortun, te envía?

Antes de lucir el día

Ten prevenido mi arnés.

LARRA.

No desmayaron los sevillanos con la partida de don Pedro, que el corazon en pechos nobles se engrandece al par que el peligro, y decidieron vender muy caras sus haciendas, honras y vidas. Convencidos de que don Enrique traeria sus huestes muy en breve sobre la ciudad

de san Fernando, deseaban que llegase el momento; pues la expectativa de un mal es mil y mil veces peor que el mal mismo. No tubieron que esperar mucho: al dia siguiente por la mañana se presentaron don Enrique, Beltran de Gúesclin y su ejército ante los muros de Sevilla. Los sevillanos al momento hicieron tocar las campanas y cristianos y moros reunidos se aprestaron á la defensa. Al mismo tiempo los judios, en cumplimiento del tratado que habian ajustado con Torcuato, abrieron sus puertas, y entró por ellas don Enrique, acompañado de Beltran de Gúesclin, de Hugo de Carbolay y de otros muchos caballeros y soldados,

Quando los cristianos y moros vieron la infame traicion de los judios, se encaminaron á su fuerte y los sitiaron al momento. El Rey en persona, Beltran y los otros capitanes rechazaban el fiero asalto, y viendo Gúesclin que estaban

muchos para tan estrecho recinto, dijo á sus gentes:

—Me parece que aqui sobramos la mitad, y que ganariamos mas terreno combatiendo por otro lado. Vamos á atacar otra puerta.

Despues llamó al judio Torcuato y le dijo con gran secreto:

—Tú sabes todas las entradas de la ciudad, porque la has corrido torre por torre: toma unas compañías de soldados, y condúcelas al parage que consideres mas oportuno para penetrar sin resistencia.

El judio eligió unas compañías, y las condujo hácia el cuartel que los musulmanes habitaban. Lo encontraron sin defensores y penetraron en la ciudad sin romper una lanza. Al mismo tiempo que esto sucedia, recibieron los sevillanos la triste nueva de que habia hecho ahorcar el Rey don Pedro á los veinte nobles ciudadanos que se llevó en su com-

pañía. Irritados por esta crueldad y viendo dentro de sus muros á las gentes de don Enrique, tubieron un breve consejo y acordaron entregar las llaves al bastardo de don Alonso. Las capitulaciones se hicieron, y quedaron á todos salvas las vidas y haciendas; pues mas deseaba don Enrique hacerse amigos con la clemencia, que hacerse temer con el rigor.

—Al pisar don Enrique el Alcazar vió unas manchas de sangre en el pavimento de marmol, y mostrandolas á los caballeros, les dijo:

—Esta sangre es de don Fadrique mi hermano: los años no han podido borrarla, ni el agua del Guadalquivir: es preciso lavar esas manchas con la sangre tibia de don Pedro.

Despues reunió á sus caballeros en el salon de embajadores y les habló de esta manera:

—Valientes y nobles capitanes, la vo-

luntad de Dios y vuestras lanzas han arrojado del trono de Castilla á un Rey para colocarme en su lugar. Nuestro enemigo el Rey don Pedro, está camino de Lisboa, y yo no sé si el portugués le recibirá como á su amigo, proporcionándole socorros. Yo no temo al reino vecino, si me ayudan tantos valientes y mis pueblos me son leales; pero me parece oportuno conocer todos los peligros para conjurarlos en tiempo.

—Señor, dijo Beltran Gúesclin, habeis hablado como prudente y debe seguirse vuestro voto. Es preciso enviar un mensaje á don Pedro de Portugal, para que nos diga claramente si quiere sostener en contra nuestra los derechos del destronado. En caso que así quiera hacerlo, iremos á destruir su trono, y Enrique Segundo de Castilla será también Rey de Portugal. De allí marcharemos sobre Granada, y no quedará moro á vida. Iremos á Jerusalem, en donde murió Jesucristo,

y conquistaremos en Palestina todo lo que conquistó heroicamente el buen Godofredo de Bullon. Asi sucederá, si no me matan, me hacen prisionero, ó vuelvo loco: si no tiene el Rey mi señor guerra con el noble príncipe de Gáles. Y ¡vive Dios! que asi lo deseo: pues de mejor gana cortaré cabezas á los sectarios de Mahoma que á los defensores de Cristo. Pero reflexionemos ahora cual de de nuestros caballeros debe ir á tratar con el portugués.

Mateo de Gournay manifestó deseos de ir, y todos estuvieron conformes en confiarle una comision muy importante á la verdad.

Llegó á Lisboa, y recibido por el Rey con grande consideracion y afecto, le dijo:

—Ya se que habeis encontrado en Castilla buena fortuna y buen pais; pero habeis arrojado á don Pedro contra toda razon de su trono.

— Señor, replicó Mateo Gournay: nosotros estamos informados que es el Rey don Pedro mucho peor que los judíos á quienes protege: y vos mismo también lo sabeis. Yo he venido cerca de vos para preguntaros si quereis ayudar á don Pedro: y si es este vuestro parecer dejaré inmediatamente á Lisboa, y aprestaré mis mejores lanzas, para blandirlas contra vos.

—Bizarro caballero, yo he manifestado al rey don Pedro, delante de toda mi corte, que quiero permanecer neutral en la guerra de los dos hermanos. Esto os digo como mi respuesta.

Gournay, paró algunos dias en Lisboa, y llegó á Sevilla con una respuesta muy grata para don Enrique. Mas no fue larga la alegría, porque añadió despues Gournay:

—Señor, don Pedro vuestro hermano ha continuado su viaje hácia Burdeos, en busca del príncipe de Gáles, y si con-

sigue interesarlo en su favor, vendrá contra vos á Castilla.

—No quiera Dios que tal suceda, dijo don Enrique.

—Señor, repuso Hugo de Carbolay; soy uno de vuestros mejores amigos; pero si el principe me llama tendré que seguir sus banderas, por mas que lo sienta el corazon.

Lo mismo dijeron Huet, Juan de Ebreus y todos los demas ingleses.

—Señores, añadió don Enrique: me habeis servido con lealtad por el espacio de seis meses: continuad en mi compañía, hasta que se aclare el horizonte, y sepamos á qué atenernos.

Los caballeros se lo otorgaron, y el Rey don Enrique envió á muchos ingleses y franceses á que conquistasen algunos castillos que estaban en poder de moros ó de judios, parciales y amigos del destronado Rey don Pedro, permaneciendo el Rey en Sevilla acompañado de Bel-

tran de Gúesclin, de Hugo de Carbolay, y de otros muchos caballeros que esperaban noticias del principe de Gáles y de don Pedro de Castilla.

Creyó don Enrique oportuno visitar las principales ciudades de su reino, y acompañado de sus caballeros pasó por Córdoba y Toledo, y fue á fijar la corte en Burgos, cuyos habitantes le recibieron con tantas demostraciones de amor como cuando fué coronado. Pocos dias llevaba de estaren ella cuando vinieron unos heraldos, que habia enviado desde Burdeos el príncipe de Gáles, portadores de cartas para el Rey y los capitanes ingleses que se hallaban á su servicio. Se abrieron las cartas en consejo, y en ellas el principe de Gáles intimaba al Rey don Enrique que dejase cetro y corona á su hermano y antecesor; pues de lo contrario vendria á Castilla y le arrancaria vida y trono. Mandaba en otras á sus caballeros, que abandonasen á don

Enrique, y se encaminasen á Burdeos con todas sus gentes de armas.

Sobrecogidos quedaron todos, y particularmente don Enrique, que miraba á Beltran Gúesclin como queriendo adivinar el pensamiento del breton. El corazón de Gúesclin no se apocaba en los peligros, y conociendo la ansiedad que el de don Enrique sufría habló á la asamblea en estos términos:

—Señores: acaba de leerse un mandato, que me causa gran estrañeza. La amenaza del príncipe de Gáles tendría mas fuerza hecha en Castilla que en el mediodia de la Francia, sin que me intimidase mas. Cualquiera que sea el número de hombres con que pretenda combatirnos, podrá ser recibido de un modo, que le pese haberse alejado de su buena ciudad de Burdeos. El hombre que se abate por las amenazas de otro mas poderoso que él, se asemeja á un niño sin valor. Si nuestros enemigos son

fuertes, fuertes tambien somos nosotros. Algunas veces se arruinan los ricos por demasiado codiciosos; y su sed insaciable los lleva á una mar en donde perecen. ¡Maldito sea el que tenga miedo! Si son cien mil y nosotros veinte, á mas enemigos cabremos: y si Dios y nuestro derecho nos ayudan, ni un solo inglés saldrá de España. Seamos atrevidos y valientes; porque todo corazon altivo tiene fe en la magnitud de sus fuerzas, y sabe combatir y vencer.

—Bizarro capitan, le dijo Carbolay, nos es indispensable partir. Nosotros hemos estado reunidos mucho tiempo, y hemos dispuesto de vuestra bolsa, como si hubiera sido nuestra. Hemos recibido mas cantidades que teniamos derecho á tomar, y somos, Beltran, vuestros deudores: os suplico que ajustemos cuentas para reintegraros, como es justo.

—Sí, le replicó Beltran Gúesclin: habeis predicado un sermon mucho mejor

que un franciscano; pero es el caso, amigo Hugo, que yo no he pensado en la cuenta, y no se por tanto lo que suma. No se si debo ó si me deben; mas supuesto que vais á partir, quedemos en paz, y es lo mejor. De hoy en adelante podrá ser que tengamos que ajustar otras cuentas, y esas quedarán escritas, Hugo, con la punta de los aceros. Mas supuesto que hemos sido hasta ahora buenos amigos y compañeros, despedámonos como tales.

Güesclin besó á Hugo de Carbolay y á los demas ingleses, y todos le imitaron con gusto. Don Enrique dió algunas joyas á los que iban á combatirlo; y salieron los ingleses llorando, porque les mandaba el honor ensangrentar sus duras lanzas en los corazones de sus amigos.

Apenas habian salido los ingleses cuando se presentó un caballero cubierto de sudor y polvo. Este caballero era Ber-

nal. Don Enrique lo recibió con alborozo, le abrió los brazos tiernamente y le dijo:

—Bien sabia yo, amigo Bernal, que no me abandonarias en el peligro: que serias mi fiel compañero.

—Don Enrique, respondió Bernal: quinientas lanzas me acompañan. ¿Has recibido ya los heraldos?

—Los he despedido en este instante.

—¿Y qué respondes al de Gáles?

—Que Enrique Segundo no teme: que venga con todas sus huestes, que para bajar de mi trono necesito entrar en la tumba.

—Bien, don Enrique de Castilla. La sangre inglesa fecundará las campiñas y los collados, y cada gota de la nuestra será pagada con un torrente de la de los guerreros ingleses.

—Mucho enojo mostrais, Bernal, le observó Beltran de Güesclin.

—El príncipe de Gáles y yo tenemos una cita en Castilla.

nal. Don Enrique le recibió con alboroto,
le abrió los brazos tiernamente, y le dijo:

—Bien sabía yo, amigo Bernál, que me
me abandonarías en el peligro; pero se-
rias mi fiel compañero.

—Don Enrique, respondió Bernál, pa-
nientes tantas me acompañan. ¿Has re-
cibido ya las heridas?

—Los he despedido en este instante.

—¿Y qué respondes alife Gólez?

—Que Enrique, rogando de tomar que-
vanga con todas sus huestes, que para
pajar de mi trono necesito entrar en la
lambarda de la noche.

—Bien, don Enrique, de Castilla, la
sangre inglesa recordará las campañas
y los nobres, y cada gota de la nuestra
será pagada con un torrente de la de los
guerreros ingleses.

—Mucho enojo mostráis, Bernál, lo
observo Bernál de Gólez, y yo temo
que el príncipe de Gólez y yo temo
una cita en Castilla.

CAPITULO XV.



....Veloz me arrastra
 Como huracan violento
 A la batalla horrisona; los ecos
 Del bélico clarin los aires llenan,
 El freno que le oprime
 Tasca el bridou y los clarines suenan.

J. B. SANDOVAL.

El relinchar de los caballos y el son de bélicos instrumentos poblaban el aire en Burdeos: el príncipe de Gáles habia convocado á sus poderosos vasallos y todos se apresuraban á venir á su llamamiento de guerra. Acudieron á su man-

damiento el noble Armegnac, el señor de Pommiers, Juan de Chandos, el senescal de Poiteau, el senescal de Burdeos, el valiente conde Pennebroc, y otros ilustres caballeros, que acaudillaban sus compañías de aguerridas gentes de armas. Poco despues llegó por mar el duque de Lancaster con un gran número de arqueros: siendo el ejército del príncipe el mas aguerrido y numeroso que se habia visto en toda Europa.

No se descuidaban en Burgos; y aunque temia Beltran Gúesclin el gran poder del príncipe de Gáles, manifestaba rostro sereno, y animaba con sus discursos á los que tenian fe en sus obras. No ocultaba al rey don Enrique la duda que le atormentaba con respecto á los castellanos, que habian abandonado poco antes al rey don Pedro de Castilla, y que podrian volverse ahora de su parte, viéndolo venir poderoso con tan temibles aliados. No era tiempo de vacilar, y

ya anunciaban sordos truenos la proximidad de la tormenta. Don Enrique mandó reunir sus huestes, y Beltran á los extranjeros que en Castilla se habian quedado.

No se durmieron las ciudades al llamamiento del Monarca. Sevilla armó veinte mil hombres al mando de un Guzman el Bueno, y Burgos diez mil con escudos y espadas de Zaragoza y de Toledo. Acudieron muchos varones con sendas lanzas, y los mas nobles aragoneses se apresuraron á tomar parte en favor del rey don Enrique, con quien habian hecho campañas en defensa del rey de Aragon.

Bernal de Bearne, que reunia á su amistad por don Enrique un ódio profundo al de Gáles, prodigaba todas sus riquezas, y daba impulso con su actividad incansable al armamento general. Tantos esfuerzos no fueron inútiles, y e ejército de don Enrique llegó al número,

considerable de sesenta mil combatientes. Se encomendó la primera batalla á Villaines, y la segunda al condestable de Castilla, que llevaba bajo sus órdenes al aragonés conde de Denia. El ejército tomó posiciones en Nájera, muy ufano de medir sus armas con las armas de los ingleses.

El príncipe de Gáles al frente de veinte y siete mil hombres de armas, y una muchedumbre de genoveses, que eran los arqueros de su ejército, se adelantó hácia la Navarra, á cuyo Rey pidió permiso para atravesar el país. No puso resistencia el navarro, y mandó á todos sus vasallos que proporcionasen vituallas al príncipe y á sus caballeros. Los navarros no estaban conformes con el mandato de su Rey; y de mejor gana hubieran dado á los invasores ingleses una segunda edicion de Roncesvalles, que mantenimientos y auxilios. La mala voluntad de los vasallos hizo infructuosa la

buena disposicion del Rey , y el ejército del príncipe inglés sufrió mas hambres en Navarra , que los judios en Jerusalem cercada por Tito.

La vanguardia del príncipe de Gáles, compuesta de quinientos hombres de armas al mando de Guillermo Feleton , penetró en Castilla , haciendo conocer su venida por las talas y robos que en campos y pueblos hacia ; pues las pequeñas guarniciones, que en algunos puntos hallaron, no eran bastante poderosas para contener sus estragos.

Permanecia don Enrique en Nájera, y estando juntos una tarde Beltran de Gúesclin y Villaines, se presentó en su alojamiento un espia y les dijo:

—Vengo del ejército del príncipe, y jamas he visto tanta gente, ni tan aguerrida y feroz; pero les faltan vituallas, y vienen hambrientos como lobos.

—¿Y en dónde se encuentra su vanguardia? le preguntó Beltran de Gúesclin.

—No debe encontrarse muy lejos, respondió el espia. Guillermo de Feleton la manda, y serán unos quinientos hombres.

—Tengo que ajustar atrasadas cuentas con Feleton, repuso Beltran, y quiero cortarle los pasos. Vuelve inmediatamente á espiarlos, y mañana te espero aqui con nuevas noticias. Si las traes, te daré el oro que allí ves; pero si faltas, en la primera ocasion que te coja, te haré cortar ambas orejas.

El espia echó una mirada codiciosa á una buena cantidad de doblas que sobre una mesa se hallaban, y salió resuelto á poseerlas por mas peligros que corriese.

—Mucho tenemos que trabajar, dijo Gúesclin á su buen amigo Villaines, para quedar con honra al menos en tan crítica situacion.

—Aqui tenemos, replicó Villaines, veinte mil soldados genoveses que han combatido contra el turco, y parecen

hombres de provecho. Nuestro ejército es numeroso, y no sé como escapará el príncipe si tiene el arrojo de atacarnos.

—Señor, el corazón me dice que en lo más recio del combate nos abandonarán esas gentes que no me inspiran confianza. Y por quien soy, que desearía mejor caer prisionero que don Enrique, porque el Rey don Pedro le haría morir en el instante, y yo podría conseguir mi rescate por una cantidad de oro.

Al decir Beltran estas palabras llegó un corredor, y le trajo noticias de los orrajeadores ingleses, que Guillermo Feleton conducía.

Mucho se regocijó Gúesclin con estas nuevas: mandó llamar al conde de Denia y al mariscal D' Audrehem, y les comunicó su proyecto de ir á atacar á los ingleses. Ambos capitanes manifestaron que estaban en un todo de acuerdo y todos tres se pusieron en marcha con algunas tropas escogidas. Camina-

ron con gran cautela, llevando delante sus exploradores, y uno de ellos que hablaba muy bien el inglés, se introdujo en la hueste de Feleton, y la observó completamente. Despues volvió á encontrar á Beltran, y le contó que los ingleses se habian entregado al pillaje, y conducian grande cantidad de ganados. Gúesclin dividió su pequeño ejército en tres partes, y lo embosca en una selva bastante intrincada.

Apenas habia dividido la hueste, cuando los exploradores ingleses descubrieron una de las batallas, y fueron á participarlo á Feleton. Les preguntó este, qué gente era y en qué número: los exploradores contestaron que españoles, y sobre poco mas ó menos en el mismo número que los ingleses. El capitán les dijo entonces:

— Si son españoles yo no huiré sin darles batalla, porque no les temó lo mas mínimo: pero si está Beltran Gúesclin,

la situación es apurada, porque además de su atrevimiento me profesa un odio profundo, y si me coje prisionero no me soltará por ningún rescate. Por lo tanto deseo que vayais á preguntar á esas gentes quiénes son, si está con ellas Beltran Guesclin, y si demandan la batalla.

Partió un explorador á toda rienda, y antes que llegase á los españoles salió el conde de Denia á su encuentro y le preguntó qué quería.

—Señor, le respondió el inglés: Guillermo de Feleton y Juan su hermano me envían á saber vuestro nombre, y si está Beltran en el campo.

—Yo me llamo el conde de Denia, mis compañeros son castellanos que desean pelear con los ingleses, y no está Guesclin entre nosotros.

—Supuesto que quereis batalla, la tendreis, replicó el inglés y se dirigió hacia los suyos.

El conde de Denia envió un escudero á Beltran, para que le participase la respuesta que habia dado al explorador.

Feleton vino contra los españoles con sus banderas desplegadas y el conde de Denia salió á su encuentro en el mismo orden que el inglés. Al sonido de las trompetas arremetieron los escuadrones y ambos resistieron el choque sin perder sus líneas. Beltran y el mariscal D' Audrehem, atacaron por retaguardia á Feleton, é inmediatamente huyó su hueste en la mas completa derrota, llevando la alarma á la del príncipe. Mas de ochenta ingleses quedaron muertos sobre el campo, y Guillermo Feleton entre ellos.

Mucho sintió el príncipe de Gáles la derrota de su vanguardia, y el Rey don Pedro de Castilla miró como de mal agüero este principio de campaña. El ejército inglés sufría, como hemos manifestado

poco antes, unas horribles escaseces, y la rota de Feleton les privaba todos los recursos que aquel les habia proporcionado. Reunió el príncipe su consejo y el conde de Armagnac habló asi:

—Señor: hemos reunido el ejército mas numeroso que há visto la Europa hace tiempo; pero no adelantamos nada, y muy pronto nos diezmará el hambre, antes que nos merme el acero. Mejor es, señor, combatir, que perecer como cobardes en la mas espantosa miseria. Armemos mañana nuestras gentes, y marchemos al enemigo.

—Todos los principales capitanes fueron del mismo parecer, y resolvieron presentar la batalla al amanecer del día siguiente.

Despues de haber vencido Beltran á Feleton, se volvió á Nájera con las reses que habia rescatado y los prisioneros que habia hecho. Don Enrique los recibió con las mayores distinciones, y cre-

yó en medio de su júbilo, que habia asegurado su corona con aquel pequeño reencuentro. Mandó reunir á sus caballeros, y les pidió consejo sobre la manera mas á propósito para destruir á los ingleses: opinando el rey por su parte que se les debia atacar al punto.

—Señor, dijo Beltran Gúesclin: por Dios que sigais mi consejo, y vencereis á los enemigos sin el trance de una batalla. Los ingleses estan hambrientos, y mas desean combatir para alimentarse, que para entronizar á don Pedro. Mantengámonos á la defensiva: rodeemos nuestro campamento con empalizadas y fosos, y antes de tres dias tendrán que huir estenuados y arrepentidos. Entonces caeremos de repente sobre su ejército amedrantado, y no quedará un solo inglés que no sea muerto ó prisionero.

Os tienen por valiente y por entendido, le replicó el conde de Denia, y no lo manifestais, Beltran, ahora. O teneis

miedo á los ingleses, ó no sois amigo de don Enrique. Hemos tenido un buen estremo: los enemigos estan aterrados, y tardaremos en vencerlos lo que tardemos en pelear.

Bernal de Bearne se levantó, y con voz colérica dijo:

—Yo se que Beltran es valiente; pero hoy procura desmentirlo. Quinientas lanzas me acompañan: si opina el consejo por que nos estemos encerrados, como un miserable rebaño, yo acometeré esta misma noche con mis quinientos compañeros á ese príncipe tan temido, y si morimos en la demanda, nos envidiarán los que sobrevivan el honor de haber peleado como cumplidos caballeros.

—Yo os seguiré, dijo el conde de Denia, y moriré tambien como bueno. Conmigo vendrán muchos aragoneses que buscan el honor con ansia y no temen perder las vidas.

Todos los caballeros deseaban apare-

cer como valientes, y muchos digeron lo mismo que habia dicho Bernal de Bearne y despues el conde de Denia. Beltran Gúesclin se mordía los labios, hasta que no pudiendo sufrir mas, gritó con una voz de trueno:

—Silencio, señores. El que haya tomado mas castillos, ganado mas batallas y recibido mas heridas que Beltran de Gúesclin, ese podrá escribir sobre mi frente la infame nota de cobarde. Me dice el corazon, señores, que si combatimos mañana, el Rey perderá su corona, yo seré muerto ó prisionero; mas nada importa mi creencia. Me habeis tratado de cobarde y aun de traidor: mucha lealtad debo tener al Rey don Enrique cuando he sufrido con paciencia un ultraje tan inmerecido. Mañana se da la batalla: mi lanza herirá la primera, y veremos quién es el último que se retira del combate.

—Lo veremos, dijo el bearnés.

—Lo veremos, Beltran de Gúesclin, repitió el de Denia con calma.

—Señores, dijo don Enrique: tengo recibidas mil pruebas de todos los ilustres capitanes que toman asiento en mi consejo: todos me profesan un amor que yo les pago con el alma: todos son valientes en el combate, todos entendidos, y experimentados son todos. Amo á Bernal como á un hermano, al conde de Denia lo mismo, y no hay un solo caballero en esta estancia, que no haya combatido á mi lado, en Francia, en Aragon, ó en las Castillas. Yo quisiera dar gusto á todos, hacer el mio que está conforme con el parecer de los mas fogosos, pero me someto en un todo á lo que resuelva Beltran.

—Señor, respondió el breton con dignidad: despues de lo que ha sucedido, no queda otro medio posible que dar mañana la batalla.

—Ahora eres Beltran de Gúesclin, di-

jo el conde de Denia abrazándolo.

—Ahora te conozco, breton, le dijo Bernal de Bearne.

—Y ahora no estoy contento de mi, les respondió el buen capitán.

CAPITULO XVI.

¿Jurais al Dios que nos escucha
 O vencer ó morir?

QUINTANA.

Se dirigió Bernal á su posada, ansian-
 dó que brillase la Aurora para encon-
 trarse frente á frente con el altivo prín-
 cipe, que habia emponzoñado sus dias.
 Su imaginacion calenturienta le presen-
 taba un panorama de desolacion y es-
 terminio; y aun creia percibir los ayes

de los infelices moribundos que habia derribado su tizona. Entre los despojos sangrientos aparecia de vez en cuando una figura de muger, y entonces buscaba un cadáver, que no aparecia antes sus ojos. A traves de su linterna mágica todo cambiaba de colores, y habia momentos celestiales, en los que solo veia la sonrisa de aquella muger cariñosa, que le miraba con placer. Sus ojos se cerraban entonces para reconcentrar el pensamiento, y era tan feliz, que olvidaba sus dolores y hasta sus celos. Los olvidaba unos instantes; pero renacian de improviso bajo formas mas espantosas.

No eran los celos de Bernal hijos de la incertidumbre y la duda, una realidad los causaba, y una circunstancia fatal les daba mas terrible aspecto. La hermosa de su adoracion estaba en brazos de otro hombre. ¿Y por qué lo estaba? Porque Bernal no le igualaba en poderio. Si

hubiera podido ofrecer el bastardo un trono, como el de Inglaterra, á los pies de su hermosa prima, no la hubiera dado su padre á quien la ofrecia una corona sin poseer antes su corazon. Bernal sentia en si un tormento, que muchas veces nos aqueja y no nos atrevemos á esplicárnoslo: Bernal tenia la timidez que tiene un amante que no puede decir á su amada: «por los topacios que te da ese hombre yo te daré ricos diamantes: mis palacios son mas hermosos que los suyos, y mas espléndida mi corte. Yo te ofrezco un amor inmenso, pero rodeado de privaciones: no te digo ven á ser mia para vivir solo en mi amor: adivinaré tu pensamiento y á los rayos de tu hermosura servirán de espléndida aureola las joyas que yo te presente.» Ningun Monarca de la tierra podia ofrecer mas rica corona á la esposa del príncipe de Gáles que la que adornaba su frente.

Estas consideraciones roian los sesos

del noble Bernal: es verdad que en algunos instantes alzaba la frente con orgullo y decía: «el príncipe de Gáles posee su cuerpo, como esposo: yo soy mas feliz por que tengo su alma, porque la tengo como amante.» Este consuelo se desvanecía, y solo pensaba en la guerra. Al dia siguiente una gran batalla iba á decidir un imperio. ¿Si la lanza de paladin celoso conseguia tocar el corazon de su rival afortunado, no podria el capitan valiente conquistar provincias y provincias, para ofrecer un rico reino á la viuda del muerto príncipe? Asi lo concebía Bernal, y asi pensaba ejecutarlo.

Mandó llamar á los caballeros, que combatian bajo su enseña, y asi que los hubo reunido les habló en la forma siguiente:

—Muy satisfecho estoy, señores, de la amistad que me profesais, y que me habeis probado bien, siguiendo mi humilde pendon. Mañana se da una bata-

lla contra el parecer de Beltrán, y yo he tenido una gran parte en que se decidan á darla. Hay un compromiso de honor entre los principales gefes; pues pretende ser cada cual el último que se retire de los peligros del combate. Yo soy uno de ellos, señores, y voy á propener un juramento. «Juremos á Dios y á nuestros padres no retirarnos de la batalla mientras quedemos dos con vida: y si queda uno solamente, no se retirará tampoco sin poner en salvo mi pendon.

Todos lo juraron á una voz, y Bernal los despidió afable, encargándoles estuviesen prontos al primer albor de la mañana.

Solo el bastardo llamó á sus pajes mas queridos y les mandó que le trajesen todas sus armas; pues queria elegir por si mismo las que habia de usar al dia siguiente. Fue obedecido en el instante, y procedió al punto á elegir-

las. Tomó una armadura de acero, primorosamente empavonada, regalo que le habia hecho su padre, y que mostraba su sobrenombre en un magnifico sol de oro, que destellaba en la coraza. El yelmo tenia cuatro plumas negras, y por cimera un buitre de oro, que cebaba supico y uñas en un leopardo moribundo. Cogió una espada de Toledo, que le habia regalado don Enrique, cuya empuñadura de amatistas tenia la forma de una clava, una daga toda de acero, que le habia dado Beltran Guesclin, y dos lanzas de agudos hierros, fabricadas en Zaragoza. Encargó á sus pajes que le dispusiesen dos caballos negros y andaluces, tan veloces en la carrera como duros en las fatigas: y despues de todo dispuesto los despidió para acostarse.

Apenas habian salido de la estancia volvió uno de ellos y dijo á Bernal, que unos viajeros recién llegados pedian

permiso para hablarle. No vaciló Bernal en concederlo, y un momento despues entraron dos caballeros y una dama. Bernal se adelantó á recibirlos, y vió con asombro á doña Inés entre don Lope y el buen paje.

—Señora, dijo á la Avendaño: ¿cuando os creia convaleciente en Angulema os hallo á tal hora y en tal sitio la vispera de una batalla?

—He cumplido mi palabra fielmente. Ofrecí no salir de Angulema hasta que lo permitiese el doctor, y he salido con su beneplácito. ¿No me encontrais muy mejorada?

—Si, doña Inés, estais mejor; pero las fatigas del viaje pueden haceros mucho daño. ¿Hace mucho que habeis llegado?

—Nuestras mulas están á la puerta, y he preferido descansar en vuestra posada á pedir hospedaje al Rey.

—Mucho os agradezco, doña Inés, una distincion tan honrosa.

—Agradecedla á mi tutor, que ha creído oportuno daros cuenta de la enferma que le encomendásteis: agradecedlo tambien á Enrique, que ha querido devolveros la joya, son sus palabras, que pusísteis á su cuidado, y agradecerlo á vuestra prima, que me entregó esta pequeña caja, para que os la diera en mano propia.

La huérfana, entregó á Bernal un paquete, que puso el bastardo sobre la mesa, preguntando luego á doña Inés:

—¿Cuándo habeis hablado, señora, con la noble princesa de Gáles?

—Dos horas antes de dejar á Angulema. La he debido muchas atenciones y no ha dejado de visitarme un solo dia desde que os vinisteis á Castilla. Me ha tratado como á una hermana.

—¿Y cómo ha quedado la princesa?

—Triste, Bernal; bastante triste. Talvez la ausencia de su esposo...

—¿Os hablaba de él mucho, señora?

—Muy pocas veces lo nombraba: pero yo se por esperiencia, que lo que mas siente el corazon está mas lejos de los labios.

Bernal ahogó un hondo suspiro, y continuó doña Inés:

—Me encuentro bastante cansada, y desearia tomar reposo.

Bernal dió su brazo á la huérfana y la condujo á la habitacion mejor dispuesta de la casa, para que descansase en el lecho del capitán la virgen, esposa y viuda.

Cuando volvió, dijo á don Lope con afectuosa cortesía:

—Tambien necesitareis, don Lope, algunas horas de descanso.

—Si me concedeis la hospitalidad por esta noche.

—Mi casa es vuestra, señor de Hines-trosa, y mandais en ella como dueño.

Un paje condujo á don Lope al aposento menos malo que podia ofrecerle

Bernal en su posada de campaña.

—Tambien tengo que pedir os un favor, dijo el jóven paje al bearnés asi que se quedaron solos.

—Habla, Enrique, con confianza.

—¿Me dareis armas y caballo para presentarme en la batalla?

—Las elegirás á tu gusto.

El paje saludó á Bernal, y se saliô del aposento.

Asi que se vió solo el bastardo cogió la caja de la princesa, y no encontrando una llavecita que debia servir para abrirla, rompió la cerradura al punto, y envuelta en el pañuelo blanco, que lo deslió al dejar á Angulema, encontró una banda morada con este mote en letras de oro «ADIOS, ADIOS, HASTA EL CIELO.»

Bernal llevó la banda á sus labios, la estrechó contra el corazon y exclamó casi delirante:

—Este color es elembema de nuestros dolores en la tierra: estas letras las au-

reclas que nos unirán en el cielo. Puesta sobre mi armadura negra, seré invencible en el combate, y miraré al altivo esposo con compasion y con orgullo.

CAPITULO XVII.

Fortun.....Tiende un velo.
Sobre suerte tan fatal.

Macias. No sabe ningun mortal
El fin que le guarda el cielo.

LARRA.

Al mismo tiempo que Bernal se disponia para el combate, exigiendo á sus caballeros un juramento que debía hacerlos formidables, Beltran de Güesclin en su posada reunia á sus particulares amigos. Tenia el breton remordimientos por haberse dejado arrastrar de su amor propio, y haber pospuesto los intereses

de don Enrique y la salud de todo el ejército á su honor, con justa razon ofendido. Solo le quedaba el consuelo de que habia hecho indispensable la batalla la conducta de Bernal de Bearne, del conde de Denia, y de todos aquellos señores que con mas valor que prudencia habian jurado ir solos á atacar la hueste que el príncipe inglés conducia.

Los primeros que se presentaron fueron Villaines y el noble mariscal Daudrehem: Beltran los recibió con agasajo, y despues de haberles presentado asientos les dijo:

—Desde que se disolvió el consejo me estan bullendo en la cabeza las ideas mas contradictorias, y, ¡vive Dios! que me hacen daño. Tengo la conciencia, señores, de que no llevaremos mañana la mejor parte en el combate, y es muy triste ir al enemigo sin la esperanza de vencer.

—Yo creo, replicó el mariscal, que no

faltarán mañana héroes; y que si vertemos nuestra sangre recibiremos á buena cuenta mucha de nuestros enemigos, Beltran.

—Tambien tengo la misma creencia, añadió á su turno Villaines.

—Y yo, dijo Beltran Guesclin. Bernal de Bearne y sus soldados combatirán como leones: el conde de Denia y los suyos no dejarán que desear: pero esos señores genoveses me paracen mas sueltos de lengua que de manos para matar.

—Si hablais ese lenguaje, señor, no dudaré que nuestras gentes se desanimen, y que se presenten en el combate como un rebaño de corderos.

—Hablo este lenguaje aquí, Villaines, porque tengo el convencimiento, de que cualquiera de nosotros marcharemos al enemigo con la frente serena y alta, aunque tengamos la conciencia de no sobrevivir á él.

Guesclin cruzó los brazos sobre el pecho

y los tres guardaron silencio. Fueron entrando poco á poco algunos caballeros mas, y cuando estuvieron reunidos todos los que habian sido convocados, se levantó Beltran Güesclin, paseó una mirada satisfecha por la estancia y dijo:

—Mañana, señores, tendremos un hermoso dia. Cada nacion va á combatir en cierto modo por su cuenta, y no seremos los franceses los que demos menos en que pensar al bravo príncipe de Gáles. Tenemos cuentas atrasadas con el heredero de Inglaterra; y ya que no hemos podido ajustarlas en el Poitou ó en la Guiena, no será mal campo el de Castilla. Nosotros hemos asentado á don Enrique sobre el trono de san Fernando, ganando, señores, á la vez, reputacion, honra, y provecho. Si permitimos que de él baje, la honra se trocará en infamia, y con el oro que hemos recibido no tendremos quizá bastante para pagar nuestros rescates. He tirado el guante, seño-

tros á nombre de todos los franceses: lo han recogido Bernal de Bearne y el aragonés conde de Denia: no quedaremos sin honor si son los últimos que pelean; pero mayor honra tendremos descargando el último golpe.

—Beltran ha hablado como quien és, añadió el mariscal, señores: y yo tengo la confianza de que nosotros obraremos como quien somos, como hidalgos. Mañana al despertar la aurora estareis á punto de combate: el intrépido Villaines nos manda, y la victoria nos sonrie.

—Señores, añadió Beltran: ya es cerca de la media noche, y no estará mal el descanso. Compañeros, hasta mañana.

Todos los caballeros se alejaron, y al ir á salir el mariscal, lo detuvo Güesclin por el brazo y le dijo con tono afable:

—A vós os hablo con el corazon, á los demas con la cabeza.

El mariscal le estrechó la mano y se dirigió á su posada.

Apenas solo el buen breton, se le presentó su escudero y le dijo:

—Me parece, noble señor, que mañana el leopardo inglés y los dos leones de Castilla ensangrentarán uñas y dientes.

—Y segun yo pienso, le respondió Beltran riendo, no van á quedar mas que las colas.

—En quedando uno que lo cuente, y que ese uno sea de nuestro ejército, no se habrá perdido la jornada.

—No exijas mucho á la verdad. ¿Pero si te dan la eleccion á quién dejarás para testigo?

—A Beltran de Gûesclin.

—Te lo agradezco mucho, amigo; y como no quiero que tú mueras te prohibo terminantemente que me sigas á la batalla.

—¿Es como merced, ó como singular castigo?

— Dejarte vivir algunos años, no deja de ser un favor.

—Pues guardadlo para otro escudero, porque yo quiero ser contado en el número de los muertos, pero en el de los cobardes nunca.

—Pues hágase tu voluntad.

—¿Qué armadura os vestireis, señor?

—La de mejor temple.

—¿Y qué espada os ceñireis?

—La que mas corte.

—Estais lacónico.

— Una armadura debe ser firme, para resguardar, cortante una espada, para herir: no requieren mas condiciones.

El escudero se alejó, Beltran se acostó sobre unos sitiales y se durmió profundamente.

— Dejarle vivir algunos años, no deja
 de ser un favor.
 — Pues guardadlo para otro escudero,
 porque yo quiero ser conde en el mi-
 nero de los muertos, pero en el de los
 cobardes nunca.

— Pues págase la voluntad.
 — ¿Que armadura os vestirá, señor?
 — La de mejor temple.
 — ¿Y qué espada os cubrirá?
 — La que mas corte.

— Estais hechois.
 — Una armadura debe ser firme, para
 resguardar, cortante una espada, para
 herir: no repúscen mas condiciones.
 El escudero se alejó, bellan se escondió
 sobre otros sillones y se durmió profun-
 damente.

CAPITULO XVIII.



Guerra, guerra. La mágica Aurora
De la justa venganza brilló:
Ya el arnés de los árabes dora
Con sus rayos espléndido sol.

MIGUEL GONZALEZ AURIOLES.

El Rey don Pedro está en su tienda y á la puerta velan Fortun y su compañero Garci. El antiguo montero pasea con manifiesto mal humor y Garci se muerde las uñas y silba mas bajo un antiguo cantode guerra. Mira á Fortun, y se sonrie al conocer su mal humor.

—Así estoy yo, dijo el montero, para que me vengán con risas, como una corza perseguida por una docena de perros.

—¿Qué tienes Fortun?

—Casi nada. Los dos enemigos del cuerpo: hambre y sed.

—Ya veo que te quejas de vicio. Has almorzado esta mañana un cuarteron de pan, y corre por allí un arroyo que puedes apurar si es tu gusto.

—Un cuarteron de pan en todo el día! Muchomas se come un conejo: y por toda bebida agua, como si no hubiera vino en Castilla.

—Trabaja, Fortun, trabaja ahora, que después recibirás el premio.

—Y qué me darán luego, Garcí? ¿Me harán, por ventura, condestable, almirante, conde, ú obispo?

—No te harán, Fortun, nada de eso; pero beberás todo el vino que pueda resistir tu vientre.

—Si tengo plata con que pagarlo.

—O encuentras quien te lo regale.

Fortun prosiguió sus paseos; mas parándose de repente dijo:

—Mañana, si Dios no lo remedia ó no mete la pata el diablo, tendremos batalla, Garcí.

—Asi parece, amigo Fortun. Hay muchos hombres en la hueste, que tienen tanta hambre como yo, y que la publican como tú. Los capitanes han dispuesto alimentarnos como á los cuervos, y esta es la principal razon, para apresurar el combate.

—Trabajo me cuesta, Garcí, confesarte lo que me sucede: pero á la verdad tengo miedo.

—Eso será el hambre, Fortun. Un pellejo henchido de viento necesita plomo en el fondo para poder tenerse en el pie, y cuando el estómago está vacío suben á la cabeza unos humos que todo lo confunden y ennegrecen.

—Y te parece buen agüero entrar en batalla con hambre? yo me atengo á lo de la caza: *Zorra en principio de cazadero mal agüero.*—Nunca es bueno estarse en ayunas, ó con una parvedad tan corta como la que hemos tomado esta mañana; pero el soldado que pelea para comerse las provisiones que tiene reunidas su enemigo, tiene mucho interés en triunfar. El lobo hambriento salta la cerca sin necesidad de ningun auxilio, y despues de satisfecha el hambre amontona los corderos muertos para salirse del corral.

—Estoy por el lobo repleto.

—Mañana hablaremos, Fortun.

—El que escape con la piel sana, ó el que pueda remendarla al menos...

—Y el que no sirva para otra cosa, se le quemará como un palmito y está terminada la cuestion.

Asi hablaron los ballesteros en el esterior de la tienda: por dentro se trata-

ban altos negocios, y el Rey don Pedro rodeado de muchos señores de Castilla, que ó le habian permanecido fieles ó querian borrar con sus servicios las dudas que podía tener el Monarca sobre su pasada conducta, desplegabá toda la energía que habia mostrado en cien ocasiones, y que habia estado amortiguada ó casi estinguida enteramente durante la corta campaña en que perdió cetro y corona, sin ensangrentar una vez su espada en la sangre de los partidarios de don Enrique.

Duró el consejo algunas horas: el Rey reclamó para sí el mando de los soldados castellanos, queriendo guiarlos en la batalla con su prestigio y con su ejemplo. Juró ante todos pelear mientras su corazón latiese, ó ceñir de nuevo la corona, ó guardar infortunio y vergüenza bajo la losa del sepulcro. Los caballeros por su parte, juraron también secundarlo; muchos eligieron hermanos de armas

que combatiesen á su lado, y se retiraron dispuestos á conquistar en una batalla el cetro perdido del Rey y ricos estados para ellos.

Fortun y Garcí vieron alejarse á todos aquellos señores, y el montero dijo suspirando:

—Algo mejor habrán comido que nosotros.

—Tambien darán mas cuchilladas cuando se empeñe la refriega.

Don Pedro solo en su aposento manifestaba viva inquietud, y se asomaba de vez en cuando, como para recibir á una persona: sus afanes no tenian éxito y suspiraba tristemente. Cansado de dar vueltas en valde, se reclinó sobre dos sitios y se quedó al punto dormido. Era su sueño bastante inquieto, pero no le abrumaba la pesadilla que en la fatal noche de Burgos. Suspiraba de vez en cuando, entreabria los ojos y hacia ademan de estrechar contra su corazon algun objeto

muy querido. Haria media hora que estaba durmiendo el Monarca, cuando penetró en el aposento un hermoso paje, de corta estatura á la verdad, pero con una tez fresca y sonrosada, y tan jóven que ni un ligero bozo cubria sus mejillas de terciopelo. Se adelantó con veloz paso, llegó á los sitios en donde el Rey reposaba, como hemos dicho, y quedó de pie contemplándolo: «Raquel, Raquel! decia el Monarca: tú eres el ángel de mi guarda, tú eres mi genio tutelar. Si estoy despierto me reanimas con tu sonrisa seductora ó con tu mirada de fuego: si estoy durmiendo velas á mi lado tiernamente, y te veo, Raquel, en mis ensueños. Y tú sola, tú sola me has amado. Me entregaron á la Padilla unos parientes codiciosos, para reinar sobre el Monarca: me dió su amor Juana de Castro, para que la proclamase mi esposa: tembló del tigre la Coronel, y me acarició en su regazo para traspasarme el corazon. Tú,

ROSA DE JERUSALEN, no me has pedido nada nunca: tú no has encumbrado á tus parientes: tú amas á don Pedro, y te olvidas del trono que quiere ocupar. Mas ¡ay! si logro en él sentarme, si otra vez ciño la corona, hasta el mismo príncipe de Gáles tendrá que postrarse á tus pies. Tú eres un ángel: tú...eres...un...ang...el...Ra...quel...me..a.. Las palabras se fueron apagando entre los labios del Monarca, y el paje imprimió los suyos con ternura sobre la boca de don Pedro.

A la presión de aquel dulce beso abrió sus ojos el Monarca, y fijándolos en el paje exclamó con tierno alborozo:

—¡Raquel!

El paje tiró su sombrero, y cayeron sobre su espalda los sedosos bucles de la judía.

—Soñaba contigo: añadió el Rey.

—Lo se, respondió la judía, sentándose sobre las rodillas del enamorado Monarca. Cuando me acerqué á contem-

plarte, porque es un placer indecible mirar en sueños al que adoramos, tus labios murmuraban mi nombre con el acento del cariño: cada palabra tuya llevaba á mis venas un fuego, que las caldea, como el de la fiebre, pero que es un fuego de vida. Contaba los latidos de tu corazón, y me ponía la mano sobre el mio para hacer que latiesen á un tiempo.

—Loca.

—Si, loca; pero de placer. Nuestro amor estodo ventura: es una rosa sin espinas bajo un cielo azul y sin nubes ¿Tú tienes celos?

—No, Raquel. Tengo tanta fe en tu palabra como en mi propio corazón: cuando me abruman los cuidados te llamo, y con tu sonrisa inefable refrescas el alma enardecida, como las auras á las flores: cada mirada tuya me reanima, como el sol á las plantas: hasta mi nombre pronunciado por tu boca breve y risueña suena mas dulce á mis oídos.

—Loco.

—Si, loco; pero de placer.

—La judia pasó su linda mano por el rostro del Rey don Pedro, y con tanto amor como cuidado le estuvo arreglandola barba.

—¿Piensas, Raquel, le dijo el Rey, que voy á presentarme en un sarao? Mañana al despuntar la aurora serán estos campos tranquilos, campos de confusion y muerte, y tú apacerás en ellos, como la huri que da la corona á los que mueren con valor.

—No me has preguntado, don Pedro, por el éxito de mi mision.

—Te vi tan hermosa y tan amante, que solo pensé en la dicha inmensa de estrecharte contra mi pecho.

—Esto no es justo, señor Rey: el enviado debe dar cuenta con solemnidad al monarca, y voy á cumplir como debo.

Raquel se deslizó de las rodillas, tomó

una actitud algo teatral, y dijo ahuecando la voz:

—Rey de Castilla: desafiando con intrepidez los peligros, crucé el campo sola y á pie, penetré en Nágera, y llegué á la posada del hombre que podia hacer mucho en favor de la causa del Rey don Pedro. Penetré en su estancia osadamente, y le espliqué en pocas palabras el objeto de mi visita. Se quedó mirándome fijamente, como para combinar un recuerdo, y yo quise ayudar su memoria pronunciando el nombre de mi padre. Apenas le oyó quiso abrazarme.

—¿Y lo permitiste?

—No, don Pedro.

—Querria mejor perder mi trono, que verte en brazos de algun hombre.

—No le permití que lo hiciera, y le exigí respuesta pronta á mi terminante pregunta. Hablamos sobre las ventajas que reportaria de su traicion, y yo se las reduje á oro. Quiso saber la cantidad.

No tiene guarismo, contesté: dejad satisfecha vuestra ambicion señalando la que querais.

—Querrá mi tesoro, Raquel.

—Doscientas mil doblas de oro bien pueden darse por la corona de Castilla.

El Rey se levantó de su sitial, y estrechó de nuevo entre sus brazos á la seductora judia. No le acogió Raquel como antes; habia descubierto en el Monarca una refinada codicia, y LA ROSA DE JERUSALEN tenia sentimientos muy elevados para regatear unas cuantas doblas la posesion de un rico imperio.

—Recibes con frialdad mi abrazo, Raquel.

—¿No sabes la causa, Rey don Pedro?

—No, Raquel mia.

—Este abrazo que acabas de darme, no es la recompensa de los peligros que he arrostrado impávida por tu amor; es el premio de haber ajustado barato.

—Raquel.

—No quieras engañarme, don Pedro. Te llaman avaro con razón y te has achi-cado mucho á mis ojos. Bien sabes que soy entusiasta, y que el hombre á quien yo venero ha de ser bravo entre los bra-vos y entre los espléndidos espléndido. La pequeñez y la medianía se tocan tan-to que se confunden: y ese «*querrá mi te-soro*» Rey, me ha llegado hasta el co-razon.

LA ROSA DE JERUSALEN bajó los ojos aver-gonzada y el Rey don Pedro quedó mudo, sin atreverse á dar excusas, por temor de irritarla mas.

Una luz débil y plateada vino á con-fundirse con la luz que la lámpara des-pedia: era el primer rayo de la aurora. Raquel se acercó al Rey don Pedro, le cogió la mano con fuerza y le hizo salir á campo raso.

—Rey de Castilla, le dijo tendiendo su mano derecha: ya brilla en oriente la au-rrora que debe alumbrar tu venganza. Si

estimas en algo mi cariño, si quieres borrar la fea mancha que has impreso sobre tu frente, pelea como el leon de los desiertos, y abate cuanto te resista. Si no sobre pujas á todos, si hay otro mas valiente que tú, te despreciaré, Rey don Pedro.

—Yo te juro, Raquel hermosa, que caerán los fuertes guerreros al filo de mi cortante espada como las mieses en agosto ...

—No es bastante: deben caer como las encinas bajo el hacha. Si mueres, yo me sentaré sobre la losa de tu sepulcro, y mis suspiros y mis llantos darán calor á tus cenizas; pero si vives deshonorado huiré de tí como una sombra, y no estrecharás mas entre tus brazos á esta judia de sangre humilde, pero con un corazon tan heróico como el de Maria de Molina.

—Ven á mis brazos, ven, Raquel. Mi corazon late en el pecho por tu amor, tambien por mi gloria. Grande quiero ser

á tus ojos; tan grande me verás muy pronto, que tendrás que mirar al cielo para encontrarme entre las nubes, iluminado por el sol.

—Toma mis brazos, Rey don Pedro.

—¿Será el último abrazo, Raquel?

—Si así ha de ser, ruego al Altísimo que sea, don Pedro, por tu muerte.

de las espas; los grandes se ven a muy gran
to, que tardas que mirar al cielo para
encontrarme entre las nubes, iluminadas
por el sol, como estaba en otros tiempos.
—Tomá mis brazos, Rey, don Pedro.
—¿Por qué el último abrazo, Raquel?
—Si así ha de ser, tuogo al. Alisimo
que sea, don Pedro, por su muerte.

los aliti le miraron y vieron en sus ojos
una resignación que nunca había visto
antes en él. Como si hubiera aceptado su
destino con resignación y con amor.
Yo,
y siempre me quedé en los brazos de
este hombre maravilloso y generoso.
Después de eso me quedé en los brazos de
Raquel. Como si fuera un amor de verdad.
Así fue el amor de Raquel y yo.
Yo,
y siempre me quedé en los brazos de
Raquel. Como si fuera un amor de verdad.
Así fue el amor de Raquel y yo.

CAPITULO XIX.

Hurra, cosacos del desierto, hurra:
La Europa os brinda espléndito botín,
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festin.

ESPRONCEDA.

El rosicler de la mañana va tomando vivos colores: desde un gran globo de rubies parten mil rayos nacarados, que arjentan las cimas de los montes, el azul del cielo y los mares. La naturaleza saluda el despertar del nuevo día, y el canto de los ruiseñores se confunde con

el murmurio de la fuente ó de las olas adormidas, que lamen á compas monotonamente la menuda arena de la playa. Fragantes ramos de jazmines sacuden gotas de rocío sobre una alfombra de violetas, y las auras besan amantes al virginal capullo que tiende sus pétalos ricos de aromas. El gallo despierta al pastor, y dejan los corderos su aprisco, para pacer la yerba húmeda que suele causarles la muerte. Cuelga el trovador el laud con que acompañó tristes endechas, y dá el último adios á las rejas que sirven de cárcel á su alma, porque tras ellas está guardada la hermosa virgen de sus ensueños, ó de sus delirios la esposa. Algun amante desdeñado cierra sus párpados ardientes tras una larga noche de insomnio; y antípoda de la naturaleza duerme al aparecer la luz; porque las sombras simpatizan con las tinieblas de su alma. Dios sonríe desde su aereo trono y se felicita de haber hecho la mas

hermosa de sus creaciones: el hombre repite el *fiat lux* y el *Hosanna* con que saluda al autor de tantos prodigios.

Mas no es el canto de las aves el que hiende las leves auras y es repetido por los ecos. La ronca voz de las trompetas llama á los guerreros dormidos, y la voz del principe de Gáles comunicaba breves órdenes. Unos visten la menuda cota, ciñen otros bruñidas corazas, sujetanse acerados yelmos, y blanden picas y ballestas. Los caballos saludan al sol como el del afortunado Dario; y con sus errados pies y manos sacan centellas de las rocas. Recorren á escape los cabos las filas de sus hombres de guerra, y despues todos se reúnen á saber el órden de batalla que ha determinado el caudillo.

Cabalga el príncipe de Gáles sobre un caballo flor de lino cuya luenga crin y negra cola flotan agitadas por las auras como las hojas de los plátanos. Lleva el prínci-

pe rica armadura con primorosos embutidos, y la visera levantada, para arengar á sus guerreros. Confia la primera batalla á su hermano el duque de Lancaster, compuesta de tres mil guerreros pesadamente armados todos; y servian bajo el mando del duque, Hugo de Carbolay, Nicolás de Aubechicourt, Enrique y Gualtero Huet, Juan de Ebreus, Tomas Daldonne y otros muchisimos caballeros de grande valor y gran fama. Quinientos arqueros ingleses, muy veteranos y muy diestros, reforzaban esta batalla, que condujo el duque de Lancaster sobre la derecha de Nájera. La segunda batalla encargó el principe á su primo, á quien acompañaba el señor de Pommier, el noble senescal de Burdeos, Gualtero d' Aubecote, su hermano Othon, el conde de Montleson, el conde de Isle, el señor de Pons, el señor de Mocident, y Focaut d' Archiac, con cuatro mil hombres de armas, que debian pelear con los

aragoneses auxiliares del rey de Castilla don Enrique.

El príncipe se acercó á su primo y delante de la hueste dijo:

—Hoy veré, primo, tus proezas combatiendo contra castellanos.

—Señor, le respondió con desenfado, no tengais duda que iré á ellos con satisfaccion indecible, pues tengo mas gana de encontrarlos que de comer y beber buen vino.

La tercera batalla confió el príncipe á Juan de Chandos, compuesta de cuatro mil hombres de armas y doscientos arqueros al mando del señor de Partenay, y le dijo:

—Mucha confianza tengo en tí, y con justo razon á fe. Seguid á las otras batallas, y si un solo hombre vuelve la espalda, mandadle cortar la cabeza.

Chandos ofreció hacerlo asi, y dijo despues á sus soldados:

—Señores, nos conviene pelear como

leones para ganar con que mantenernos. No hemos almorzado esta mañana, y si no quedamos vencedores nos acostaremos sin cenar.

El principe tomó para sí la cuarta batalla, conservando á su lado al conde d'Armeñac, al señor de Labrit, y al noble conde de Pennebroc. La recorrió de fila en fila, y despues de haberlas ordenado dijo:

—Señores, yo os suplico en nombre de Dios, que mostreis un ánimo heróico y me ayudeis como leales. Habeis sufrido por mi causa grandes privaciones y trabajos; pero si llevamos á fin la empresa, no tendremos de que quejarnos. Si hoy la fortuna me es propicia, todos los príncipes de la tierra se humillarán ante mis plantas: yo reinaré sobre todos ellos, como el árbitro de sus destinos. Tambien os suplico, señores, que no hagais prisioneros castellanos: llamen vuestra atencion Bernal de Bearne, Beltran de

Güesclín , el mariscal de Francia y sus gentes. Olvidad vuestra hambre, soldados; los manjares estan en Nájera, y alli cenaremos esta noche. Ved aqui á don Pedro de Castilla: él os dará joyas, plata y oro: todo cuanto podeis pensar.

Don Pedro miró al príncipe de Gáles, despues á la judia, que con su vestido de hombre estaba cerca del monarca, y confirmó á la hueste inglesa lo que acababa de decir el príncipe.

Chandos se aproximó al de Gáles, y le dijo en tono risueño:

—Los soldados de don Enrique esperan que el sol los caliente para presentar la batalla; pues no se distingue un solo hombre.

El príncipe llamó á un heraldo y le dijo

—Ve al campo enemigo, y di al capitán de Güesclín , que se apreste para el combate, si no quiere perder en un dia su reputacion de valiente y la gloria de muchos años.

El heraldo partió al momento y don Pedro se acercó al príncipe.

—¿Que vais á decirme , rey de Castilla?

—Que hemos ganado la batalla.

—Muy pronto cantais la victoria, y no se ha disparado una flecha.

—Se han disparado doscientas mil doblas y hay un tercio menos de enemigos. Esto vale por cien mil flechas.

—Empuñad con todo la espada, y tened confianza en el acero.

—No será la que menos corte , ilustre príncipe de Gáles.

—O vencedor ó muerto, don Pedro, dijo en voz baja la judia.

CAPITULO XX.

Que el que está de vicios lleno
 Es enemigo mortal
 Del que del mal es ageno,
 Mas los buenos de lo bueno
 Nunca saben decir mal.

JUAN DE LA ENCINA.

Beltran de Gúesclin dormía tan tranquilo la víspera de una batalla como la de una fiesta de corte. Avezado desde muy niño á toda clase de peligros, los veía llegar sin inquietarse, y despues de haber tomado las precauciones, que co-

mo general prudente debía no dejarse en olvido, así se cuidaba de su vida como de peinarse la barba. No era menos valiente que Beltran el jóven bastardo de Bearne; pero su sangre mas ardiente y el motivo que le impulsaba á desear cruzar su lanza con la del príncipe de Gáles no le dejaron dormir mucho. Se levantó antes que amaneciese; llamó por si mismo á su escudero, y armándose de todas armas se encaminó al alojamiento que ocupaba el noble breton. No encontró obstáculo hasta el aposento en que reposaba Beltran, y habiendo penetrado en él, halló tendido sobre los sitiales á Güesclin respirando como una ballena; y tan profundamente dormido, que bien podian haber disparado cien cañones en la estancia, antes que volviese de su sueño. Bernal le miró con interes, y enjugándole las anchas gotas de sudor, que humedecian su faz morena, exclamó:

—Loco estuvo el conde de Denia, y yo

estuve mucho mas loco cuando puse en duda el valor del mas bizarro caballero que calza espuela en este siglo. Soldado valiente en el combate y cauto capitán en el consejo, tuvo mas razon que nosotros, y fué mas leal para su Rey. Yo daria mi sangre si á su precio comprara la muerte del príncipe: yo no combato por don Enrique, ni la santa amistad me anima; combato por hacer morir al rival que mis dias amarga, y me animan amor y celos. ¡ Qué bien has hecho, hermosa prima, en remitirme aquesta banda! mi corazon es mas altivo á su contacto y de hoy adelante mis colores serán morados con franjas de oro. Hoy quedará manchada en sangre, pero no perderá su mérito; y si perezco, algun amigo te la devolverá empapada con la enemiga y con la propia. Hizo una leve pausa Bernal, y añadió despues con voz sonora: Beltran de Gúesclin, tú eres un héroe: yo soy un amante desgraciado.

—¿Quién me llama? murmuró Güesclin; y sentándose sobre el sitio dijo al bearnés afablemente:

—Felices días, amigo Bernal.

—Aun no ha despuntado la aurora.

—Y vienes á advertirme, amigo, que no debe dormir el general cuando los demas capitanes velan?

—He venido, Beltran de Güesclin, á solicitar tu perdon.

Beltran llevó sus manos á los ojos, y se los estregó varias veces.

—Sin duda, añadió, que estoy soñando y se adelantó hácia Bernal á quien tocó en varios parages.—Pues ¡vive Dios! que toco acero, y que me pareceis mi amigo, el noble Bernal de Bearne.

—No te engañas, bizarro breton. ¿Porqué dudas de la realidad?

—Por que como no me has ofendido, no necesitas que te perdone.

—Estuve imprudente en el consejo, muy imprudente, general.

—En el consejo, repuso Gúesclin con voz solemne, cada cual emite el parecer que considera mas oportuno, y debe hacerlo con libertad, con independenciam absoluta. Quizás vosotros deciais bien, y yo estaba obcecado entonces.

—Bernal, siempre tan generoso.

—Beltran de Bearne, siempre tan valiente y al mismo tiempo tan humilde. ¿Pero qué piensas sobre la batalla?

—Pienso pelear mientras haya otro que me acompañe.

—Lo mismo pienso hacer, si Dios no dispone de mí otra cosa. Pero ya que me has quitado el sueño, salgamos á dar una vuelta en derredor de los cuarteles..

Llamó Gúesclin á su escudero, se vistió una armadura tosca, pero de un temple singular, ciñó una espada de siete palmos, y dando su brazo á Bernal salió con él del aposento.

—Cuando salieron Bernal y Gúesclin rayaba apenas el crepúsculo, y algunas

estrellas amortiguadas aparecían como fuegos fátuos sobre un fondo de azul turquí. Se aproximaron los capitanes á los diferentes cuarteles, y los centinelas los recibieron con el *quién vive* acostumbrado. Antes de llegar oían á lo lejos el monótono grito de *alerta*, y entre el ladrido de los perros se perdían sus pasos errantes. No reinaba el bullicio del día, pero tampoco aquella calma lúgubre y profunda de la noche. Era el bostezar de los que despiertan mezclada á la confusa de suspiros, de ayes á medias articulados, y de gritos casi imperceptibles.

Al desembocar en una plaza vieron un escuadrón en línea, cuyas armaduras iluminadas por aquella luz cenicienta que dan las estrellas, el lucero de la mañana, y el primer albor de la misma, tenían un no sé qué de fantástico, que les asemejaba á los espíritus que vió batallar Jeremías sobre Jerusalén proscrita.

Dos corazones menos intrépidos que los de los dos capitanes se hubieran helado de pavor: pero el bearnés y Beltran Gúesclin no habian visto la cara al miedo, ni se atemorizaban por nada.

—¿Qué gente? preguntó Beltran.

—Bonal: respondió un caballero.

—Valientes amigos, dijo el bearnés adelantándose hácia su tropa: el ejército entero duerme, y ya os encontrais á caballo?

—Señor, repuso el caballero: nuestros juramentos son sagrados; somos los primeros en estar prontos á presentarnos al enemigo; tú serás el último, señor, en retirarte del combate.

—Con caballeros como estos, dijo Beltran Gúesclin al bastardo, es licito tener orgullo, y confianza en salir triunfante. Si en vez de quinientos fueran diez mil, yo no temeria á los ingleses.

—Bastantes somos para morir, replicó el caballero con calma.

—¡Y para triunfar! exclamó el bastardo, si no es enemiga la fortuna.

El breton movió la cabeza en signo de duda, y dijo despues á Bernal:

—Esperemos entre estos valientes á que luzca un poco mas el día, y presentémoslos al ejército como modelo de disciplina y al mismo tiempo de valor.

Bernal y Gúesclin se sentaron en las gradas de un monasterio.

—Señor, repuso el caballero, nuestros juramentos son sagrados; somos los primeros en estar prontos á presentarnos al enemigo; tú serás el último, señor, en retirarte del combate.

—Con caballeros como estos, dijo Bernal, Gúesclin al bastardo, es fácil tener orgullo y confianza en salir triunfante. Si es vez de quinientos luchan diez mil, yo no temería á los ingleses.

—Bastantes somos para morir, repuso el caballero con calma.

CAPITULO XXI.

De un lado nos cerca el Duero,
Del otro Peña Tajada;
La salida está en vencer,
Y en el valor la esperanza.
La sangre de los infieles
Enturvió del Duero el agua.

ABDALLA EL KORAIKI.

La aurora se mostró un poco mas y el primer caballero que llegó á la plaza fué el Rey don Enrique el Segundo. Venia completamente armado y un paje le seguia á algunos pasos, trayendo de la brida al célebre caballo tordo que cono-

cimos en Carmona. A pesar de sus trece años conservaba la misma lozania, y al eco de un clarín de guerra se gallardeaba como el último día que lo montó su ilustre dueño, el noble maestro don Fadrique. Pero por un privilegio de la edad, y valiéndome de la espresion de un poeta, habia trocado el ébano en plata; mas claro, su piel mezclada de plomo y negro se habia encanecido poco á poco hasta quedar enteramente blanca.

Beltran y el bearnés salieron al encuentro del Rey, que les agradeció como era justo su solicitud y su celo, quedando admirado del porte marcial, y sobre todo de la premura con que se habian presentado en linea los pundonorosos caballeros que seguian el pendon de Bernal.

Pocos momentos despues del Rey llegó el condestable de Castilla, acompañado del conde de Denia, armados de pies á cabeza, con sus escuderos y dos pajes que sus caballos conducian. Vino des-

pues el mariscal D' Audrehem acompañado de Villaines, y sucesivamente otros caballeros, entre los cuales se distinguian don Pedro Nuñez, maestre de Calatrava, y don Pedro Mejia, que era maestre de Santiago.

Se mandaron tocar las trompetas, y los diferentes cuerpos de ejército se fueron reuniendo en el lugar que de antemano se habia designado á cada uno. No era el ánimo de Beltran apresurar un solo momento el del combate, y no se dió prisa á salir al campo, persuadido que si se retardaba un solo dia, tendrían que huir los enemigos, sintiendo el aguijon del hambre, que ya les punzaba de cerca.

Bernal, que ansiaba con toda su alma llegar al trance de la lid, no osaba mostrar su impaciencia, por no ofender de nuevo á un hombre cuyo perdon habia solicitado antes: el conde de Denia por su parte conocia la grande injusticia que habia hecho al general breton, y si no

llevaba su abnegacion al mismo punto que el bastardo, tenia la prudencia bastante para no promover un nuevo altercado, del que no saldria muy airoso. Don Enrique se acercó á Beltran, y llevándolo á donde pudiesen esplicarse sin ser oídos, le preguntó:

—¿Qué piensas, Beltran, sobre dar ó no la batalla?

—Señor, si el inglés nos la pide, no hay otro remedio que darla.

—Si la reusásemos, Gúesclin, perderíamos crédito y prestigio.

—El resultado de una campaña es el que aumenta ó disminuye el crédito de un general: si somos vencidos, señor, perderemos en un solo dia nuestro trabajo y vuestro cetro. Pero no es hora de dudar, y quiero haceros un encargo. No os dejéis hacer prisionero; pues si don Pedro logra apoderarse de vos, os podeis contar por difunto.

—No me espanta la muerte, Beltran;

pero quiero morir matando.

—Si se ha de morir de algun modo, lo considero el menos malo.

—Y el mas digno de un Rey, Beltran. El único de morir con honra.

Terminó su conversacion la llegada de un heraldo inglés, que dirigiéndose á los caballeros, á los cuales se aproximaron don Enrique y Beltran;

—Señor, dijo el heraldo al Rey: el príncipe de Gáles, mi señor, os reta á batalla campal, y espera una pronta respuesta.

—Heraldo, le replicó Beltran de Gúesclin: me parece que el príncipe de Gáles, que tú, y que cuantos caballeros le acompañan, están pereciendo de hambre, y que presentais la batalla para conquistar nuestros ranchos.

—Señor, repuso el heraldo á Gúesclin: no hay un solo soldado en nuestra hueste, que no se haya comido dos bueyes..., de memoria.

Los caballeros no pudieron detener la risa; y Beltran mandó que trajesen al heraldo algunos nutritivos fiambres y botellas de vino añejo. El heraldo no se hizo rogar, comió como quien tiene hambre, y bebió como quien ha comido bien. Despues le preguntó Güesclin.

—Dime, amigo mio, y no pretendas engañarme: ¿qué tal vino se bebe por allá?

—Señor, el mejor vino que tenemos es el agua pura de un arroyo: y no creo que lo beberemos hasta despues de la batalla.

—Dí al príncipe de Gáles que mueva su hueste: nosotros vamos á su encuentro.

El heraldo partió á toda brida y Beltran comunicó sus órdenes para que se moviese el ejército. Salió todo fuera de Nájera: Beltran eligió el terreno mas á propósito y procedió á ordenar su hueste.

Colocó en la primera batalla á diez mil guerreros castellanos, bien armados y tan apuestos, que parecian hombres ca-

paces de conquistar un emisferio. Llamó al condestable de Castilla, le encargó que los acaudillase, y dijo al mariscal D' Audrehem, que fundaba grandes esperanzas en ellos:

—Mariscal, tengo la desgracia de no ver las cosas como vos. Si estas gentes no pelean como tigres, todo lo perdemos en un dia.

Don Enrique se presentó á los castellanos y les habló de esta manera:

—Vuestra voluntad, nobles guerreros, me ha colocado sobre el trono: hoy es la ocasion de defenderme, y de acreditar á los extranjeros, que tiene Castilla hijos valientes, firmes en sus votos y leales. Disparada la primera flecha, está la salud en vencer y la esperanza en el valor.

Formada la segunda batalla con los genoveses auxiliares, se aproximó á ellos don Enrique y les dijo:

Por Dios, señores, que os mostreis fieles y bizarros. Allí está don Pedro, que

trae un pueblo entero de soldados, y si somos vencidos creed que sereis degollados todos. Espadas y manos teneis: tened, soldados, corazones.

El capitan de los genoveses sonrió, haciendo mil protestas al Rey.

Beltran llamó á Guillermo Boitel, al mariscal D' Audrehen, á Villaines, y á otros caballeros fraceses, y les dijo:

—Señores, permanezcamos todos juntos con las gentes de nuestro pais: yo no se lo que sucederá; pero mejor pelearemos reunidos, que diseminados en las filas. Animo y Dios nos conceda la victoria.

Bernal con sus quinientas lanzas eligió un paraje conveniente, y el ejército entero marchó al encuentro de los ingleses.

Las tropas del príncipe avanzaron, divididas en tres batallas, y Enrique de Gáles con la cuarta les cerraba la retaguardia.

Dos colinas poco elevadas, se levanta-

ban sobre el campo: en la una habia una muger y un anciano, en la otra un paje, jóven y hermoso como un ángel. Eran, doña Inés, la judia y el viejo alcaide de Carmena.

dad sobre el campo: en la una había una
mujer y un anciano, en la otra un hijo
jóven y hermoso como un ángel. Era
doña Inés, la judía y el viejo alcalde de

Curmeza

CAPITULO XXII.

«Ha de mis valientes, dijo;
 Al campo, Aragon, al campo:
 Que en los rediles tan solo
 Se defienden los rebaños»
 Y batiendo los hijares
 De su arrogante caballo
 Entre los moros metióse
 Doquier la muerte llevando.
 Era un leon: de su lanza
 Era cada bote un rayo,
 Que á los rabiosos musulines
 Llenaba el pecho de espanto
 Y á tal esfuerzo y bravura
 Perplejos y deslumbrados,
 Al par las espaldas vuelven
 Hácia la villa tornando.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

Las trompas de los dos ejércitos resonaron, y respondieron los corceles con sus relinchos, y los combatientes con los gri-

tos de *Santiago España* los de don Enrique, y de *San Jorje y Guiena* los del príncipe y de don Pedro. Empezó la ruda batalla entre los castellanos y las tropas que mandaba el bravo Captal. Don Enrique penetró intrépido en las filas de sus enemigos, y al primer bote de su lanza derribó á un caballero inglés que pretendió cerrarle el paso. Discurriendo de fila en fila, cada bote tendia á un ginete; y antes de haber roto su asta, diez cuerpos muertos eran testigos de la pujanza de su brazo. Tiró en seguida de la espada, cuya hoja, forjada en Damasco habia salido de los talleres del mas acreditado armero, é hiriendo á diestra y á siniestra rompió enteramente la batalla, y se encontró solo á retaguardia del enemigo. Allí fue rodeado por varios ingleses, que pretendian apoderarse de su persona, y Beltran de Guesclin, que lo vió en situacion tan apurada, dijo á su compañero Villaines:

—Vamos en socorro del Rey.

La batalla de los franceses avanzó al grito «*de Gúesclin*» pero les fue imposible penetrar el muro de hierro que oponian los valientes soldados del príncipe. Bernal de Bearne peleaba contra la batalla de Chandos, y cuando vió en tan grande aprieto á don Enrique, llamó en alta voz á sus quinientos, que como una nube de granizo se desplomaron sobre el Captal y sus guerreros. La espada del bastardo caia sobre las fuertes armaduras, como un martillo sobre el yunque, sacando chispas del acero, y rios de sangre de los corazones ingleses. Rompiendo una selva de picas, logró penetrar hasta el sitio en que don Enríque peleaba, y derribando del primer golpe á un ballestero, que iba á descargar su hacha de armas sobre la cabeza del Rey, gritó:

—Don Enrique de Castilla, descarga sin temor, descarga, que aqui está Bernal de Bearne.

A esta voz amiga, don Enrique redobló furibundos golpes, y cuando los caballeros del bearnés lograron reunirse á Bernal, ya habia repasado don Enrique la batalla, y peleaba al lado de Gúesclin, que le dijo:

—Señor, ¿por que buskais la muerte desde el principio del combate? Tened un poco de paciencia, y esperad que llegue la ocasion de perecer ó de triunfar.

—Beltran, contestó don Enrique, mejor quiero morir en la batalla que ser prisionero ó vencido. Si caigo en manos de don Pedro, me hará morir como á un ladron; si perezco al filo de una espada, mi tizona me habrá vengado. Quiero dar, Beltran, el ejemplo.

Don Enrique volvió á confundirse entre los enemigos y Beltran Gúesclin con los franceses pasó á el extremo izquierdo de la linea, para rechazar al duque de Lancaster que se desplomaba sobre ella.

En el momento que Juan de Chandos se vió libre de los bearnesees cargó sobre los castellanos , sin encontrar obstáculo alguno en los veinte mil genoveses, que le vieron desfilar ante ellos sin disparar una saéta. El condestable de Castilla le salió al encuentro, y del primer bote de lanza dejó sin vida á un escudero de Juan de Chandos, llamado Magdalenc. Furioso Chandos por la pérdida de un escudero á quien amaba, se lanzó sobre el condestable con otros muchos; y tantos golpes le descargaron que roto el escudo en pedazos, y abollados yelmo y coraza, cayó en tierra casi sin sentido. Don Enrique que no estaba lejos y que amaba mucho al condestable, puso espuelas á su caballo , y seguido de algunos escuderos que se hallaban á su alrededor, se habrió paso entre los enemigos; y haciendo retirar á Chandos y á su batalla un tiro de dardo, levantó del suelo al condestable, y volviendole á mon-

tar al punto sobre un poderoso caballo, le dijo:

—Valiente condestable, te has portado como quien eres: si todos pelearán como tú, por nuestra tendríamos la victoria.

Beltran de Gúesclin y sus franceses peleaban con el de Lancaster, como una manada de leones, formando un escuadron cerrado; todos los esfuerzos de los enemigos eran inútiles, y los golpes de sus hachas de armas hacian saltar las armaduras y cercenaban miembros enteros. El mariscal D' Audrehem, Villaines, y el formidable Gúesclin, peleaban mezclados con los suyos; pero se conocian sus golpes por la profundidad de las heridas que en sus enemigos causaban.

—Bernal de Bearne combatia contra el Captal y contra Chandos, y aunque deseaba con ardor atacar la reserva del príncipe, no se aventuraba á desamparar la defensa de los castellanos, y calla-

ba la voz de sus celos ante la amistad y el deber. Su armadura negra reflectaba los rayos del sol con una luz siniestra y lúgubre, y las letras de oro de su banda parecían ser la despedida que los moribundos hacían á sus esposas y á sus madres. Conocíanlo los enemigos por las plumas negras de su penacho, y lo veían pasar como un torrente abriendo cauce en su carrera. La espada de Bernal no brillaba, porque la sangre la enrojecía, y estaba empapado su guantelete en la que su puño bañaba. Doña Inés veía desde su colina los nobles hechos del bastardo, y LA ROSA DE JERUSALEN se preguntaba quién era aquel rayo de la guerra: estando corrida porque don Pedro no tomaba parte en la lid.

—Miraba el príncipe de Gáles la resistencia de los castellanos, que peleaban contra el Captal y Juan de Chandos, y estaba admirado de ver la intrepidez con que Beltran y sus compañeros de armas

apretaban al duque de Lancaster, hasta el punto de hacerle replegarse sobre el centro de toda la línea. Inquieto por una resistencia, que se iba cambiando en acometida, mandó que tocasen los clarines, las chirimías, y unas grandes trompetas de plata, que resonaban á lo lejos como los truenos en las nubes; y escuadronando su reserva la mandó avanzar rápidamente contra la hueste de don Enrique, gritandoles con ronca voz:

—Si yo no desenvaino la espada, no tendrá fin este combate ni se asentará el Rey don Pedro sobre el trono de sus mayores. Conducidme adonde haya mas enemigos, y sobre todo mas valientes. Marchemos contra aquel escuadron, que tan cerrado permanece, y juro á san Jorje y á mi padre desbaratarlo si no muero.

Los escuadrones se precipitaron, y el príncipe marchaba á la cabeza, acompañado del Rey don Pedro, del conde de Armagnac, del señor de Labrit, de los

senescales de Poitiers y Burdeos, del señor de Mocident, del conde de l' Isle, de los señores de Pons, de Aubecote y de la Riolle, y del noble Ricardo de Rayves. Seis mil hombres de armas escogidos componian este cuerpo de batalla, tan formidable por su número como por el esfuerzo individual de los caballeros que en él iban.

El Rey don Pedro de Castilla se llegó al príncipe de Gáles y le dijo:

—Permitid, señor que yo sea el primero en atacar á los castellanos de don Enrique. Conozco bien aquellas banderas; son las de Toledo, Sevilla y Burgos, y quiero mostrar á estas ciudades el mucho cariño que las tengo, por haberse entregado á Enrique de la manera mas villana.

—Tomad tres mil hombres, señor, le contestó el príncipe de Gáles, y obrad con ellos como os plazca.

Don Pedro hizo tremolar su bandera,

y á la cabeza de los ingleses cayó sobre los castellanos, gritándoles:

—¡Traidores! cobardes! mal nacidos! me habeis arrojado de mi trono para sentar en él á un bastardo; ahora morireis todos sin remedio; pues el que sobreviva al combate será ahorcado como un ladrón.

Habia salido al encuentro del Rey un caballero toledano, pero al verlo venir lanza en ristre se le heló la sangre en las venas, y en vez de esperar el rudo choque, se volvió gritando á la hueste:

—¡Locos! locos! ved á nuestro señor natural, hijo de lejítimo matrimonio: el que combata contra él ajustará cuentas con el verdugo.

El nombre de don Pedro en España era respetado y temido: los mas ilustres ricos homes lo pronunciaban con respeto, y los que conspiraban á su espalda, se inclinaban en su presencia. Es verdad que en muy pocos dias habia perdido todo el

reino, y que su conducta en aquel trance no estuvo de acuerdo con el arrojo en cien ocasiones desplegado; pero cualquiera que hubiera sido su comportamiento en una ocasion tan solenne, le veian venir, como á don Sancho el gordo, con el acero desenvainado y no se atrevian á esperararlo. El mas espantoso desórden se estendió por todas las filas: el infante don Tello, tan conspirador y ambicioso como fementido y cobarde, fue de los primeros en huir, arrastrando á los castellanos, que creyeron hallar salvacion en los pies, cuando podian alcanzar la victoria con el filo de las espadas.

Empujándose unos á otros se precipitaron al rio de Nájera, que entre ellos y la ciudad corria; y los que no se ahogaron en sus aguas, perecieron á manos inglesas: siendo muy pocos los que llevaron á Toledo la nueva de tan gran derrota.

El Rey don Enrique combatia como bizarro caballero, y antes se habia embo-

tado el filo de su espada que perdido fuerzas su brazo. Resuelto á no sobrevivir á la derrota de su ejército, buscaba la muerte llevándola, sin reparar que estaba solo entre millares de enemigos. Beltran y los suyos combatian siempre con la batalla de Lancaster, y secundaba la fortuna la heroicidad de sus esfuerzos. Alguna esperanza tenia Gúesclin, cuando llegó un escuadron á escape y le notició la huida de los guerreros castellanos. El breton se mordió los labios hasta hacer que brotasen sangre, y buscando á Villaines entre las filas, le dijo:

—Ya estais viendo, noble señor, como los castellanos lo han hecho y los traidores genoveses: los primeros huyen como cabras; los segundos están inmóviles sin disparar un solo dardo; y seguramente de concierto con el Rey don Pedro y con el príncipe. Malditos sean unos y otros.

—Al diablo pueden irse juntos, respondió el bizarro Villaines: pues sufri-

remos hoy por ellos grandes peligros, y lo que es peor, grande vergüenza. Buscad, Güesclin, á don Enrique, y sacadlo de la batalla; porque si don Pedro lo aprisiona, le hará morir infamemente. Nosotros nos defenderemos mientras podamos, para que no puedan decirnos nunca que hemos sido cobardes ó infieles.

Beltran siguió al punto el consejo, y abriéndose paso con la espada logró encontrar al Rey don Enrique y al mariscal D' Audrehem, que juntos estaban combatiendo. Cogió Güesclin por las riendas el caballo del Rey y sacándolo de la batalla le dijo:

—Rey noble y valiente, poneos en salvo sin tardanza, porque los soldados castellanos han hecho traicion. Aquellos hombres vestidos de hierro: aquellos hombres que eran bastantes para conquistar cien imperios: aquellos hombres que hacian alarde de su pujanza y su hidalguia, se han puesto en fuga,

como mugeres, los unos perdiéndose en los bosques, los otros precipitándose en el rio. Hemos perdido la batalla, Rey don Enrique, hemos perdido la batalla por haber seguido el consejo de ese loco conde de Denia; pues si se me hubiera creído, en otra situacion estaríamos, y otros serian sus resultados. Habeis peleado, don Enrique, como el paladin mas bizarro: mas ya no os queda otro remedio que la fuga, y salvad con vos la esperanza de vuestros amigos leales. Huid, don Enrique, huid del campo. Si vuestro hermano logra cojeros os hará morir como á un asesino. Poned espuelas al caballo; pues no hay esperanza de victoria.

—Leal y valiente caballero, replicó el Rey á Gúesclín; qué sucederá entonces de ti, que tan hidalgamente me has servido? ¿Dejaré yo solo en el peligro á quien he conducido á él?

—No penseis en mi un solo instante. Yo deseo morir, si Dios lo permite: pero

no quiero que perezcais. Bastante habeis perdido, señor, con un trono y una corona: bastante os quita el Rey don Pedro.

—Por Dios, que mientras tenga vida blandiré la espada contra don Pedro, y tomaré justa venganza en los escuadrones ingleses.

Picó don Enrique á su caballo, sin que pudiera Beltran detenerlo, y los enemigos caian á los golpes de su cortante espada como las ramas de la encina bajo la segur del leñador. Juan Chandos, el valiente Juan Chandos esquivó el encuentro del Rey, que llamaba á singular combate al otro Rey, para que decidiese la espada cuál habia de reinar en Castilla.

Beltran, reunido con Villaines y con algunos caballeros seguía los pasos de don Enrique, y viendo el indomable brio con que se abria paso entre los enemigos derribados, dijo á Villaines:

—Ved un Rey digno de gobernar un grande imperio.

Don Enrique revolvió el caballo, y habiendo cogido por el cuello á un inglés que le perseguía, se dirigió hácia Beltran Güesclin y le dijo:

—Toma Beltran, este prisionero y has de él lo que mejor te plazca. Yo vuelvo al combate, y espero que otros muchos...

—Deteneos, señor, le dijo Güesclin, deteniendo de nuevo el caballo, y retirándolo del combate: habeis trabajado como ninguno, y ya vuestro esfuerzo es inutil. Huid, señor, antes que sea tarde.

—Huid! gritó tambien doña Inés, que habia bajado de su colina al ver perdida la batalla: huid, don Enrique! yo os lo mando.

—¿Tú en este sitio, hermana mia? ¿Tú entre los peligros del combate?

—Yo soy la sombra de don Pedro, y le seguiré por do quiera.

—Apresuraos, dijo Beltran, que los momentos son preciosos.

—Huye, repitió doña Inés, y prepárate á la venganza.

El Rey cedió á tales instancias y puso espuelas al caballo; doña Inés subió á la colina y Beltran volvió á la batalla.

Quando acudió el príncipe de Gáles al socorro del Captal y Chandos, que contra los castellanos combatian, reunió Bernal á sus caballeros, mermados por el hierro enemigo, y salió al encuentro del heredero de Inglaterra. Vieron los ingleses con asombro la escasa tropa que venia con tanta arrogancia y denuedo, pero quando descubrió el príncipe el pendon de Bernal de Bearne, cesó al momento su estrañeza, para hacer lugar al furor. Aflojó las riendas al caballo, y aplicándole las espuelas se precipitó á todo escape contra el formidable bastardo. Asi que Bernal le vió venir se lanzó á su encuentro como un rayo, y aguijoneados por sus celos no tardaron en estar juntos. Ni una palabra se dijeron: cubrié-

ronse si con los escudos, y puestas en ristre las lanzas se acometieron con tal furia que las dos hastas se rompieron, y cayeron sobre las ancas los dos poderosos caballos. El príncipe vaciló un momento, y Bernal quedó firme en la silla. Repuesto el príncipe del encuentro tiró la espada de la vaina, y se vino sobre el bastardo, que con su tizona desnuda se adelantaba á recibirle. Tanto los caballeros ingleses como los que seguían al bearnés llegaron al lugar del combate, é impidieron que los dos gefes midieran de nuevo sus armas, arrastrándolos en el torbellino de tantos y tantos combatientes.

El príncipe ciego de cólera derribaba cuantos bearneses querían atajarle los pasos, y mas de un inglés pagó caro no haberse separado pronto. Bernal que había tenido entre sus manos la presa que mas codiciaba, rugía como herida pantera, y con los ojos fuera del cráneo bus-

caba al príncipe de Gáles, sin herir á sus enemigos, ni parar muchas veces los golpes, que por do quiera le tiraban. Los caballeros del bearnés, comprometidos la noche antes por un sagrado juramento, peleaban solo para morir, cobrando en la sangre enemiga, la que derramaban de sus venas.

Ofrecia el campo de batalla un aspecto bastante extraño. Todos los escuadrones ingleses cubrian la llanura, y entre su muchedumbre combatian unos cuantos aragoneses con el conde de Denia al frente: escaso número de castellanos acaudillados por don Sancho: los caballeros de Bernal, y los franceses que lidiaban con Beltran, D' Audrehen y Villaines. Los genoveses impassibles conservaban su formacion, y dos damas eran testigos de aquellas escenas de sangre.

Mientras combatian los bearneses contra la reserva del príncipe se reunió Chandos con Lancaster, y viendo á los

pocos franceses y castellanos combatir obstinadamente sin esperanza de socorro, les gritó:

—Por Dios y la Virgen, entregaos á merced del principe , ó todos sereis degollados.

La respuesta que dió Beltran , fue echarse de nuevo la visera y acometer con mas furor á los que á su lado se hallaban. El mariscal D' Audrehem , Villaines , el castellano de Tric , y otros pocos, pero valientes , abatian soldados y banderas , cuando llegó el príncipe de Gáles y les gritó:

—Entregaos , señores : pues es locura resistir á un ejército numeroso. Noble mariscal , Beltran , Villaines , entregadme al punto las armas , y no tendreis de que arrepentiros.

Don Pedro llegó al mismo tiempo , y poniéndose delante del príncipe

—Estos son , dijo , los malvados que me arrojaron de mi trono : dejadme,

príncipe de Gáles, dejadme tomar mi venganza.

Don Pedro acometió á Beltran, y el breton descargó su espada sobre el escudo del monarca, dividiéndolo en dos mitades. A este tiempo llegó un castellano, al servicio del Rey don Pedro, y cogiendo á Beltran por la espalda, le intimó que se le rindiese.

Güesclin echó una mirada en torno, y viéndose solo y á sus amigos prisioneros, se adelantó al príncipe de Gáles y le dijo:

—Tomad, señor, tomad mi espada; porque sois el mas atrevido.

En el extremo opuesto de la linea habian seguido combatiendo los caballeros del bastardo: mas en el momento que Güesclin entregaba su espada al príncipe, dos solos bearneses lidiaban: todos los demas habian muerto. El uno de ellos sostenia con la mano izquierda el pendon, y paraba con la derecha los golpes

que le dirigian; el otro solo se curaba de alfombrar el suelo con cadáveres, y de alejar de su compañero cuantos procuraban herirle. Sus esfuerzos fueron inútiles: un hacha de armas endió el casco del que sostenia la bandera, y un mar de sangre hirviente y negra bañó su rostro amoratado. Cayó la espada de su diestra, é iba á apoderarse el inglés del pendon, cuando la espada del bastardo le cortó la mano á cercen, y levantando su bandera gritó:

—¿Hay algun bearnés en el campo que pueda reunirse á su gefe?

No hubo una voz que respondiese.

—Está cumplido el juramento, dijo Bernal: y á leato trote empezó á apartarse de los ingleses, que no pensaron en detenerlo. Largo trecho habia recorrido, cuando vió flotar la bandera del vencedor príncipe de Gáles, y tirando las riendas al cercel se dijo con acento sordo:

—¿Qué has hecho, Bernal, hasta ahora? Cumplir un sagrado juramento, como el último de los nobles que ponian en ti su esperanza. Algo mas te cumple hacer hoy, y la ocasion es oportuna.

Aguijó de nuevo á su caballo, y penetró entre los ingleses, hasta llegar al caballero que tenia la bandera del príncipe: y sin darle lugar á resistirse se la arrancó con firme diestra, y colocandola bajo la suya cruzó el campo á escape tendido, y subió la pequeña colina en la que se hallaba la judia. LA ROSA DE JERUSALEN no habia separado sus ojos del intrépido Bernal de Bearne durante toda la batalla, y al ver la manera bizarra con que se despedia del combate le preguntó con noble entusiasmo:

—¿Como te llamas paladin, que has combatido heroicamente?

—Me llamo Bernal de Bearne.

El caballo de Bernal habia agotado todas sus fuerzas en la pendiente de la co-

lma y cayó exánime en su cumbre. El principe de Gáles, acompañado de sus principales caballeros, perseguia de cerca al bastardo, que inmovil y con frente altiva veia subir á sus enemigos; y teniendo su pendon en alto, hollaba con su firme planta la rica bandera del inglés.

La huérfana miraba desde lejos al héroe, y la judia se postró ante el bastardo, porque á sus ojos era un Dios.

FIN DE LA PARTE TERCERA.

LOS DOS REYES.



CUARTA PARTE.

La noche de Montiel.

CAPITULO I.

¡Ay! cuantas veces al arrullo blando
De las tranquilas ondas que al quebrarse
En las desnudas rocas,
Nevado encaje al parecer dejando,
Su pálido reflejo me atraía:
Y fugaces las horas deslizaban,
Hasta que en pos de la citerea diosa
El alba en el oriente sonreía.

J. B. SANDOVAL.

El manso Betis se desliza como una gran sierpe de plata: el murmurio de sus claras ondas se confunde con el murmurio de los olivos, de los sauces y limo-

neros; y las flores de sus dos márgenes se retratan en el cristal, dando á las brisas sus aromas y sus matices á los prados. La luna derrama rayos de nácar desde su trono de topacios, y penetrando difícilmente los bosquecillos de laureles y las bóvedas de jazmines, ilumina la frente hermosa de una belleza que se sonrie ó la de un amante que suspira. Rielando sobre el terso lago, parece ondina placentera con manto de aljofar y encajes, y rielando también sobre lágrimas parece la triste diosa del dolor.

En la izquierda margen del río descuellan un campestre edificio, tan caprichoso y pintoresco como los jardines de Armida. Tiene la figura de una estrella, formada por ocho torres góticas, esbeltas y filigranadas, que unidas por ocho galerías á una gigantesca rotonda, completan un conjunto fantástico, cuya elegante crestería es el sutil velo de

blonda con que una coqueta se engalana. Risueños verjeles y un parque rodean esta mansion de placeres, y sobre pilas de alabastro vierten surtidores de bronce una menuda lluvia de perlas, formando las fuentes que saltan en rápidos y variados sesgos una techumbre de cristal.

En la torre, cuyo pie se baña en las puras aguas del rio, hay un aposento amueblado con todo el lujo del oriente. Ricas alfombras de Baeza, á la sazón muy estimadas, cubrian su pavimento de mármol, y divanes de seda y oro ofrecen descanso y placer. Arden perfumes de la Arábia en cincelados braseros: crecen las rosas y camelias en brillantes vasos de pórfito, y sus entrelazadas ramas sirven de flotantes cortinas á los graciosos ajimezes. En esta mansion de las gracias ha fijado su planta Marte; pues sobre una mesa de jaspé se ven una riquísima armadura,

una espada de fino acero, y dos banderas enrolladas.

Está asomado á un ajimez un jóven de veinte y seis años, alto y esbelto como las palmas en las llanuras de la Siria. Acaricia su diestra mano una barba negra como el ébano, y fija sus ojos de azabache en las corrientes que murmuran. Su pensamiento se retrata, como en un espejo, en sus ojos, y su frente arrugada ó tersa indica la accion de su alma. No admira el azul del firmamento que platea la luz de la luna y un millon de estrellas esmaltan. El verde oscuro de los olivos, el verde amarillo de los limoneros con manchas blancas de azahar, el suave aroma que se aspira, el blando murmullo que se oye, las campanas que repican lejos, las torres del soberbio alcazar, que entre vapores se dibujan, las cánticas de los pastores, el sordo ladrido de los perros, el siniestro canto del buho y los suspiros de las auras, no ha-

cen variar su pensamiento, ni apartar un punto su vista del tardo curso de aquel río.

Entra una muger de puntillas: se llega al jóven en silencio, y subiéndose sobre un divan, asoma su linda cabeza, y fija su ardiente mirada en el mismo parage del río en que la fija el caballero. A pocos momentos apoya su mano en la espalda del jóven, que no cambia de posición, y le pregunta:

—¿En que estás pensando?

—En el río.

—¿Y qué ves en él?

—Su corriente, que camina libre entre praderas hasta llegar al Occéano.

—¿Qué te recuerda esa corriente?

—La libertad, Raquel, y la guerra.

—Las heridas que recibiste en los gloriosos campos de Nágera, no están cerradas todavía.

—Ninguna de ellas brota sangre.

—¡Los campos de Nágera, Bernal!

¡Qué grande apareciste en ellos! Tu espada endia las armaduras, como el rayo al robusto roble; y cada golpe de tu acero hacia brotar fuentes de sangre, como la vara de Moises arroyos en los peñascos del desierto. Allí estaban Beltran Gúesclin, el Rey don Enrique, el Rey don Pedro, el príncipe de Gáles....

—¡Raquel!

—¿Odias mucho al príncipe?

—Mucho.

—¡Todos me parecian pequeños al lado del noble Bernal! Tú eras allí el dios de la guerra: el Josué de los Israelitas. Tan hermoso como Absalon.

—Raquel.

—¡Oh! si, estabas muy hermoso, Bernal, y tus ojos bajola visera, lanzaban rayos, como el sol. ¿No me viste caer á tus plantas en la cumbre de la colina...

—Has sido muy buena, Raquel. Los enemigos se acercaban, y yo no pensaba

en huir: brotaban sangre mis heridas, y yo no pensaba en restañarla: tú me arrancaste al cautiverio... Cautivo no; antes hubiera perecido cien veces que ser prisionero del príncipe.

La judia contemplaba al bastardo con el mismo entusiasmo ardiente que le había visto en la batalla. Por un movimiento maquinal había cogido una de sus manos, que estrechaba continuamente, sin que reparase en ello el bearnés. Bernal continuó:

—Tú me arrancaste á una muerte cierta, conduciéndome por sendas ocultas hasta una cabaña de pastores. Tú vendaste allí mis heridas y me has traído, debil y doliente, á este retiro misterioso, que el Betis baña con sus ondas y que perfuman limoneros.

—¿Eres aquí feliz, Bernal?

—Si pudiera serlo en el mundo, la felicidad de los ángeles gozaria en tan bello recinto.

—¿Pero pasarás aquí sin pena algunos meses?

—No, Raquel. Estará inquieto Gaston Febo, y llorará mi buena madre.

—¿Tienes madre, Bernal?

—Sí, ROSA DE JERUSALEN, sí: ella es mi amiga y mi consuelo: la que me conduce á la gloria; porque quiero, hermosa Raquel, que la madre de Bernal de Bearne pueda envanecerse de su hijo.

—Feliz tú: yo perdí la mia en el instante de nacer.

LA ROSA DE JERUSALEN enjugó dos lágrimas tristes, pues el recuerdo de una madre perdida merece regarse con llanto. Despues prosiguió:

—¿Y si yote rogase, Bernal, que te quedases tiempo al ladode tu buena amiga? ¿Si mi felicidad consistiese en mirar al héroe de Nágera? ¿Si te pidiese como pago (no de mis pequeños servicios, que nada valen ciertamente) de mi inquietud

y mis dolores que no te alejases tan pronto, qué harías?

Bernal miró con estrañeza á LA ROSA DE JERUSALEN, y no la replicó palabra. La judia prosiguió:

—Bernal, ¿no te merezco una respuesta?

—Tienes derecho, hermosa Raquel, á mandarme, y estoy obligado á obederte.

—No es un mandato el mio, Bernal: es una súplica muy humilde.

—Para el que está obligado, la súplica es el mandato mas solemne. Mi deber es marchar á Francia.

—¿Y si te dijese, Bernal, que el corazón de la judia ama á un hombre con frenesí? ¿Si te suplican de rodillas, como lo estoy en este momento....

—Tu de rodillas á mis pies! Levántate, por Dios, levántate.

—No. Déjame permanecer atrodillada y escucha: ¿Si yo te digese que te amo?...

—¿Tú amarme?

—Sí, Bernal, yo... te adoro!

El bastardo retrocedió. Raquel permaneció siempre de rodillas y con los brazos estendidos hacia el arrogante guerrero.

—Tú me amas! repitió Bernal.

—Te adoro! exclamó la judia.

El bearnés se acercó á Raquel, la levantó cariñosamente, y continuó la israelita:

—¿Te causa asombro mi cariño? Si conocieras su estension, te daria lástima una muger, tan amante como la tórtola y celosa como la tigre. ¿Has sido amado alguna vez?

El bastardo movió la cabeza, y continuó la judía:

—Si has sido amado cuando niño, mi amor tiene toda la pureza de la infancia: si has sido amado cuando jóven, tiene todo el fuego mi amor de las pasiones juveniles: si has de ser amado cuando vie-

jo, tambien hallarás en mi amor veneracion religiosa que deben inspirar las canas. ¿Cómo me amarás tú, Bernal?

Bernal guardó triste silencio.

—¿No me amas, Bernal?

El bearnés cogió á la judia de la mano, y la condujo á la mesa de jaspe, en la que se hallaba la armadura.

—¿Quieres decirme, prosigió Raquel despues de haberla contemplado, que un corazon acostumbrado á latir bajo el duro acero, no debe latir al contacto del corazon de una muger?

No, ROSA DE JERUSALEN: NO.

—¿Quieres decirme que en los combates será mas debil el guerrero, si se presenta ante sus ojos la imágen de la que idolatra?

—No, ROSA DE JERUSALEN.

—¿Quieres decirme que una muger temblará al recuerdo de los peligros en que va á encontrarse algun dia el bien amado de su alma?

— No.

—¿Qué quieres decirme, Bernal?

El bastardo tomó la banda, que le había enviado la princesa, y la presentó á la judia. Raquel la miró varias veces y leyó, temblando de celos, aquellas letras que decían un: ADIOS, ADIOS, HASTA EL CIELO.

Las negras pupilas de Raquel se inflamaron, como los ojos de una pantera por el castigo enfurecida: sus blancos y menudos dientes se chocaban y se doblaban sus rodillas. Se sucedía en su rostro airado á la palidez de la muerte el rojo carmin de la amapola, y sus dedos crispados tocaban aquella banda misteriosa, que hubiera querido hacer cenizas con los destellos de sus ojos. Bernal la contemplaba absorto: mas haciendo un esfuerzo sobre sí, la preguntó con embarazo:

—¿Qué tienes, hermosa judia?

Raquel dió una carcajada, tan feroz

como el ruido de una tigre, y preguntó á su vez:

—¿Estas letras han sido bordadas por la mano de una muger jóven y hermosa?

—Si.

—¿Tú quieres salir de este palacio para ir en su busca?

—Ese mote es una triste despedida.

—LA ROSA DE JERUSALEN, dijo un anciano abriendo la puerta de la estancia.

—¿Qué buscas aquí, viejo imbécil?

—Nuestro señor, el Rey don Pedro, llegó á Sevilla hará dos horas.

—¿Qué tengo que ver con el Rey?

—Si te asomas á ese ajimez verás una lijera barca, que surca las tranquilas ondas.

—¿Qué me importa esa barca, Jacob?

—El Rey don Pedro viene en ella.

Raquel y Bernal se asomaron á un mismo tiempo al ajimez, y vieron á la luz de la luna un esquife, que se desli-

zaba por el río. Bogaban seis robustos remeros, y estaba sentado en la popa un hombre envuelto en una capa negra. También se distinguían en la proa dos ballesteros de la guardia, que se apoyaban en sus mazas para permanecer de pie en presencia del soberano.

La judía dejó el ajimez, y llegándose á Jacob, le dijo:

—Corre, Jac b, recibe al Rey, y condúcelo á la rotonda. Estaré en ella antes que llegue tu monarca.

Jacob salió sin replicar; la judía se llegó al bastardo, que aun estaba en el ajimez, y le dijo:

—El Rey de Castilla es un esclavo de esta judía, de quien tú puedes ser el dueño. El Rey de Castilla es un tigre, si yo le mando que lo sea, y es un corde-ro ante mis plantas. ¿Amas, Bernal, á la muger que ha bordado esa fatal banda?

El bearnés fijó en la judía una compa-

siva mirada, y guardó profundo silencio.

—¿No te atreves á contestarme? continuó Raquel.

—¿Por qué me has hecho, esa pregunta?

—Porque si me dices que la amas, antes de dejarte partir te entregaré en manos del Rey, y el Rey será el tigre, Bernal.

—¿Es una amenaza, Raquel?

—Responde, Bernal, si la amas.

—Permíteme que no responda.

—¿Tienes miedo?

—Raquel, la amo, como aman á Dios los querubes.

—Pues pide á Dios que te proteja.

El bastardo cogió la banda y conduciéndola al ajimez, (desde donde habian visto la barca, que al Rey don Pedro conducia,) tendió su diestra mano hácia el cielo, y mostrando á la luz de la luna, las letras, dijo á Raquel solemnemente:

—Lee de nuevo esas doradas letras.

—Las se de memoria Bernal, y dicen
ADIOS, ADIOS, HASTA EL CIELO.

—Aquel es el lugar de la cita. El acero de un buen soldado, y el hacha de un verdugo del Rey acorta lo mismo la distancia. Anda, Raquel, que es tarde y y puede enfurecerse el tigre.

—Raquel, dijo Jacob apareciendo, el Monarca está en la rotonda.

—Adios, Bernal, dijo la judia.

—Adios, Raquel: dijo el bastardo.

LA ROSA DE JERUSALEN y Jacob salieron al punto de la torre, y los cerrojos de su puerta rechinaron al ser corridos.

—Pobre muger! dijo Bernal: me ha considerado grande, heróico, y ahora quiere causarme miedo haciéndome esperar la muerte. Asi son todas las mugeres: nos engrandecen á su antojo, y nos abaten por capricho. Nos quieren fuertes, para protegerlas: débiles, para resistirlas. Ni el Rey de Castilla ni su dama

me apartarán de mis recuerdos, y ahora me parecen mas bellos el rio que murmura y los prados que alfombran flores. Hermosa princesa de Gáles, rompe los lazos que te sujetan, busca tu asiento entre los ángeles, que yo iré á buscarte entre ellos, y Dios nos dará un trono mas brillante mil veces que el del Rey de la Gran Bretaña.

El bearnés se acostó en un divan, y pensando en su hermosa prima, se durmió con tranquilo sueño, para soñar despues con ella.

me apartarán de mis recuerdos , y
ahora me parecen mas bellas el rio
que murmuraba y los prados que eslan-
dian flores . Hermosa princesa de Galas
cuando los jazos para te sujetan , busca tu
asiento entre los angeles , que yo iré
A buscarle entre ellos y Dios nos da-
rá un trono mas brillante mil veces que
el del Rey de la Gran Bretaña .
El destino se acordó en un diván , se
pensando en su hermosa prima , se
durmió con tranquilo sueño para so-
ñar despues con ella .

CAPITULO II.

Sobre seguridad de vencimiento,
Espera el Rey á la infeliz hebrea:
Llega, vuelve á mirarla mas atento,
Y sin contradiccion teme y desea:
Y para que el glorioso rendimiento
Ya de la augusta fortaleza crea,
En la parte mas alta convenidos
Victoria apellidaron los sentidos.

DON LUIS DE ULLOA Y PEREIRA.

El adorno de la rotonda se diferencia solamente del de la torre, que hemos visto, en el color de los tapices, de las colgaduras y divanes: por lo demas las mismas flores, los mismos fragantes pebetes, y el mismo orientalismo en todo. So-

bre una gran mesa de ágata arde un soberbio candelabro, y sus brillantes luces animan los bordados de los tapices. El Rey don Pedro de Castilla está reclinado en un divan, envuelto siempre en su ancha capa, y en extremo meditabundo. Separado, hacia algunos meses, de la hermosísima judia, ansia estrecharla entre sus brazos, y teme al mismo tiempo verla; porque aquella muger singular ejerce un poderoso influjo sobre la imaginacion del Monarca, á quien infunde juntamente amor, sobresalto, y respeto.

A la entrada de la rotonda conversaban Fortun y Garcí Diaz, que son los lebreles predilectos de la jauría del Rey don Pedro.

—No te quejarás ahora, Fortun, dijo el antiguo balletero, del vinillo de esta comarca; pues hace dos horas que llegamos, y tienes ya la mejor turca, que puede cautivar un hombre.

—No me falta de qué quejarme, le re-

plió con voz vinosa; pues el mayor placer de una turca no consiste, Garcí, en cogerla sino en dormirla en buena cama.

—Por San Jorje, replicó Garcí, que solia jurar á lo inglés desde que estuvo en Angulema: por San Jorje, que con el tiempo vas á pedir una litera para moverte de un lado á otro, un sillón de brazos para asiento, una mesa como la del príncipe, y una cama con seis colchones.

—¿Y qué menos debe pedir, quien trabajó durante veinte y cinco años en las espesuras de las sierras, y lleva diez, largos de talle, de vestir tan duros arreos, y de recibir cuchilladas! Mal haya mil veces el zorro que abandona su madriguera para meterse á cortesano, el lobo que cambia sus uñas, y el javalí...!

—Pára, Fortun: que si no te corto el resuello, vas á traer aqui mas animales que metió en el arca Noé, el primer borracho del mundo, y por lo tanto tu patrono. Tú debes ser un buen balletero,

gran bebedor; pero siempre firme trabajador, como un jumento, y maton, como yo, Fortun.

—Maldita sea la mejor guerra! En esa batalla dé Nájera, tan célebre, segun tu dices, todos recojisteis botin, y á mi me rompieron la piel por mas de veinte y cinco parajes: y si no me hago mortecino, el mocito que me sacudia, tenia trazas de no acabar. Pero lo que mas me admiró fué, que el tal buen mozo era un amigo, á quien yo hice grandes favores en un tiempo.

—No hay amistad en las batallas.

—Maldito oficio, Garcí Diaz.

—Es que no lo entiendes aun.

—Pues renuncio á un oficio Garcí, que con diez años de aprendizaje no se aprende medianamente.

—Acuéstate en aquel rincon, y cuando hayas dormido un rato serás un hombre mas tratable.

Fortun no se hizo repetir el consejo,

y á los dos minutos roncaba como los cañones de un órgano: Garcí pasea militarmente.

LA ROSA DE JERUSALEN entra en la perfumada rotonda; mas tan profundamente absorta, que no dirige sus lentos pasos en la direccion de don Pedro. El rey se estremece al mirarla, estraña aquella distraccion inoportuna, pero no se atreve á interrumpirla. Al llegar al centro de la estancia, parece que la judia despierta, da una vuelta con rapidez, y como sencilla mariposa, toma asiento en el mismo divan, que está ocupado por el Rey don Pedro. Raquel fija en él su mirada, con una mezela indefinible de indiferencia y resentimiento.

—¿Qué tienes, Raquel? pregunta el Rey, queriendo cogerla una mano que ella retiró en el instante.

—Tengo, replicó la judia... Pero yo no sé lo que tengo.

—Hemos estado ausentes meses, y ni

te apresuras á recibirme, ni vienes á buscar mis brazos. Me has hecho esperar algun tiempo....

—Y tú me has hecho esperar mas.

—Entras aqui pálida y triste....

—Estoy enferma.

—Y luego vienes como un pájaro....

—Soy caprichosa.

—Y te quedas como una estatua.

—Repito que soy caprichosa.

El Monarca la mira con ceño; Raquel frunce un poco los labios, y tomando una mano del Rey, le dice:

—Quieres guerra con la judia?

—Casi no se que responderte.

—Si quieres guerra, Rey don Pedro, entra al instante en tu barquilla, y desde tu soberbio alcázar decláramela por tus heraldos: si quieres paz la trataremos en este aposento de mi casa, sin embajadores intermedios.

Don Pedro baja la cabeza, y no sabe que responder.

—Para que te decidas pronto añado, que si me declaras la guerra puedes perder en ella mucho, y decidiéndote por la paz tienes la ganancia segura.

—Permíteme que te haga, Raquel, una pregunta nada mas. ¿Eres dama del Rey don Pedro?

—Contesto con otra pregunta ¿Has dejado de ser mi amante?

—No, ROSA DE JERUSALEN.

—Yo soy tu dama, Rey don Pedro.

El monarca ciñe con sus brazos el esbelto talle de la jóven, y Raquel recibe las caricias sin devolvérselas al Rey

—Recibes mis ardientes besos con indiferencia, Raquel.

—Me tiene ocupada una idea, y no podré ser cariñosa hasta que la sepas, don Pedro.

—¿Deseas algun nuevo palacio, algunas joyas ó vestidos?

—No, Rey de Castilla. Quiero confesarte una falta, y si no me la perdonas

antes, la sepultare en el silencio.

—¿Qué falta has cometido, Raquel?

—Una falta.

—¿Has fijado tus ojos acaso en el semblante de algun hombre?

—Mas, Rey don Pedro de Castilla.

—Raquel, por Dios ó por el diablo, dime esa falta en el momento.

—Si quieres saberla, perdónala.

—Que la perdone? no, judia. Tú eres muchas veces mi ángel, pero algunas eres mi demonio.

Dime esa falta pronto, pronto.

Don Pedro oprime con violencia la blanda mano de Raquel, y ella le dice sonriendo:

—Si sigues apretando, Rey, me acardenalarás la mano.

La sonrisa glacial de la judía hiela la sangre del Monarca, que suelta la mano de repente, y baja sus ojos aterrados. Raquel prosigue:

—No quereis los hombres que las mu-

geres seamos francas, y os quejais de nuestra doblez. Vamos á confesar una falta, y en vez de animarnos con halagos, nos atemorizais con violencias. El ser débil, vacila, tiembla; y para contrarrestar la fuerza, tiene que acudir á la astucia. Has castigado mi franqueza: nada tengo que confesarte.

—Habla, Raquel, habla, por Dios.

—Ya es muy tarde, Rey de Castilla.

—Yo te perdono esa gran falta.

—No necesito tu perdon, supuesto que no la confieso. Por lo demas no ha sido grande, y debia redundar en provecho del Rey don Pedro de Castilla.

—Por Dios, Raquel, que la confieses.

—Mejor es hablar de otra cosa. ¿Cómo has pasado el tiempo en Burgos?

—Mintiendo al príncipe de Gáles y á sus malditos caballeros. El uno quiere la Vizcaya: piden los otros sus haberes; y no abandonarán el reino si no les pago enteramente.

—A propósito podía haber servido mi falta, para recompensar al príncipe de una manera singular.

—Habla, Raquel.

—¿Ves, don Pedro, las manchas moradas que has impreso sobre mi mano?

—Raquel, dime, dime un secreto....

—Aun siento en ella algun dolor.

—Perdóname, hermosa judía.

—¿Para qué he de decirlo, Rey?

—Yo te suplico de rodillas, que pongas término á mi afan y aclares mis sinistras dudas.

LA ROSA DE JERUSALEN frunce sus sonrosados lábios y dice con impertinencia:

—Suplicármelo de rodillas es señal de arrepentimiento, y quiero mostrarme mas humana que lo has sido tú con Raquel. ¿Te acuerdas de Nájera, Rey?

—Fue una magnifica jornada, ¿Qué tal me porté en el combate?

—No del todo mal, Rey don Pedro; mas

hubo muchos caballeros que hicieron lo mismo que tú, y algunos que te aventajaron.

—Raquel!

—Soy tu dama, Rey de Castilla: pero tu cortesana, no. En mí podrás hallar amores, la adulacion en otra parte. Mas hablemos de la batalla. ¿Recuerdas un jóven guerrero, que vestia una negra armadura con negras plumas en el yelmo?

—Pueden convenir esas señas á mas de un guerrero, Raquel.

—Daré otra que mas le distingue. Fué el primero que ensangrentó la espada y fue el último en envainarla.

—Muchos pretenden ese honor.

—Muy torpe estás, por Dios, don Pedro: pero quiero darte otra seña. Al terminarse la batalla se apoderó con diestra audaz del estandarte del inglés.

—Ya le conozco, le conozco. Mi enemigo Bernal de Bearne.

—Mucho has tardado en conocerle.

—¿Qué sabes de Bernal, hermosa?

—Qué podía ser tu prisionero.

—¿De qué modo?

—El príncipe de Gáles te daría por él la Vizcaya.

—¿Pero en dónde está ese bastardo?

—En mi poder, Rey de Castilla.

El rey mira á Raquel absorto; pero no comprende siquiera la posibilidad de que el bearnés esté en manos de la judía. La adquisición de un prisionero tan distinguido y tan bizarro pondría á don Pedro en posición de pedir un grueso rescate, ó, como había indicado Raquel, de entregarlo al príncipe, que daría la mitad de un reino por humillar al de Bearne. Conocía bastante don Pedro la intrepidez de la judía, su corazón y su cabeza; pero no podía persuadirse que fuese verdad enteramente lo que acababa de decirle. Deja el diván con inquietud, y pasea mientras la judía se burla de su agitación.

LA ROSA DE JERUSALEN podia sacarlo de ella al punto; pero con una malicia de serpiente queria hacer sufrir al Monarca, y satisfacía al mismo tiempo su grande orgullo de muger, considerándose superior al Rey don Pedro de Castilla.

Cruza el Rey sus brazos sobre el pecho, y parándose enfrente de Raquel la interroga con su mirada: Raquel sonrie algunos instantes, y dice despues al monarca:

—Estás dudando, Rey de Castilla, de cuanto acabo de decirte.

—No puedo menos de dudar.

—Pues no hay motivo para dudas.

—¿Bernal en tu poder?

—El mismo. Quien asiste á una gran batalla debe recoger algun despojo, y yo he preferido al bearnés.

—Raquel, yo no puedo creerte.

—¿Y cuando veas ante tus ojos á ese formidable bastardo, me darás crédito?

—Dudaré.

—¿Y cuando lo toques con tu mano y oigas el metal de su voz, me darás crédito?

—Entonces sí.

—Pues sígueme, Rey de Castilla,

FIN DEL TOMO CUARTO.

ADVERTENCIA.

Siendo el orijinal mas estenso de lo que la SOCIEDAD habia calculado, la presente novela llevará un tomo mas de aumento por esta razon, con el que quedará concluida.

La SOCIEDAD llama tambien la atencion de sus suscritores para que renueven con tiempo la suscripcion, y no sufran retraso en el recibo de las obras.

—Dudado...
—Y cuando lo sepas con la mano y
oigas el ruido de su voz, me darás crédito
—Entonces...
—Pues sí, señor. Por Castilla...

ADVERTENCIA.

Siendo el original mas estenso de lo
que la sociedad habia calculado, la pre-
sente novela lleva mas de un
mento por esta parte, y queda
ta concluida.
La sociedad ha tambien la aten-
cion de sus suscritores que tenne-
ven con tiempo y no su-
ran retraso en el recibir las obras.





NOVELA HISTÓRICA.

ORIGINAL ESPAÑOL.

LOS DOS REYES.



LOS DOS REYES



LOS

DOS REYES,

NOVELA HISTÓRICA,

ORIGINAL ESPAÑOLA,

POR D. J. DE ARIZA.

TOMO V.



MADRID:

L. GONZALEZ Y COMPAÑIA, EDITORES;
calle del Fomento, núm. 20.

LOS
BOZBERES

NOVELA HISTORICA

ORIGINAL ESPAÑOL

POB D. J. DE ARRA



TOMO 7

MADRID

MADRID, IMPRENTA DE T. AGUADO, 1845.

calle de la Encomienda núm. 47.

LOS DOS REYES.



Continúa la parte cuarta.

CAPITULO III.

Che ce riguardi la memorie antiche,
Vedrai, che quei che tuoi trionfi ornaro,
T' han posto el giogo e di catene avventa,

GIOVANNI GUIDUCIONI.

Bernal duerme tranquilamente: pues la enfermedad de su alma es demasiado crónica ya, para perturbarle su sueño, y el peligro que le amenaza no es bastante á debilitar su valor. Dormia Beltran Gúes-

clin la noche antes de la fatal batalla de Nájera con la tranquilidad de un niño, y la venganza de una muger no causa insomnios al bastardo. El cobarde siempre halló motivos de temer, el valiente descansa en sus fuerzas, y encuentra en su feliz reposo la recompensa del valor.

Se abre la puerta de la torre: Raquel y el rey don Pedro entran: Bernal permanece durmiendo. La judía conduce al Monarca al divan que ocupa el bearnés, y le señala con el dedo aquellas facciones tranquilas, llenas de juventud y hermosas. El Rey las mira atentamente, y encuentra en el héroe de Nájera, alguna cosa extraordinaria, que le conmueve y amedrenta.

—Don Pedro, dice la judía: ¿sí te hubieran amenazado con entregarte á un enemigo dormiriais como ese guerrero?

—No, ROSA DE JERUSALEN.

—Bernal duerme despues de esa ame-

naza: juzga, don Pedro de su alma.

La judía se acerca mas al Rey, y continua:

—Rey de Castilla, solo quedas con el bastardo: despiértalo cuando te plazca; yo te escucharé desde allí.

Raquel se separa del Rey, se acerca á la mesa de jaspe y toma la espada de Bernal: despues sale del aposento.

Solos don Pedro y el bastardo, el uno continúa su sueño y el otro no sabe que hacer. Ve el Monarca en Bernal de Bearne un enemigo peligroso, y toca el mango de su daga, para deshacerse de un golpe del mejor amigo de su hermano: tambien ve en el bastardo de Bearne al enemigo del de Gáles, y cree, poniéndolo en sus manos, calmar el justo resentimiento del príncipe, y conseguir alguna rebaja en los sueldos de los capitanes ingleses. Codicioso el Rey de Castilla sacrificaba con frecuencia sus verdaderos intereses á su sed hidrópica de oro; y hubiera vendido

su sangre al peso de ese vil metal.

En un momento [de ciego enojo saca la mitad de su daga, y pone su siniestra mano sobre el corazón de Bernal. Raquel percibe el movimiento, y con la agilidad de una ardilla corre y sujeta la mano del Monarca, diciéndole:

—Rey de Castilla, ese jóven que ves dormido me pertenece todavía, y no te concedo el derecho de vida y muerte sobre él. Quisiste verlo y te he traído: deseas hablarle y no te atreves: yo te pondré en la precisión de que lo hagas, ya que te inspira Bernal miedo.

LA ROSA DE JERUSALEN se inclina sobre el rico divan en que descansa el caballero, y con sus dedos de jazmin oprime la nariz del bastardo. Bernal se estremece un instante, abre sus ojos con dulzura, y desaparece Raquel.

La primer mirada de Bernal se fija sobre el Rey don Pedro, que inmóvil habia presenciado la resolución de la judia.

La vista de un hombre en su aposento á una hora tan intempestiva le causa estrañeza en verdad, pero la manifiesta solamente con un movimiento de cejas. Se sienta despues sobre el divan y pregunta:

—¿Quereis decirme, caballero, quién sois, y qué motivo aqui os conduce?

—¿No me conoceis, Bernal de Bearne?

—No por cierto.

—Pues es bien estraño, caballero. Mi nombre es bastante conocido, y habrá pocas gentes en Europa que no lo pronuncien con terror.

—Podrá ser todo lo que decís; pero como no me habeis dicho vuestro nombre, ni sobre vuestra frente está escrito, no he podido reconocerlos.

—Mellamo don Pedro el cruel.

—Podeis tomar asiento, don Pedro.

La fria invitacion de Bernal sorprende al Rey de tal manera, que guarda silencio y permanece de pie y con los brazos

sobre el pecho. El bastardo le muestra un divan, y el Rey se sienta con faz torba.

—¿Ya que habeis tenido la bondad de declararme vuestro nombre, añadió el bizarro bearnés, llevareis la condescendencia hasta el punto de noticiarme á qué causa debo el honor de vuestra visita?

—Bien pudiérais adivinarla. Sois mi prisionero....

—Decidme cuándo rendí mi espada ante don Pedro de Castilla.

—La hubiérais rendido ciertamente sin el favor de una judia, que ahora os entrega entre mis manos.

—No la hubiera rendido, Rey; porque no conozco ningun brazo capaz de sostener esta espada, que ha blandido Bernal de Bearne.

—Bernal se dirige á la mesa, para mostrar al Rey su espada, y no hallándola en su lugar prosigue:

—Eres muy precavido, Rey, y la precaucion no es de valientes.

—¿Dudais de mi valor?

—Si dudo. Sobre esa mesa habia una espada de muy buen acero y muy rica, y antes de despertar al dueño ha desaparecido de ella.

—¡Bernal!

—¡Don Pedro!

—Esa sospecha....

—Está fundada en un hecho, Rey. Mas nada importa para el caso: yo no soy vuestro prisionero, ni el prisionero de Raquel. Me salvó la vida esa judia, me ofreció la hospitalidad hasta que sanasen mis heridas: yo la debo eterna gratitud, y se la tendré como noble. Vos tendreis la bondad de decirme lo que esperais de mí, don Pedro.

—Nada espero, Bernal de Bearne: se que sois muy amigo del conde.

—Y lo seré mientras respire.

—Me seria fácil poner término á esa

amistad tan acendrada.

—No lo dudo, Rey de Castilla; es muy facil hacer con Bernal lo que con el Rey de Granada; y si os asomais á este ajimez descubrireis hácia la derecha la llanura de la Tablada. A la luz de esa clara luna quizá perciba vuestra vista algunas manchas de roja sangre.

—Para ser estraño á mis reinos cono- ceis algunos pormenores, que os harán concebir justa idea de la persona del Monarca, y me mirareis como me miran los naturales del pais.

—No sé de qué manera os miran; pero sí puedo aseguraros, que sois á mis ojos un hombre algo mas pequeño que otros.

—¿Habeis oido hablar, por ventura, de mis ballesteros?

—Sí, don Pedro.

—¿Y qué sabeis de ellos?

—Que son soldados y á la par verdugos.

—No os han engañado, Bernal. Dos de mis mejores ballesteros, en quienes tengo confianza, no se hallan lejos de esta torre.

—Y aquí don Pedro de Castilla, hay un corazon que no teme. Poned la mano sobre él: contad sus látidos uno á uno, y vereis son tan iguales como el movimiento de un péndulo. No están aquí aquellos soldados que me acompañaron en Nájera: sus cadáveres insepultos habrán dado pasto á los cuervos; mas está el gefe que los mandaba, y que sabe morir sin temblar.

—Hay una notable diferencia de morir con espada en mano, á tender el cuello sobre un tajo para que lo corte un verdugo.

—El resultado es uno mismo; pero si no ha de ser mi muerte á la tibia luz de la luna, dejadme dormir [algunas horas, ya que me habeis interrumpido un sueño, muy tranquilo y muy seductor.

—¿Y no sería mejor, Bernal, que invirtieseis el poco tiempo que puede quedaros de vida en arreglar vuestros negocios?

—Están arreglados don Pedro.

—¿No teneis un padre, Bernal?

—Bien conoceis á Gaston Febo.

—¿Y no querrias participarle tu próximo fin?

—No, don Pedro. La voz de la fama es bastante, y ella sonará demasiado pronto, para una nueva de dolor.

—¿No teneis madre?

—Sí: una madre á quien amo con toda el alma; una que llorará por el hijo de sus amores.

—¿No quieres escribirla?

—No, Rey. Mandad que me quiten la vida en el silencio de la noche, y que todos guarden el secreto, para que mi madre no lo sepa.

—¿No teneis una amante?

—No.

—¿No teneis una amante, Bernal?

—No, Rey don Pedro; no la tengo. Os parece imposible que un hombre viva sin mantener queridas; pero el que cifra toda su gloria en el ejercicio de las armas no necesita otros amores.

—¿Nada embellece vuestra existencia?

—Nada.

—¿Nada os hace temer la muerte?

—Nada.

—Bernal de Bearne, yo os doy mi palabra de Rey de que no tendreis que ver nada con los verdugos de don Pedro: vuestra cabeza está segura.

—No tengo que daros las gracias. Entregándome á vuestros verdugos, hubiérais cometido, don Pedro, un asesinato muy infame; dejándome libre solo haceis lo que cualquier hombre de honor.

—Libre, es demasiado, Bernal; permaneceréis mi prisionero.

—Con menos voluntad sufriré vues-

tras cadenas que la muerte; pero con el mismo valor.

—¿Odiais al príncipe de Gáles?

El bastardo se mordió los labios, y guardó profundo silencio.

—¿Odiais al príncipe de Gáles?

—Como á todo inglés, Rey don Pedro.

—¿Y seriais con esa indiferencia, de la que haceis continuo alarde, prisionero del noble príncipe?

—¿Yo prisionero del inglés? ¡Jamás! Mirad, don Pedro, esta bandera: un noble inglés la sostenia, y mil nobles y mil la guardaban. Yo solo, sin un escudero, sin un amigo ni un soldado, penetré por sus escuadrones, y llevé arrastrando el estandarte del heredero de Inglaterra. El que ha puesto su plant^a audaz sobre los altivos leopardos: el que se ha bañado en la sangre de los ingleses mas ilustres, no puede ser el prisionero de esos isleños orgullosos.

—Don Pedro Primero de Castilla tiene contraídas obligaciones con el príncipe, y quiere pagárselas, Bernal. Teniendo que hacerle un presente, considero de mayor mérito vuestra persona, que una cantidad de oro y plata: y como el príncipe conoce lo mucho que valeis, presumo que os recibirá muy contento.

—Es imposible que cometais una accion tan baja y poco noble.

—Quiero hablaros en confianza. Yo ofrecí al príncipe la Vizcaya, y no estoy en ánimo de cedérsela: yo debo gran cantidad de oro al príncipe y á sus caballeros, y no estoy en ánimo de pagárselos. ¿Si poniéndoos en su poder logro que renuncie á Vizcaya y pague por mi algunas doblas, no habré terminado un buen negocio?

—Habreis sido, Rey de Castilla, un infame mercader judio, que no estima en nada su honra, y solo tiende á su interés.

—Los judios saben hacerse poderosos,

y no me desagrada su ciencia. Un consuelo podeis tener, y es que os vendere bastante caro.

— No quiero dar crédito, Rey, á unas palabras ofensivas para vos que las pronunciais. Los empeños que habeis contraido con el príncipe y sus capitanes hábran mermado, Rey don Pedro, vuestro codiciado tesoro. La fortuna me ha conducido á una situacion complicada, y vos aprovechándoos de ella, y faltando á la ley sagrada de una hospitalidad inviolable, me declarais vuestro prisionero, como si me hubierais vencido en el dia terrible de Nájera. Yo no se mentir, Rey don Pedro; condeno con ruda franqueza una conducta, que jamás hubiera observado el bearnés: pero al mismo tiempo os ofrezco un rescate por mi persona, capaz de saciar la codicia del mas avaro é insaciable.

—¿Qué cantidad señalariais por vuestro rescate, Bernal?

—La que vos designeis, don Pedro.

—¿Y sino bastan los tesoros de Gaston Febo, vuestro padre?

—Bastarán los del Rey de Francia y de mis valientes amigos. Todos los soldados bearneses venderán sus armas y caballos para rescatarme, don Pedro, porque tienen la confianza, que nuevas armas y caballos conquistarán bajo mi enseña.

—Confieso que tan gran rescate es muy tentador, joven guerrero; pero me parece mas oportuno que me lo adelante el noble príncipe, y que él aproveche la ganancia.

—Si teneis corazon, don Pedro: si es del Rey Alfonso la sangre que por vuestras venas circula: si estimais en algo el honor de ser nieto de San Fernando, conquistador de esa ciudad que cruza el Guadalquivir manso, y cuyas torres plateadas miramos desde este ajimez, retenedme vuestro prisionero; pero no

me entregueis al príncipe.

—¿Es una súplica, Bernal?

—Sí; es una súplica que os hago, y que os agradeceré en el alma. Pedir la vida es cobardía, y yo no soy cobarde, Rey; pero temer la esclavitud, es muy propio de un alma grande.

—Me convencen vuestras razones, y si me dais una palabra, no os entregaré al príncipe de Gáles, y aun quedareis en libertad.

—Hablad, don Pedro de Castilla.

—Es un pequeño sacrificio, que considerándolo bien, os tiene mucha cuenta, Bernal.

—Hablad: y si ese sacrificio no imprime alguna mancha en mi honor, me encontrareis pronto á cumplirlo.

—En la gran batalla de Nájera mandábais quinientos guerreros en favor de mi hermano Enrique.

—Todos murieron peleando.

—¿Me jurais no llevar las armas en

ninguna ocasion, ni por ningun grave motivo en favor del conde, mi hermano, y sí traerlas en mi servicio?

—No.

—Si haceis el juramento que os he dicho, en el instante quedais libre; si no, sois prisionero de vuestro mortal enemigo, del noble príncipe de Gáles. ¿Qué respondeis?

—Que soy prisionero del heredero de Inglaterra.

—Meditadlo algunos instantes.

—Estoy resuelto.

—Bernal de Bearne, habeis desechado un acomodo muy fácil y muy conveniente.

—Lo desecho, Rey de Castilla. Habeis querido entreteneros inspirándome serios temores, dejándome ver esperanzas. Ni me han reanimado las unas, ni debilitado los otros; pero una conducta tan villana no quedará sin recompensa. Hasta hoy habia servido á don Enrique por

amistad á su persona: de hoy en adelante le serviré por odio contra el Rey don Pedro. Si en alguna ocasion solemne recibis de mí grave daño, acordaos de esta hermosa torre, y tendreis presente el motivo.

—Con mover los labios, Bernal, pudiera reducir á humo esas quiméricas amenazas.

—Si me asesináis, Rey don Pedro, no os pagará el príncipe de Gáles su rescate cuantioso, que codiciais con tanto empeño.

—Teneis razon, noble bearnés: la muerte acaba los dolores: la esclavitud los eterniza: sereis prisionero del príncipe. Ademas, segun malas lenguas, estais perdidamente enamorado de una princesa muy ilustre.

—Callad, don Pedro.

—No temais, Bernal, que pronuncie su nombre; pero no será lisonjero, para un amante como vos, que os presente ante

sus ojos entre el tropel de los vencidos.

—Estais apurando, don Pedro, toda la hiel de la ironia contra un hombre que no ha recibido una ofensa sin castigarla.

—¿Quereis atemorizarme, Bernal?

—Lo que deseo, Rey de Castilla, es que me dejéis solo en mi estancia.

—Estoy dispuesto á daros gusto. Dos ballesteros de mi guardia pasarán las noches y los dias en la puerta exterior de la torre; y si pretendéis escaparos, harán su deber.

—No lo dudo.

—Por lo demas, si quereis algo....

—Os doy anticipadas gracias.

—Y como nuestra situacion no impide que nos profesemos amistad, os doy mi mano.

—Yo la acepto.

El bastardo coge entre la suya la nervuda mano del Rey, y la estrecha con tal violencia, que se muerde don Pedro los

labios para no exalar un quejido.

—Me estrechais la mano, Bernal, con un cariño, que me pasma.

—Pues tan solo es una leve muestra, Rey de Castilla, del extraordinario que os tengo.

—Adios, Bernal.

—Adios, don Pedro.

CAPITULO IV.

Huye ya, y mira que siento
Por tí dolores sobrados,
Porque con doble tormento
Celos me da tu contento,
Y tu peligro cuidados.

GIL POLO.

Salió don Pedro de la estancia, y el bastardo quedó entregado á tristisimas reflexiones ¿De qué le habia servido la gloria conquistada con tanto afan en los sangrientos campos de Nájera? De enardecer por un momento el alma audaz de la judia, para que lo mirase como á un Dios, y lo entregase despues inerme en

las manos de su enemigo. Miraba con dolor Bernal aquella bandera ganada con un arrojo sobre humano, y suspiraba amargamente, pensando que dentro de poco iria á poder de su antiguo dueño, no reconquistada en el combate, sino vendida por vil oro, siendo el mercader un Monarca en Leon y en Castilla imperante. Incapaz el noble bearnés de una conducta poco hidalga, creia sueño lo que habia dicho el Rey don Pedro de Castilla, y hasta le parecia imposible que le le hubiese vendido Raquel, como si hallasen medio las mugeres entre el cariño y la venganza.

Siguiendo Bernal las consecuencias de la situacion en que se hallaba, veia con reconcentrado furor al príncipe de Gáles gozando en su humillacion aparente. Con el torcedor de esta idea se mesaba barba y cabellos, y hacia que brotasen sus labios gotas de sangre por doquier. Tambien se figuraba su entrada en Angulema ó en

Burdeos: y mientras marchaba confundido con los prisioneros de guerra, descubria en el regio balcon á la hermosa princesa de Gáles, que procuraba enjugar sus lágrimas; pero que algunas de ellas caian sobre la frente del bastardo.

Con recuerdos tan dolorosos el alma de Bernal ardia, y sus ojos centellantes buscaban la espada de sus triunfos, para traspasarse el corazon. Jirando por el aposento, se acercó al gracioso ajimez y vió de nuevo al manso rio serpeár entre los limoneros con melancólico murmurio. Desde que habitaba Bernal á las márgenes del claro Bétis habia encontrado un gran consuelo en contemplar sus limpias ondas, y lo miraba ciertamente como á un amigo cariñoso. En esta noche de amargura veia en sus aguas el triste llanto que por él derramaba el rio: y como menguan los dolores, cuando se comunican y comparten, menguó también el del bearnés al aspecto

de una hermosa luna y de un raudal puro y sonoro.

Largo tiempo llevaba el bastardo de estar mirando la corriente, cuando percibió un leve ruido y vió despues una barquilla. En su preocupacion de ánimo la creyó quizás un socorro que le enviaba la providencia; pero se desengañó muy en breve viendo al Rey don Pedro en la popa, envuelto con su negra capa.

La vista del Rey de Castilla exasperó al jóven Bernal, y apartándose del ajimez, vió á la judia que penetraba en su aposento, trayendo en su mano la espada que habia echado menos poco antes. El continente de Raquel era mesurado y tranquilo, pero descubrian sus miradas inquietud y remordimientos. Cruzó la estancia con paso firme, colocó la espada sobre la mesa, y vino á sentarse en un divan, haciendo una seña al bastardo para que verificase lo mismo. Bernal la miró con orgullo, cruzó sus brazos sobre el

pecho, y apoyando su hermosa cabeza contra una columna de mármol, lanzó á la judia una sonrisa tan despreciativa y amarga, que la pequeña frente de Raquel se cubrió de un sudor tan frio como el que humedece á un cadáver. LA ROSA DE JERUSALEN había herido al jóven Bernal en lo mas sensible de su alma, y resentido su amor propio, no conservaba á la judia ni gratitud por el afecto que le habia manifestado antes, ni consideraciones por dama. Raquel, á pesar de su gran fiereza, estaba humillada y vencida, y no osaba levantar sus ojos hasta el semblante del guerrero.

A pesar de su humillacion, estaba tan acostumbrada la judia á encontrar recursos en apuradas situaciones, que logró despejar su frente, y mirando al jóven bearnés con impertinencia y cariño le preguntó:

—¿Valiente Bernal, estás enojado conmigo?

—No, Raquel, replicó el guerrero con una sonrisa glacial. No es enojo lo que me inspiras, es un desprecio extraordinario.

LA ROSA DE JERUSALEN se levantó del rico divan, como si la hubiera herido un áspid; mas sentándose de repente, prosiguió con cierta humildad:

—Mi conducta para contigo ha sido bastante imprudente....

—Bastante infame.

—Si, Bernal; pero tú conoces los motivos que me han arrastrado á mi pesar, y debes disculparme.

—Raquel, nunca un hombre tiene motivos para no portarse con honor: quizá vosotras, las mugeres, gozareis de algun privilegio, ó estareis tan envilecidas, que nada os suponga esa palabra, y entonces en vuestra misma infamia encontrareis una disculpa.

—¿Sabes lo que son zelos?

—Sí.

—¿Y al ciego impulso de los celos no cometerias alguna accion, que mas tranquilo reprobases?

—No: nunca. Si la presencia ó la memoria de un rival odioso hace arder la sangre en mis entrañas, procuro hallarle en el combate, y arrancarle en él su corazon; pero si viese á este enemigo desarmado, antes de combatir con él me quitaria yo la armadura: y si hospitalidad me pidiese, estaria tan seguro bajo mi techo, como en el firmamento el sol.

—Un hombre celoso, Bernal, puede retar á su enemigo y apagar con sangre caliente la rabiosa sed que le mata; pero una mugernada puede

La judia se enjugó una lágrima, y el bastardo guardó silencio. Una leve ráfaga de viento desenrolló un poco la bandera que habia conquistado el bearnés, y á su vista sintió Bernal inflamarse toda su sangre, del mismo modo que se inflama al contacto de una débil luz una grande

copa de ron. Dió algunos pasos hácia Raquel, y cogiéndola por la mano la condujo á la mesa de jaspe, que hemos tenido lugar de ver, y mostrándola la bandera:

—ROSA DE JERUSALEN, la dijo: ves esa enseña del noble príncipe que ha de sentarse muy en breve sobre el trono de la Inglaterra? pues esa bandera fue ganada haciendo prodijios de valor, que te deslumbraron, judia: yo hubiera muerto tremolándola sobre las colinas de Nájera, y se hubieran mezclado mis cenizas con las de cien y cien valientes, que allí perecieron batallando bajo mi pendon, que aqui ves. El nombre de Bernal de Bearne hubiera cruzado los vientos como el relámpago de las nubes, y mas allá del Bidasóa hubiera sido repetido por los labios de un serafin. Yo hubiera muerto entre los buenos; pero viviria mi memoria en el alma de una muger. Tu falsa piedad me sacó del

campo lleno de cadáveres: bendaste mis hondas heridas, con las lágrimas en los ojos, y con la perfidia en el alma: me alimentaste para venderme, para ponerme entre las manos del hombre que mas aborrezco, para que el príncipe de Gáles entone cánticos de triunfo al ronco son de mis cadenas. Si no fueras una muger te despedazaria con mis manos.

—Mátame, Bernal, ó perdóname.

—No puedo matarte, Raquel; pero no esperes mi perdon.

—Eres inflexible.

—Lo soy. Si el ángel de la muerte batiere sus negras alas sobre mi, y me dijese: *perdona á Raquel para que el señor te perdone*, le responderia: *hiere, ángel, y aunque el señor no me perdone, yo no la perdono, no, no.*

—Eres un tigre?

—Soy un hombre, á quien has hecho mucho mal.

A estas palabras del bastardo siguió

un instante de silencio. La fisonomía de Bernal conservaba una expresión siniestra, en tanto que la de la judía se variaba á cada momento, dejando ver las impresiones que ponían en tortura su alma. Ya se desprendía de sus ojos una lágrima triste ó amarga, hija del dolor ó el despecho: ya sus labios se comprimían con una sonrisa satánica, que hacía nacer la humillación á que se encontraba reducida, y ya sus miradas descubrían la llama voraz del amor que atesoraba en sus entrañas. Se sentó el bernés sobre un diván, cruzó una pierna sobre otra, apoyó el codo en la rodilla, y la frente sobre la mano, quedando en profunda meditación, y sin acordarse quizá de LA ROSA DE JERUSALEN, que fijamente le miraba, Raquel contempló largo rato el rostro pálido del jóven, leyó el pensamiento del bastardo, y se horrorizó de la lucha que aquel corazón tan altivo, por causa de Raquel, sufría. Nuevas

lágrimas asomaron á las pupilas de la hermosa: apartó sus negros cabellos, que flotaban sobre sus mejillas, y dando á su fisonomía un aire de felicidad, de dulce candor y de inocencia, fue á sentarse al lado del bearnés, á quien estrechó tiernamente la robusta mano entre las suyas.

Bernal sintió aquella presión, volvió la cara de repente, y encontrándose con la judía, en quien á la sazón no pensaba, separó su mano en el momento, y la rechazó con dureza. LA ROSA DE JERUSALEN no se manifestó ofendida, y con voz dulce y cariñosa dijo al bearnés:

—Noble Bernal, ¿porqué me rechazas de este modo?

—Porque me ofenden tus caricias.

—Qué encuentras en ellas?

—Encuentro la infame traición y la falsía. Son tus caricias para mí el beso que dió el mal discípulo al Redentor de los gentiles.

—Qué mas ves en ellas, Bernal?

—Veo el remedo de las que has hecho al Rey don Pedro de Castilla , y á otros cien amantes quizá.

—Bernal!

—Querrás negarme , por ventura, tus liviandades con el Rey , pues no puedo llamarlas amores?

—No quiero negarte , Bernal , que he sido la dama del Rey : son muy públicos mis amores....

Bernal sonrió con desprecio.

—Mis amores repito, Bernal ; pues no he sido una cortesana que se vende, he sido una amante que se entrega. Solo el Rey don Pedro ha gozado los encantos de la judia ; no porque llevaba una corona, ni porque tenia montes de oro: le amé porque me pareció noble y grande; quizá me cegó mi cariño.

—¿Y despues del Rey á quien has amado?

—A ti, Bernal. El Rey don Pedro fué

desgarrando poco á poco la benda que me habia cegado, y le vi cual es por desgracia. Tu apareciste rodeado de cien brillantes aureolas, y mariposa fascinada corrí á consumirme en tu luz.

—Hasta que brillase otro astro capaz de oscurecer la mia, como oscureci la del Rey, ó se presentase una ocasion de sacrificarme á don Pedro, como una victima espiatoria, ó como inocente holocausto.

—No está consumado el sacrificio, y aun estas libre todavia.

Bernal miró con estrañeza á LA ROSA DE JERUSALEN y no la replicó palabra.

—En mi palacio, prosiguió la judia, hay algunos corceles briosos, que te alejarán de Sevilla antes que despunte la aurora.

Bernal permaneció en silencio.

—He cometido una imprudencia, continuó Raquel, en denunciarte al Rey don Pedro. Para ponerte en libertad tendré que renunciar al Monarca; peronada im-

porta perderlo. Sime empeñas una palabra, antes que aparezca el lucero, estarás fuera de esta torre.

El bastardo se sonrió con su acostumbrado desden.

—¿No quieres saber la palabra que te exige? añadió la judia.

El bearnés se encojió de hombros.

—Habla, Bernal.

—Estoy cansado. Llevo, Raquel, en esta noche tres enfadosas conferencias, y he tenido que sufrir en ellas la infame ironia de don Pedro y la impertinencia de una muger.

Las pupilas de Raquel brillaron, y una lágrima se perdió entre sus pestañas y párpados; mas animandose de repente, dijo al bearnés:

—Iba á proponerte que abandonásemos este palacio.

—Lo habia adivinado, Raquel.

—Y no juzgabas lisonjera mi proposicion?

—No, judía. Esa palabra que me exiges será de unir nuestros destinos?

—No, Bernal.

—De que te amaré en adelante?

—Tampoco exigia que me amases.

—De que no procurase unirme á la muger á quien adoro?

—Ahora acabas de adivinarlo.

—Y como no habia de prometerlo....

—Has adivinado tambien que tu evasion es imposible , y que serás dentro de poco el mas humilde prisionero del noble príncipe de Gáles?

—Sí; y es preferible una prision á deber algo á una muger á quien altamente desprecio.

—Adios, Bernal, dijo la judía, clavando sus menudos dientes en sus frescos y rojos labios.

—Adios, Raquel, respondió el bastardo reclinándose en el divan.

CAPITULO V.

Tirsis amaba sin temer mudanza
A la Tebana Ardélia; mas la muerte
Llevó tras si ventura y esperanza.

Vino á llorar la miserable suerte
Cerca del Bétis, do cantar solia,
Y en tales versos el dolor convierte.

JUAN DE MORALES.

Una brisa perfumada y pura mueve
las copas jigantescas de un bosquecillo de
cipreses: una pobre fuente gotea en una
pila de granito; y sobre un sepulcro de
marmol negro arde una lámpara de ala-
bastro. Dos lechuzas de tardo vue lo ba-
ten sus alas á compás, para estenguir

la débil llama, que aunque macilenta las impide chupar unas gotas de aceite: pero la luz parece animada por algun espíritu oculto, y quizá el alma del muerto lucha con las aves nocturnas, para conservar el recuerdo que la consagra un puro amor.

¿Después que abandona la carne tendrá el alma alguna memoria? Los objetos que la conmovieron en el peregrinaje del mundo conservaran algun influjo cuando el espíritu comienza su vida de una eternidad? En los ensueños y en las vigiliass nos anticipamos el destino de la materia, y representamos su destrucción; pero ni en las vigiliass, ni en los sueños marcamos carrera al espíritu, ni le destinamos paradero. Concebimos á la luz de la fé mansiones de castigos y premios: nombramos al bienaventurado con júbilo, y con dolor amargo al réprobo; pero no distinguimos jamas, ni la misma fé nos revela, en que se ocupará el espí-

ritu, del mismo modo que no sabemos, aun estando sobre la tierra, que pensamiento seguirá al que al presente nos ocupa. Si el alma de don Juan amaba á la huérfana de Avendaño, goces purísimos debia tener en el frio seno de la tumba.

Las aves revoloteaban; unos lijeros pasos de muger se percibian hollando la yerba marchita; y al débil ruido de los pasos las lechuzas alzaron el vuelo, dejando arder la luz simbólica sobre la tumba solitaria.

Doña Inés Sanchez de Avendaño, la hermosa jóven de Carmona, la heróina de Calahorra, la pobre enferma de Angulema se presentó vestida de blanco, con el cabello suelto y flotante, y una corona de rosas blancas, como su frente y sus mejillas. Sostenian sus manos transparentes unos ramos de símprevivas, que fue colocando con amor sobre el sepulcro del Infante. Asi que

las hubo colocado se reclinó sobre el césped humedo, los ojos fijos en la tumba, escuchando con atencion, y como en actitud de esperar.

El viento aumentaba su fuerza: grandes masas de negras nubes oscurecian el firmamento, y los cipreses sacudidos cruzaban sus copas altivas. Un relámpago iluminó el seno de las negras nubes, y un trueno resonó á lo lejos.

—Ya llama, dijo doña Inés: brilla la aurora del gran dia, el ángel toca la trompeta, el valle de Josaphat aguarda. Levántate, Infante don Juan: el dia del juicio ya ha llegado y nos aguarda el himeneo. Mirame vestida de blanco, ciñe mi frente la corona de rosas blancas y en el monte de las olivas hay un sacerdote y un altar. Los ejes del firmamento crujen: los abismos del mar se ajitan: las montañas abren sus cráteres, y los volcanes brotan fuego. La bóveda

del cielo se hunde y el mundo, don Juan, se vuelve al caos. Lévantate. ¿Ves aquel trono de diamantes? Aquel trono es para los dos. Tu me amaste hasta perecer; yo te adoro despues de muerto: aquel trono, Infante don Juan, es el premio de la constancia. Dos ángeles baten sus alas y forman con ellas un dosel: un sol radiante se refleja en las gradas del alto trono y las luces que del emanan son estrellas de un nuevo cielo. ¿Ves aquella hermosa matrona, con manto de purpura y oro? Es tu madre. ¿Ves aquel altivo guerrero, con una cruz verde en el pecho? Es tu hermano, el noble maestro don Fadrique. ¿Ves aquella muger hermosa, dulce, tranquila, resignada? Es doña Blanca. ¿Ves aquella heróica falanje de grandes maestros y caballeros, ricos-homes y prelados? Son las victimas de Pedro el Cruel. ¿Ves, don Juan, en aquel paraje una llama azul y siniestra? ¿Ves negros torbellinos de

humo, y á su través mas negras sombras? ¿Ves aquel hombre arrodillado con la cabeza sobre un tajo y á su alrededor cien verdugos? Es don Pedro, Aquel que ves á su derecha es Diego de Padilla, el de su izquierda Fernando de Castro, los de mas alla sus capitanes: los mas lejanos sus ballesteros, y aquel á quien mas martirizan, es Garcí Diaz: si, Garcí Diaz de Albarracin.

Un trueno mas ronco zumbó, y volvió á lucir el relámpago. La huérfana aplicó el oido, reclinandose sobre la tumba, y despues de haber escuchado unos instantes prosiguió:

—¿Te has olvidado de mi, don Juan? ¿No tienes prisa por reunirte con la esposa que tanto amabas?

¿Te parezco menos hermosa, por que se han hundido mis ojos y descarnado mis mejillas á fuerza de tanto llorar? Levántate, don Juan, levántate, y llegaremos los primeros.

Los truenos eran mas prolongados y los relámpagos mas continuos: el huracan silvaba á intervalos, y anchas gotas de lluvia caian sobre la huérfana de Avenaño, sin que se apercibiese siquiera del rigor de la tempestad. Inclined sobre el sepulcro queria reanimar las cenizas con su aliento, y despertarlas con sus ayes.

—Don Juan, continuaba diciendo: desde que no existes, tu imagen me acompaña continuamente, y si quiero rogar á Dios, es á ti, mártir, á quien súplico. Bernal ha pedido mi mano; Bernal estaba loco sin duda cuando codiciaba un amor, que vive tan unido á mi alma como el pensamiento y el espíritu. Hines-trosa ha llorado á mis pies; tambien Hines-trosa está loco. El Rey don Pedro me amó, pero cuando tú vivias, Infante; tambien don Pedro estaba loco. ¿Oyes la trompeta del ángel? la oyes? Levántate don Juan, levántate.

A la luz de un vivo relámpago vió acercarse doña Inés un bulto, que rápidamente caminaba, un blanco albornoz lo cubria y su respiracion anhelante manifestaba claramente que habia apresurado su marcha. Al llegar cerca de la huérfana hizo una profunda cortesía y se quedó con las manos juntas sobre el pecho y con la cabeza inclinada.

—Angel del señor, dijo la huérfana, toca con tu dedo esta tumba, y haz que se reanimen las cenizas.

—Solo Alá puede dar al hombre una virtud que ha reservado para sus escogidos y profetas. No pueden dar vida los hombres á un reptil pequeño; pero la mano de Alá el grande hace mundos y paraísos. Por su virtud hay una urna en la ciudad santa de la Meca, y en ella se conservan los restos de su gran profeta Mahoma. Elevada en medio del aire, significa muy claramente que cielos y tierra se disputan el honor de guardar

sus huesos, y tambien que toda la tierra ha de verse sujeta un dia á los defensores del Coran, que habitarán solos el paraiso, sobre las estrellas colocado.

A pesar de su desarreglo mental, escuchó doña Inés con asombro el lenguaje del extranjero, y despues de haberlo mirado atentamente le replicó;

—Por lo que veo tú no eres el ángel de Dios.

—Yo, replicó el moro, soy Celin, siervo de Alá y de su profeta, siervo de Mahomad, Rey de Granada, y siervo tambien de su siervo el sabio y poderoso Abenabatin.

—¿Y qué buscas por aqui, moro, en una noche como esta?

—Busco la hospitalidad, noble dama, hasta que despunte la aurora.

Doña Inés iba perdiendo poco á poco su extraordinaria pesadilla, y fijando mas sú atencion en el mensajero granadino:

—¿A donde vas? le preguntó.

—A Sevilla. Llevo una carta que envía Abenabatin al Rey don Pedro.

Al nombre del Rey cobró la huérfana en algun modo su razon, y reuniendo todas las facultades que sobrevivian en su alma á tan complicados dolores, cogió de la mano al mensajero y le dijo con voz cariñosa:

—Tú has caminado mucho, Celin. En la cumbre de aquella colina hay un espacioso castillo, que baja su puente á mi mandato y á mi voluntad se levanta. En él encontrarás abrigo, cama y cena; la hospitalidad que Dios manda conceder á todo viagero, y los dones que un señor rico puede ofrecer á cualquier huésped. Dame tu brazo, y sin tardanza encamémonos al castillo.

Se apoyó doña Inés en el brazo del mal parado caminante, y se alejaron del sepulcro. A la salida del bosquecillo se encontraron con Hinestrosa, que en bus-

ca de doña Inés llegaba, y á pocos pasos con Enrique.

CAPITULO VI.

Para hablar á una cristiana

Sabia, como un calepino,

Se vistió un diablo ladino

Con bonete y con sotana.

Humilde, como un san Pablo,

A la cristiana enamora:

Despues cortejó á una mora

Vestido de moro el diablo.

GONZALEZ.

Llegó la huérfana al castillo acompañada de Hinestrosa, del buen page Enrique y del moro. El aspecto de la fortaleza no tenia nada de agradable, y sobre sus muros macizos crecian algunas plantas parásitas, entre cuyas ramas y en

las hendiduras de los sillares ponian sus nidos las cornejas, los murciélagos y los buhos. El foso, cegado de escombros, no servia para la defensa; y el puente, que no se levantaba hacia años, estaba cubierto de tierra, sin argollas y sin cadenas. Unas ventanas bastante estrechas daban lento paso á la luz al través de vidrios de colores, sujetos con barras de estaño; y algunos rotos dejaban penetrar al viento, que sordo mugia bajo los tallados artesones.

Habia pertenecido este castillo á don Lope Sanchez de Avendaño; pero desde la desgraciada muerte del comendador de Castilla estuvo inhabitado y solo por el espacio de diez años, hasta que despues de la batalla que quitó el reino á don Enrique, resolvió la huérfana habitarlo, acompañada del alcaide, que nunca quiso abandonarla.

El mueblaje de este castillo no estaba en armonia ciertamente con el abando-

no que se notaba en el exterior del edificio. El anciano alcaide de Carmona habia cuidado de renovarlo, y como solo tenia un pensamiento, que era proporcionar comodidades á la doliente doña Inés, lo habia amueblado con todo el lujo y toda la elegancia del siglo.

Entró en el castillo la huérfana, y varios pajes acudieron con sendas hachas en las manos, para alumbrar el estenso patio, y la magnífica escalera. Subió sus gradas doña Inés, apoyada siempre en el moro, mas al llegar al primer descanso la salió al encuentro Beátriz.

La dueña estaba formidable; y formidable, de seguro, bajo muchos y muchos aspectos. En primer lugar su gran mole se habia aumentado en los tres meses que habitaban en el castillo, efecto sin duda de las aguas, ó de la variacion del clima; pues las disposiciones gastronómicas de la respetable Beatriz, no se habian disminuido un solo dia, ni en las penas ni

en los trabajos. En segundo lugar, inquieta por la ausencia de doña Inés en una noche borrascosa, mostraba un rostro compungido, que dilatando ó comprimiendo unas facciones muy dificultosas de suyo, no se parecían á las humanas, y se acercaban á las de una mona que padece, pero en colosales dimensiones.

Al ver la dueña á su señora sintió un placer extraordinario, que aunque expresado con las lágrimas, hizo variar en algun tanto la fisonomía de Beatriz, sin que ganase en hermosura, al llegar la toca á los ojos, para enjugar el dulce llanto, que no tenía nada de perlas; pero sí mucho bermellon y otros conocidos unguentos. Mas la alegría de la dueña, tan expansiva en un principio, fue pasajera y precursora del sentimiento y de la ira. Cuando los ojos de Beatriz, algo empañados por las lágrimas, y mucho por un humorcillo, que no llamaremos por su nombre por no ser la palabra limpia, y

haberla criticado alguna vez en el criticado Bernaldo del criticado Balbuena: cuando los ojos de Beatriz distinguieron el rojo turbante, que cubria la blanca capucha del albornoz del granadino: cuando vieron que doña Inés se apoyaba familiarmente en el brazo de un sarraceno, toda la bilis de la dueña se montó sobre sus narices, y poniéndoselas apoplecticas, ó en otros términos gangosas, desató al mismo tiempo su lengua, y no tuvo quietas sus manos, arrancando de un solo tiron á la huérfana del sarraceno, y diciendola al tiempo mismo:

—Esto no puede ya sufrirse; hasta aqui has tenido manías y has hecho cosas, que repruebo porque quebrantan tu salud, pero que no podian dañar nunca á la salvacion de tu alma. Hoy ha cambiado todo de aspecto. Has estado fuera del castillo durante una gran tempestad, y el mal espiritu que combate en el seno de las negras nubes con nuestro patron el

señor Santiago, formando sus caballo los truenos, y los golpes de sus aceros los relámpagos y los rayos, se ha apoderado de tu espíritu y será capaz de llevarte á su morada de tinieblas.

—¿En dónde está ese mal espíritu? preguntó riendo doña Inés.

—¿No lo ves? replicó la dueña.

—No lo veo, querida Beatriz.

—¿No lo ves? No lo ves?

Los criados empezaban á santiguarse, creyendo que la anciana dueña con vista sobrenatural y por una permission del cielo, estaba viendo el mal espíritu, que ellos procuraban descubrir con ojos y bocas abiertas. Hinestrosa, que habia estudiado mucho mas que se acostumbraba en aquel siglo de guerra y muerte, fue incrédulo, como todo sabio, durante sus floridos años y algunos de su edad madura: pero la vejez y los dolores le tornaron supersticioso, y daba mas crédito á los consejos de aparecidos y duen-

des, que á los milagros de los santos y á los artículos de la fé. Con esta disposicion de ánimo no se santiguó como los criados, pero sí buscaba como ellos el mal espíritu de las nubes, que la anciana dueña veia. Enrique, jóven y valiente habia jurado desde niño no temer á duende ni á hombres, y aunque no habia nacido Quevedo, decia con el célebre satírico: *Mas ni los... ni los diablos veo: y asi lejos de buscar al espíritu, como Hinestrosa y sus criados, solo dijo para su coieto: «Esta vieja ha perdido el juicio.»* El moro escuchaba á la dueña con mas atencion que los demas, y buscaba con mas ahinco al mal espíritu de las nubes: el moro tenia sus razones muy valederas y fundadas. Cuando se acercó á los cipreses le recibió la jóven huérfana, llamándole *ángel del señor*, y le suplicó que evocase el cadáver que allí yacia. Esta peticion extraordinaria probaba que habia desarreglo en la razon de doña

nés, y bien podía haberlo producido el mal espíritu de las nubes. Aunque resentido Celin de la manera algo brutal con que le había arrebatado á doña Inés, creyó que obraría como discreto tomando el partido de la dueña, y se expresó con estas palabras:

—La vista de Alá solamente ve los espíritus que giran entre las masas de las nubes y entre el fuego de los relámpagos: la vista del hombre se ofusca, y siquiera puede, como el águila, mirar al sol en su cenit. Pero Alá, que todo lo puede, presta alguna vez al escogido esa vista que todo lo alcanza, y yo no dudo que esta dueña está viendo ahora al mal espíritu, como nos vemos unos á otros.

Los criados escuchaban al moro abriendo mas ojos y boca; y Enrique se acercaba á él, cuando exclamó Beatriz de nuevo:

—No tengais duda, no, señores: el

mismo espíritu lo ha dicho.

—¿Quién es el espíritu, dueña? preguntó el paje con enfado.

—El moro, replicó Beatriz.

La mayor parte de los criados bajaron rodando la escalera: Hinestrosa se santiguó: y doña Inés sonrió tristemente. Enrique, que ya no podía sufrir farsa tan repugnante, cogió á Celín por los cabezones, y si doña Inés no le detiene, hubiera rodado el morazo las escaleras del castillo.

—Detente, Enrique, dijo la huérfana: ese sarraceno ha pedido hospitalidad á una noble.

—Y no soy, añadió Celín, el mal espíritu de las nubes.

—Eres el espíritu disfrazado bajo las formas de un morazo, dijo la fanática Beatriz.

Enrique dejó libre al moro por consideracion á doña Inés: los criados fueron cobrando ánimo al ver al mal es-

óritu, humillado por la firme diestra de Enrique: Celin se acogió al regazo de la huérfana, y Beatriz prosiguió jurando, que el mal espíritu de las nubes estaba oculto bajo las formas del caminante sarraceno.

A pesar de los grandes gritos que proseguia dando la dueña, recibieron órden los criados de disponer una buena cama y de aderezar una cena para el sectario de Mahoma. Se discutia mucho en la cocina sobre si se habian de condimentar los manjares con la succulenta manteca ó con el aceite de olíva; pues decian algunos, con razon, que segun la ley del profeta no podia comer el granadino nada que estuviese mezclado con la sustancia de los cerdos. A pesar de estas observaciones, un mal atendido marmiton puso al asador dos buenas pollas, rellenas de jamon bien magro, con el piadosísimo objeto de que se indigestasen al moro; pero solo sir-

vió su astucia para que saliesen mas sabrosas, y las devorase con mas ansia el fiel observador del Coran, que por no atragantarse con ellas, pidió sin mucha ceremonia, pero con escándalo de los que le oían, un par de botellas de vino, que le sosegaron el estómago, y le proporcionaron un sueño, en el que vió millones de hurís, vestidas de encajes de plata, que le coronaban de flores, y le adormecian entre sus brazos al compas de las arpas éolas, y lo besaban mil y mil veces con ardientes labios de rubi.

En tanto que el moro dormia, estaban solos en una estancia la huérfana del comendador y el antiguo page de don Juan.

—Enrique, le dijo la huerfana, un angel de Dios te conduce á este castillo solitario: tu presencia aqui era indispensable, y has llegado á la hora precisa.

—Deseaba mucho, noble señora, po-

der estar á vuestro lado ; y en la ocasion presente doy gracias al Todopoderoso Dios por habérmelo concedido. ¿Mas quereis decirme, señora, por qué juzgais aquí mi presencia como un beneficio del cielo?

—¿Conoces á ese moro, Enrique?

—No le habia visto hasta esta noche.

—¿No sabes quién es?

—No, señora.

—El moro es un mensajero que envia al Rey don Pedro de Castilla su fiel amigo Abenabatin, sabio entre los sabios de Granada.

—¿Por quién lo sabeis, doña Inés?

—Por él mismo, valiente paje.

—¿Y qué debo yo hacer, señora?

—El moro lleva una carta, que puede ser util al Rey, por lo importante de los avisos ó lo sabio de los consejos. La carta la necesito.

—En vuestro poder está el sarraceno.

—Debe salir de mi castillo. Me ha pedido hospitalidad y se la doy sin asechanzas: reveló imprudente un secreto, y me aprovecho de su aviso. El moro saldrá del castillo, y tú recojerás la carta.

—Todo lo comprendo, señora. Mañana, al despertar el alba, monto en un ligero caballo, y espero que el moro se aleje, para apoderarme por fuerza de ese papel que codiciamos.

—Tambien es preciso que te apoderes de su persona.

—Vivo ó muerto vendrá á este castillo.

—No le mates, Enrique, no.

—Le dejaré, señora, que elija entre la rendicion y la muerte.

—Ha sido mi huésped, buen paje, y preferiré verlo vivo.

—Juro á Dios que asi lo vereis.

Doña Inés dió su mano á Enrique, que la besó con gran respeto y se retiró á su aposento. Al lucir la aurora estaba el

paje sobre un arrogante trotero á las in-
mediaciones del castillo: momentos des-
pues salió el moro.

CAPITULO VII.

Luce una radiante estrella
Que no oscurece la luna;
Clara, rutinante, bella,
Símbolo de tu fortuna

LOPEZ.

Terminamos la tercera parte con la gran batalla de Nájera, y no hemos podido dar noticias de algunos de los personajes que se distinguieron en ella. Para enmendar este descuido y llenar la parte de crónica, que el orden de los sucesos pide, vamos á dedicar unas líneas á tan importante materia.

Después de la célebre batalla movieron su campo el Rey don Pedro y el heredero de Inglaterra. El objeto de los aliados era apoderarse de Burgos; y á los pocos días la ciudad estuvo cercada de tropas. Intimidada la rendición, no fueron mas fieles los vecinos á don Enrique que antes lo habían sido á don Pedro: y ajustadas las capitulaciones, dieron entrada al vencedor, por la misma puerta que un año antes se la habían dado á los vencidos: siendo de notar que Beltran Gúesclin entraba prisionero ahora por donde había entrado triunfante.

Los primeros días se pasaron en ceremonias religiosas, y en bulliciosos regocijos; pero calmada la efervescencia que producen los grandes triunfos, pensaron muchos caballeros, de los que al príncipe servían, en las recompensas que don Pedro les había ofrecido de antemano. Impacientes por poseerlas, las recor-

daron al de Gáles, que tambien pedia para si el señorío de la Vizcaya. El príncipe tenia que cumplir sus deberes de capitan, y como todos los de la época, deseaba quedasen contentos cuantos habian seguido sus banderas, para que siguiesen en ellas y acrecentasen su poder.

—Don Pedro, dijo un dia al Monarca, Castilla es vuestra enteramente, y hemos cogido prisioneros á Beltran Guesclin, al mariscal, al conde de Denia y á otros muchos. Yo he trabajado y he sufrido, como el, que mas, Rey de Castilla: mis gentes se han portado bien, y ha coronado la victoria nuestros gigantes-cos esfuerzos. Hemos cumplido enteramente cuanto os ofrecí en Angulema. Habeis hecho lo mismo don Pedro? por mi palabra real que no. Mi ejército padece hambres: á mis capitanes se les deben los sueldos de sus compañías, y Vizcaya no está en mi poder ¿Cuándo

pensais recompensarnos.? ¿Quereis engañarme por ventura? Mucho os equivocais don Pedro. Si faltais á vuestros juramentos faltaré tambien á mis promesas; y la corona que llevais, por mi proteccion y mi valor, caerá otra vez de vuestra frente para que la recoja Enrique, ó para ceñirmela yo propio. Qué me respondeis, Rey don Pedro?

Don Pedro se mordió los labios hasta desgarrase la piel; mas reconcentrando su ira respondió al príncipe:

—Señor, cumpliré religiosamente cuanto os prometi en Angulema, y no hay motivo de dudarlo; pero si considerais escasas las recompensas que quiero hacer, señalad otras nuevas, príncipe, y no vacilaré en otorgarlas.

—Me contento con lo ofrecido.

—Se que os debo, señor, mi corona; pero para pagar los dispendios que os ha ocasionado la guerra necesito reunir tesoro, y jamás podré realizarlo, si

no licencias las compañías que estan en vuestro alrededor. Ya no tenemos enemigos: vos podeis adelantar las pagas á las compañías que os acompañan y quedar aqui hasta que yo os reembolse de un todo, ó marchar adonde os convenga.

El príncipe creyó que don Pedro hablaba asi de buena fé, y llamando á sus caballeros les propuso si querian retirarse hácia Navarra, bajo la persuasion que el Rey iria á llevarles muy en breve gran cantidad de doblas de oro. Los caballeros contestaron que estaban prontos á seguir cuanto el príncipe les ordenase, y pocos dias despues se alejaban de la capital de Castilla.

Don Pedro se encaminó á Toledo, que le abrió sus puertas y sufrió castigos terribles propios del severo Monarca, y de alli se marchó á Sevilla en donde lo hallamos gozoso de tener prisionero á Bernal.

Don Enrique de Trastámara llegó al castillo de este nombre, y en él encontró á su muger, llena de temor y sobresalto, pues acababa de saber el mal éxito de la batalla y la desaparición de su esposo. Pasó algunos días entregado á los cuidados de familia y á los preparativos de un viaje, que segun sus buenas esperanzas debia restablecer la diadema sobre su frente ennegrecida por el sol de los campamentos, por el sudor de las batallas. Disfrazado de peregrino, salió al cabo de algunos dias de su castillo de Trastámara: atravesó todo el Aragon: se presentó á su Rey, que le acogió como antiguo amigo, ofreciéndole algunos socorros para cuando volviese á España; y atravesando el Pirineo llegó á la ciudad de Avignon. Aqui encontró al duque de Anjou que le recibió como á un hermano, y le pidió largas noticias de cuanto le habia sucedido.

—Señor, respondió don Enrique, es

tan notoria mi desgracia, que fuera cansar referirla. Las huestes del príncipe de Gáles, reunidas á las de don Pedro me derrotaron en Nájera: quise morir como soldado; pero lo impidió Beltran Gúesclin obligándome á tomar la fuga. He pasado unos cuantos dias en mi castillo de Trastamara tranquilizando á mi muger, y disponiendo mis negocios. Desde allí he venido á Avignon, para reclamar los auxilios del Santo Padre, los del Rey de Francia, vuestro hermano, y los del noble duque Anjou.

—De todos los tendreis, don Enrique. Yo se que el príncipe de Gáles me profesa un odio profundo, y aborrece á toda mi familia. Su padre nos ha hecho la guerra largo tiempo, sin justa razon y sin causa. Ha combatido casi siempre con la mas próspera fortuna, por que los que estaban obligados á venir en nuestro socorro han vuelto traidores las espaldas. La paz que ajustó el Rey de

Francia no puede ser muy duradera; y el príncipe de Gáles ansía ensangrentar de nuevo las campiñas de la patria de Carlo Magno. La amistad que el Rey de Francia y yo os profesamos, don Enrique, ofende al inglés orgulloso y le estimula mas y mas á romper de nuevo la guerra. Siento mucho vuestro infortunio, asi como tambien la prisión del valiente Beltran Gúesclin, del bravo mariscal d' Audrehem, y del intrépido Villaines; pero tengo esperanza en Dios que mejorareis de fortuna y que os sentareis en el trono de vuestro padre don Alonso. Sí no estuviera, don Enrique, ocupado con propias guerras, os acompañaria en persona á la conquista de Castilla; pero á pesar de los dispendios que me causan tan crudas lides, partiré con vos mi fortuna y os auxiliaré con soldados. Habeis combatido en favor de las lises, amigo mio; y el Rey de Francia nunca olvida á los defen-

res de su trono. Escribiré á mi hermano hoy mismo, y sus socorros serán tan prontos como abundantes: yo lo espero.

Don Enrique agradeció al duque sus corteses ofrecimientos, y el último invitó al Monarca á comer con él aquel dia.

La comida fue tan espléndida como si el mismo Rey de Francia la honrase con su real presencia, y los manjares se sirvieron en vajillas de oro y de plata.

Al terminarse la comida dijo el duque al Rey don Enrique:

—Noble Rey, os doy, á manera de bienvenida, toda la vajilla de oro y plata que nos ha servido en la mesa.

—Ese don, replicó don Enrique, es propio de un príncipe tan liberal como el noble duque de Anjou.

Despues cabalgaron los dos príncipes, y se dirigieron reunidos al magnifico palacio del Papa. Su Santidad envió á recibirlos muchos respetables prelados, que los condujeron á la cámara en la que el

Padre Santo esperaba. Se inclinaron ante el Pontifice, que les dijo:

—Bien venidos seais, hijos míos; y despues les dió su bendicion.

—Santo Padre, dijo el duque de Anjou: delante de Vuestra Santidad está don Enrique Segundo, Rey de Castilla y de Leon, que ha sido echado de su reino por su hermano don Pedro el Cruel, ayudado del príncipe de Gáles. Vuestra Santidad sabe bien los desafueros que don Pedro ha cometido contra la iglesia, y la impiedad de los caballeros que el príncipe inglés acaudilla: tambien conoce Vuestra Santidad la religion de don Enrique, y sus buenas partes como Rey, como cristiano y caballero. Estas qualidades le recomiendan, y son bastantes por si solas para que Vuestra Santidad haga en su obsequio quanto sea dable apetecer; pero si algo vale mi amistad y mi recomendacion, Santo Padre, yo soy amigo de don Enrique, y como á tal lo recomiendo.

—Qué pide el hijo de la iglesia, mi muy amado Rey don Enrique? ¿Quiere que lance muchas censuras contra don Pedro de Castilla? ¿Quiere que conceda indulgencias á cuantos combatan contra él?

—Buenas armas son, Santo Padre, dijo don Enrique el Segundo, las censuras, y buen estímulo las indulgencias; pero hay personas tan impías que no temen á las primeras, ni de las segundas hacen caso. Si pudiera Vuestra Santidad proporcionarme algunos millares de buenas doblas castellanas, estoy seguro que don Pedro temería mucho mas á los soldados, que yo levantase con ellas, que á los anatemas mas terribles.

El Pontifice se hizo cargo de la verdad de estas razones, y facilitó á don Enrique doscientas mil doblas castellanas, que unidas á otras doscientas mil que le adelantó el Rey de Francia, y á los dones del duque de Anjou, le pusieron en

disposicion de alzar una pequeña tropa, que infundió nuevas esperanzas á sus parciales de Castilla.

Salió don Enrique de Avignon, y se fué en busca de Gaston Febo, conde de Fox y señor de Bearne, esperando hallar á Bernal, y conseguir por este medio algunos refuerzos y socorros. Cuando se presentó don Enrique al noble señor de Bearne, le dije este:

—Rey de Castilla, ¿qué habeis hecho de mi hijo Bernal?

—Desde la batalla de Nájera no he tenido noticias tuyas.

—Y qué pretendéis, don Enrique?

—Vengo á pedir os algunas gentes, para conducir las á Castilla.

—Quinientos caballeros bearneses quedaron en los campos de Nájera, y con ellos mi hijo Bernal.

—Alli se cubrieron de gloria.

—Mucha gloria alcanzaron, mucha; pero la pagaron á gran precio. Mucha

gloria ganaron, mucha; pero no he visto mas á mi hijo.

—Ahora es la ocasion de vengarlo.

—No es la ocasion, Rey de Castilla.

—Sí es la ocasion, dijo un guerrero, presentándose de repente. En su diestra mano llevaba el estandarte de Bearne y en la siniestra y con desprecio el del heredero de Inglaterra: la visera cubria su rostro, y tenia empolvada la armadura.

—Quién eres? preguntó Gaston.

—Tu hijo soy: soy Bernal de Bearne.

—Mi hijo está aquí! ¡Mi hijo no ha muerto! Rey de Castilla, los bearneses te seguiran.

A los ocho dias de esta entrevista quinientos caballeros bearneses, mandados por Bernal de Bearne, acompañaban á don Enrique, y pocos dias despues entraban por la frontera de Aragon. El Rey don Pedro, de este reino, no conserbava á don Enrique la fina amistad que en otro

tiempo, resentido porque el bastardo de don Alonso no le habia entregado la mitad de Castilla durante el periodo de su mando. Para vengarse, ó por temor al Rey don Pedro de Castilla, envió soldados que cerrasen todos los pasos á don Enrique; pero el favor de muchos nobles y el del mismo tio del Rey de Aragon facilitaron al de Trastamara los caminos, proporcionándole provisiones, y ayudándole con socorros en armas, en hombres y en dineros.

Esta vez, como la anterior, llegó don Enrique á Calahorra y fue recibido con júbilo por los nobles y los pecheros: permaneció en ella algunos dias, esperando á los caballeros que debían reunírsele en breve; y tomando todas sus medidas para reconquistar el reino ó perecer en la demanda. Al pisar tierra de Castilla descabalgó el Rey don Enrique, hizo una cruz sobre la arena con la aguda punta de su espada, se arrodilló devotamente,

y despues de haberla besado dijo á todos sus caballeros: «Yo juro á esta signífica de cruz que nunca en mi vida, por necesidad que me venga, salga de Castilla: que ante espere ¡ay! la muerte; ó estaré á la ventura que me viniere.» Resuelto á cumplir su juramento queria jugar el todo por el todo, y se preparaba á la lid con ánimo firme y prudente.

Supo don Enrique en Calahorra, que sus antiguos partidarios estaban mas bravos que nunca, y que muchas villas y castillos alzaban pendones por él. Animado con estas nuevas, y no queriendo perder tiempo, envió mensajeros á Burgos, para que supiesen si la ciudad estaba pronta á recibirlo. Los burgaleses, que una vez quisieron mostrarse leales al Rey don Pedro de Castilla, y tuvieron que sucumbir por el abandono del Monarca, se inclinaron á la veleidad, que era comun en aquellos tiempos, y contestaron á don Enrique: que estaban

prontos á recibirlo, á pesar de tener el castillo una guarnicion respetable, y un alcaide muy decidido por la persona del Rey don Pedro.

Cuando recibió esta respuesta, ya caminaba don Enrique hácia la buena ciudad de Burgos, á la que llegó á marchas dobles, y fue recibido con muestras de adulacion ó de entusiasmo.

Sin dar reposo á sus soldados emprendió el cerco del castillo, apoderándose en breves dias de la fortaleza y guarnicion.

Estando don Enrique en Burgos recibió la mas fausta noticia, que podia esperar por entonces. Don Juan Alonso de Guzman, el maestre don Pedro Muñiz y otros caballeros de cuenta, que le habian permanecido fieles, tremolaban sus pendones en Córdoba, y en muchos castillos inmediatos haciendo la guerra en Andalucía, mientras él en Castilla la Nueva.

Sabia por esperiencia don Enrique,

que a rapidez en los movimientos podia asentarle sobre el trono en corto número de dias, y recordaba que lo habia perdido en el trance de una batalla. Su ejército se habia aumentado considerablemente en Burgos, y no era su ánimo dejar ociosos los soldados alli reunidos. La capital de uno de los reinos, la antigua ciudad de Leon se tenia por el Rey don Pedro, y su hermano creyó prudente entrarla por fuerza ó por grado. Manifestó su pensamiento á los mas ilustres capitanes, y acordaron unanimemente encaminarse hácia Leon. El ejército la puso cerco á principios de mil trescientos sesenta y ocho, y como no imitaron á los leones de Sagunto ó Numancia, el Rey don Enrique quedó en breve único señor de la ciudad.

Dueño don Enrique de Leon llamó á consejo á sus capitanes, para decidiré hácia qué punto debia encaminarse la hueste. Fueron los unos de opinion, que

lo mas conveniente era marchar sobre la Andalucía, y acabar en una batalla tan interminable querella. Otros creyeron al contrario mas conveniente dirigirse sobre la ciudad de Toledo, y despues que fuesen dueños de ella, lo que no consideraban dificil, atendiendo al poco trabajo que les habia costado tomar el castillo de Burgos y la noble ciudad de Leon. Don Enrique se inclinó al fin al consejo de los mas cautos, y movió la hueste sin tardanza para poner sitio á Toledo.

La ocupacion de tomar pueblos era á los soldados agradable, por el estímulo del botin, y trocaban con gran placer unas cuantas libras de sangre por buenas doblas castellanas. Don Enrique no dejó pueblo de alguna consideracion que no entrase desde Leon hasta la Imperial ciudad de don Alenso; y el dia primero de abril puso sus reales delante de Toledo.

Envió á la ciudad don Enrique un he-

raldo que la intimase de su parte la rendicion; pero el alcaide, que era hombre muy aficionado á don Pedro, y de un valor á toda prueba, respondió al Rey con altivez, negándose á todo partido y provocándolo á heramente. Mucho sintió el Rey don Enrique la repulsa del toledano que detenia su triunfal marcha, pero juró formalizar sitio y no levantarlo aunque durase todo lo restante del año.

Don Enrique comisionó á Villaines para que formalizase el sitio; y este capitán consumado, que habia jurado como el Rey quedar dueño de la ciudad, hizo traer gran número de árboles de todos los bosques inmediatos, y levantar altas trincheras que á la ciudad circumbalasen.

El sitio de Toledo empezó, pero continuaba lentamente, y sin esperanzas de término: los víveres de los sitiados se disminuian notablemente; pero contra el hambre y los trabajos oponian constan-

cia invencible, combatiendo los unos por amor á la persona del Rey don Pedro, y por miedo otros al castigo que juró imponerles el alcaide.

Don Enrique estaba pesaroso de no haber marchado á Andalucia; pero no podia retroceder ya sin descrédito, y á mas le reanimó un socorro inesperado y formidable. Beltran de Gúesclin llegó al campamento con mas de mil hombres de armas, y buen número de caballeros muy aficionados á don Enrique

CAPITULO VIII.

Húndense casas al temblar Granada:
Vela (sonaba) en el Alhambra, vela,
Traicion (toca á rebato,) hay ordenada.

ESPINEL.

Habia llegado el ocho de marzo de mil trescientos sesenta y nueve, y el ejército de don Enrique no habia logrado apoderarse de la noble ciudad de Toledo, despues de un sitio de once meses y de innumerables trabajos. Los aventureros murmuraban, y solo los halagos del Rey y el firme carácter de Beltran podian

mantener la disciplina, y calmar un poco el disgusto.

En la tienda de don Enrique estaban reunidos, el Monarca, Beltran de Gúesclin y Bernal.

—Señores, decia don Enrique, solo me detiene ante Toledo el sagrado juramento que hice, y el temor de desanimar á cuantos siguen mis banderas. Once meses y ocho dias de sitio son para cansar á cualquiera, y los capitanes murmurarán.

—Señor, interrumpió Beltran, vuestra alteza los entretiene con ofertas y con halagos: yo los hago entrar en razon con amenazas y con votos.

—No hablemos mas, dijo el bearnés, del largo sitio de Toledo: ella nos abrirá las puertas, ó nosotros penetraremos por sus elevadas almenas. Hemos jurado conquistarla y lo cumpliremos, don Enrique. Para matar algunas horas, podia contarnos du Gúesclin, lo que le ha pasa-

do desde el día en que lo hicieron prisionero.

—Me parece muy buena idea, dijo don Enrique.

—Y á mi, añadió Beltran sonriendo, con tal que Bernal de Bearne nos regale tambien con su historia.

—Convenido, replicó Bernal.

—Pues entonces, dijo du Gúesclin; presten atencion á mi cuento. En Nájera rendí mi espada al noble príncipe de Gáles; pues quedando su prisionero ponía en seguro mi cabeza, lo que no hubiera sucedido entregándome á vuestro hermano, el Rey don Pedro. El príncipe llamó á su cuñado y me entregó á él, recomendándole que me guardase con esmero. El Captal, que me conocia por haber estado entre mis manos, me dijo:—Beltran de Gúesclin, cómo se han cambiado los tiempos! Vos me cogísteis prisionero en la batalla de Cocherel, y sois mi prisionero al presente. Yo le respondí.—Ilustre Cap-

tal, no estoy en vuestro poder por fuerza, y yo os aprisioné espada en mano: así os llevo alguna ventaja.--«Señor, me respondió el Captal, yo soy vuestro mejor amigo, y estoy decidido á probarlo. Si me jurais, por la lealtad que debéis á la Flor de Lis, no separaros, sin el permiso del noble príncipe de Gáles, de los cuarteles de su ejército, me basta con vuestra palabra, y no tendreis otra prision.»--Así os lo prometo, repliqué, y no falto á mis juramentos.--«Os creo, me respondió el Captal, y esta noche tendreis vuestro lecho en la misma cuadra que yo. Dormimos como lo habia dicho, y al dia siguiente cabalgamos para la buena ciudad de Burgos, que me habia recibido vencedor un año antes, y entonces me miraba vencido. En Burgos me pasé una vida digna de un obispo: banquetes en casa de los caballeros, y sin empuñar una espada ni tener á mano una armadura. El príncipe partió de

Burgos, y yo, sirviéndole de comitiva, fui con el príncipe á Burdeos. Allí se le ocurrió al inglés tenerme un poco mas guardado, y me señaló una prision, con el correspondiente portero. No se habrá olvidado el tunante de los palos que le apliqué á la primer mala pasada que tuvo la intencion de hacerme. Yo soy un hombre de fortuna: encontré con un usurero que me prestó diez mil escudos, y pasé la vida como un príncipe. Mis amigos estaban deseosos de verme puesto en libertad: y un dia que el príncipe de Gáles los obsequiaba con ricos vinos, y que conversaban de los hombres mas distinguidos en las armas, el señor de Labrit se dirigió al príncipe, y le dijo:--¿No os ofendereis, señor, conmigo, si os refiero algunas palabras que han dicho de vos en vuestra ausencia?--«Yo aborreceria, contestó el príncipe, á cualquiera de los caballeros que toman asiento en mi mesa, si oyendo palabras ofensivas á mi honor

me las ocultase.»--«Se dice, replicó el de Labrit, que teneis preso á un caballero, cuyo nombre no recuerdo ahora, porque os da temor verlo libre.»--« Es verdad, añadió Clison, que muchos hablan de ese modo.»--«Mienten, exclamó el príncipe irritado.»--«Quizá olvidais, replicó Labrit, que Beltran Güesclin está preso.»--«Que lo traigan á mí presencia.» Vinieron algunos amigos y fuí con ellos á ver al príncipe: este me preguntó.--Beltran ¿cómo lo pasas?--«Señor, le respondí, cuando os plazca lo pasaré mucho mejor. He oido largo tiempo las músicas de los saraos; pero deseo mucho mas oir las aves que cantan en los bosques, y las oiré cuando vos querais.--Beltran, las oireis al instante si me prestais el juramento de no traer las armas contra mi, ni de llevarlas en favor de don Enrique de Castilla. Si me haceis este juramento os pondré al instante en libertad, pagaré todas vuestras deudas y os rega-

laré diez mil florines; pero si no haceis el juramento, permaneceréis en prision. --«Señor, mi libertad está muy lejos, y si no cambiais las condiciones durará tanto mi prision cómo mi vida, noble príncipe. Si Dios quiere, jamás mis amigos tendrán una queja de mí. Y por Dios, que ha formado el mundo, juro servir con toda el alma á los que he servido hasta hoy. Yo serviré, príncipe de Gáles, al rey de Francia mi señor, á sus hermanos los nobles duques de Anjou, de Borgoña, de Borbon y de Berry, y al rey don Enrique de Castilla.

—Bien, Beltran, le interrumpió el Monarca.

—El príncipe no dijo palabra, y yo proseguí: mas dejadme, si es vuestra voluntad, señor: pues me habeis retenido preso sin razon y sin causa alguna. Yo salí de Francia con mis gentes con ánimo de combatir á los sarracenos de Granada, como consta á Hugo de Carbolay,

para redimir mis pecados y conseguir la salvacion.--¿Y porqué no habeis continuado hasta conseguir vuestro objeto? me dijo el principe.--Señor, voy á responderos al instante. Nos encontramos á don Pedro, que Dios confunda y Dios maldiga, el cual habia dado veneno á la noble Reina su esposa, madama Blanca de Borbon. Por las venas de esta señora corria la sangre de San Luis, sangre que corre por las vuestras, y todo vasallo del Rey de Francia debia castigar tan gran crimen. Para tomar justa venganza de tan cobarde asesinato, reuní mis huestes con las huestes de don Enrique de Castilla, á quien amo particularmente, y el que segun mi opinion, príncipe, tiene mejor derecho al trono. Mis esfuerzos no fueron vanos: don Enrique empuñó el cetro de su buen padre Alonso Onceno, y los moros y los judios, que á la sombra del Rey don Pedro medraban en toda Castilla, dieron sus cuellos á las

espadas de los soldados de don Enrique y de más valientes compañías. Vos, con singular altivez y con un formidable ejército, os encaminásteis á Castilla, para poseer los montes de oro que os habia ofrecido don Pedro, y reinar despues de este Monarca. La fortuna me fue contraria en las inmediaciones de Nájera, y echásteis por tierra en un dia el trozo que yo habia levantado tambien en un corto espacio de tiempo. Triunfasteis, príncipe de Gáles: ¿mas cuáles fueron los resultados de vuestra victoria, señor? Ver á vuestro ejército hambriento, y veros vos mismo burlado por la astucia del Rey don Pedro. ¿Habeis recibido los tesoros que os ofreció? ¿Os ha entregado la Vizcaya? Me parece que ni uno ni otro, y que os ha burlado, noble príncipe «El príncipe y los caballeros dijeron que habia hablado en razon, y me dieron sus parabienes: el heredero de la Inglaterra me dijo:--Beltran, no saldreis con todo

de prision sin pagarme un fuerte rescate: y aun me desagrada haceros gracia. Pero se dice que os retengo por temor, y quiero probar, que está el miedo tan lejos de mi como los astros de la tierra. No os temo, Beltran, no temo á nadie, y quedareis libre pagando un buen rescate; lo repito.--Señor, le repliqué: yo soy un malparado caballero, de pocas riquezas en verdad, y de no grande nombradía. Mi patrimonio está empeñado, y yo debo en esta ciudad diez mil florines á lo menos. Si me quereis dejar ir libre bajo mi palabra....--¿Adónde ireis?--Adonde recobre mis pérdidas.--Pues os dejo en entera libertad: y en cuanto al rescate, vos mismo sois dueño de tasar la suma. --Supuesto que dejais á mi arbitrio la cantidad de mi rescate, yo no me debo tasar bajo: os daré por él cien mil florines:--¿Estais haciendo mofa? No quiero que me deis tan gran suma.--En ese caso la rebajo; ¿pero os conformareis con

ella?—Os doy mi palabra de honor.—Pues os traeré sesenta mil florines. De esto no rebajo ni un sueldo.—Estoy de acuerdo. ¿Mas de dónde vais á sacar tan grande suma?—Don Enrique, que morirá á toda costa Rey de Castilla, me preporcionará la mitad, y el Rey de Francia lo restante. Y si no puedo ver á estos príncipes ni noticiarles mis apuros, todas las hilanderas de Francia trabajarán continuamente, hasta ganar para el rescate.» El príncipe quedó admirado de mi altivo desprendimiento, y todos los nobles de su corte se apresuraron á ofrecerme una parte de sus tesoros; les agradecí sus ofertas; pero no quise aprovecharme del oro de mis enemigos. Con todo debo confesar que recibí diez mil doblas de oro, de una mano, que aunque enemiga era tan hermosa....

—¿De quién? preguntó Bernal de Bearne.

—De la hermosa princesa de Gáles.

L. D. REYES. T. V.

7

—¿Habeis visto á mi prima?

—Pardiez! conversé con ella dos horas, y me hizo beber el mejor vino que he probado en toda mi vida.

—¿Y cómo la halláste?

—Asi asi: está muy quebrada de color, y muy triste, amigo Bernal.

—¿Habló de don Enrique?

—Mucho: y tambien de Bernal de Bearne.

—¿Es cierto?

—He mentido yo nunca? Me preguntó cómo te portaste en nuestra derrota de Nájera, y yo le conté la verdad.

—¿Mostraba interés por el relato?

—No me pareció distraida: y cuando acabé de contarla, me dijo: «Si veis á Bernal, hacedme el favor de decirle que he recibido su regalo, y que lo aprecio en su valor.

—¿Y me habeis llamado esa nueva?

—Tengo, Bernal, mala memoria.

—Proseguid, dijo don Enrique, la historia de vuestros trabajos.

—Prosigo pues, dijo Beltran. Toda la ciudad de Burdeos se agolpaba á mi alrededor, como si yo fuera un vicho raro ó algun salteador de camino: unos quedaban disgustados al verme un hombre de carne y hueso, como los demas de aquella tierra, y otros me echaban maldiciones, á pesar de no haberles hecho el mas leve daño en mi vida. Pero mi cuento va siendo largo....

—No: dijo Bernal.

—Sí amigo mio. Salí de Burdeos desarmado, porque habia jurado no llevar armas hasta satisfacer mi rescate: fui en busca del duque de Anjou, y me presenté en los asaltos con la espada desnuda en la diestra; pero sin coraza y sin escudo. Conquisté ciudades, me dió el duque una gran cantidad de oro, y antes de llegar á Bretaña la repartí á los compañeros que me encontré por el camino. Reuní en mi pais sin tardanza la gran suma de mi rescate, tomé el cami-

no de Burdeos; mas cuando llegué á esta ciudad no me quedaba ni un florin, porque las habia ido repartiendo á otros caballeros malparados que en distintos parages vi. Dige al príncipe que alli estaba para volverme á la prision; pero habia cuidado el Rey de Francia de satisfacer mis empeños, y yo volví entonces á Bretaña, y reuní los bravos guerreros, que están combatiendo á mis órdenes. Esta es la historia algo abreviada del capitan Beltran de Gúesclin.

Don Enrique y Bernal de Bearne felicitaron al breton por la intrepidez que habia mostrado en circunstancias tan dificiles; y el Rey de Castilla y Gúesclin suplicaron de nuevo al bearnés que les refiriese sus aventuras.

Bernal contó circunstanciadamente cuanto saben ya los lectores, y prosiguió de esta manera:

—Las amenazas de don Pedro no me amedrentaron en verdad; pero dejaron

en mi alma una singular inquietud. La idea de una muerte cercana es muy llevadera para el hombre que la desprecia cada dia; pero sufrir el cautiverio, bajo un hombre á quien se desprecia, es la mayor de las desgracias. Yo sabia bien que agasajando á LA ROSA DE JERUSALEN tendria francas todas las puertas; pero no queria aprovecharme de una disculpable mentira, y sentia cierta repugnancia á huirme con aquella muger. No esperaba ningun socorro, y con todo tenia la conciencia de que alguna casualidad debia presentarse en mi favor. Me asomé pues á mi ajimez, y contemplando el curso del rio se me ocurrió una idea peregrina, que podia bien calificarse como estravagante quimera, y que surtió los buenos efectos que encontrarán en mi relato. Coji el pendon que habia tomado en la batalla de Nájera al noble príncipe de Gáles y cruzándolo con el mio, los coloqué en



el ajimez, á manera de pabellon. Habria pasado media hora cuando vi subir á un caballero por la opuesta margen del rio. Fijó la atencion en mis banderas, y tirando la brida al caballo, estuvo largo tiempo inmóvil, con los ojos en ellas siempre. La atencion del tal caballero reanimó mis muertas esperanzas, y sacando mis brazos fuera tremolé en ellos los pendones. El paladin descabalgó, y con el cuento de su lanza trazó unos caractéres en el cesped, que no me era dado leer. Le hice señas que eran inútiles; entonces tomó agua del rio, la fue echando en las hendiduras que hacian los rasgos de las letras, y al poco tiempo aparecieron, como un gran letrero de plata. Eran seis las letras, y leí con extraño júbilo mi nombre. Inferí que me preguntaba si era realmente el prisionero, y me apresuré á demostrarlo ajitando las dos banderas: me hizo señal que lo com-

prendia, y valiéndose de los mismos medios, que habia usado momentos antes, escribió la palabra NOCHE. Yo retiré al punto las banderas y el paladin partió al galope hácia la ciudad de Sevilla. Nunca habian discurrido las horas con tal lentitud para mí: me parecian los instantes siglos, y cada vez que miraba al sol juzgaba que otro Josue habia suspendido su carrera. A la hora de todos los dias me presentaron la comida, y Raquel, como de costumbre, me sirvió con galanteria, pero sin desplegar sus lábios: yo guardé tambien por mi parte el mas sostenido silencio, y despues de servidos los postres me recliné sobre un divan, como si me encontrase solo. LA ROSA DE JERUSALEN me consideró algunos momentos, y despues con una sonrisa muy expresiva y muy amarga, me dijo:--¿Preferies, Bernal, al amor de la hermosa judia ser prisienero del inglés? Incl-

né mi cabeza , sonriendo con un pronunciado sarcasmo, y Raquel salió de la torre con sus blancos dientes teñidos en la púrpura de sus labios. A pesar de mi agitacion conseguí dormir algunas horas, y cuando desperté el sol se hundia entre celajes de escarlata. Le vi ocultarse con placer: saludé con alborozo los primeros rayos de la luna que rielaron sobre el manso rio. Conforme entraba mas la noche se iba aumentando mi impaciencia; y despues de echar un cerrojo para que nadie penetrase en la torre sin mi intervencion me recliné en el ajimez, resuelto á esperar toda la noche á mi libertador ansiado. Al primer canto de los gallos vi en la parte opuesta del rio dos caballeros á caballo: vestia el uno acerada armadura, y el otro un traje que en lo humilde, solo podia ser de un criado. Frente por frente de la torre se desmontaron los dos á un tiempo y pocos momentos des-

pues entró el armado en un esquife, que dos remeros conducian. Cortaron veloces el rio, y se pararon en un ángulo que formaba el pie de mi torre. Como no podiamos comunicarnos era preciso adivinar, y yo habia formado con mis sábanas una cuerda muy bien torcida, á propósito para suspender una escala, y aun bastante fuerte en todo caso para deslizarme por ella. Até á su punta una manopla, y la dejé caer lentamente. Apenas tocó el borde del esquife, cuando se apoderaron de ella; la tuvieron sujeta algun tiempo, y cuando la soltaron tiré y subí con ella una escala. No perdí un instante en afirmarla á las columnas del ajimez: cogi mi armadura, mi espada, los dos pendones, y una banda, que tengo en singular estima, y sujetándome con una mano bajé la escala felizmente, y puse mi pie en el esquife. Extraordinaria fué mi alegría al verme salvo de un peligro mas formida-

ble que la muerte; pero se aumentó mucho mas cuando mirando al caballero reconocí al bizarro Enrique.

—¿A mi paje? preguntó el Rey.

—A vuestro paje, Rey de Castilla. Es el muchacho mas intrépido que ha producido la península, y bien ha ganado los favores que debeis dispensarle algun dia. Bogaron al punto los remeros, y el esquife, como una flecha, tocó la ribera del rio. Saltamos en tierra los dos, Enrique dió á los marineros una bolsa henchida de oro; y señalándome un caballo, montó en el otro velozmente y nos alejamos al galope. Caminamos toda la noche, cuanto nos permitia el vigor de dos caballos cordobeses: tomamos un corto descanso para que comiesen los caballos, y sin el menor contratiempo penetramos en Portugal. Al pisar la linea el buen Enrique me entregó cien doblas de oro, diciéndome--¿Es muy corta suma; pero no pude reunir mas en tan

corto espacio de tiempo.» Recibi, sin avergonzarme, el don de aquel noble muchacho, y despues de instarle varias veces, que me siguiera hasta mi patria, le di un abrazo fraternal, y me encaminé al Bearnesaño. Allí os encontré, don Enrique, y juntos hemos combatido á los parciales de don Pedro.

Bernal terminaba su historia, cuando anunció un paje á don Enrique, que le buscaba una señora, pálida como los cadáveres, y con un vestido tan blanco, que podia llamarse su mortaja. Don Enrique la mandó entrar, y apareció ante los guerreros la huérfana Inés de Avendaño.

esta especie de libertad, con un
y gozamos el don de aquel noble
esta, y después de estas cosas
con que me rigieron desde mi patria,
de un vino blanco y me acordé
de los libertados. Allí os encontré don
Andrés y tantos hombres con un
la paciencia de un hijo de
la forma en que se hiciera en
años en casa de don Andrés, pudo
hacerse una acción, pábida como las ca-
dáveros, y con un vestido tan blando
que podía hacerse su mortaja. Por
tanto se le hacía entrar, y se enseñaba
ante los señores la burla de
Aunque el cuerpo con un
en un momento de tiempo
el espíritu para un momento
se quedaba en un estado y se
tanto de todo lo que se
cualquiera de los que se
de los que se quedaban
de un lado de otro.

CAPITULO IX.

Los años de nuestra infancia
 Son flores que se deshojan;
 Siendo las pasiones rayos
 Que sus colores les roban.

J. B. SANDOVAL.

La huérfana se presentó, y quedaron los tres guerreros sobrecojidos y admirados. En la frente de doña Inés habia impuesto el dolor su marca, y se dejaba ver el doble sello de la locura y de la tisis. Completamente estenuada conservaba el doble vigor de la calentura y el de-

lirio; y cuando cruzaba con rapidez parecia un espiritu evocado, impalpable como la sombra. Despues de haberla contemplando se levantó el Rey don Enrique, y la dijo:

—Ven, hermana mia, ven á los brazos de tu hermano.

—Hermano, repitió doña Inés, hermano. No me acuerdo, señor, de haber pronunciado este nombre. El amor de un hermano será muy consolador en la desgracia. Yo quisiera tener un hermano.

—Inés!

—Pero si no me engaño vos sois hermano de don Juan, y por lo tanto hermano mio.

—Si, Inés: hermano de don Juan.

—Pues bien, sabreis una noticia. El dia del juicio está cercano: yo he oido sonar la gran trompeta, y he visto como se reaniman las cenizas de los cadáveres. Don Juan abandonará pronto los

mármoles de su sepulcro, y subirá conmigo al cielo: allí nos esperan dos coronas, la del himeneo y la del martirio.

Los tres caballeros se miraron con un religioso silencio; don Enrique se acercó mas á la huérfana de Avendaño y cogiéndola por la mano la dijo:

—Mi querida hermana, despues de un penoso viaje necesitarás algun reposo.

—No duermo jamás. Mi viaje.... ¿A qué he venido yo? ¿Dónde estoy?

—En las inmediaciones de Toledo, que sitia don Enrique el Segundo.

—Sí, tienes razon; ante los muros estoy de una ciudad rebelde que no quiere aclamar por Rey á su legitimo soberano. ¿Tú eres don Enrique?

—Don Enrique.

—Casi te habia desconocido: tengo algunas veces una benda que no me permite distinguir los objetos que me ro-

dean: y otras veces segunda vista que penetra hasta en los abismos. ¿A qué he venido yo á Toledo?

—Señora, repuso el bearnés, habeis preguntado, hace poco, por don Enrique de Castilla.

—Yo reconozco esa voz.

—Sí, soy vuestro amigo Bernal de Bearne.

—Bernal de Bearne, no me hableis; fijé un plazo para ser vuestra, y ese plazo no está cumplido. El dia del juicio llegará antes, y me reuniré con mi esposo.

—¡Pobre loca!: exclamó Bernal. Pobre loca! repitió Güesclin. Pobre loca! dijo don Enrique.

—¿Pero á qué he venido, señores? volvió á preguntar doña Inés.

—Venis en busca de don Enrique, la respondió Bernal de nuevo.

La huérfana miró á todas partes: despues fijó sus ojos en el Rey, y fué ren-

niendo con trabajo las ideas que le atormentaban. En sus ojos brilló una luz pasajera como el relámpago, y llevó su mano á una escarcela que de su cintura pendia. La abrió con solemne ademán, y sacó de ella un pergamino, que presentó al Rey don Enrique, sin pronunciar una palabra. Don Enrique lo desdobló y leyó en alta voz la carta que dirigia Abenabatin al Rey don Pedro de Castilla. Por ella supieron el socorro que el Rey de Granada enviaba al hermano de don Enrique, y el ánimo en que estaba don Pedro de venir á levantar el sitio.

Asi que terminó la carta preguntó á doña Inés:

—Hermana ¿cómo ha venido á tu poder este preciosísimo escrito?

Doña Inés levantó su mano, y señaló el cielo.

—Pobre local repitió Bernal de Bearne.

—Señores, esto es prodigioso; pero así salve Dios mi alma, y me dé el trono de

Castilla, como es verdad cuanto este escrito, en sus sabias lineas contiene.

—No hay duda, replicó Beltran.

—¿Habeis venido sola? preguntó el bastardo á la huérfana.

Doña Inés movió la cabeza, haciendo señal negativa.

—¿Quién os acompaña?

—El fiel Enrique.

El bastardo se dirigió á la puerta; mas doña Inés le cerró el paso, y recobrando una energia, tanto mayor y mas notable, cuanto mas grande acababa de ser su doloroso abatimiento.

—Deteneos, Bernal de Bearne, exclamó; Bernal, deteneos. ¿Qué quereis averiguar de Enrique? Quién me ha dado la carta? Un moro que la llevaba al Rey don Pedro, y que está en estrecha prision por mi mandado, ¿lo entendeis? ¿Quereis saber por qué he venido? Para que os vistais las armaduras, y aguceis las robustas lanzas: para que corrais á

vengar una sangre que vi correr: la sangre, don Enrique, de tu hermano; la sangre, Bernal, de mi esposo.

Al pronunciar estas palabras hervia el pechode doña Inés, y agotadas todas sus fuerzas cayó en un sitial sin sentido. Los tres caballeros acudieron á prodigarla sus socorros, y los pajes de don Enrique llamaron á los capitanes para que en consejo se reuniesen.

Poco despues que doña Inés, se presentaron á Beltran unos corredores montados, que don Juan Alfonso de Guzman desde Córdoba le enviaba, y le noticiaron que don Pedro habia salido de Sevilla, y que caminaba á marchas dobles, con ánimo de sorprender el ejército de don Enrique. Estas noticias confirmaban cuanto Abenabatin escribia, y fueron una nueva causa para apresurar la reunion de los mas ilustres capitanes.

tenían una saeta que se corrió: la saeta
que don Rodrigo de la Berrueta le
dio, Bernal, de mi esposo.

Al pronunciar estas palabras volvió
el pecho de don Juan: y quedadas todas
sus fuerzas cayó en un punto sin sentido.
Los tres caballeros acudieron a prole-
garle sus espaldas, y los hijos de don
Rodrigo llamaron a los españoles para
que en concurso se reunieran.

Lo que después que don Juan se despi-
tó, le contó don Juan Alfonso de Guebara
de la Cordoba le enyenda, y le contó
que don Pedro había salido de Sevilla,
y que encaminaba a las partes de
Andalucía de sorprender el ejército de don
Rodrigo. Estas noticias confirmaban
cuanto Alonzo había escrito, y le
daban nueva causa para proseguir la ven-
tana de los castellanos españoles.

Enrique conocia muy bien á los caballeros del bastardo, y no le fue difícil saber lo que la huérfana deseaba. Preguntó á un bearnés, que al instante los fué escoltando hasta la tienda.

El camarero de Bernal conocia mucho á doña Inés, desde que estubieron en Angulema, y se apresuró á recibirla con las mas finas atenciones. La huérfana se sentó en un sitial, profundamente pensativa, y Enrique se quedó de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos fijos en la jóven.

Conociendo el paje lo mucho que debia sufrir doña Inés con meditacion tan profunda, quiso llamarla la atencion, y la dijo:

—Hemos andado en pocos dias un considerable numero de leguas y necesitais tomar descanso. El camarero de Bernal de Bearne os proporcionará, señora, cuanto tengais por conveniente, y yo velaré vuestro sueño.

—Señora, dijo el camarero, podeis mandar en esta tienda como el mismo Bernal, mi señor.

—Lo se, camarero, lo se. El hijo de Gaston de Fox es espléndido y me respeta: adivina mis pensamientos y ejecuta mi voluntad. Si me fuera dado dormir, recibiria vuestros obsequios: mas me es de todo punto imposible. Quiero muchas veces cerrar mis párpados, para no ver los fantasmas que me persiguen, y una fuerza oculta los sujeta, para que se queden abiertos. Busco la luz mil y mil veces para librarme de las sombras que en mis delirios me rodean; pero las sombras implacables se agrupan siempre sobre mi. Me veo perseguida, señores, por los vivos y por los muertos, por las personas que me aman, tambien por las que me aborrecen: no hay dolor que puedan igualarse á los dolores que yo sufro; no hay penas iguales á mis penas: no hay desgracia como la mia. Los que

duermen hallan descanso en largas horas de sopor: suelen tener hermosos ensueños, y gozar placeres soñados; pero yo que no duermo jamás, sufro un dolor no interrumpido, y soy en la tierra lo que el réprobo en los abismos infernales.

Doña Inés, durante su discurso, habia sufrido convulsiones, y sus ojos, fuera del cráneo, parecian prontos á saltarse. Mas, serenándose de improviso, añadió con solemne acento:

—Está próximo el dia del juicio, y todo tendrá fin en él.

Despues de haber dicho estas palabras, ocultó su rostro entre las manos, y cayó en profundo letargo. El camarero se acercó á Enrique; y le preguntó en voz muy baja:

—¿Háce la tísis grandes progresos en la huérfana?

—No es la tísis su mas peligrosa enfermedad. La tísis la matará pronto: hoy la atormenta la locura.

—¿Está loca?

—Sí, amigo mio. En los momentos de delirio sufre su cuerpo, casi exánime, y en los lucidos intervalos padece su espíritu tanto, como si no tuviese extravíos que debilitasen su razon.

—¡Pobre señora!

—Si estuvieras algunos meses á su lado, la tomarias tanto cariño como puede tener una madre á los hijos de sus entrañas. Es tan dulce, tan bondadosa, y tan amable! no tiene hiel, ni en su delirio; sufre sus penas sin quejarse, y ve su remedio en la muerte.

—¡Pobre señora! Es imposible conocer el destino que nos aguarda. Cuando doña Inés vino al mundo, parecia nacida para gozar, y hoy la miramos padecer. Hija de don Lope Sanchez de Avendaño, comendador mayor de Castilla, rico y poderoso señor, se presentaba ante su cuna un porvenir rico de esperanzas, de puros placeres y de amor. Creciendo en años

fué creciendo en atractivos y hermosura: los mas opulentos magnates debian aspirar á su mano, y volverse loco de orgullo el que mereciese su eleccion. Esto la hubieran vaticinado las hechiceras y los astrólogos; y con todo, que diferencia! Allí la tenemos pálida y flaca, abatida y mediatunda, sin hermosura y sin razon.

—Triste cuadro has pintado, amigo: pero lo que descubro en él de mas triste y de mas sombrío es, que no conviene solamente á la huérfana de Avendaño. Conviene á mil jóvenes tiernas seducidas y abandonadas; conviene á mil hombres de talento olvidados ó escarnecidos; y si miramos el reverso, conviene á mugeres infames que saben fingir el pudor, y vender caros sus encantos: conviene á mil hombres imbéciles, despreciables y corrompidos, que medran, crecen y se encumbran, á despecho de los honrados, de los sabios y los virtuosos.

Enrique se mordía los labios al pronunciar estas palabras, y sus miradas descubrían honda indignación y despecho. ¿Tenía Enrique algunos motivos para indignarse contra la injusticia que en toda sociedad se nota? No los tenía particulares; pero un corazón noble no sufre en paciencia tanta maldad. ¿Los vicios que achacaba Enrique á la sociedad de su tiempo, son aplicables á la nuestra? Que lo examinen los lectores.

El paje terminó su discurso, porque vió alzarse una cortina y aparecer pálido y triste al bizarro Bernal de Bearne.

Empuro se moria los labios al pro-
nunciar estas palabras y sus miradas
descubrian honda indignacion y despe-
cho. ¿Tenia Empuro algunos motivos pa-
ra permanecer contra la injusticia que en
toda sociedad se nota? No los tenia parti-
culares; pero un corazon noble no sufre
en paciencia tanta maldad. ¿Las vicias
que achacaba Empuro á la sociedad de
su tiempo, son aplicables á la nuestra?
Que lo examinen los lectores.

El papa formó su discurso, por-
que vio alzar una cortina y aparecer
palido y triste al diacono heral de
la corte.

CAPITULO XI.

Venid, venid y reposad la frente,
Herida del dolor, sobre mi pecho:
Venid, venid, la hiel que nos anarga
En un profundo caliz mezclaremos.
Los dos sufrimos cancerosa herida,
Y vivimos los dos con los recuerdos;
Los dos alzamos hácia Dios los ojos,
Por que nuestra esperanza está en el cielo

JAIME TIO.

Al punto que apareció Bernal salió de la estancia el camarero, despues de haberle preguntado si se le ocurría alguna cosa: el paje quiso hacer lo mismo, pero le detuvo el bearnés.

—Enrique, le dijo el bastardo, habia

comunicado órdenes á muchos de mis caballeros, para que te buscasen por el campo, y considero una gran fortuna encontrarte en este lugar.

—Señor, replicó el joven paje, ha preferido doña Inés habitar bajo vuestro techo á pedir al Rey hospedaje.

—Mucho agradezco á la noble huérfana tan clara muestra de bondad. ¿Mas por qué no duerme en un lecho, y está incomodada en un sitial?

—No duerme doña Inés, no duerme. Hace unos instantes que tuvo un delirio, bastante penoso, y despues de haber delirado cae en esa especie de sopor.

—¿Doña Inés está loca, Enrique?

—Sin la menor duda, señor.

—Ya no padecerá su espíritu.

—Todavía padece, y segun creo seguirá sufriendo hasta morir.

—¡Pobre loca!

—Compadecedla, pues es doña Inés digna de lastima.

—El bearnés dió algunos paseos, y llegándose despues á Enrique le dijo:

—¿Conoces tú, paje, una carta que ha traído consigo la huérfana.

—Mucho la conozco, señor.

—¿Y sabes, Enrique, por qué medio vino á las manos de doña Inés?

—Lo se, señor, como ninguno.

—¿Puede darse crédito á esa carta?

—Enteramente. El moro que la conducia durmió una noche en el castillo que habitaba la pobre huérfana, y al dia siguiente muy de mañana la carta estaba en mi poder.

—¿Se la arrancaste durante el sueño?

—No, noble señor; el paje Enrique tiene demasiada hidalguia, para despojar á un dormido. Le dejé salir del castillo, y en campo raso y frente á frente usé tan buenos argumentos, que tuvo á bien darme la carta y venir conmigo prisionero.

—Eres un valiente.

—Soy castellano, y no hay castellanos cobardes.

—Lo se, Enrique, por esperiencia. Si quieres tomar algun reposo, puedes hacerlo cuando gustes, y mandar que te sirvan mis criados añejos vinos y manjares.

—Confieso, señor, francamente, que no dejaré desairado un buen pedazo de ternera y una copa de moscatel. Y si me dais vuestro permiso....

—Lo tienes, Enrique, al instante.

El paje salió de la estancia y Bernal se acercó á lentos pasos á la huérfana de Avendaño. Doña Inés proseguia abismada bajo el peso de sus dolores: el bearnés la miraba atento, con la misma veneracion que puede mirar á una virgen el mas entusiasta devoto.

Contaba el guerrero las venas que cruzaban los caidos párpados de la heredera de Avendaño: procuraba escuchar los latidos de su corazon angustiado, y mientras

mas atento la miraba, mas se aumentaba su respeto, su veneracion y su dolor.

La huérfana se estremeció lijeramente, abrió los ojos con trabajo y fijó su mirada triste en el bastardo de Bearne. Bernal permaneció en silencio y doña Inés se sonrió, diciendo al bastardo:

—Bernal, se ha terminado ya el consejo?

—Se ha terminado, doña Inés.

—¿Y los caballeros qué han resuelto?

—Levantar el campo mañana, é ir en busca del enemigo.

—Bien, Bernal; bien una y mil veces. Los caballeros han pensado como á don Enrique conviene y conseguira la victoria.

—Asi lo esperamos confiados en la justicia de la causa.

—Asi sucederá, señor.

Unos momentos de silencio se siguieron á estas palabras. Bernal se acercó

mas á la huérfana y la dijo:

—Me parece justo, doña Inés, que comais algunos manjares y que tomeis algun descanso.

—No tengo apetito, Bernal, y hace mucho tiempo que mis ojos no se cieran al dulce sueño.

—Pero los miembros fatigados descansarán....

—Bernal, el cuerpo no consigue tener reposo, cuando está ajitado el espíritu. ¿Quereis ser, Bernal de Bearne, mi mejor amigo, mi hermano y el confidente de mis penas?

—Seré, señora, cuanto os plazca.

—Pues aproximad un sitial.

El bastardo tomó un sitial, lo aproximó á la de Avendaño, y guardó profundo silencio. La huérfana prosiguió asi:

—En primer lugar es preciso que renunciéis, hermano mio, á la palabra que os empeñé. Respondedme, Bernal ¿renunciáis?

—Renuncio, doña Inés, renuncio.

—Esta renuncia, que os exijo, es, noble Bernal, por vuestro bien. ¿Que adelantariais, hermano mio, con la mano de una muger, cuyo corazón despedazado pertenece, como vos sabeis, á la sombra del noble Infante? ¿Qué adelantariais con mi mano?

—Os he dado ya mi palabra, y os diré, señora, una y mil veces, que soy vuestro hermano y nada mas. ¿Estais satisfecha, doña Inés?

—Si, Bernal, estoy satisfecha. Ahora voy á haceros una pregunta, y espero que me contestareis con la misma franqueza que antes. ¿Teneis alguna pena oculta?

—Doña Inés!

—Vuestra hermana desea que le habléis con toda confianza. ¿Teneis alguna pena oculta?

—Si, hermana mia. Tengo una pena que los años no debilitan: una pena que

me consume, y que no he revelado nunca, ni pienso revelar...

—Hermano, cuando no hay mútua confianza, no existe verdadera amistad, ni se puede decir que hay cariño: tú sabes mi pena terrible: sea yo participe de la tuya.

—Nuestros dolores se asemejan: nuestras penas son unas mismas.

—¿Ha muerto la muger que amabas?

—No ha bajado, Inés, al sepulcro; pero está muerta para mí.

—¿Qué te separa de ella?

—Un hombre.

—En ese caso eres, Bernal, mas desgraciado que la huérfana.

Los dos se miraban de hito en hito, y guardaban triste silencio. Dos ideas, distintas en verdad; pero ambas á dos homicidas, atormentaban á dos seres, tambien distintos entre sí. El uno jóven y robusto publicaba su amargo duelo en

sus vestidos y en sus plumas, el otro enfermo y delirante, era la sombra que se queda á la entrada de un mausoleo. Bernal, al recuerdo de su amor, sentia hervir su ardorosa sangre y precipitarse á torrentes desde el corazon al cerebro: Inés no sentia arder la suya, porque habia subido poco á poco de los pulmones á la boca, y la habia arrojado mezclada con las lágrimas de sus ojos. ¿Cuál de los dos padecia mas? Entre dos dolores tan inmensos es muy difícil decidir.

Inés cojió la diestra mano al apenado caballero, y con voz tranquila le dijo:

—Al participarme la causa de tu crudo dolor, hermano, se han renovado tus heridas y brotan sangre por doquier. He sentido mucho, hermano mio, avivar asi tus tormentos: pero una vez que ambos bebemos una hiel, cada dia mas amarga, mezclémosla en la misma copa, y apurémosla hasta las heces.

—Apurémosla, hermana mía: los dos vivimos de recuerdos: los dos tenemos la esperanza de reunirnos en las alturas. ¿Ves esta banda, hermana mía? Lee este mote en letra de oro. ¿Qué dice?

—ADIOS, ADIOS. HASTA EL CIELO

—Es Inés, una despedida. Tú y yo nos hallamos emplazados: la cita en el mismo lugar; corramos á cumplirla, Inés. A ti te matará el dolor, á mi la espada de un soldado.

—Corramos á cumplirla, Bernal. Apresurémonos. El tiempo vuela, como un águila; volemós nosotros también. Escucha, Bernal; escucha, escucha. ¿Oyes el son de una trompeta? Es la del ángel que nos llama, porque llega el juicio final. Corramos, corramos, corramos. Me llama mi esposo, me llama. ¡Ay! que no lo puedo alcanzar!

La huérfana se desmayó. Bernal la sostuvo en sus brazos.

CAPITULO XII.

Y si tras tantos enojos
Quereis gozar de su gracia,
Como á la guerra dais treguas
Dadlas á nuestras desgracias.

ROM DE ROMANCES MORISCOS.

Bernal sostenia con amor la cabeça de doña Inés; mas sin pedir ningun socorro: pues conocia por esperiencia que aquellos largos parasismos no tenian remedio en el arte, como no lo tenia tampoco la dolencia que los causaba. La huérfana estaba tan delgada, que Bernal

podia sin gran trabajo sobre sus brazos sostenerla, y moverla tan facilmente como se maneja una pluma.

No sentia el bastardo en su pecho aquel amor puro y ardiente que sintió por la hermosa huérfana cuando la encontró en Calahorra; pero se hallaba en su lugar una compasion tan cariñosa, que hubiera sacrificado el bearnés un millon de veces su vida por aliviar un tanto á la Avendaño.

El pensamiento de Bernal, como el de todos los amantes, volaba en busca del objeto que su corazon ocupaba: y en un momento en que creyó tener en sus brazos á la princesa, estampó en la frente de Inés el beso mas apasionado, que puede estampar un amante. La huérfana se estremeció: abrió sus ojos admirada, y al mismo tiempo se presentaron en la puerta de aquella estancia don Lope Hinestrosa y Beatriz.

La huérfana dijo á Bernal:

—¿Me has dado un beso?

—Si, hermana mia. ¿No puede besar-
te un hermano?

Hinestrosa se precipitó hácia el bastar-
do, que lo esperó tranquilamente: y la
dueña cubrió de besos las mejillas de
doña Inés.

—¿Qué habeis hecho, Bernal de Bear-
ne? preguntó Hinestrosa al bastardo.

—Estampar mis lábios, Hinestrosa,
sobre la frente de mi hermana.

—¿No sabeis, Bernal, que ese beso
ha encendido toda mi sangre? ¿No pen-
sais que os arrancaria los lábios con que
lo habeis dado? ¿No conocéis, en fin, que
la amo y que estoy ardiendo de celos?

—Todo lo conozco, Hinestrosa; y por-
que lo conozco, señor, os perdono algu-
nas palabras que jamás hubiera su-
frido.

—Hinestrosa, dijo doña Inés en un
momento en que la dueña la dejó respi-
rar libremente, dejad á un lado vues-

tros celos, y sí es posible, vuestro amor. El cuadro que nosotros formemos presentará siempre, don Lope, tintas pálidas ó sombrías; pero ya que no sea posible dar alguna tregua al dolor, acaben al menos las querellas, que profundizan las heridas. Yo tengo veinte y ocho años, y al peso de tantos dolores me encuentro próxima al sepulcro: mas de sesenta teneis vos, y al peso de años y dolores estais inclinado á la tumba. Bernal de Bearne, bizarro y jóven, me ha recibido por hermana: vos don Lope, enfermo y anciano, podeis recibirme por hija, y solo habrá entre todos tres los vínculos de una familia, á la verdad muy desgraciada.

Doña Inés tendió sublanca mano al antiguo alcaide de Carmona, y don Lope imprimió en ella un beso mas ardiente que paternal. La huérfana llevó á sus lábios la flaca mano de Hinestrosa, y la besó con el respeto propio de su nombre de hija.

Beatriz habia visto en silencio cuanto acababa de pasar, y como no habia ganado nada en el arreglo de familia, estaba quejosa y mohina, deseando tener ocasion en que desahogar toda su bÍlis, dejando en libertad su lengua. No quiso violentarse mucho, y en el primer instante de silencio dijo con su voz regañona:

—No se cómo me ha dado el cielo suficiente dosis de paciencia, para aguantar esa larga farsa que acabais de representar. Yo he conocido á doña Inés desde el instante en que nació, yo he sido su nodriza y su aya, yo no me he separado de ella, y la conozco mas que á mi. Doña Inés es hija legítima de don Lope Sanchez de Avendaño, y única heredera de su nombre. Don Lope Perez de Hínestrosa no es, yo lo digo, no es su padre, ni este caballero su hermano. ¿Es verdad, Inés mia, es verdad, que tengo razon en cuanto digo?

Durante el discurso de Beatriz habia manifestado doña Inés una atencion viva y profunda. Sus pupilas estaban inmoviles y sus labios secos y oprimidos. Hínestrosa que no habia amado nunca, hasta que conoció á doña Inés, no podia cambiar su frenesí por un cariño paternal; pero el bastardo, que amaba á otra, se resignaba facilmente á su nuevo papel de hermano. La huérfana se levantó, giró sus miradas inciertas sobre todos los circunstantes, y cogiendo de la mano á Beatriz, la dijo con el tono solemne y la voz vibrante que usaba en todas las grandes situaciones:

—Tu eres Beatriz; bien te conozco. Es cierto, dueña, que he mamado á tus pechos en mi niñez: es cierto que despues has sido mi aya: es cierto que soy la hija única de don Lope Sanchez de Avendaño. Cuanto acabas de decir es cierto. ¿Pero no comprendes, Beatriz, que podemos elegir un hermano que alivie nuestras

aflicciones, y un padre que nos aconseje, que nos guarde, que nos proteja?

—Tú estás delirando, Inés mia. El cielo da un padre á cada uno: el cielo nos da los hermanos. Cuando muere un padre.,,

—Calla, dueña.

Los clarines del campo tocaban, y doña Inés al escucharlos interrumpió bruscamente á Beatriz, y puso en ellos su atención. La dueña quiso proseguir; mas la huérfana se lo impidió poniendo finalmente su mano sobre la boca de la nodriza. Bernal no apartaba sus ojos de los ojos de doña Inés, como queriendo adivinar el pensamiento que la ocupaba, y el alcaide repetía tristemente: «Es su idea fija, es su idea fija.»

Dejaron de tocar los clarines, y la huérfana dijo á Beatriz:

—¿Has escuchado?

—Si, Inés mia.

—Son los ángeles que nos llaman por

mandado de Dios á juicio. Todos debemos acudir.

—Tú no sabes lo que te dices: esos clarines que han sonado son del ejército.

—Calla, dueña. El espíritu del mal te ciega, para que descuides tu alma en una ocasión tan solemne. Dame la mano, hermano mio: sígueme, padre. Vamos pronto, que me está esperando el altar. Don Juan, el infante don Juan me llama. Voy á buscarle, voy al punto. Seguidme, don Lope de Hínestrosa; seguidme, Bernal de Bearne. El valle de Josaphat espera; vamos pronto amigos, vamos, vamos.

La huérfana cojió de un brazo á don Lope Perez de Hínestrosa, y presentando el suyo á Bernal salió con los dos de la estancia.

Beatriz, siguiendo su costumbre, empezó á santiguarse á toda prisa, no causándole tanta estrañeza la conducta de doña Inés, como la de Bernal y el alcaide, que secundaban su capricho. Tambien

en algunos momentos dudaba la dueña si Bernal, el anciano alcaide y doña Inés tendrían razón en lo que hacían, estando ella desacordada, y poco prevenida para un trance, tan inevitable y tan terrible. Esta idea prevaleció al fin en el cerebro de Beatriz; y postrándose de rodillas levantó sus manos al cielo y dijo:

—Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob! si ha tocado el ángel su trompeta y es ya tiempo de presentarnos ante el tribunal de tu justicia, ten compasión de esta pobre dueña, y no le pidas, señor, cuenta de los manjares que ha engullido, ni de las palabras que ha hablado. Estoy gruesa, señor, estoy gruesa: pero no ha sido culpa mía; pues he procurado atormentarme con disciplinas y silicios. Pero ó no me daba los azotes con bastante fuerza, ó mi piel está muy curtida y no era fácil á fuerza de golpes desgarrarla. Pésame, señor, y me arrepiento de haber comido, de haber hablado y de no haber-

me azotado con mas fuerza.

A este punto llegaba la dueña de su lastimera confesion, cuando apareció el paje Enrique frotándose las manos de frio y crugiendo despues los dedos.

—¿Qué haceis por aqui, buena dueña? preguntó á Beatriz acercándose.

—Qué he de hacer, Enrique de mi alma: una confesion general de todas mis culpas, hijo mio.

—¿En tan grave peligro estais, que ajustais las cuentas con Dios?

—Estoy en peligro de muerte.

—¿En peligro de muerte?

—Y tú lo estás tambien, querido paje.

—Esto, dueña, parece serio. Esplicadme, si á bien lo teneis, el peligro que nos amenaza.

—Un peligro que está pendiente sobre la cabeza del hombre desde que nace hasta que muere. Un peligro que no existiria si nuestra golosa madre Eva no hubiera comido la manzana.

—¿Qué peligro es, dueña, por Dios?

—¡La muerte!

—Buena salida, ¡vive Dios! No estoy ahora mas adelantado que me encontraba en un principio.

—¡Pero qué muerte, Enrique mio; pero qué muerte nos aguarda! El juicio final ha llegado, y el mundo se acaba.—

—Vaya en gracia, dijo para si el paje Enrique; la locura de doña Inés se ha comunicado á su dueña.

Beatriz prosiguió diciendo á Enrique con un fervor extraordinario:

—Arrodillate junto á mi: eleva tu corazon á Dios, y arrepíentete de tus pecados.

—Dejad esas locuras, dueña, que el dia del juicio no ha llegado.

—Han salido de aqui doña Inés, el jóven Bernal de Bearne y el anciano alcaide de Carmona. Los tres caminaban unidos hácia el valle de Josaphat

—Doña Inés, Bernal de Bearne y el an-

ciano alcaide de Carmona están presenciando una revista, que pasa Reltran de Gúesclin á los soldados que le siguen.

—¿De veras?

—Venid conmigo, dueña, y os desengañareis por vuestros ojos de cuanto acabo de deciros.

—Tú me vuelves el alma al cuerpo: de aquí á que llegue el día del juicio tendré tiempo de enflaquecer.

El paje y la dueña salieron, para presenciar la revista,

CAPITULO XIII.

Ya batalla apellida
La gente al son del rayo belicoso:
Ya la trompa convida:
Ya el caballo lozano y generoso
Dobla el rüido y trueno
Con pies y manos, con relincho y freno.

CRISTOVAL SUAREZ DE FIGUERÓA.

El ejército de don Enrique era un ejército modelo para los tiempos que corrían. Interesados los capitanes en el buen éxito de su causa, tomaban un grande interés en cuanto podia favorecerla, y habian logrado establecer una rigurosa dis-

ciplina. Acudieron con gran premura á la invitacion del Monarca, y tuvo principio el consejo.

Don Enrique tomó la palabra: les leyó la carta de Abenabatin, y les pidió saludables consejos en tan criticas circunstancias.

La mayor parte de la asamblea opinaba, que don Enrique debía levantar al punto el sitio, y salir al encuentro de su hermano, para librarle la batalla. Decían que vencido don Pedro, la ciudad abriría sus puertas, haciendo lo mismo Sevilla y otras poblaciones de cuenta. También daban este consejo para poner alguna tregua á las penalidades del sitio, y desentumecerse en cierto modo, midiéndose con los enemigos en una batalla campal. El arzobispo de Toledo, y algunos nobles castellanos, opinaban que debía sostenerse sin interrupcion el asedio, y fundaban sus racionios en el descrédito que traeria á la causa de don Enri-

que, el abandonar á Toledo despues de un año de sitiada. Beltran de Gúesclin los dejó hablar, y levántandose, con la calma que precedia generalmente á sus resoluciones mas firmes:

—Señores, dijo: veo que todos se colocan en los extremos, sin dar con el medio, que concilia las mas opuestas opiniones y las dificultades zanja. Quieren los unos que marchemos al encuentro del enemigo: opino en un todo con ellos. Quieren los otros que no se levante el sitio puesto á la ciudad: tambien me tienen de su parte. ¿Cómo verificar las dos cosas? Dividiendo en dos el ejército. Ese respetable prelado quedará aqui con la cuarta parte de nuestra gente, y con las otras tres restantes marcharemos al enemigo. Al amanecer de mañana nos encontraremos vestidos con nuestras mas fuertes armaduras, y los lomos oprimiremos de nuestros mejores caballos. El ejército del Rey don Pedro está compuesto de

cristianos, de sarracenos, y de judios: todos los que siguen nuestra hueste son adoradores de la cruz. Tenemos en nuestro favor la justicia, y la proteccion de los cielos: seremos con ellas invencibles, como los guerreros judios en la tierra de promision.

—El que no opine con Beltran, exclamó el duque de Villaines, debe ser maldito de Dios.

Ninguno quiso que le cayese el anatema tan formidable, y aplaudieron todos de consuno las disposiciones del breton.

Pasaron lo restante del dia en los preparativos de la marcha. Unos arreglaban sus arneses: otros egercitaban sus caballos, para probar si estaban dóciles al acicate y á la rienda: y quiza alguno escribia un último adios á su amada, por si la suerte le era esquiva, y tenia que pronunciar su nombre con el estestor de la muerte sobre el campo de la batalla.

El dia siguiente amaneció. Como lo ha-

bia dicho Beltran, se presentaron los caballeros vistiendo ricas armaduras y sobre fogosos corceles. Llevaba Bernal de Bearne la armadura negra que vistió el día fatídico de Nájera, y se engalanaba con la banda que le habia bordado la princesa. Oprimia los lomos á un obero nacido á las márgenes del Bétis, y blandía una robusta lanza, cuyo hierro se forjó en Tánjer por artífices berberiscos. Ceñía la misma rica espada que le regaló don Enríque, y daban sombra á su cimera negras plumas que publicaban su extremo dolor y su luto. Un caballero de su casa le seguía con el mismo pendón que habia tremolado dos años antes, y quinientos ginetes bizarros lo reconocían por su gefe.

Cabalgaba Beltran de Gúesc!in en un palafren de Normandia, de unas formas tan jigantescas, como las de su ilustre dueño. Vestía el breton una armadura, que le habia regalado el Regente al ha-

cerlo conde de Longueville, y ceñía la cortante espada que estuvo á punto de cercenar la cabeza del Rey don Pedro. Le seguian muchos caballeros, conocidos por sus proezas, y mas de mil hombres de armas.

Don Enrique, Segundode Castilla, apareció tambien armado con una riquísima armadura, regalo del duque de Anjou y bendita por el Santo Padre, con una espada de buen temple, que ganó en los campo de Araviana, y con una lanza muy digna de ser blandida por el Cid. Montaba el noble corce! tordo que le sirvió admirablemente en la infausta rota de Nájera, y que llevaba sus diez y seis años sin dar muestra alguna de flaqueza. Muchos infanzones de Castilla daban escolta á don Enrique, y mas de tres mil hombres de armas, principal fuerza de su ejército.

Colocados los escuadrones, segun el órden conveniente recibieron órden de

marchar, cuando apareció una muger en una yegua color de cisne, y con un vestido de amazona: su paje la seguía de cerca en un alazan cordobés, y la contemplaba en silencio. La dama se llegó á don Enrique, lo miró repetidas veces, como para cerciorarse que era él, y tendiéndole la mano le dijo:

—Marchemos, hermano, marchemos: suena la hora de la venganza.

—Marchemos, contestó don Enrique; y tú veras, hermana mia, si cobro su sangre por mi sangre.

—¿Llevas la daga, don Enrique?

—Jamás se aparta de mi cinto.

—Marchemos, hermano, marchemos: suena la hora de la venganza.

La dama quedó colocada á la derecha del Monarca y los escuadrones se movieron.

—¿Habeis reparado, preguntó Bernal á Güesclin, la mudanza que en el es-

pacio de dos años se ha verificado en doña Inés?

—No veo esa mudanza, Bernal. La primera vez que la vi, noté en ella una exaltacion que debia acabar por locura, y síntomas de una enfermedad que debia terminar en tisis: hoy la teneis tísica y loca.

—¿Y el amor á un muerto la ha traído á situacion tan lamentable?

—¿Puede matarnos el amor?

—No se dar respuesta, Bernal. Si me preguntais si se mata con un hacha ó con un venablo, os responderia en el instante, por que los manejo tal cual; pero como soy poco diestro en usar las armas de amor, no se si matan ni aun si hieren.

—Lo cierto es que esa muger sufre por un amor, y se conmueve.

—Asi parece, amigo mio. Pronto sufrirán otros muchos á los botes de nuestras lanzas y á los golpes de nuestras espadas.

—Teneis razon, Beltran: pensemos en los aprestos del combate, y en recomendar nuestras almas al que las formó de la nada. Yo deseo saldar una cuenta con el Rey don Pedro de Castilla.

—Tenéis razón, Beltrán: pensamos
en los aprestos del combate, y en re-
comenzar nuestras almas al por las for-
mó de la nada. Yo deseo saldar una
cuenta con el Rey don Pedro de Cas-
tilla.

CAPITULO XIV.

A cuales dejan en su sangre envueltos
 Entre los brazos de la esposa amada;
 A cuales del troncon los miembros sueltos.

ESPINEL.

El Rey don Pedro de Castilla estaba alojado en una aldea de la llanura de Montiel. Su ejército diseminado mal podia resistir un ataque; pero reposaba don Pedro en la confianza que su hermano estaba á muchas leguas de él. Eran distintos los cuarteles, porque alojaban separados, cristianos, judios y sarracenos,

que aunque coligados entonces, se miraban con ojeriza, y tenían frecuentes reyertas,

Don Pedro, reedificador del célebre alcázar de Sevilla, estaba en un pobre aposento, sin tapices y sin sitaliales, sentado en un banco de pino, y con la cabeza inclinada. Una muger jóven y hermosa, LA ROSA DE JERUSALEN, que hemos admirado varias veces, está sentada en otro banco, tiene los puños sobre un bufete, y sobre sus puños la barba. Sus ojos fijos en el Rey, tienen una espresion maligna, como de persona que goza en agenos padecimientos. Sobre el bufete habia un mantel, y sobre el mantel algunos restos de una cena poco abundante. Raquel tomó un poco de pan, hizo con él una bolita, y se la arrojó al Rey, volviendo á tomar la antigua postura. Levantó don Pedro la cabeza; miró á la judia con rudo ceño, y la dijo:

—¿Has sido tú la que me has tirado esta bolita? has sido tú?

—Sí, don Pedro. Estoy fastidiada de verte tan záfio, tan mohino, y no teniendo en que acostarme, quiero divertirme en hacer algo hasta que amanezca: lo entiendes?

—¿Y me tomas por juguete?

—¿A quién mejor?

—¡Raquel!

—¡Don Pedro!... Has echado un genio tan malo que no te se puede sufrir.

—¿Quiéres Raquel, que esté riendo, cuando me persigue la desgracia? Bernal de Bearne, mi enemigo, se escapó de mis manos, judía, quizá protegido por tí.

—No hallaste una escala sujeta en el ajimez de la torre?

—Con esa escala te defiendes. El bastardo volvió á Castilla con el bastardo don Enrique, y me tomaron cien ciudades.

—Porque no has ganado el amor de tus vasallos, Rey don Pedro?

—Por proteger á los judios, á esos malditos de tu raza.

—Los has protegido, Rey don Pedro, porque te han pagado largamente.

—El Rey de Granada Mahomad vino conmigo sobre Córdoba, con siete mil buenos caballos y ochenta mil infantes; pero Córdoba supo defenderse, y es todavía de don Enrique.

—Haber sabido combatirla.

—Marcho á socorrer á Toledo, y sabe Dios si ya tremola sobre su alcázar la bandera de mi hermano, que Dios maldiga.

—Haber ido alla seis meses antes.

—Tú, Raquel, que fuiste en un tiempo mi ángel bueno, mi ángel de luz, mi sola fe, mi sola esperanza: tú que levantabas mi espíritu y reanimabas mi valor, tú que ahuyentabas las fantasmas que continuamente me rodean, te com-

places en atormentarme, y en lacerar mi corazón de cuantos modos imaginas.

—Es, don Pedro, que has variado mucho, y has desvanecido mi encanto. Yo te amaba porque te creía siempre fuerte, como el león, y te he encontrado muchas veces astuto y vil, como un raposo.

—¡Raquel!

—¡Don Pedro!...Hace dos años que te dije: «Rey de Castilla, si no eres mañana el mas valiente, pierdes tus derechos á mi amor.»

—¿Y no me porté bien en Nájera?

—Otros se portaron mejor.

—¿Quién, Raquel?

—Bernal de Bearne.

—¡Siempre ese maldito bastardo! Tú le amas, Raquel, tú le amas.

—Y á tí qué te importa, don Pedro.

—¿Le amas, Raquel?

—Quizá mas que á tí.

El Monarca se levantó, brotando lla-

mas por los ojos, con los cabellos erizados, y la respiracion dificil: salvó de un salto la distancia que le separaba de Raquel y clavó sus dedos crispados en el cuello de la judia.

«Al arma: al arma:» repitieron en aquel instante mil voces, y varios pajes aterrados entraron en el aposento. Don Pedro dejó á la judia, que se sonrió tranquilamente como si nada bubiera sucedido, y se precipitó espada en mano hácia la puerta.

—¿Qué sucede? preguntó á Rodriguez Sanabria, que se presentó en el dintel.

—Señor, le] respondió el [gallego, los soldados de don Enrique están entrando en nuestros reales.

—Pronto, caballeros, á caballo, gritó el Rey con voz de torrente. Pronto, caballeros, á caballo, y decidan nuestras espadas quien ha de ser Rey de Castilla.

Don Pedro se armó rápidamente, ayu-

dándole la judía á que se vistiese la armadura; montó un caballo berberisco, piel de tigre, y con una lanza en la mano cruzaba los grupos de soldados, instándoles á que se escuadronasen, y no decayesen de ánimo en presencia del enemigo.

El ejército de don Pedro se colocó en orden de batalla, y cuando el grueso de las tropas, que acaudillaba don Enrique, llegaron á paraje oportuno para comenzar el ataque fueron recibidas con denuedo, y detenidas en su marcha. Al primer choque los escuadrones se mantuvieron bien cerrados; pero despues los de don Pedro no guardaron bien la formacion, y poco á poco se pusieron en una vergonzosa fuga. Los soldados de don Enrique acometian muy flojamente á sus contrarios de Castilla; pero se cebaban en cambio en los sarracenos y judios, haciendo correr rios de sangre, y formando montes de cadáveres, que de-

bian quedar insepultos; pues no eran dignos de esta honra los enemigos de la fé.

Mientras las tropas combatian, ó mejor dicho se entregaban á una matanza de enemigos, los capitanes mas bizarros teñian en sangre las tizonas en particulares combates con otros caballeros de estima en la parcialidad opuesta. Beltran de Gúesclin se habia medido con Men Rodriguez de Sanabria, y habia conocido el breton, que la mano del buen gallego no era mas ligera que la suya. El Rey don Enrique, que buscaba el honor buscando el peligro, habia repartido mandobles con prodigalidad bastante; pues el que era largo en hacer mercedes no era corto en dar cuchilladas cuando la ocasion lo pedia. Varias veces estuvo en peligro; porque á mas de herir y defenderse, tenia que cuidar de doña Inés, que no se apartó de su lado en el trance de la refriega.

No se portaba mal don Pedro en día tan infausto para él. Rodeado de los mas valientes, procuraba guardar su corona á trueque de perder su vida, y hacia pagar á algunos vasallos, ó traidores ó desleales, bastante cara la traicion.

El jóven Bernalde Bearne habia combatido, como siempre, de los primeros y mejores. Cercado por diez sarracenos, y sin otro apoyo que su espada, su corazon y firme diestra, hizo morder el polvo á unos y puso á los demas en fuga. Mas no finalizó el combate sin perder piezas de armadura, y sin sacar el casco roto, casi sin cimera y sin penacho. En este estado recorria los enemigos escuadrones diseminados y desechos, cuando descubrió al Rey don Pedro, que fieramente acuchillaba. Bernal aplicó el acicate á su poderoso caballo, y gritó al Rey:

—Don Pedro el Cruel, aqui está Bernal de Bearne, que á singular lucha te reta.

—Aqui está don Pedro de Castilla, que

quiere tu sangre, Bernal, replicó el Rey.

Los paladines se acometieron, y un paje que llevaba el Rey los contemplaba con atención. La rota armadura del bastardo apenas podía reservarle una escasa parte del pecho; y cuando la espada del Rey lograba herirla, arrancaba pedazos de acero, casi siempre tintos en sangre. Todos los esfuerzos de Bernal, para herir al Rey de Castilla, no lograban el menor éxito, ya por el temple de la armadura que vestía el Monarca, ó porque el brazo de Bernal estaba cansado de su anterior desigual lucha. El Rey aprovechó el momento en que el acero de Bernal había resbalado en su armadura, y dirigió el suyo al corazón de su encarnizado enemigo. La muerte del bearnés era cierta; pero el paje del castellano se interpuso como un escudo, y recibió en su pecho el golpe que debía acabar al bearnés.

—¡Raquel! exclamó el Rey don Pedro.

—¡Raquel! exclamó también Bernal.

—¡Hasta el cielo! le dijo la judia, exalando un hondo suspiro y cayendo en el suelo exánime.

Los dos paladines contemplaron á aquella muger inanimada, y se acometieron con mas fuerza: don Pedro para vengar los celos que le habia inspirado aquel adios; y Bernal para mostrarse digno de tan heróico sacrificio.

El valor era casi igual: la desesperacion hacia en el Rey lo que en Bernal hacia el deseo de tomar cumplida venganza; y los golpes de las espadas hacian brotar torrentes de fuego de las abolladas armaduras. Solo un escuadron de don Pedro resistia compacto á los ataques de las tropas de don Enrique: el Rey ponía su única esperanza en este escuadron formidable, y en medio de su lucha parcial con el bastardo de Bearne no separaba de él los ojos. El escuadron de los bearneses se habia alejado largo trecho en persecucion de fugitivos; pero revolviendo de

repente cayó sobre el escuadron de don Pedro y lo puso en completa fuga. Al verlos el Rey exclamó: Te has vengado, Bernal de Bearne. Y se descargaron nuevos golpes.

CAPITULO XV.

Si á don Tello derribó,
Fué porque se alzó don Tello,
Y si mató á don Fadrique,
Mucho le importó el hacerlo.
De su muerte y otras muchas
Sabe las causas el cielo,
Que aun fuera mayor castigo
Si rompiera su silencio.

QUEVEDO.

En al castillo de Montiel estaba don Pedro de Castilla la tarde del veinte y dos de marzo de mil trescientos sesenta y nueve. A grandes pasos recorria su aposento, y apenas escuchaba las razo-

nes que Men Rodriguez de Sanabria le dirijia de vez en cuando.

—Señor, le repetia el gallego: la guarnicion de este castillo es muy escasa, y no tiene con que vivir.

—Que se coman unos á otros, replicó don Pedro irritado.

—Eso no es posible.

—¿Por qué?

—Porque no querrán resignarse.

—Mándalos ahorcar en ese caso.

—Tampoco es posible.

—¿Por qué?

—Porque no querran resignarse.

—Pues, Men Rodriguez de Sanabria, pon fuego al castillo en el instante, y acabaremos de una vez.

—Eso puede verificarse; pero es indispensable, señor, pensarlo detenidamente. ¿No se le ocurre á Vuestra Alteza otro partido menos malo?

—Nada seme ocurre, Sanabria, y solo quiero que me dejes

—El gallego saluda al Rey, replicó Sanabria secamente, y se salió del aposento.

—¡Algun diablo, exclamó don Pedro, se está mezclando en mis negocios! En la batalla de Montiel fué mi ejército tan cobarde como el de mi hermano en la de Nájera, y tampoco quiso la suerte que acabase con Bernal de Bearne. El golpe que dirigia bien á su pecho pasó el corazonde Raquel, y cuando volvimos á investirnos, mis amigos nos separaron. ¡Pobre ROSA DE JERUSALEN. Mi propia mano te dió muerte, y yo te amaba con delirio. ¡Oh! quizá tienen ocultas fuerzas los anatemas de los Papas, y Dios maldice desde el cielo, lo que su vicario anatematiza. Está emponzoñado mi aliento, y mata como elde las sierpes. Por eso murió la Padilla, joven todavia y tan hermosa: por eso murió mi tierno hijo: por eso he matado á Raquel. De hoy en adelante su fantasma se reunirá con las de doña Leo-

morde Guzman, de la Reina doña Blanca, mi esposa, de la Reina doña Leonor, de las nobles hermanas Laras y de doña Urraca de Osorio. Todas querran emponzoñarme con sus alientos corrompidos; todas estrecharán mi cuello entre sus brazos descarnados. ¡Cuánto cadáver de mujer! ¡Pero.... pero.... no te conozco! ¿Quién eres tú que á mi te llegas con una corona nupcial, con unas blancas vestiduras? ¿Tú que me miras con esos ojos ardientes y fuera del cráneo? ¿Tú que con labios cárdenos ries, y tienes algo mas siniestro que los cadáveres descarnados? ¿Quién eres tú?

—Soy doña Ines.

—¡Doña Inés Sanchez de Avendaño! ¡Aléjate, Inés, de mi: aléjate! Tú no tienes ningun derecho para reunirte con las sombras de las que yo hize quitar la vida. Ellas pueden atormentarme, porque al cabo fui su verdugo; pero tú no tienes derecho.

—Soy Inés Sanchez de Avendaño

—Lo se, lo se, sombra implacable.

—¿Te acuerdas de Carmona?

—Me acuerdo.

—Alli juró Inés, que seria tu sombra, don Pedro; y mientras viva esta sombra no se separará de ti.

—Y no te mandé asesinar.

—Me asesinaste el corazon. Pero callen ya los recuerdos. Toma esta carta.

—¿Qué contiene?

—Toma esta carta: toma y lee.

Don Pedro tomó con su mano trémula el pergamino que le presentaba la huérfana, y con los cabellos crispados y los ojos fuera del cráneo leyó:

»Alá es grande, Rey de Castilla, y el Rey de Granada es magnífico. Yo siervo de Alá y siervo del Rey lo soy tuyo y deseo salud.

»Veinte mil valientes guerreros, nacidos en la hermosa vega que el Genil y el Darro fecundan, al pie de la Sierra Neva-

da ó en las asperezas de Bentomiz, tremolan el sagrado estandarte, y con un coran, y una espada, te se reunirán muy en breve para que marches á Toledo y estermines á don Enrique. Tus soldados tambien estan prontos, marcha, Rey don Pedro, y Alá vele por tu persona y por tu trono.»

«He meditado muchas veces el horóscopo que me enviaste: todos los sabios de mi ley lo han meditado como yo; y si los astros de los cielos y las entrañas de las aves no nos han mentido, el horóscopo se ha de cumplir enteramente.»

Interumpió don Pedro su lectura, y limpió las gotas de sudor que le bañaban el semblante. Prosiguió despues:

«Ha venido el águila que en el se pronostica, y el fin del halcon está cercano. Hemos procurado penetrar lo mas oculto de la ciencia; y hemos descubierto, don Pedro, que el halcon lleva una corona y el águila solo una espada. Alá sabe mas que nosotros.»

»Siervo de Alá, del Rey de Granada
y siervotuyo»

Abenabatin.

Al terminar la carta don Pedro, habia desaparecido doña Inés, y el Monarca con los ojos fijos en la firma del astrólogo árabe no habia reparado en su ausencia. Inmóvil, yerto, pensativo, veia su destino, manifiesto, y su propio corazon leia en un libro desconocido, mas fatídico que los astros, y mas claro que las entrañas. Levantó el Monarca la cabeza y se encontró sin doña Inés. Miró aterrado á todas partes, se estregó los ojos várias veces, quiso coordinar sus ideas, mas solo veia la fatal carta que le auguraba su destino.

—Sanabria, Sanabria! gritó desesperado y medio loco.

—Señor, le respondió el gallego, entrando de nuevo en la estancia.

—Haz que preparen un caballo: que-

ro salirme de Montiel.

—Es imposible, Rey don Pedro.

—Por qué?

—Porque estamos cercados, y rodeados de una trinchera.

—Correré el peligro, Sanabria.

—Fuera tentar á Dios, señor. No solamente nos rodean los soldados de don Enrique. Han levantado una trinchera en torno de nuestro castillo, y nos es imposible salvarla.

—Tu quieres matarme, Men Rodriguez, y que este castillo sea mi tumba. ¡Este castillo! ¡Este castillo está habitado por fantasmas! ¡Todas se levantan, todas vienen á fascinarme con sus ojos, á perturbarme con sus gritos! ¡Mi horóscopo debe cumplirse; y mi horoscopo, Sanabria, es la muerte! ¡Morir yo! ¡Morir yo! ¿En donde estan mis vasallos y mis amigos? ¿En dónde estan esos traidores que no vienen en mi socorro? ¡Ingratos! ¡Si vuelvo á ser Rey sentirán,

sentirán mi venganza! Yo quiero salir de este castillo. Piensa un medio, piensa Sanabria, y te daré cuanto poseo.

—Un solo medio seme ocurre.

—Habla al instante, Men Rodriguez.

—Yo mandaba, señor, en Bribiesca cuando la tomó Beltran Güesclin: le debí grandes atenciones, y estima en mucho mi persona. Si os parece, señor, conveniente ire á verlo de vuestra parte, y le ofreceré grandes tesoros, si os deja salir del castillo. No se me ocurre otro remedio.

—Ánda, Men Rodriguez, al momento, y ofrece al capitan breton un millon de doblas castellanas, y la mitad de mis dominios.

—No andaré parco en las ofertas.

Men Rodriguez se cruzó de brazos y el Monarca lo contempló unos instantes en silencio.

—Men Rodriguez, exclamó don Pedro, ¿en qué te detienes?

Marcha al punto, y no vuelvas si no me traes una respuesta que esté conforme con la impaciencia que me mata.

—Iré, señor.

—Marcha al momento.

—No puedo partir hasta que anochezca.

—Pues manda que anochezca pronto.

CAPITULO XVI.

Mi oro, mi plata, mis joyas
Darás, y años de mi vida:
Que no me importa acortarla
Como mi intento consiga.

LOPEZ.

Hacia poco que habia anochecido y Beltran Gúesclin paseaba á la inmediacion de su tienda. De mal humor estaba el capitan, porque se dilataba el sitio, y era indispensable marchar pronto á estrechar mas el de Toledo. Tambien sabia que el Rey de Francia iba á romper la tre-

gua con el príncipe, y deseaba hallarse dispuesto para ayudar á su señor. Tenia la costumbre Beltran de hablar á solas, y en aquel momento decia:

—No puedo llevar en paciencia las dilaciones de este sitio, y daria toda mi fortuna porque saliese el Rey don Pedro de su castillo de Montiel.

—Es muy fácil, le contestó un hombre embozado en una ancha capa.

—¿Quién puede hacer que salga el Rey?

—Yo, con la ayuda de Beltran.

—Descúbrete el rostro.

—¿Me conoces?

—Eres Men Rodriguez de Sanabria.

—Muy buena memoria teneis, Mosen Beltran.

—La tengo buena; pero vamos á lo que importa. ¿Cómo podemos hacer que el Rey abandone su nido de águila?

—Vengo á buscaros, capitan, como embajador del Rey don Pedro.

—Hablad al instante, Men Rodríguez.

—Seria mejor que nos entrásemos en vuestra tienda.

—¿Para qué?

—Para proceder con reserva.

—Me gusta, Sanabria, hacer las cosas delante de Dios y de los hombres. Bajo la bóveda del cielo respiro con mas libertad, que bajo el techo de mi tienda: paseemos juntos, si os parece, y decidme cuanto querais.

—Sanabria le miró de hito en hito, como queriendo sondear las disposiciones del breton, y despues habló en estos términos:

—El Rey don Pedro de Castilla ha sabido atesorar, amigo, una cantidad extraordinaria de oro y de plata.

—Bien lo se.

—Pues el Rey don Pedro te ofrece un millon de doblas.

—Adelante.

—El Rey de Castilla posee muchas ciudades y castillos.

—Lo se, Men Rodriguez, lo se.

—Pues el Rey de Castilla te ofrece ciudades, villas y castillos.

—Adelante, Sanabria, adelante.

—El Rey don Pedro de Castilla puede dar títulos y honores.

—Lo se, Men Rodriguez, lo se.

—Pues el Rey don Pedro te ofrece por cada ciudad un título de duque, por cada villa uno de conde, por cada castillo Beltran Gúesclin, uno de marques.

—¿Y por qué quiere darme el Rey tantas ciudades, tantas villas, tantos títulos y tantas doblas?

—Para compensarte con ellos un favor que voy á pedirte.

—Sepamos qué favor es ese.

—Que facilites al Rey don Pedro la salida de ese castillo.

Beltran miró á Sanabria fijamente sin responderle una palabra.

— Me parece, prosiguió el gallego, que sin hacerte gran violencia condescenderás con mi deseo.

— ¿Por qué?

— Porque tú decias cuando llegué, que darías toda tu fortuna porque saliese el Rey don Pedro de su castillo de Montiel.

— Pero yo daba mi fortuna porque saliese del castillo, no porque pasase la trinchera.

Esta respuesta turbó un poco á Men Rodriguez de Sanabria, que guardó profundo silencio. Beltran Gúesclin se sonrió y dijo al gallego:

— Si has acabado tu mision cerca de Beltran, puedes marcharte cuando gustes.

— Hablemos con franqueza, Gúesclin. ¿No quieres proteger la fuga del Rey don Pedro de Castilla?

— Es preciso pensarlo mucho.

— El tiempo es precioso, Beltran.

—Soy amigo de don Enrique.

—Yo no te pido que abandones su causa por seguir la nuestra: solo te pido que protejas la fuga de mi amigo y Rey.

—Te digo, Sanabria, otra vez, que antes de hacer ese favor al hermano de don Enrique es indispensable meditarlo.

—No hay un instante que perder.

—Tú tendrás prisa, Men Rodriguez; pero yo no tengo ninguna. Puedes marcharte á tu castillo.

—La última pregunta, Beltran. ¿Si á la media noche viene el Rey, lo recibirás en tu tienda?

—Tambien necesito pensarlo.

—No tengo lugar para aguardarme.

—Puedes marcharte en el momento.

—Otra pregunta, Beltran Gúesclin. ¿Si llegásemos á la tienda, por qué señal conoceríamos si era ocasion de penetrar?

—Por una señal muy sencilla. Si sobre la puerta arde un farol puede entrar el Rey, Men Rodriguez.

—La libertad del Reyte vale un millon de doblas castellanas, muchas ciudades, muchas villas, muchos títulos y castillos.

—Un amigo de don Enrique necesita pensarlo mucho para recibir tantas mercedes del Rey don Pedro de Castilla.

Men Rodriguez se despidió del capitán Beltran Gúesclin, y el breton siguió paseando en derredor de la trinchera. Sin apercibirse de ello se halló junto á la tienda de don Enrique, y se presentó ante el Monarca.

—¿Qué hay de bueno, amigo Beltran? le preguntó el Rey don Enrique.

—Esta noche tengo una cita, y me parece conveniente que esteis á las doce en mi tienda.

—¿De qué se trata?

—Es un secreto que quiero guardarme, señor, hasta que convenga revelarlo.

—Eres dueño de tu secreto. ¿Hay que tomar algunas medidas?

—Por esta noche no, señor: hablaremos de ellas mañana.

Beltran se despidió del Rey, y se encaminó hácia su tienda.

CAPITULO XVII.

Bastante honor le dispenso:
Bastante favor merece,
Si su cuerpo ha de rozarse
Con el brazo que le hiere.

J. B SANDOVAL

Es la media noche. Bernal se encuentra en su tienda con Enrique, entregado á meditaciones, que el paje no osa interrumpir. El bastardo tenia recuerdos muy profundos y muy amargos, recuerdos que debian durar cuanto dura su existencia. Los padecimientos de Inés, el desgracia-

do amor de su prima, la abnegacion de la judia, eran toreedores á su alma, y ponían en su altiva frente el triste sello del dolor. Los demas caballeros duermen, y los centinelas, confiados en la trinchera que rodea por todas partes el castillo, descuidan un tanto sus puestos, y se guarecen de la ventisca, que copos de nieve conduce.

Las tiendas, colocadas con simetria y divididas en cuarteles, forman una segunda línea con el parapeto levantado; y en el centro descuella Montiel, gigante de robustas formas entre una turba de pigmeos.

Una muger vestida de blanco, con una corona en la cabeza, y los cabellos á la espalda, recorre la trinchera varias veces, y cada vez que retumba un trueno repite: despierta, despierta, don Juan.

El puente del cástillo se baja: cuatro bultos negros lo pasan, y se dirijen hacia la trinchera, conduciendo con gran si-

lencio cuatro caballos por la brida. La muger vestida de blanco los vé descender pausadamente; se dirige hacia el mismo paraje, que los cuatro bultos del castillo, y oye estas palabras:

—Señor es imposible que pasemos por este sitio la trinchera.

—¿Y que haremos?

—Torcer á la derecha, respondió una voz áspera y broncea, y no nos faltará un portillo, por donde se escape un raposo.

Los tres bultos se encaminaron hacia el paraje que habia señalado el último interlocutor, y la muger vestida de blanco echó a correr hacia las tiendas, con mucha mayor rapidez que su debilidad prometia. Cruzó por delante de varias, sin encontrar señal que indicase estar sus habitantes despiertos; mas llegando á la del bearnés vió luz encendida, y penetró sin anunciarse.

—Señora, la dijo Bernal, viendola con aquel traje blanco y entretejida su coro-

na con algunos copos de nieve: tomad asiento y reposad, que la noche es demasiado cruda, y estais en extremo cansada.

—¡Descansar! repitió doña Inés: descansar! No. La hora tremenda de la espacion y de la venganza está muy próxima á sonar. Seguidme si teneis valor.

—¡Pobre loca! murmuró el bastardo.

—¡Pobre loca! repitió el paje.

Doña Inés se acercó á Bernal, le estrechó la diestra fuertemente, y le dijo:

—Bernal de Bearne, no es ocasion de detenerme: si vacilais un punto en seguirme llamaré á otra tienda, y la gloria será del que escuche mi voz.

—Señora....

—Adios....

—Esperad un momento.

—No puedo esperar.

—Vamos, vamos,

Bernal se dispuso á salir; pero la huér-

fana notó, que iba enteramente desar-
mado.

—Bernal de Bearne, le dijo entonces,
toma vuestra mejor espada, ya que no
podáis vestir la armadura: sois perdido
sin un buen acero.

El bastardo tomó su espada, y acom-
pañado del fiel Enrique siguió los pasos
de doña Inés.

Los cuatro bultos habian seguido ca-
minando con el menor ruido posible, y
el que parecia comandarlos, dijo á uno
de ellos:

—Adelántate, á ver si descubres un
farol sobre la puerta de una tienda.

El que habia recibido la orden se ale-
jó de alli algunos pasos. La misma voz
continuó:

—¿Estás seguro, Men Rodriguez, de
que nos servirá Beltran Güesclin.

—Nada puedo afirmar, señor, por que
nada me ha prometido de una manera
terminante.

—¿No sería mejor en ese caso valernos de su confianza y fugarnos sin darle cuenta?

—¿Y nos será fácil, señor, cruzar el campo sin ser vistos?

—Con tal que sea posible, Sanabria, tendremos adelantado mucho.

El explorador volvió entonces y dijo:

—He visto un gran farol sobre la puerta de una tienda.

—¿Qué hacemos, señor? preguntó Sanabria.

—Si es posible, cruzar el campo y no entregarnos á Beltran. Para conseguirlo facilmente, Fortun y Garcé se quedarán por espacio de media hora con los palafrenes en este sitio: nosotros con el mayor silencio atravesaremos el campo; y se nos reunirán despues al pie de la cruz del maestro.

—Hagamos lo que nos mandais.

Fortun y Garcé se quedaron con los cuatro briosos corceles, y Men Rodriguez

de Sanabria con su misterioso compañero salvó la trinchera en silencio. Apenas habian penetrado en el campamento de don Enrique, cuando descubrieron la tienda del capitán Beltran Guesclin: sobre su puerta ardia un farol, y reinaba en ella gran silencio.

—Aquella es la tienda de Beltran, dijo Men Rodriguez de Sanabria.

—¿No pudiéramos evitar pasar por delante de ella?

—Imposible. Está en un ángulo del cuartel, y para evitarla seria preciso recorrer esta larga calle á la vista de todo el mundo.

—Tienes razon: adelantémonos.

Los dos caballeros se adelantaron: pasaron por delante de la tienda del capitán Beltran de Guesclin, y doblaron el ángulo que hacia con otro cuartel del campamento. Pocos pasos habian andado, cuando percibieron tres bultos que en direccion opuesta venian.

—Huyamos, dijo Men Rodriguez, antes que logren descubrirnos.

—Acuchillémoslos, Sanabria, contestó su bravo compañero.

—¿Señor, habeis perdido el juicio? Al choque de nuestras espadas se levantarán mil soldados y moriremos sin recurso.

—¿Qué podemos hacer, Sanabria?

—Volver al instante la esquina, y entrar en la tienda de Güesclin.

—¿No hay otro remedio?

—No hay otro.

—Pues entreguémonos á Beltran.

Retrocedieron sin tardanza, y pocos segundos despues estaban parados los dos ante la tienda del breton.

—No me atrevo á penetrar, Sanabria.

—Rey don Pedro, pasad adelante, dijo desde dentro Güesclin.

Ya no era posible dudar: Beltran de Güesclin los habia visto, y el permanecer en la puerta era buscar nuevos peli-

gros sin conjurar el que corrian. El Rey don Pedro de Castilla y Men Rodriguez de Sanabria entraron al fin en la tienda.

El breton estaba sentado sobre un banco de madera y vestido de todas armas: se levantó al entrar el Rey, y tendió la mano á Men Rodriguez.

—Aqui estamos, dijo el gallego, confiados en vuestras promesas.

—Nada he prometido, Men Rodriguez.

—Os manifesté los apuros en que el Rey don Pedro se hallaba, y os dije que pusierais un farol si estabais dispuesto á recibirnos.

—Me dijisteis mas, Men Rodriguez. Me ofrecisteis á nombre de don Pedro, ciudades, villas y castillos: me ofrecisteis titulos de conde, de duque, y doblas castellanas.

—Todo lo confirmo, Beltran, dijo el Rey don Pedro, y te daré mas ciudades y mas castillos.

—Dije á Men Rodriguez de Sanabria,

que antes de admitir esos dones necesitaba meditarlo, por que un servidor de don Enrique tenia que meditarlo mucho para recibir dones de don Pedro.

—¿Y qué has resuelto? dijo el Rey.

—Despues de largas meditaciones he resuelto precisamente, lo mismo que pensaba hacer antes de haberlo meditado.

—¿Y qué has resuelto?

—Servir fielmente á don Enrique de Castilla.

—Me has vendido, Beltran. Me vuelvo á mi castillo de Montiel.

—Es mala ocasion, Rey don Pedro. Ya que habeis venido á mi tienda hablareis con el Rey don Enrique.

—Asi juegas con un Monarca?

—Siento mucho que os detengais; pero no puedo permitiros que vayais libre, hasta que venga el Rey don Enrique, vuestro hermano.

—Pues bien, Beltran, dile que venga: despierta al ejército entero al son de

trompas y clarines, para que vean morir á un hombre sin ponerse pálido y sin temblar.

—¿En dónde, en dónde está don Pedro? dijo don Enrique presentándose vestido de bruñidas armas, y echando fuego por los ojos.

—Aquí me tienes, mal nacido.

Los dos hermanos se travaron como dos osos en el bosque, y se sacudían como las encinas agitadas por el huracan. Apenas podían sufrir sus rostros lo encendido de sus alientos y sus armaduras crugían como las escamas de una sierpe bajo las uñas de un dragon. No contentos con oprimirse murmuraban torpes denuestos, y se ofendían con las palabras al esterminarse con las obras.

Al acometerse los dos hermanos había intentado Men Rodriguez favorecer al Rey don Pedro; pero Beltran Güesclin lo detuvo, y ambos caballeros quedaron espectadores de un combate entre dos her-

manos tan fieros como Eteocles y Polinices.

Aunque don Enrique era robusto, le aventajaba el Rey don Pedro en corpulencia y fortaleza. Prevalido de estas ventajas lo suspendió un poco entre sus brazos, y precipitándolo en el suelo, no pudo mantenerse firme, y cayó también sobre él. Los dos en tierra continuó el desigual combate con más encarnizamiento que nunca, por más que don Enrique sufría la presión del cuerpo de su hermano. La luz de un farol alumbraba esta escena terrible, y algunos relámpagos venían á aumentar su siniestro horror.

—Aquí están! Bernal, aquí están! gritó la huérfana de Avendaño, entrando en la tienda de repente.

—No me persigas, doña Inés! exclamó el Rey con voz ahogada, y abrió los brazos con que oprimía el corazón de don Enrique.

Don Enrique supo aprovecharse de este momentaneo respiro, y dando con agilidad una vuelta sobre su hermano, sacó la daga de su cinto, y blandiéndola junto á el costado del Rey don Pedro de Castilla, exclamó:

—Esta es la daga que llevaba mi noble hermano don Fadrique: esta es la que blandió don Juan en la fortaleza de Carmona y esta es en fin la que terrata al pie del castillo de Montiel.

Don Enrique descargó el rudo golpe: don Pedro lanzó un hondo gemido; y un mar de sangre espumosa y negra tiñó los miembros y vestidos de los dos hermanos rivales.

Todos los presentes repitieron el hondo gemido del Monarca. Bernal de Bearde apartó los ojos de aquella escena singular: Beltran murmuró algunas palabras de dolor; é Hinestrosa, que habia llegado siguiendo las huellas de Inés, cayó derodillas junto á el muerto. La huér-

fana quedó impasible: sacó de su pecho un relicario; tomó de él un bucle de cabellos y los arrojó sobre el cadáver. Eran los cabellos de don Juan, que debían sepultarse un día con las cenizas de don Pedro

Apenas había soltado doña Inés los cabellos de su muerto amante, cuando se animaron sus ojos con una luz extraordinaria; y dando un grito tan doliente como el que había lanzado el Rey en el momento de espirar, cayó á plomo sobre el alcaide.

—¡Hermana! exclamó Bernal de Bearne.

—¡Doña Inés! exclamó Hinestrosa; pero doña Inés no respondió por que había dejado de existir.

El bastardo puso su mano sobre el corazón de la huérfana, y conociendo que no latía dijo con voz ronca y profunda:

—Inés de Avendaño era la sombra del Rey don Pedro de Castilla; el cuerpo

cayó como veis y la sombra acaba de estinguirse.

—Yo la seguiré, dijo Hineirosa.

Se siguió un profundo silencio á las palabras del bastardo: se alzó don Enrique, bañado con la sangre que habia vertido, y poniendo su piesobreel tronco del que habia reinado veinte años, exclamó con triunfal acento:

—¡MI FAMILIA QUEDA VENGADA! SOBRE EL CADAVER DE PEDRO PRIMERO SE LEVANTA ENRIQUE SEGUNDO. ¡YA NO HAY MAS QUE UN REY EN CASTILLA!

FIN.



cayó como veis y la sempra acabo de es
 tingirse. —Yo la seguiré, dijo Hincostosa.
 Se siguió un profundo silencio á las
 palabras del hastado: se oíó don Fern-
 que, bañado con la sangre que había ver-
 tido, y pensando su pie sobre el tronco del
 que había reinado veinte años, exclamo
 con trémulo acento: —¡MI FAMILIA QUEDA VENGIDA! DOBRE EL
 CADÁVER DE PEDRO PRIMERO SE LEVANTA
 KRRIKER SEGURO. ¡YA NO HAY MAS QUE UN
 REY EN CASTILLA!



FIN.

...de Avendaño era la sombra del
 Rey don Pedro de Castilla; el cuerpo

